



SUSURROS DE MEDIANOCHE

V. C. Andrews

Lectulandia

Christie, la hija de Dawn ha crecido feliz e inocente en el mas seguro y perfecto hogar...

Sin embargo, Christie no puede evitar sentir como una nube oscura se cierne sobre Cutler's Cove... Una oscuridad cuyos orígenes se encuentran en la turbulenta historia de su familia y en todas esas preguntas que nadie, ni siquiera su madre Dawn, responden. Solo una persona es capaz de hacerla olvidar todo eso: Gavin, el joven y guapo hermanastro de su padre.

Una noche, el mundo de Christie cambia para siempre. Se queda en shock al descubrir que su tío Philip esta enamorado de su madre... pero aun es peor el modo en que mira a Christie, con brillantes ojos de pasión torturada. Huyendo a Nueva York, encuentra a su padre biológico... un don nadie patético e indefenso. Desesperada y con el corazón roto vuelve con Gavin y viajan juntos a Los Prados, la plantación donde nació. Junto a Gavin disfruta del amor verdadero y encuentra donde refugiarse de sus dolorosos recuerdos. Pero Los Prados oculta sus propios secretos, que la obligaran a alejarse de los brazos de Gavin. Ahora con las negras tormentas del mal cerniéndose sobre ella, Christie deberá luchar por romper los crueles lazos del pasado y desafiar a la maldición que ha asolado Cutler's Cove durante generaciones.

Lectulandia

V. C. Andrews

Susurros de medianoche

Serie Cutler - 4

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Midnigt Whispers*
V. C. Andrews, 1992
Traducción: Elena de Grau
Diseño de cubierta: sleepwithghosts

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

LISTA DE PERSONAJES

Dawn CUTLER LONGCHAMP, madre de Christie y Jefferson.

Jimmy LONGCHAMP, marido de Dawn, padre de Jefferson.

Christie LONGCHAMP, hija de Dawn y Michael Sutton.

Jefferson LONGCHAMP, hermanastro de Christie.

Laura Sue CUTLER ALCOTT, madre de Dawn, Philip y Clara Sue.

Bronson ALCOTT, segundo marido de Laura Sue y padre de Clara Sue (fallecida).

Philip CUTLER, hermanastro de Dawn.

Betty Ann CUTLER, esposa de Philip.

Richard y Melanie CUTLER, gemelos, hijos de Philip y Betty Ann.

Gavin LONGCHAMP, hermanastro de Jimmy, hijo de la segunda esposa de Ormand Longchamp y novio de Christie.

Fern LONGCHAMP, tía de Christie y hermana de Jimmy.

Charlotte BOOTH, tía de Dawn.

Luther SLOPE, amigo de Charlotte.

Homer, amigo de Charlotte y Luther.

Queridos lectores de Virginia Andrews:

Todos los que conocimos y quisimos a Virginia Andrews sabemos que lo más importante de su vida fueron sus novelas. Cuando tuvo en la mano el primer ejemplar impreso de *Flores en el ático*, fue el momento de mayor satisfacción de toda su trayectoria como escritora. Virginia fue una excepcional narradora que escribía febrilmente todos los días y continuamente desarrollaba ideas para nuevas historias que más tarde se convertían en novelas. La satisfacción que obtenía de escribir era equiparable a la que sentía al recibir las cartas de los lectores de sus libros.

Desde su fallecimiento, muchos de vosotros nos habéis escrito preguntando si íbamos a publicar nuevas novelas de V. C. Andrews.

Justo antes de su muerte, nos prometimos encontrar un modo de crear nuevas historias basadas en su particular visión de la vida.

A partir de los libros finales de la serie Casteel, hemos trabajado con un escritor cuidadosamente seleccionado a fin de crear nuevas novelas como *Dawn*, *Secretos del amanecer*, *Hija del crepúsculo* y ahora *Susurros de medianoche*, inspirados en su talento como narradora.

Susurros de medianoche es el cuarto libro de esta nueva serie. Estamos seguros que V. C. Andrews sentiría una gran satisfacción si supiera que sigue entreteniéndolo a tantos de nosotros.

Otras novelas, entre ellas algunas basadas en historias que Virginia pudo completar antes de morir, se publicarán en los próximos años y esperamos que os entretengan tanto como sus anteriores libros.

PRÓLOGO

Querida tía Trisha:

Me hace muy feliz que puedas asistir a la fiesta de mi cumpleaños. Mamá me dijo que procurarías venir, pero yo no creí que pudieras abandonar los ensayos para el estreno de tu nueva obra en Broadway.

Aunque mamá siempre me dice que no añora este mundo yo sé que sí lo hace, porque a menudo la he pescado suspirando mientras contemplaba uno de los programas de tus producciones de Broadway. Papá también se ha dado cuenta y le da pena. Cantar en el hotel de vez en cuando no es suficiente, sobre todo para alguien con el talento de mamá. Y aún le afecta más cuando alguna persona se le acerca y le dice: «Eres encantadora; deberías estar en Broadway».

Tenemos este precioso hotel que cada día tiene más éxito y mamá es una mujer de negocios muy respetada, aunque yo creo que para ella el hotel es como una cadena. Ya les he dicho a papá y mamá que no deseo convertirme en hotelera. Mi hermano Jefferson seguirá sus pasos, pero yo no. Quiero ser pianista y asistir a las clases de la escuela Bernhardt de Nueva York, como lo hicisteis tu y mamá.

Sé que debería sentirme muy feliz. Mamá y papá me han organizado la fiesta más espectacular que nunca se ha celebrado en el hotel. Todos van a venir, hasta el abuelo Longchamp y Gavin. Estoy impaciente por volver a ver a Gavin; hace muchos meses que no nos hemos visto, aunque nos escribimos todas las semanas.

Creo que mamá desea que tía Fern no pueda dejar la universidad y no venga, aunque tal cosa nunca se la confesaría a papá. La última vez que tía Fern estuvo en casa, ella y mamá protagonizaron una terrible discusión sobre sus notas y un informe sobre su comportamiento que envió el decano.

Bronson traerá a la abuela Laura, aunque dudo que sepa dónde se encuentra y a la fiesta que asiste. A veces, cuando voy a verla, me llama Clara. Ayer me llamó Dawn. Mamá dice que he de sonreír y hacer ver que soy quien ella cree.

Dentro de unos días cumpliré dieciséis años y recibiré un sinfín de preciosos regalos. En general, me considero una chica muy afortunada. Mis compañeros de clase me toman el pelo y me llaman Princesa porque vivo en la cima de una colina, en una magnífica casa, y mi familia es la propietaria de uno de los lugares de recreo más lujosos de la Costa Este. Mi madre es una mujer bella e inteligente y mi padre es un encanto, mucho más de lo que pueda serlo mi misterioso padre biológico, a quien no he conocido. Aunque todavía es un mocoso, Jefferson es un adorable y simpático hermano pequeño de nueve años. No le digas que te lo he dicho.

A veces no puedo apartar los tristes sentimientos que inundan mi corazón. Es como si permanentemente me invadiera un oscuro nubarrón, aunque el resto del cielo

esté despejado. Desearía ser como tú para ver el lado agradable de las cosas. Mamá dice que tienes burbujas en la sangre.

Quizá sea un poco tonta. Papá dice que es absurdo creer en maleficios, pero yo no puedo dejar de pensar que tal vez alguno pese sobre nuestra familia. Mira todas esas cosas tan terribles que le hizo el abuelo Cutler a la abuela Laura, y lo que la abuela Cutler le hizo a mamá cuando nació. Poco importa que tía Clara Sue estuviera tan desquiciada y muriera tan joven. Me da lástima la abuela Laura, porque vive en plena confusión como consecuencia de todo ello.

Hay gente que dice que en todas las grandes familias se dan tragedias, y no existe razón alguna para creer que la nuestra tenga que ser distinta. Presiento que a mí también me espera algo terrible: una sonrisa oscura que, al acecho, aguarda el mejor momento para lanzarse sobre mí. Ni siquiera toda la música, las luces, todas las risas y las sonrisas pueden apartarla; y yo me quedo quieta, esperando que un monstruo repugnante y jorobado aparezca como en una pesadilla.

Estoy a punto de cumplir los dieciséis años y todavía duermo con una lucecita encendida. Soy consciente de que es algo sencillamente ridículo, pero no puedo evitarlo. Gavin es el único que no se ríe. Parece que sabe perfectamente lo que significa, lo leo en sus ojos oscuros.

Quisiera que tú tampoco te rieras de mí, aunque siempre me estás regañando porque no me río lo bastante.

Lo procuraré, te lo prometo. Tengo ganas de verte. Estoy impaciente por ver a todo el mundo. ¡Será el fin de semana más feliz de mi vida!

Como puedes ver, cambio de humor con rapidez. Papá dice que parezco una pelota de ping-pong.

Tía Trish, si tienes el programa de tu nuevo espectáculo, tráelo... por favor. Me siento tan orgullosa de ti... espero que algún día tú sientas lo mismo por mí.

Te quiere,
CHRISTIE

FELIZ CUMPLEAÑOS

Las densas capas de nubes que se habían formado durante la noche en el océano todavía cubrían el cielo cuando me desperté a primera hora de la mañana. No podía dormir; hoy no, no podía hacerlo el día más importante de mi vida. Aparté la colcha rosa y blanca y salté del lecho con dosel de lunares de color rosa, me acerqué a la ventana y contemplé los campos que se extendían entre nuestra casa y el hotel. La mayor parte de los empleados del jardín ya se habían levantado y estaban trabajando en sus múltiples labores de mantenimiento. Vi también a uno de los huéspedes dando su diario paseo matinal. La mayoría se hospedaban en el Cutler Cove año tras año y eran de edad avanzada.

A mi derecha el océano parecía tan argénteo como las monedas de plata, podía verse a las hambrientas gaviotas caer en picado sobre las playas en busca del desayuno. En la distancia, la línea del océano casi se confundía con el fondo gris. Desde luego no era el mejor panorama para un día de ensueño: había esperado despertarme en una mañana soleada, con el mar centelleante como nunca lo hubiera visto antes, con la luz del sol flameando a través de los pétalos de las rosas, los narcisos, los tulipanes y transformando las hojas de los árboles en un jugoso verde primavera.

De pequeña solía soñar que el hotel, los campos, las playas y el océano eran un mundo fantástico de mi propiedad en el que yo reinaba como una nueva Alicia. Le daba a todo un nombre absurdo, e incluso pretendía que las personas que conocía fueran realmente animales vestidos de la misma guisa que los seres humanos. Así, el chef, Nussbaum, era un león viejo, y su sobrino, León, que tenía un cuello muy largo y era su ayudante, era en cambio una jirafa. Los botones que correteaban de aquí para allá eran conejos, y Mr. Dorfman, que merodeaba por el hotel a todas horas con los ojos bien abiertos acechando cualquier equivocación o falta de eficacia, era un búho indiscreto. Me impresionaba el retrato de la abuela Cutler en el vestíbulo, a quien le arrogaba el papel de perversa hechicera. Hasta a los gemelos de tío Philip y tía Bet, Richard y Melanie, que tanto se parecían, les daba miedo el retrato de la abuela Cutler y se asustaban el uno al otro, o a mí o a Jefferson, diciendo:

—¡La abuela Cutler vendrá por ti!

Aunque mamá nunca me había contado los detalles más horribles, yo sabía que la habían tratado muy mal cuando volvió a Cutler Cove. Me parecía imposible que alguien hubiera despreciado a mi hermosa y querida madre. Cuando era pequeña a veces me quedaba mirando el retrato de la abuela Cutler e intentaba descubrir, en ese

rostro duro y descarnado, las causas de su crueldad. Cuando pasaba por delante del retrato, sus fríos ojos grises me seguían siempre y a menudo sufría pesadillas por la noche.

El retrato de su marido, el abuelo Cutler, era diferente. Esbozaba una ligera sonrisa, pero había algo en su mirada que hacía que me alejara de allí rápidamente y me asegurara que llevaba todos los botones abrochados. Yo sabía vagamente que se había portado muy mal con la abuela, Laura Sue, y que como consecuencia de ello mamá había nacido, aunque lo que sucedió exactamente nunca llegaron a contármelo. Formaba parte del misterioso pasado, de la sombría y desgraciada historia de los Cutler. La mayor parte de mi herencia permanecía sellada a cal y canto, oculta en viejos documentos guardados en cajas de acero o en álbumes de fotografías en polvorientas cajas en algún lugar del desván del hotel.

En él todavía trabajaban unas pocas personas que recordaban a la abuela y al abuelo Cutler y que nunca querían responder a las preguntas que yo les hacía.

—Debes preguntárselo a tu madre, Christie. Son asuntos de familia. —Como si «asuntos de familia» fuera equivalente a «top secret».

—Es mejor que no lo sepas —me contestaba siempre Mrs. Boston, nuestra ama de llaves, que también lo había sido de la abuela Cutler.

¿Y por qué era mejor que no lo supiera? ¿Cuándo tendría la edad apropiada para enterarme? Papá decía que a mamá le resultaba muy penoso hablar de ello porque sólo le traía malos recuerdos y la hacía llorar.

—Y tú no quieres que lllore, ¿verdad? —me contestaba, y yo sacudía la cabeza e intentaba olvidarlo.

Pero era imposible olvidar un pasado que permanecía en las tinieblas, un pasado al que apenas se aludía, que podía convertir una sonrisa en una expresión de tristeza o de temor; un pasado que me llamaba desde los antiguos retratos o desde las tumbas de piedra de tío Randolph y tía Clara Sue en el viejo cementerio. A veces, me hacía sentir como si fuera la mitad de una persona, como si la otra mitad de mí fuera a emerger algún día de aquellas oscuras sombras para presentarse como la verdadera Christie Longchamp.

Estos sentimientos los provocaba principalmente el hecho de que sólo sabía unos pocos detalles de mi verdadero padre. Sabía su nombre, Michael Sutton, y en la biblioteca del colegio descubrí también que había sido una estrella de la ópera muy popular, famosa en los teatros de Londres y de Broadway. Su carrera sufrió una mala trayectoria y desapareció de los escenarios. Mamá no hablaba de él. Nunca me había dicho cómo se enamoraron, cómo nació yo y por qué nunca le conocí.

—Algún día te lo contaré todo, Christie... cuando seas lo bastante mayor para comprenderlo —me respondía cuando yo le hacía alguna pregunta.

Oh, siempre he aborrecido que las personas mayores me den esta respuesta.

¿Cuándo tendré la edad suficiente para comprender por qué uno se enamora y luego el amor desaparece, por qué se odian y se hieren los unos a los otros, por qué alguien como la abuela Laura Sue, que una vez fue joven y hermosa, está ahora atormentada e incapacitada y retraída? Supe desde el principio que mi edad no era el problema, sino que a mamá le resultaba muy doloroso hablar del pasado. Me apenaba verla así, pero también sentía pena de mí misma. Tenía derecho a saber... a saber quién era yo.

Mientras contemplaba el paisaje a través de la ventana sentí un escalofrío y me abroché el botón superior del pijama. Esta mañana de junio era tan gris y helada como mis pensamientos. Hasta los gorriones, que normalmente revoloteaban hasta posarse en los cables del teléfono fuera de mi dormitorio, parecían hoy demasiado tranquilos, como si supieran que era mi cumpleaños y quisieran comprobar mi reacción al ver el cielo nublado. Agitaban las alas nerviosos, pero seguían agazapados, mirando.

Fruncí el ceño, doblé los brazos bajo el pecho e incliné los hombros en una postura que mamá aborrecía. Me era imposible ocultar lo que sentía. Papá decía que yo era un termómetro.

—En cuanto te miro la cara —decía—, puedo decir si hoy hará o no un buen día.

Tenía razón. Parecía un libro abierto, así de fácil era leer lo que llevaba escrito en mi interior. El tiempo siempre afectaba mi carácter. Cuando llovía incesantemente nunca miraba por la ventana, hacía ver que afuera el tiempo era bueno e ignoraba el golpeteo suave y continuo de las gotas de lluvia en el tejado. Pero cuando la luz del sol atravesaba las cortinas de encaje de mi cuarto y me besaba el rostro, abría los ojos y saltaba de la cama, porque seguir durmiendo hubiera sido como estar prisionera y la luz del día fuera la llave que abriera la pesada puerta de acero que me mantenía encerrada.

Mr. Wittleman, mi profesor de piano, opinaba lo mismo de mí. Escogía a propósito alguna pieza de Brahms o de Beethoven para que practicara en los días oscuros y nubosos y algo dulce y ligero de Chaikovski o de Liszt para los días soleados. Decía que cuando llovía mis dedos pesaban diez gramos más.

—Podrías haber nacido flor —decía alzando las cejas color castaño oscuro, tan espesas como cepillos—, por esa forma tan particular que tienes de florecer y oscurecerte.

Yo era consciente de que me estaba tomando el pelo aunque no sonriera. Era un hombre duro, y sin embargo tolerante. Enseñaba música a varios jóvenes en Cutler Cove y me dejaba entrever de muchas maneras que me consideraba su discípula más prometedora. Me dijo que hablaría con mi madre, que debía ir a Nueva York y tener una audición en Juilliard.

Me aparté de la ventana cuando oí a mi hermano menor, Jefferson, salir de su dormitorio y acercarse al mío atravesando el corredor. Esperé a que el pomo de la

puerta girara con lentitud. Le gustaba entrar subrepticamente mientras yo dormía y saltar de pronto a mi cama, a pesar de que siempre le echaba de allí con cajas destempladas. Le dije a mamá que el dibujante de Daniel el Travieso tuvo que haber conocido primero a Jefferson.

Como ya me había levantado, le iba a sorprender. El pomo de la puerta giró, ésta fue abriéndose poco a poco y Jefferson se asomó. En el instante en que adelantó el pie para entrar, yo abrí de golpe la puerta.

—¡JEFFERSON! —grité. Mi hermano se sobresaltó, soltó una carcajada, de un salto se encaramó en mi cama y se tapó con la colcha. También llevaba puesto el pijama y yo le propiné una fuerte palmada en el trasero—. Te avisé que no lo hicieras más. Tienes que aprender a llamar a la puerta.

Asomó la cabeza por debajo de la colcha. Éramos tan diferentes... Jefferson nunca estaba deprimido, a él nunca le afectaba el clima, a menos que le privara de hacer algo que hubiese planeado. Era capaz de salir a jugar tanto bajo una lluvia cálida y ligera como en un día de sol radiante. En cuanto se sumergía en su mundo de fantasía, nada le importaba ya. Mrs. Boston tenía que llamarlo cuatro o cinco veces para que le prestara atención, y cuando lo interrumpían, entornaba aquellos ojos de zafiro hasta convertirlos en una fina línea oscura de expresión enfadada. Tenía el temperamento, los ojos y la constitución de papá y la boca y la nariz de mamá. Sus cabellos eran castaño oscuro la mayor parte del año, pero en verano, quizá porque se pasaba la mayor parte del tiempo al sol, sus cabellos se aclaraban y adquirían el color de las almendras.

—Hoy es tu cumpleaños —dijo ignorando mis protestas—. He venido a darte dieciséis estirones de oreja y uno más para que tengas buena suerte.

—No, no lo harás. ¿Quién te ha dado la idea?

—Raymond Sanders.

—Bueno, pues le dices que se las estire él dieciséis veces. Sal de mi cama y vuelve a tu cuarto para que pueda vestirme —le ordené. Mi hermano se sentó, dobló la manta sobre su regazo y me miró con ojos oscuros e inquisitivos.

—¿Qué clase de regalos te van a traer? Vas a tener cientos. Va a venir mucha gente a tu fiesta —siguió diciendo, con las manos abiertas y las palmas hacia arriba.

—Jefferson, no es de buena educación pensar en los regalos. Ya es bastante que vengan todas esas personas, algunas desde muy lejos. Y ahora sal de aquí antes de que llame a papá —dije, señalando la puerta.

—¿Te traerán un montón de juguetes? —preguntó interesado, con la mirada llena de expectación.

—Lo dudo mucho. Tengo dieciséis años, Jefferson, no seis.

Sonrió. Mi hermano aborrecía que le regalaran ropa en lugar de juguetes el día de su cumpleaños. Abría apresuradamente las cajas, echaba un vistazo a las prendas de

vestir e inmediatamente iba a la siguiente, esperanzado.

—¿Por qué es tan importante cumplir dieciséis años? —preguntó.

Me cepillé el cabello hacia la espalda y me senté a los pies de la cama.

—Porque cuando una chica cumple dieciséis años, la gente empieza a tratarla de manera diferente —le expliqué.

—¿Cómo? —Jefferson nunca dejaba de hacer preguntas, nos volvía a todos locos con sus «¿por qué?», sus «¿cómo?» y sus «¿qué?»

—Lo hacen. Te tratan más como a un adulto que como a un niño o un bebé, como tú.

—Yo no soy un bebé —protestó—. Tengo nueve años.

—Pues actúas como si lo fueras, entrando aquí todas las mañanas gritando. Ahora vete y vistámonos para el desayuno —le dije levantándome—. Voy a ducharme y a vestirme.

—¿Cuándo vendrá tía Trisha? —preguntó, en lugar de marcharse. Le quedaban un montón de preguntas por hacer.

—Esta tarde, a primera hora.

—¿Y Gavin?

—Hacia las tres o las cuatro. ¿Has acabado, Jefferson? ¿Ya puedo arreglarme?

—Puedes hacerlo —repuso encogiéndose de hombros.

—Yo no me visto delante de los chicos —dije. Mi hermano torció la boca de un lado a otro como si estuviera mascando chicle.

—¿Y por qué no? —preguntó finalmente.

—¡Jefferson! Ya deberías saberlo y no hacer este tipo de preguntas.

—Pues yo me visto delante de mamá y de Mrs. Boston —dijo.

—Porque todavía eres un niño. ¡Vete! —exclamé señalando la puerta.

Jefferson se deslizó fuera de la cama, lentamente, pero luego se detuvo, considerando lo que yo acababa de decir.

—Richard y Melanie se visten y se desvisten uno delante del otro —explicó—. Y tienen doce años.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté.

Todo lo referente a tío Philip y tía Bet me interesaba. Seguían habitando el antiguo sector del hotel y dormían donde lo habían hecho la abuela Laura y Randolph. Sólo ahora los gemelos tenían dormitorios independientes, pero hasta hacía poco lo habían compartido. Yo no iba mucho allí, y cuando lo hacía siempre me quedaba mirando la puerta de la antigua suite de la abuela Cutler. Pero nunca pude asomarme al interior.

—Lo sé porque los he visto —dijo Jefferson.

—¿Has visto vestirse a Melanie?

—Uh, uh. Estaba en el cuarto de Richard y ella entró a coger un par de calcetines

azules —explicó.

—¿Comparten los calcetines? —pregunté incrédula.

—Uh, uh —repuso Jefferson moviendo la cabeza—. Y sólo llevaba puesta la ropa interior, sin nada encima —añadió, señalando el pecho. Yo me quedé boquiabierta, porque Melanie ya había empezado a desarrollar el pecho.

—Pues eso no está nada bien —dije, mientras Jefferson se encogía de hombros.

—Nosotros íbamos a jugar al bádminton.

—No me importa. Una chica de su edad no debe pasearse medio desnuda delante de su hermano y de su primo.

Jefferson volvió a encogerse de hombros y entonces se le ocurrió una idea.

—¿Si te traen algunos juguetes, podré jugar con ellos esta noche? ¿Podré?

—Jefferson, ya te lo he dicho. No espero que me traigan juguetes.

—¿Y si lo hacen? —insistió.

—Sí, podrás. Eso si sales de aquí ahora mismo —añadí.

—Estupendo —gritó, lanzándose hacia la puerta en el preciso momento que mamá llamaba y la abría. Casi chocó con ella.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Jefferson iba a salir para que pudiera vestirme —dije, mirándolo llena de furia.

—Vamos, Jefferson. Deja sola a tu hermana. Hoy tiene que hacer muchas cosas —le advirtió mamá.

—Me ha dicho que esta noche podré jugar con sus juguetes —declaró.

—¿Juguetes?

—Cree que voy a recibir toneladas de juguetes de regalo —expliqué.

—Oh —sonrió mamá—. Vamos, Jefferson, ve a vestirme para el desayuno,

—Soy un pirata —exclamó, levantando el brazo como si sostuviera una espada—. Yo, ju ju, y una botella de ron —gritó mientras desaparecía como una exhalación. Mamá rió y luego se dirigió hacia mí sonriendo.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo, mientras me abrazaba y me besaba—. Va a ser un día precioso. —Vi el brillo y la felicidad en sus ojos. Estaba muy hermosa con el color que le afluyó al rostro, como una de esas modelos que salen en las páginas de las revistas de modas.

—Gracias, mamá.

—Papá se está duchando y arreglando. Quiere ofrecerte el primer regalo de cumpleaños durante el desayuno. Me parece que tu cumpleaños le ilusiona más que a ti —añadió mamá, acariciándome el cabello.

—Creo que no voy a poder esperar a que venga todo el mundo —dije—. Tía Trisha está en camino, ¿verdad?

—Oh, sí, llamó ayer. Me dijo que te traía los programas de las obras y unas cuantas cosas más del teatro.

—Estoy impaciente. —Me dirigí al vestidor y cogí una falda azul celeste y una blusa de manga corta abotonada hasta el cuello.

—Es mejor que esta mañana te pongas una chaqueta. Hace fresquito —dijo mamá. Entró conmigo en el ropero y contempló el vestido que me iba a poner para la fiesta—. Estarás preciosa —añadió, sosteniéndolo en alto.

Era un vestido de seda rosa sin hombros, con escote en forma de corazón y una falda con volantes encima de varias capas de crinolina. Había llevado los zapatos al tinte para que me los tiñeran del mismo color que el vestido, pensando que sería una locura, y mamá me sorprendió comprándome un sujetador. Incluso a mí me sorprendió el efecto. Contuve la respiración y vi los pechos elevarse y separarse. El rubor me cubrió el rostro, el cuello y el escote. ¿Iba a ponerme eso? ¿Me atrevería?

—Vas a parecer tan mayor —dijo mamá y suspiró. Se volvió hacia mí—. Mi niña está hecha toda una mujercita. Mis pronto de lo que pensamos te vas a graduar en la escuela superior y entraras en la universidad —siguió diciendo, pero ahora su expresión era melancólica.

—Quiero hacer lo que dice Mr. Wittleman, mamá. Quiero tener una audición en Juilliard o en la Sarah Bernhardt —le dije, cosa que hizo desaparecer la sonrisa de su rostro. Por alguna razón, para mí desconocida, a mamá le daba miedo que yo fuera a Nueva York, y no me animaba demasiado a hacerlo.

—Fuera de Nueva York existen muchísimas escuelas de interpretación, por lo demás excelentes... incluso aquí en Virginia hay algunas.

—Pero, mamá, ¿por qué no quieres que vaya a Nueva York?

—Nueva York es demasiado grande. Allí puedes perderte.

—Es en Nueva York donde existen más oportunidades —repliqué—. Me lo ha dicho Mr. Wittleman.

Mamá no contestó. En lugar de hacerlo apareció en sus ojos dulces aquella mirada triste e inclinó la cabeza. Habitualmente era una persona tan vivaz que cuando había algo que entristecía su estado de ánimo yo sentía en mi corazón una terrible sensación de vacío.

—Mamá —le recordé—, ¡allí fuiste tú a la escuela de interpretación, y también fue tía Trish, y mira a dónde ha llegado!

—Lo sé —dijo a regañadientes, admitiendo que lo que yo decía era cierto—. Pero siento temor por ti.

—No soy mucho más joven de lo que tu eras cuando cargaste con la responsabilidad del hotel —le recordé.

—Sí, cariño, es cierto, pero fue la responsabilidad la que cayó sobre mí. No era algo que yo deseara. No tuve otra opción —se quejó.

—¿Me lo contarás, mamá? ¿Me contarás por qué dejaste la Escuela Sarah Bernhardt? ¿Lo harás?

—Pronto —prometió ella.

—¿Y me contarás la verdad sobre mi padre? ¿Lo harás? —Yo no me detuve—. Ya soy lo bastante mayor para saberlo, mamá.

Me miró como si me estuviera viendo por primera vez. Luego, aquella sonrisa angélica apareció de nuevo en sus labios y se inclinó para apartarme algunos mechones de cabello de la frente.

—Sí, Christie. Esta noche vendré a tu habitación y te contaré la verdad —me prometió.

—¿Toda la verdad? —pregunté, casi sin aliento. Mamá lanzó un profundo suspiro y asintió.

—Toda la verdad —dijo.

Papá, más guapo que nunca, ya estaba sentado a la mesa leyendo el periódico cuando yo bajé a desayunar. Mamá había ido al cuarto de Jefferson para evitar que se entretuviera, porque mi hermano era capaz de quedarse allí para siempre si de pronto le llamaba la atención uno de sus trenes o sus camiones mientras se lavaba los dientes o se peinaba.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo papá y se inclinó a besarme en la mejilla cuando me senté.

Por su aspecto, podría decirse que era mi hermano mayor. Mis padres tenían un aire tan juvenil que mis amigos se sentían celosos, sobre todo mi mejor amiga, Pauline Bradly, que era la nieta de Mrs. Bradly. Mrs. Bradly era la encargada de recepción del hotel.

—Tu padre tiene unos ojos de ensueño —decía Pauline.

En verano la piel de mi padre adquiría una tonalidad muy bronceada en cuanto trabajaba al aire libre, sus ojos oscuros resaltaban luminosos y brillantes como el ónice y poseía una bonita dentadura blanca que le daba una sonrisa de marfil. Era alto y musculoso, de cabello largo, que peinaba con una onda en la frente. A mí no me extrañaba que mamá estuviera enamorada de él desde la infancia.

—¿Qué se siente al cumplir dieciséis años? —me preguntó con una sonrisa.

—No lo sé. Estoy demasiado emocionada para sentir nada, creo —repose mientras su sonrisa se hacía más amplia.

—Por la manera en que se comporta tu madre, parece que fuera ella la que cumple los dieciséis —bromeó.

—¿Qué estás diciendo, James Gary Longchamp? —preguntó mi madre mientras atravesaba la puerta con Jefferson a su lado.

—Uh, oh —exclamó mi padre abriendo el periódico y simulando que volvía a su lectura.

—Tu padre —dijo mi madre mientras se sentaba—, por lo pronto, ha sido quien

más se ha preocupado de la comida, los adornos y la música. Ha vuelto loco a medio mundo, insistiendo en que los setos se cortaran perfectamente rectos y que cada flor estuviera en su sitio. ¡Es como si organizáramos una fiesta para la Reina de Inglaterra!

Papá apartó el periódico para poder verme la cara e hizo un guiño.

—Papá, papá, ¿puedo ayudarte a cortar el césped? ¿Puedo, por favor? —rogó Jefferson.

—Ya veremos —repuso papá—. Eso depende de lo bien que te comas el desayuno y de que no enredes demasiado...

Mamá y yo nos echamos a reír.

—Feliz cumpleaños, Christie —dijo Mrs. Boston mientras entraba en el comedor con la bandeja de huevos y cereales. Cuando la dejó, se acercó a mí, me abrazó y me besó.

—Gracias, Mrs. Boston.

—Vas a tener un magnífico cumpleaños.

—Vendrá a la fiesta, ¿verdad? —le pregunté.

—Desde luego, me he comprado un vestido nuevo muy moderno para la ocasión. —Echó una rápida mirada a papá—. Y usted no haga ningún comentario, Mr. Longchamp.

Papá rió entre dientes y dobló el periódico, buscó algo detrás de su silla y sacó un paquetito.

—Éste es el único momento en que la familia estará hoy reunida y a solas, así es que tu madre y yo hemos decidido dártelo ahora —declaró—. Pensamos que especialmente hoy te sería muy útil, considerando lo importantes que van a ser todos los minutos.

—¡Uau! —exclamó Jefferson impresionado por la envoltura del regalo, que era plateada con una cinta de color azul oscuro.

Empecé a desenvolverlo nerviosa, procurando no romper el precioso papel. Quería saborear cada instante, cada recuerdo de ese día. Abrí la caja alargada y vi en el interior un precioso reloj de oro.

—¡Oh, es precioso! —grité—. Gracias, papá —lo abracé—. Gracias, mamá —dije besándola.

—Deja que te ayude a ponértelo —se ofreció papá sacándolo de la caja.

—¿Tiene alarma? ¿Es sumergible? —preguntó Jefferson.

—Es un reloj de señora —dijo papá, sosteniendo suavemente mi brazo mientras me ponía el reloj—. Mira —añadió una vez me lo hubo abrochado.

—Te queda muy bien, Christie —dijo mamá.

—¿Es buena la hora? —preguntó Jefferson—. Es tan pequeño que casi no se ve.

—Puedo verla, sí —sonreí a todo el mundo, feliz por estar todos reunidos, de que

nos quisiéramos tanto. Por un momento, incluso llegué a olvidar las nubes que había afuera. Había tanto calor en el interior...

—¡Este es el mejor momento! —exclamé, mientras mamá y papá reían y empezábamos a desayunar charlando sin parar.

Los fines de semana, además de vigilar a Jefferson, ayudaba en el hotel relevando a alguien en recepción. A veces venía Pauline a ayudarme. En ocasiones se reunían los botones y nos divertíamos flirteando con ellos en el vestíbulo, así como respondiendo a las llamadas telefónicas y hablando con gente que procedía de lugares tan alejados como Los Ángeles, California o Montreal, Canadá.

Pero hoy era mi día y no tenía nada que hacer. Tan pronto como acabamos de desayunar, quise ir al salón de baile a ver cómo estaban quedando los adornos. Jefferson quiso acompañarme.

—Hoy debes dejar tranquila a tu hermana —le advirtió mamá.

—Está bien, mamá, si se porta bien que me acompañe —dije yo, lanzándole una mirada tan severa que hubiera podido derretir el hielo. Sólo papá y mamá podían obligar a Jefferson a hacer algo que no quería hacer.

—Me portaré bien —prometió él.

—Si lo haces puedes venir a ayudarme a cortar el césped esta tarde —dijo papá. Esta promesa bastó para que se enderezase en el asiento, acabara el desayuno y bebiera la leche. Después, me dio la mano obedientemente y atravesamos corriendo la puerta, bajamos las escaleras, cruzamos los campos y llegamos al hotel antes que mamá.

En el gran salón de baile estaban colocando los adornos. Mamá había decidido que en mi fiesta hubiera una orquesta, así que allí había un enorme podio blanco y rosa lleno de tubas, trompetas, tambores y trombones, violines, oboes y violonchelos apoyados en las paredes y dos enormes pianos en ambos extremos. En ese momento estaban colgando del techo cintas multicolores y a ambos extremos del salón de baile había unos grandes racimos de globos en los que se podía leer: Feliz dieciséis cumpleaños, Christie. Mamá dijo que después de que todos me cantaran *Cumpleaños feliz*, se lanzarían al aire todos aquellos globos.

Cuando llegamos, el personal del comedor ya casi había acabado de poner las mesas, con unos manteles de papel rosa y azul con las notas del tema musical. En cada mesa había una bolsa con obsequios del cumpleaños que incluían peines y espejos, estos últimos con mi retrato en el dorso.

En la parte frontal de la sala estaba la mesa en la que papá, mamá, la abuela Laura y Bronson, tía Trisha, tía Fern, el abuelito Longchamp, su esposa Edwina y Gavin iban a sentarse conmigo y algunas de mis mejores amigas de la escuela. Jefferson estaba muy emocionado porque tendría en su mesa a sus compañeros del colegio, así como Richard y Melanie.

Para la fiesta se había cambiado la iluminación de la pista de baile, colocando globos giratorios de colores y focos intermitentes. En el hotel teníamos una orquesta y mamá me había prometido que iba a cantar una o dos canciones.

Todo el mundo decía que sería la mejor fiesta que se había dado en el hotel. Habíamos invitado a todos los empleados y estaban tan emocionados como nosotros.

Jefferson y yo nos quedamos en la puerta contemplándolo todo y a todos. Estaban tan ocupados que no se dieron cuenta de nuestra presencia.

—Va a ser una fiesta muy cara —oímos decir a alguien.

Cuando nos volvimos casi tropezamos con Richard y Melanie, que estaban tan cerca el uno del otro que parecían pegados. Como era habitual en ellos, vestían ropas idénticas: Melanie llevaba una falda azul marino con una blusa blanca a topos azules y Richard vestía pantalones azul marino y una camisa idéntica. Tía Bet les compraba siempre la misma ropa. Estaba muy orgullosa de haber tenido gemelos y siempre aprovechaba la oportunidad de exhibirlos. Ambos llevaban gafas idénticas porque tenían el mismo problema en la vista.

Richard y Melanie tenían el cabello rubio y los ojos azules de tío Philip, la cara y la nariz afilada de tía Bet, así como sus finos labios; Richard era un poco más grueso y ligeramente más alto y Melanie tenía una dentadura recta y orejas pequeñas. Richard tenía la contextura de los Cutler, espaldas anchas, cintura estrecha, levantaba la cabeza con un gesto arrogante y hablaba con voz nasal, como lo hacía tía Bet. De los dos Melanie era la más retraída y, a pesar del aire de superioridad de Richard, también era la más inteligente.

—Hola —saludé—. Qué bien está quedando todo, ¿verdad?

—Fabuloso —repuso Richard secamente—. Dice papá que vamos a sentarnos a tu mesa —añadió dirigiéndose a Jefferson—, así que por favor no nos avergüences ni a nosotros, ni a Christie escupiendo la comida o lanzando bolitas de pan.

—Esta noche Jefferson no va a hacer nada de eso, ¿verdad? —dije yo con seguridad.

—En absoluto —repuso mi hermano hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Esta tarde voy a cortar el césped con papá.

—Qué bien —comentó Richard a regañadientes—. Por nada del mundo me dedicaría yo a correr alrededor de una máquina humeante bajo un sol ardiente.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Jefferson, insensible al sarcasmo de Richard. Siempre me divertía comprobar la indiferencia de Jefferson a las ofensas de Richard. Se comportaba como si Richard padeciera alguna extraña enfermedad y fuera mejor no prestarle más atención que la estrictamente necesaria.

—Nos vamos a la sala de juegos —repuso Melanie—. Vamos a jugar al parchís con los hijos de un huésped.

—¿Puedo mirar? —preguntó Jefferson.

—No creo que entiendas nada —dijo Richard con expresión cáustica—. Pero...

—Puedes venir —cortó Melanie—. ¿Tú también quieres venir, Christie? —preguntó.

—No, voy a ver a Mr. Nussbaum. Me dijo que fuera esta mañana.

—La cocina... ugh —dijo Richard.

—No tienes por qué despreciar el hotel, Richard —le amonesté—. Eres un Cutler.

—No ha dicho nada malo —replicó Melanie, saliendo rápidamente en su defensa, como si yo se lo hubiera dicho a ella.

—No está bien mirar por encima del hombro a nuestros empleados y darles la impresión de que te sientes superior.

—Somos los propietarios del hotel —me recordó Richard.

—Aunque así sea, no nos iría muy bien si no quisieran trabajar para nosotros —le indiqué. Los dos hermanos me miraron a través de los gruesos cristales de sus gafas que agrandaban sus ojos hasta el punto de parecer más unas ranas que unos niños. Finalmente Richard se encogió de hombros.

—Vamos —le dijo a Melanie.

—Ah —exclamó Melanie volviéndose—, feliz cumpleaños, Christie.

—Sí —gritó Richard como un lorito—. Feliz cumpleaños.

Jefferson los siguió y yo me dirigí a la cocina. La cara de Mr. Nussbaum se iluminó cuando me vio aparecer. Mamá me había dicho que había estado siempre en el hotel y que probablemente mentía acerca de su edad. Calculaba que ya debía de haber cumplido los ochenta. Hacía unos pocos años que había aceptado un ayudante, su sobrino León, un hombre alto, delgado, de cabellos castaños y ojos soñolientos. Aunque siempre parecía estar medio dormido, era un chef estupendo y prácticamente la única persona a la que Nussbaum toleraba que anduviera en su cocina.

—Ah, el cumpleaños de la niña —dijo Nussbaum—. Ven a ver. —Y yo me aproximé a uno de los mostradores en el que tenía bandejas y bandejas de entremeses variados perfectamente preparados—. Habrá tres clases diferentes de langostinos, cada una cocinada con una masa especial, wontons fritos, calabacines fritos y una selección de quesos, unos con jamón y otros con beicon. Esto lo ha hecho León —añadió y luego hizo un gesto—. Ven —dijo cogiéndome de la mano para enseñarme las costillas finamente cortadas.

—He hecho pollo en salsa de vino para los que no quieran buey. Mira lo que ha hecho el panadero —siguió diciendo, mostrándome los panecillos en forma de notas musicales.

—El pastel todavía no lo puedes ver porque es la gran sorpresa —dijo Mr. Nussbaum.

—Todo está quedando precioso.

—¿Y por qué no iba a quedar precioso? Es para una preciosa jovencita, ¿no es cierto, León?

—Oh, sí, sí —repuso el sobrino, con una sonrisa.

—Mi sobrino —dijo Mr. Nussbaum moviendo la cabeza—. Por esto no puedo retirarme —añadió dirigiéndome una sonrisa—. Pero no te preocupes de nada. Sólo diviértete.

—Gracias, Mr. Nussbaum —dije yo.

Salí de la cocina y me dirigí al vestíbulo, pero cuando doblé el recodo del pasillo me topé con tío Philip que iba a la parte antigua del hotel.

—Christie —gritó—. Magnífico... tengo la oportunidad de felicitar a solas a mi sobrina favorita. Feliz cumpleaños —me abrazó y me besó en la frente, primero con suavidad y luego, ante mi sorpresa, siguió besándome hasta la mejilla.

Tío Philip era un hombre guapo, un hombre jovial que siempre iba elegantemente vestido con trajes deportivos que resaltaban su figura; también le gustaba llevar gemelos de oro y diamantes, anillos y relojes de oro. Siempre iba bien peinado y jamás le vi con los zapatos sucios. Su idea del desaliño era llevar una chaqueta sin corbata.

Tía Bet también era muy escrupulosa y remilgada, no llevaba nada que no tuviera estilo o que no hubiera sido creado por un diseñador. Jamás bajaba si antes no se había peinado perfectamente y se había maquillado haciendo resaltar los rasgos que ella consideraba que eran dignos de hacerlo: sus largas pestañas, sus finos labios y su pequeña barbilla.

Tío Philip seguía sujetándome después de haberme besado en la mejilla. Me miró e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Te has convertido en una jovencita realmente preciosa, más bonita que tu madre cuando tenía tu edad —dijo en voz baja, tan baja que casi parecía un susurro.

—Oh, no, no es cierto, tío Philip. No soy más bonita que mamá.

Mi tío se echó a reír, pero no aflojó el abrazo. Yo empezaba a sentirme incómoda. Sabía que tío Philip me quería, pero a veces me parecía que era demasiado mayor para tantos abrazos y caricias, y eso me molestaba. Intenté desligarme del abrazo sin brusquedad, pero él me sujetó con más fuerza.

—Me gusta cómo te peinas —dijo—. El flequillo te hace parecer mayor, muy sofisticada —añadió pasándome suavemente la punta de los dedos por la frente.

—Gracias, tío Philip. Será mejor que me vaya. Tía Trisha va a llegar de un momento a otro.

—Oh, sí, Trisha —dijo sonriendo con afectación—. Todavía no ha sentado la cabeza. Va y viene de un sitio a otro sin parar... y sus manos... son como dos pájaros pegados a sus muñecas intentando liberarse.

—Es así porque es artista, tío Philip.

—Cierto. El teatro —dijo, con voz alegre pero con una expresión seria en los ojos cuando me miró, abrazándome todavía.

—Tengo que irme —repetí.

—Yo también. Feliz cumpleaños de nuevo —dijo, besándome en la mejilla una vez más antes de soltarme.

—Gracias —dije y salí corriendo. La expresión melancólica de su mirada hizo que mi corazón latiera con fuerza.

Cuando entré en el vestíbulo vi a mamá dando la bienvenida a tía Trisha. Mientras atravesaba corriendo el vestíbulo ellas se abrazaron. Tía Trisha llevaba un vestido de color rojo oscuro de falda larga que le llegaba casi a los tobillos. Cuando se dio la vuelta, su falda revoloteó como la de una bailarina de flamenco. Calzaba sandalias atadas en las pantorrillas y un chal blanco suelto sobre los hombros. Peinaba sus cabellos oscuros hacia atrás, en un moño alto que le daba mucho encanto. Unos largos pendientes de conchas marinas le colgaban de los lóbulos de las orejas.

—¡Querida Christie! —gritó alargando los brazos hacia mí—. Qué ganas tenía de verte —dijo, sujetándome por los hombros—. Cada vez que vengo estás más bonita. Esta chica es ideal para los escenarios, Dawn —añadió, haciendo un gesto de asentimiento.

—Quizá —repuso mamá, mirándome con orgullo—. ¿Quieres comer algo, Trish?

—Estoy hambrienta. Oh, no puedo esperar a la fiesta —me dijo.

—Le diré a Julius que lleve todas tus cosas a la casa —dijo mamá—. Te quedarás aquí... en la habitación de Fern —añadió.

—¿Es que no vendrá de la universidad para asistir a la fiesta? —preguntó tía Trisha, abriendo los ojos sorprendida.

—Sí, pero ha preferido quedarse en el hotel —repuso mamá. La mirada que tía Trisha y mamá intercambiaron lo decía todo... Mamá estaba contenta de que tía Fern se quedara en el hotel, porque como habían surgido nuevos problemas mis padres los podrían discutir en privado. Pero las paredes tenían oídos y Jefferson y yo sabíamos que tía Fern se había visto envuelta recientemente en un problema muy serio en la universidad.

—Ven —dijo mamá—. Te acompañaré a la cocina para que te den algo. Ya sabes cuánto le gusta a Nussbaum saber de ti.

—Muy bien. Christie, en la maleta tengo los programas del espectáculo.

—Oh, gracias, tía Trisha —volví a besarla y ella y mamá se fueron a la cocina, hablando sin parar e interrumpiéndose a cada frase.

Tuve la sensación de que el resto del día transcurriría muy despacio. Estaba impaciente ante la inminente llegada de Gavin y no paraba de acercarme a la puerta del hotel. Finalmente, entrada ya la tarde, llegó un taxi del aeropuerto. Bajé las escaleras corriendo esperando encontrarme con el abuelito Longchamp, Edwina y

Gavin, pero fue tía Fern quien bajó del automóvil.

Vestía unos tejanos viejos y una camiseta. Se había cortado sus largos y sedosos cabellos que a papá tanto le recordaban a los de su madre. Mi corazón dio un brinco al pensar en el disgusto que aquello le iba a producir.

Tía Fern era alta, casi tan alta como papá y tenía una figura de modelo: piernas largas y tronco esbelto. A pesar de las cosas terribles que se hacía a sí misma — fumaba de todo, desde cigarrillos a puros, bebía, no se acostaba hasta altas horas de la madrugada—, su aspecto era limpio y suave. Tenía los ojos oscuros de papá, sólo que los de ella eran más pequeños, más alargados y, a veces, huidizos. No me gustaba nada su manera particular de torcer el labio superior cuando algo la molestaba.

—Lleve la bolsa dentro —ordenó al conductor cuando bajó del automóvil. Entonces me vio.

—Bueno, pero si aquí está la princesa en persona. Feliz cumpleaños —dijo sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo trasero. Sus pantalones eran tan estrechos que parecía imposible que pudiera llevar algo en los bolsillos. Se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió mientras contemplaba el hotel—. Cada vez que vengo aquí, siento como si se me hiciera un nudo en el estómago —murmuró.

—Hola, tía Fern —dije finalmente. Ella me dirigió una rápida sonrisa.

—¿Dónde demonios se ha metido todo el mundo? ¿En sus despachos? —añadió con sarcasmo.

—Mamá está en la casa con tía Trisha y papá está cortando el césped.

—Tía Trisha —dijo ella con desdén—. ¿Todavía respira?

—A mí me gusta mucho tía Trisha —le dije.

—En primer lugar, no es tu tía, así es que no sé por qué insistes en llamarla así y, en segundo lugar, mejor para ti. —Hizo una pausa, echó una bocanada de humo y me miró—. Adivina lo que te he traído para tu cumpleaños —dijo sonriendo tímidamente.

—No puedo imaginarlo —repuse yo.

—Te lo daré más tarde, pero no se lo enseñes a tu madre ni le digas que te lo he dado yo. ¿Prometido?

—¿Qué es? —pregunté intrigada.

—Un ejemplar de *El amante de lady Chatterley*. Ya es hora de que te enteres de todo eso —añadió—. Bien, ya estoy aquí. Otra vez en casa —dijo subiendo los peldaños y entrando en el hotel.

Un escalofrío de aprensión me recorrió la columna vertebral. Apenas hablé con ella unos pocos minutos, y ya mi corazón latía como augurando lo que iba a suceder después. Tía Fern era como una tormenta de rayos y truenos sacudiendo los fundamentos de la felicidad. Dirigí la vista al océano. Todavía había grandes nubarrones ocultando la luz del sol. Incliné la cabeza y me dispuse a entrar otra vez

en el hotel cuando oí el sonido de un motor, me volví y vi que otro taxi se acercaba.

Descubrí una mano que se agitaba en la ventanilla trasera y luego un rostro.

Era Gavin, que con su espléndida sonrisa hizo desaparecer la desazón que sentía un momento antes; la esperanza de la luz llegó con la misma rapidez con que antes había desaparecido.

Y NO FUE...

Gavin salió del taxi rápidamente, aunque sin prisas. Yo quería correr hacia él y abrazarlo, pero sabía que si hacía tal cosa lo pondría en una situación embarazosa y se ruborizaría, sobre todo porque su padre y su madre estaban presentes. Yo llamaba a su padre abuelo Longchamp porque era el padre de papá. Era un hombre alto y flaco con profundas arrugas en el rostro. Había perdido bastantes cabellos, aunque todavía podía peinar hacia atrás el resto de pelo, de color castaño oscuro. Había encanecido bastante desde la última vez que lo vi, sobre todo a la altura de las sienes. Su delgada complexión, esas manos y brazos tan largos y sus ojos casi siempre tristes me recordaban a Abraham Lincoln.

La madre de Gavin, Edwina, era una mujer dulce y cariñosa que hablaba suavemente y a la que, tanto el hotel como la familia, parecían causarle pavor. Tía Fern no perdía la ocasión de recordarle que ella era sólo su madrastra, a pesar de la amistad y el amor que Edwina procuraba demostrarle. En sus cartas y siempre que estábamos juntos, Gavin me contaba con frecuencia las cosas que tía Fern le hacía o le decía a su madre.

—Es mi hermanastra —me decía Gavin—, pero no se comporta como tal.

—Bueno —exclamó el abuelito Longchamp cuando bajó del taxi—, ¡es el cumpleaños de la niña!

—¡Feliz cumpleaños, querida! —gritó Edwina, después que el abuelito Longchamp me hubiera besado en la mejilla y con las manos en las caderas esperara la aparición de papá.

—Hola, Gavin —saludé dirigiéndome hacia él.

—Hola —repuso con una tierna expresión en los ojos, acercándose.

—¿Dónde está Jimmy? —preguntó el abuelito Longchamp, pero antes de que pudiera contestar apareció papá en el umbral de la puerta.

—Hola, papá, bienvenido —gritó acercándose. Luego abrazó y besó a Edwina y les ayudó a bajar las maletas. Gavin y yo les seguimos y entramos en el hotel.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunté a Gavin. Procuraba no mirarle, pero comprobé que había crecido y la cara se le había redondeado, lo que le hacía parecer mayor.

—Largo y aburrido —repuso—. Deseaba estar cerca de ti.

—Yo también —confesé. Me dirigió una rápida sonrisa y luego contempló el vestíbulo del hotel—. ¿Nada ha cambiado?

—Espera a ver el salón de baile —le dije.

—¿Nos acompañas a la suite, Gavin? —preguntó el abuelito Longchamp.

—No te preocupes, yo te desharé la maleta —dijo su madre al ver su renuencia—. Quiere estar con Christie, hace tiempo que no se han visto —añadió mientras Gavin se ruborizaba, turbado. Yo no había conocido a ningún chico tan tímido.

—Gracias, mamá —murmuró y se quedó mirando algo que estaba al otro lado del vestíbulo.

En cuanto papá se llevó al abuelito Longchamp y a Edwina, me volví hacia Gavin.

—¿Quieres que demos un paseo por los jardines hasta la piscina? —pregunté—. Así podrás ver los cambios que se han producido.

—Estupendo. Apuesto a que esta noche vendrán un montón de amigos de tu colegio —dijo cuando salíamos.

—Toda la clase. No he querido excluir a nadie.

—¿Ah, sí? ¿Has hecho algún amigo más desde tu última carta? —preguntó vacilante. Yo sabía lo que significaba: ¿tienes un nuevo acompañante?

—No —repuse. A Gavin se le iluminó el rostro, sus hombros se relajaron y se echó hacia atrás sus largos cabellos negros, tan negros como los de papá. Tenía también unas pestañas larguísimas, tan largas y espesas que parecían falsas—. ¿Y tú qué cuentas? —le pregunté.

—Nada nuevo —repuso—. Todavía voy con Tony, Doug y Jerry. No te lo conté, pero la hermana de Doug se comprometió y se casó en el plazo de un mes —añadió mientras atravesábamos la salida trasera y salíamos al sendero que desembocaba en el jardín.

—¡Un mes!

—Bueno —dijo—, tuvo que hacerlo.

—Oh. ¿Están enfadados? —pregunté.

—Creo que sí. Doug no habla demasiado. Todas las familias tienen una oveja negra. Eso creo. Oye, esto me recuerda algo —añadió—, ¿ha llegado ya Fern?

—Uh, uh. Se ha cortado el pelo. Creo que papá no la ha visto todavía. Va a dormir en el hotel, tía Trisha se quedará en la casa y dormirá en su habitación. Mamá lo ha dispuesto así.

—No puedo criticarla. ¿Cómo está Pauline Bradley? ¿Sigue retorciéndose el pelo con los dedos cuando habla con alguien? —preguntó. Yo solté una carcajada.

—Es tan nerviosa, Gavin. Es una chica muy tímida —expliqué.

Gavin hizo un gesto de asentimiento. Cuando miré hacia el océano, comprobé que las nubes se disipaban dejando al descubierto parches de color azul. Gavin sabía lo que me preocupaba, siempre me hacía bromas por la manera en que el tiempo afectaba a mi humor.

—Lástima de nubes —dijo—, yo he soplado, pero...

—Creo que no va a llover —comenté yo—, parece que está aclarando.

—No lloverá. ¿Estás muy emocionada con tu fiesta? —preguntó.

—Sí. Estoy contenta de que hayas podido venir —añadí.

—Yo también —dijo, haciendo una pausa para mirarme—. Estás muy... guapa.

—¿Parezco más mayor? No me siento más vieja —dije apresuradamente—.

Aunque todo el mundo me trata como si lo fuera.

Gavin me escrutó durante un instante con aquellos tiernos ojos oscuros.

—Creo que pareces más mayor —dijo finalmente—. Y más bonita —añadió. Giró la cabeza en cuanto hubo pronunciado estas palabras, pero para mí fueron como el aroma de las rosas—. Oye, ¿no es Jefferson ese que está ahí con la cortadora del césped? —Le saludó con la mano y Jefferson nos vio y urgió a Buster, el encargado, a que parara la máquina para que él pudiera acercarse corriendo.

—¡GAVIN! —gritó Jefferson. Gavin lo levantó y lo hizo girar en alto.

—¿Qué estás haciendo, sobrinito?

—Trabajando, Gavin, cortando el césped. Luego ayudaré a arreglar los escalones de la piscina. Están descantillados.

—Oh, parece importante —dijo Gavin, haciéndome un guiño. Yo aún estaba impresionada por la manera en que me había mirado y me había dicho «más guapa».

—¿Quieres verlo? Ven. Te enseñaré los escalones —dijo Jefferson, cogiendo a Gavin de la mano. Gavin se encogió de hombros haciendo un gesto como de impotencia. Yo los seguí con la cabeza inclinada y con el corazón latiendo de felicidad.

Qué complicadas eran nuestras vidas. Gavin y papá eran hermanastros y Gavin era tío de mi hermano, pero conmigo no tenía ningún lazo de sangre. Sin embargo solía bromear y me decía que debía llamarlo tío Gavin, porque técnicamente era mi tío. Aunque se burlaba de nuestras relaciones, la extraña unión de nuestras familias nos hacía reacios a hablar de nuestros sentimientos reales. Me preguntaba si lo superaríamos algún día, y en tal caso, ¿no complicaría aún más nuestras vidas?

Cuando Jefferson le hubo enseñado a Gavin el trabajo que iba a hacer en la piscina, volvió con Buster a acabar de cortar el césped y Gavin y yo nos quedamos solos de nuevo. El viento se estaba llevando las nubes cada vez más lejos. La luz del sol iluminaba parcialmente el hotel y los prados. Gavin y yo seguimos paseando por los jardines, hablando de nuestros estudios en el colegio y de las cosas que habíamos hecho desde la última vez que nos habíamos visto. Muchas de estas cosas ya nos las habíamos contado por carta, pero tanto él como yo teníamos la necesidad de seguir hablando. El silencio nos provocaba una sensación extraña, y cuando se cruzaban nuestras miradas rápidamente las apartábamos hacia otro lado procurando tener otra cosa que decir.

—Creo que deberíamos volver —dijo Gavin finalmente—. Se está haciendo tarde y seguro que quieres empezar a prepararte.

—La verdad es que estoy muy nerviosa —dije—. No tanto por mí como por mamá —añadí—. Quiere que la fiesta sea un gran éxito.

—Y lo será. No te pongas nerviosa —me tranquilizó, sonriendo y dándome un rápido apretón en la mano. Mis dedos buscaron los suyos cuando él los apartó—. ¿Me reservarás un baile?

—Desde luego, Gavin. Serás la primera persona con la que baile.

—¿La primera? —La idea pareció asustarle, sabía que íbamos a ser objeto de la mirada de todo el mundo.

—¿Por qué no?

—Quizá deberías bailar primero con Jimmy—sugirió.

—Ya veré —repuse con coquetería, cosa que le hizo enrojecer—. No te escondas en un rincón con Ricky Smith y Warren Steine, porque iré a buscarte —bromeé.

—No voy a esconderme —dijo—. Esta noche, no; esta noche es muy especial para ti.

—Y espero que también lo sea para ti —añadí yo, cosa que le hizo iluminar el rostro.

Al otro lado de los campos descubrí a mamá saludando con la mano y llamándome desde la entrada de la casa.

—Tengo que irme —dije—. Te veré pronto.

Alargué la mano y él también lo hizo. Nuestros dedos se rozaron un instante y una sensación cálida y eléctrica me recorrió el brazo y el pecho, haciéndome palpar el corazón. Me alejé corriendo y me detuve.

—Estoy muy contenta de que estés aquí —grité.

—Yo también —dijo.

Eché a correr y pasé de la sombra de las nubes a la luz del sol, que se había abierto paso prometiéndome la noche más feliz de toda mi vida. La brisa del océano me besó el rostro y levantó mis cabellos. El pasaje de niña a mujer me producía un sentimiento de emoción y de temor al mismo tiempo, un sentimiento nuevo y profundo.

Después de ducharme vino mamá a peinarse y maquillarse conmigo en mi tocador. Nuestros alegres comentarios me hicieron ver por qué la gente creía que éramos hermanas y no madre e hija. Mamá me había tenido muy joven y ahora apenas había sobrepasado la treintena; y, por si fuera poco, aún mantenía un rostro y una complexión que no indicaban en absoluto su edad. Yo esperaba que así fuera siempre, pero en ese momento, con nuestros rostros reflejados uno junto al otro en el cristal del espejo, pude observar claramente las diferencias, diferencias que debían atribuirse a mi padre. Dejé de cepillarme el cabello un momento.

—¿Cómo era, mamá? —pregunté de pronto.

—¿Quién?

—Mi padre —dije.

Al mirarnos a través del espejo algo pasó. Ese «algo» hizo que pareciera que estuviéramos hablando a cierta distancia y que esta distancia hiciera que las preguntas y las respuestas fueran más fáciles de expresar. Tenía la esperanza de que mamá no tuviera ningún inconveniente en hablarme ahora de las cosas que había prometido contarme por la noche.

—Oh —dijo y continuó cepillándose el cabello durante unos instantes. Yo pensé que no iba a contestar—. Era muy guapo, era como una estrella de cine, de anchas espaldas y cabellos oscuros y sedosos —explicó con voz tranquila y lejana—. Siempre iba elegantemente vestido y tenía esos ojos azul oscuro que centellean con un fulgor travieso —sonrió al recordarlo—. Naturalmente, todas las chicas del colegio estaban enamoradas de él. ¡Y él lo sabía! —añadió, cepillándose enérgicamente—. Jamás conocerás a nadie tan arrogante...

Contuve el aliento, temerosa de que si me movía o hablaba, ella dejara de hacerlo.

—Yo entonces era una adolescente bastante ingenua y él se aprovechó. Yo creía todo lo que él me decía y lo hacía todo como si estuviera en las nubes.

—¿Entonces yo tengo sus ojos? —pregunté tímidamente.

—Son del mismo color, pero los suyos eran zalameros, embaucadores, y alumbraban falsas promesas.

—También debo de tener su boca —añadí, mientras ella me estudiaba durante unos instantes.

—Sí, supongo que sí, y tu barbilla también es como la suya. A veces, cuando sonríes... —Se detuvo, como si recuperara el sentido.

—¿Fue siempre tan terrible, desde el principio? —pregunté rápidamente, con la esperanza de que siguiera hablando de él.

—Oh, no. Al principio era seductor, tenía mucho encanto y era cariñoso. Creía todo lo que me decía, me tragaba todas sus mentiras. Pero —añadió inclinando la cabeza con los ojos llenos de tristeza—, como sabes, yo era una jovencita sin una familia y me halagaba que se preocupara por mí. La abuela Cutler había accedido a enviarme a Nueva York, sobre todo para liberarse de mí, y mi madre era incapaz de cuidar de sí misma, mucho menos de mí. Podía considerarme huérfana.

»Entonces apareció ese astro de la música, famoso en el mundo, muy guapo, llenándome de atenciones, prometiéndome que algún día cantaría a su lado en los escenarios más importantes del mundo. ¿Por qué no iba a perder la cabeza y creer en todas sus promesas? Para él sólo era una conquista amorosa —añadió con amargura.

—¿Y nadie se dio cuenta? —pregunté intrigada. A pesar de la pena de mi madre, la aventura romántica me fascinaba.

—Lo mantuvimos en secreto. El era un profesor y yo una estudiante. La abuela

Cutler tenía sus espías y esperaba encontrar algo que me perjudicase. Le mentí a tía Trisha, hasta que ya me fue imposible hacerlo porque estaba embarazada de ti.

—¿Y qué hizo él cuando lo supo?

—Oh —dijo, volviendo a cepillarse el cabello—, hizo nuevas promesas. Nos casaríamos, tendríamos una niñera y viajaríamos. Yo sería una estrella de la música. —Hizo una pausa y sonrió con afectación—. Si mantenía el secreto, para que pudiera acabar el curso en la escuela sin ninguna falta grave.

»Entonces —añadió mirándose al espejo con expresión fría en los ojos, como si estuviera viéndolo en él—, simplemente desapareció. Trisha vino a casa una tarde, excitada porque Michael Sutton había abandonado repentinamente su carrera docente, al parecer porque lo habían llamado de Londres para una nueva producción.

»Todo mentira —añadió, sacudiendo la cabeza—. Me había abandonado.

—Qué horror —dije con el corazón palpitante. Me pregunté qué habría hecho yo en tal situación.

—No podía confiar en mi madre y sabía que a la abuela Cutler todo aquello la llenaría de regocijo. Me volví loca, salí a las calles de la ciudad en medio de una tormenta y un coche me atropelló. Por suerte las heridas que sufrí no revistieron cuidados y acabaron todas las mentiras; entonces me sentí más vulnerable que antes y a merced de la abuela Cutler, que me cogió para tenerme bajo su férula y la de su hermana Emily en la plantación de su familia, The Meadows.

»El resto es demasiado penoso para poder ser narrado —concluyó.

—¿Yo nací allí? —pregunté.

—Sí, y te alejaron de mí. Pero, gracias a Dios, llegó Jimmy y pudimos sacarte de aquel agujero —dijo, sus ojos estaban tan llenos de ternura y de amor que me hizo sentir que el hecho de tenerme había sido lo mejor que le había sucedido—. Y ahora —añadió besándome en la mejilla—, ya conoces nuestra triste historia.

—Pero no me lo has contado todo, mamá —dije yo—. Y me lo habías prometido.

—Oh, Christie, ¿y qué más puedo decirte? —preguntó, con un gesto amargo en los labios.

—Una vez mi padre vino aquí, ¿verdad?

—No, aquí no —repuso—. Llamó desde Virginia Beach. Me pidió que te llevara allí, diciendo que lo único que quería era conocerte, ver a su hija. Lo que quería en realidad era chantajearme y sacar algún dinero, pero mi abogado se encargó de evitarlo.

»A decir verdad, me dio lástima. Se convirtió en la sombra de lo que fue. El alcohol y la mala vida dieron al traste con toda su carrera.

—Mamá —dije, recordando algo de pronto—, ese antiguo medallón que guardo en el joyero... —Abrí la caja y rebusqué en el interior hasta que lo encontré. Ella hizo un gesto de asentimiento—. ¿Fue mi padre quien me lo regaló? —Mamá volvió a

asentir.

—Sí, eso es todo lo que te ha dado —dijo.

—No logro recordarle... sólo un rostro triste... oscuro..., unos ojos melancólicos...

—Para conmovirme —dijo ella fríamente.

—¿Le odias? —pregunté.

Mamá se volvió y se contempló en el espejo durante un buen rato antes de responder.

—Supongo que no. En mis recuerdos es como un fantasma, el espíritu de la decepción quizá, el fantasma de una jovencita cariñosa, el fantasma de sus sueños de amor, del sueño de amor imposible. Es lo que sucede cuando convertimos las ranas en príncipes —dijo, volviéndose repentinamente hacia mí—. Cuidado, Christie. Te has convertido en una jovencita preciosa y tendrás muchos admiradores. Yo no tuve una madre que me avisara, pero temo que aunque tú la tengas puedas caer en las garras del encanto, de las sonrisas y de las falsas promesas.

»Debes ser más lista que yo. No temas enamorarte de alguien con todo tu corazón, pero no entregues tu corazón libremente. Un poco de escepticismo es bueno, necesario, y si un hombre te ama de verdad, y tú le correspondes, comprenderá tus temores y tus dudas y no querrá precipitar los acontecimientos. ¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó.

—Sí, mamá —repuse. Aunque mamá y yo nunca habíamos hablado de sexo, sabía perfectamente que me estaba diciendo que no fuera demasiado lejos en estas cuestiones, como lo había hecho ella.

Me besó de nuevo y me apretó el brazo suavemente.

—Y ahora veamos, ¿dónde estábamos? —dijo sonriendo al espejo—. Ya es bastante malo que la abuela Laura no se encuentre aquí entre nosotros. Revolotearía a nuestro alrededor diciéndonos qué lápiz de labios y qué maquillaje son los más adecuados, qué pendientes ponernos y cómo peinarnos.

—Yo quiero parecerme a ti, mamá —dije—. Natural, sencilla, yo misma. No quiero ponerme toneladas y toneladas de maquillaje e impresionar a la gente con un montón de joyas.

Mamá se echó a reír.

—No obstante —dijo—, podemos hacer algo con nuestro aspecto... marcar las cejas, un poco de rouge, el tono de lápiz de labios que mejor se complementa y un perfume. —Dejó caer una gota de su perfume favorito entre mis senos y en la toalla en la que me había envuelto. Ambas lanzamos una carcajada, lo bastante fuerte como para que papá apareciera en el umbral de la puerta.

—Me ha dado la sensación de que estaba en los dormitorios de la universidad —declaró sonriendo.

—Pues no, James Gary Longchamp, y ve a ponerte el esmoquin tal como habías prometido. Puedes estar satisfecha —siguió diciendo mamá—, sólo se lo pone en tu honor. Nunca logro convencerle para que se ponga una corbata.

—Por qué las mujeres pueden ir tan cómodas como quieran y los hombres tienen que llevar un traje de mono, me resulta inexplicable —se quejó papá—. Sin embargo —añadió rápidamente cuando mamá frunció el ceño—, voy a ponérmelo con mucho gusto —dijo retrocediendo con las manos en alto.

Cuando se hubo marchado, la expresión del rostro de mamá se suavizó y sus ojos radiantes traicionaron el gran amor que sentía por papá.

—Los hombres son como niños —dijo—. Recuérдалo. Hasta los más fuertes y los más inteligentes son más sensibles de lo que están dispuestos a admitir.

—Lo sé. Gavin es así —comenté.

Mamá se me quedó mirando un momento, con aquella sonrisa angélica en sus labios.

—Gavin te gusta mucho, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —admití yo, y ella hizo un gesto de asentimiento como confirmando una sospecha.

—¿Y a ti no te gusta, mamá?

—Oh, sí. Es un joven muy sensible y educado, pero todavía tienes mucho tiempo antes de enamorarte de alguien —dijo—. Tendrás docenas de amigos.

—Tu no los tuviste —repuse yo rápidamente—. ¿Te lamentas por no haberlos tenido?

Se quedó pensativa durante unos instantes.

—A veces —confesó—. No cambiaría a Jimmy por nadie, pero me hubiera gustado tener una infancia normal, ir a muchas fiestas, tener citas y...

—¿No tuviste ningún amigo cuando fuiste a la escuela superior y no tenías citas? —pregunté. Su expresión soñadora desapareció al instante.

—En realidad, no —repuso rápidamente—. Oh, Christie —añadió—, basta de hablar de temas conflictivos y pensemos en tu preciosa fiesta. Volvamos al trabajo —ordenó, y volvimos a nuestro cabello y al maquillaje.

¿Por qué se pone tan nerviosa cuando hablamos de los amigos de la escuela superior?, me pregunté. Cada vez que me enteraba de algo nuevo sobre mi madre, descubría nuevos misterios. Apenas acababa de resolver un rompecabezas, otro nuevo aparecía rápidamente. En mi interior llovían las preguntas.

Cuando terminamos de peinarnos y de maquillarnos, mamá fue a su cuarto a vestirse y yo me puse mi vestido. Acababa de ponerme los zapatos e iba hacia el espejo cuando tía Trisha llamó.

—¿Tienes un momento? —preguntó asomando la cabeza.

—Sí, desde luego.

—Oh, querida, estás preciosa. Espero que te hagan montones de fotografías — exclamó.

—Gracias, tía Trisha. —Todavía llevaba el cabello recogido, pero ahora se había puesto un vestido de lamé azul. Alrededor del cuello el collar de perlas más bonito que había visto nunca, y en las orejas pendientes de perlas. Me miraba sonriente con sus hermosos ojos verdes.

—Bien —dijo papá asomando detrás de ella—, ¿qué aspecto tengo?

—¡Oh, papá! —grité. Nunca, antes, lo había visto tan guapo: con el esmoquin negro y la corbata, sus negros cabellos bien peinados y el bronceado de su piel—. Pareces... un astro de cine. —Enrojecí al recordar que así había descrito mamá a mi genitor. Tía Trisha soltó una carcajada.

—Pues no me siento como tal, sino como el maniquí de un escaparate —replicó bromeando.

—A mí no me lo pareces —dijo mamá entrando tras él. Llevaba una falda de satén blanco y un corpiño bien ceñido sujeto a los hombros con finos tirantes. Parecía una reina con el collar de brillantes y rubíes y los pendientes de brillantes.

—¡Mamá, estás preciosa! —exclamé.

—Tengo una razón para estarlo —contestó. Los tres fijaron en mí su mirada—. ¿No está espléndida, Trisha?

—Desde luego. Agnes Morris le daría el papel de Julieta o de Cleopatra inmediatamente —dijo, riendo.

—¿Quién es Agnes Morris? —pregunté.

—La directora de la residencia cuando estábamos en el Sarah Bernhardt —explicó Trisha.

—Ya estoy listo —oímos gritar a Jefferson. Salió corriendo de su habitación donde Mrs. Boston le había ayudado a vestirse. Estaba adorable con su traje azul, su corbata y el cabello perfectamente peinado.

—Qué jovencito más guapo —dijo tía Trisha—. ¿Serás mi acompañante esta noche?

—Uh, uh —repuso Jefferson, mirándola con los ojos muy abiertos. Reímos cuando empezamos a caminar hacia el hotel. Mi corazón se disparó y pensé que debía calmarme. Mamá, al ver el nerviosismo reflejado en mi cara, me rodeó los hombros con el brazo y me besó.

—Todo va a salir muy bien —me aseguró—. Te vas a divertir mucho.

—Gracias, mamá. Tengo los mejores padres que una chica puede tener. Te agradezco todo el amor que me das —dije. Mamá sonrió, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El salón de baile era, sencillamente, espectacular, con la orquesta interpretando una

melodía, los flashes de luz en la pista y todo el decorado. En el último momento, para que fuera una sorpresa, habían colgado una enorme cinta en la que se leía FELIZ CUMPLEAÑOS, CHRISTIE. TE QUEREMOS con letras brillantes de color rosa.

La gente empezó a llegar, entrando cada vez más personas. Apenas recibía yo a un grupo cuando ya llegaba otro y otro. Los camareros iban vestidos con chaqueta blanca y corbatas de pajarita, con chalecos y pantalones azul oscuro; y las camareras con blusas y faldas de color rosa, circulando con bandejas atestadas de aperitivos fríos y calientes que Mr. Nussbaum y su sobrino León habían preparado. A la izquierda, habían dispuesto dos grandes recipientes con ponche para los jóvenes. Al fondo, a la derecha, en el extremo más alejado, estaba el bar para los adultos. Tío Philip, tía Bet y los gemelos llegaron poco después que lo hiciéramos nosotros. Richard vestía un traje azul oscuro y corbata y Melanie un vestido del mismo tono azul oscuro con mangas hasta el codo. Tras los saludos de rigor, tío Philip se quedó con mamá y conmigo. Fijó en mí su mirada y asintió con aprobación.

—No sé quién está más guapa esta noche —dijo, contemplando alternativamente a mamá y a mí—, si tú o tu madre. De cualquier modo —añadió rápidamente, antes de que nosotras pudiéramos protestar diciendo que la otra estaba más guapa—, Christie es como un pequeño diamante sin mancha y tú, Dawn, eres la joya real.

—Gracias, Philip —dijo mamá, centrando rápidamente su atención en la aparición de Bronson y la abuela Laura—. Oh, ha llegado la Madre.

—Salúdala tú primero —murmuró Philip con una sonrisa retorcida—. Aborrezco que me llame Randolph y que Bronson se quede a su lado. —Mamá hizo un gesto de asentimiento y me tomó de la mano para que la siguiera. Miré a tío Philip, que seguía a nuestro lado, y luego corrí con mamá hacia la puerta. La abuela Laura se había lavado el cabello y se lo había peinado. A causa de una terrible artritis en las caderas, hacía poco que se había visto obligada a ir en silla de ruedas. Parecía una reina viuda, envuelta en su estola de marta cibelina. Se había puesto sus mejores galas y su grueso collar de brillantes a juego con los pendientes y la tiara de brillantes. Aunque parecía divertirse que la hubieran llevado hasta allí, sus ojos reflejaban una expresión confusa.

Bronson Alcott cuidaba a la abuela Laura. Aunque seguía siendo un hombre alto y esbelto, su espalda estaba más curvada desde la última vez que le había visto. Sus bigotes a lo Clark Gable se habían teñido de gris, así como sus cabellos castaños. Sin embargo seguía siendo un hombre guapo y distinguido. Me agradaba su acento suave y su educación. Nadie me sugería tan bien lo que debió de ser la aristocracia sureña como Bronson. Me admiraba también la paciencia y el amor con el que trataba a la abuela Laura, que, según mamá, seguía siendo muy caprichosa, a pesar de su periódica pérdida de memoria.

—Madre, tienes muy buen aspecto —dijo mamá mientras se inclinaba para

besarla. Abuela Laura la miró complacida y luego clavó en mí sus ojos.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo. «Qué encanto, recuerda y reconoce», pensé —. Bronson, dale a Clara su regalo —dijo, al tiempo que yo quedaba decepcionada. Mamá me dirigió una mirada de complicidad y Bronson me guiñó un ojo. Yo asentí.

—Gracias, abuela. —La abracé y la besé. A mi nariz llegó el fuerte aroma de su perfume. Parecía como si se hubiera bañado en él.

—Vamos, vamos —ordenó la abuela Laura haciendo un movimiento con la mano —. Tengo que saludar a toda esa gente.

—Feliz cumpleaños, Christie —dijo Bronson y deslizó un regalo en mi mano y me besó en la mejilla mientras empujaba la silla de ruedas de la abuela Laura hacia el salón de baile.

—Yo te lo guardo —se ofreció mamá—. Ve y saluda a tus amigos.

—Gracias, mamá. —Miré a mi alrededor buscando a Gavin, pero mis parientes todavía no habían llegado. Momentos después apareció Pauline Bradly con sus amigos del colegio, nos reunimos en un extremo del salón riendo y abrazándonos, las chicas buscando entre los invitados a los chicos que más les gustaban.

—¡Es la mejor fiesta a la que he asistido en mi vida! —exclamó excitada Pauline —. ¿Ese es Gavin? —gritó. Me volví a mirar en la dirección que señalaba y mi corazón se agitó ligeramente al comprobar que finalmente había llegado, acompañado de sus padres.

Con su chaqueta azul claro, el chaleco y la corbata, Gavin atrajo más de una mirada femenina. Aun a distancia pude ver cómo me sonreían cálidamente sus ojos oscuros. Lo saludé con la mano y él se dirigió a nuestro encuentro. El abuelito Longchamp y Edwina se reunieron con mamá.

—Hola —dijo, ignorando a todos los demás—. Tienes muy buen aspecto.

—Y tú también —repuse con una voz que apenas fue un murmullo, a pesar de la música y de las voces de los que hablaban a nuestro alrededor.

—Gracias. Me he comprado esta chaqueta especialmente para la fiesta —dijo.

Entonces observé que mis amigas estaban mirando.

—Recuerdas a Pauline, ¿verdad? —pregunté, volviéndome.

—Sí, desde luego. Hola.

Pauline se quedó allí plantada, con una sonrisa boba en la cara, y empezó a retorcerse un mechón de pelo con los dedos. Por el rabillo del ojo vi que mamá me llamaba para que fuera a saludar a alguien.

—Pauline, ¿por qué no presentas a Gavin a todo el mundo mientras voy a ver lo que quiere mamá? —le sugerí.

—Con mucho gusto —contestó Pauline con los ojos radiantes de felicidad. La expresión de tristeza de Gavin cuando vio que me iba y él se convertía en el centro de atención fue demasiado evidente, pero en ese momento no podía hacer nada por él.

Mamá quería que saludara a unos invitados: gente importante de Cutler Cove y de Virginia Beach, huéspedes que casi eran ya miembros de la familia por la frecuencia con la que venían a nuestro hotel y a miembros de la dirección del hotel, como Mr. y Mrs. Dorfman.

—Creo que ha llegado el momento de que todo el mundo, se siente —dijo mamá.

—No he visto a Fern todavía, ¿la habéis visto vosotras? —preguntó papá mirando a su alrededor.

—No sería propio de ella no aparecer —murmuró mamá. Papá estaba muy nervioso, con toda la razón, porque minutos más tarde, justo antes de que el director de la orquesta pidiera a todo el mundo que tomara asiento, tía Fern hizo su gran entrada. Fue evidente que papá no la había visto hasta ese instante, porque las primeras palabras que salieron de su boca fueron:

—¡Se ha cortado el pelo, se lo ha destrozado!

Pero esto no era lo peor. Llevaba un vestido tan extravagante —incluso tía Trisha pensó que era el más sofisticado de la fiesta—, tanto, que nos sorprendió a todos. La falda presentaba un corte que le llegaba hasta la parte superior del muslo. Era de una tela fina que al trasluz se podía ver que debajo sólo llevaba la braguita de un bikini. Se había puesto una blusa blanca fina del tipo que se llevan encima de un sostén especial. Pero, para mi gran sorpresa, no llevaba ningún sostén, y sus pechos eran tan visibles a través de la fina tela que daba la sensación de presentarse en *topless*. Ni que decir tiene que su entrada atrajo la atención de todos. En el salón se hizo un silencio absoluto durante un buen rato, luego se escucharon unos murmullos, y finalmente todo el mundo empezó a preguntarse en voz alta quién era, por qué nadie se la había presentado.

—¿Qué demonios te has puesto? ¿Y qué te has hecho en el pelo? —preguntó papá cuando se acercó.

—Hola, hermano —dijo ella haciendo una mueca—. Feliz cumpleaños, princesa —entregándome la edición envuelta de *El amante de lady Chatterley*—. Para que lo abras en un lugar oscuro —añadió, con un guiño—. Hola, Dawn. Pareces... bueno... tú —soltó una carcajada—. Y Trisha, estoy encantada de volverte a ver. —Alargó la mano a tía Trisha y sonrió como el gato de Cheshire.

—Hola, Fern —contestó tía Trisha, desviando la mirada hacia mi madre que estaba que echaba humo.

—Fern —dijo papá cogiéndola bruscamente por el brazo. Se la llevó aparte y le habló con dureza.

—Es como una piedra al cuello —dijo mamá, sacudiendo la cabeza—. Está haciendo lo posible para acabar con su paciencia y entristecernos a todos. Francamente, estoy a punto de darme por vencida. Es horrible lo que voy a decir, lo sé, pero me arrepiento del día en que la encontramos.

—Oh, precisamente este sentimiento es el que quiere provocar, Dawn —dijo tía Trisha—. Es la típica universitaria.

—Pues está a punto de abandonar los estudios —dijo mamá chasqueando los dedos.

El director de la orquesta se acercó al micrófono y pidió a todo el mundo que se sentara. Corrimos al pabellón, papá afectado todavía por el enfado que le había producido Fern. Yo había dispuesto que Gavin se sentara a mi derecha y mamá a mi izquierda.

Los camareros empezaron a servir la cena. Mientras cenábamos, la orquesta tocaba y podíamos bailar entre plato y plato. Esperaba que fuera papá el primero que me invitara a bailar, pero tío Philip me sorprendió.

—¿Puedo ser el primero? —preguntó con un destello en los ojos. Miró a mamá, a la que no pareció agrandar demasiado su ocurrencia. Por un momento no supe qué hacer—. A menos que reserves el honor para alguien en especial —añadió tío Philip mirando intencionadamente a Gavin. Gavin enrojeció, y yo me levanté rápidamente para evitarle aquella situación embarazosa.

—Oh, no, tío Philip. Bailaré con mucho gusto contigo el primer baile —dije. Me llevó hasta la pista y empezamos a bailar. Mientras él me sujetaba con fuerza, miré hacia el pabellón y vi a mamá que nos miraba con expresión triste y temerosa. Cuando tío Philip dio un giro, capté una mirada de Melanie sentada en la mesa de Jefferson. A pesar de sus gruesas gafas, en sus ojos diminutos observé una mirada que era más de enfado que de envidia. Sentí lástima de ella. Ningún muchacho de su edad o un poco mayor le iba a pedir que bailara con él. Estaba segura que deseaba que su padre lo hiciera, pero tío Philip no demostraba mucho interés por Melanie. No pasaba mucho tiempo con sus hijos, aunque si en algún momento lo hacía, el elegido era Richard.

—Te has convertido en una preciosa jovencita —murmuró tío Philip, respirando junto a mi oído—. Cómo me gustaría tener dieciocho años y poder perseguirte.

—Si tuvieras dieciocho años seguirías siendo mi tío, ¿no es verdad? —repuse, sorprendida por lo sinceras que me parecieron sus palabras.

—Oh, no dejaría que una pequeñez así se interpusiera en mi camino —dijo—. Además, en realidad sólo soy tu tío a medias —añadió.

De nuevo me atrajo hacia sí, y su cara quedó tan próxima a la mía que sus labios me rozaban el cabello. El abrazo y su aliento en mi cara me produjeron cierto desasosiego. Pensé que todo el mundo debía de estar mirándonos y preguntándose por qué un hombre de la edad de tío Philip bailaba de aquella forma con su sobrina. De repente deseé que el baile acabara y me sentí aliviada cuando finalizó la música y traté de volver a la mesa. Tío Richard me retuvo la mano y yo me volví.

—Gracias —dijo suavemente. Yo asentí y volví corriendo al pabellón. Estaban

sirviendo el segundo plato.

Después bailé con papá. Qué diferente resultó bailar con él, girando y girando por la pista mientras me hablaba de la fiesta y me hacía comentarios divertidos. Vi que Pauline se acercaba a Gavin y lo invitaba a bailar con ella. Al parecer aquella situación lo puso en un terrible aprieto. Me dije que bailarían con él en cuanto acabara de hacerlo con papá. De pronto papá se detuvo al descubrir a tía Fern fumando y riendo con los camareros y los mozos.

—No se está comportando bien —murmuró, dirigiendo una mirada preocupada a Fern—. Lo sabía.

—No hace nada malo, papá —dije, pero él no parecía feliz.

Antes de que pudiera bailar con Gavin, el director de la orquesta anunció que mi madre iba a cantar la próxima canción. Todo el mundo se volvió en el asiento cuando mamá se dirigió al micrófono. Agradeció a todos su asistencia y dijo que esperaba que lo pasaran muy bien. Luego hizo un gesto al director de la orquesta y empezaron a interpretar *High Hopes*. Al final los aplausos fueron atronadores. Sin embargo, en lugar de volver al pabellón, me pidió que me acercara para acompañarla al piano en la segunda canción. Cogida por sorpresa, no supe qué hacer. Los invitados aplaudían y aplaudían, de modo que no tuve más opción que levantarme y acercarme al piano.

—Mamá, vaya jugarreta —dije.

—Ha sido idea de tía Trisha. Díselo a ella. Toca *Somewhere Over the Rainbow*, ya la hemos interpretado antes.

Empecé a tocar y mamá cantó como nunca lo había hecho antes. En cuanto acabamos, nos rodearon las felicitaciones de los invitados. La banda empezó a tocar de nuevo y antes de que me diera cuenta, me encontraba en la pista bailando primero con uno de los botones del hotel y luego con un muchacho de mi clase. Tan pronto acababa de bailar con uno ya estaba otro dándome un golpecito en el hombro. Di tantas vueltas que al final acabé mareada y pedí que me dejaran descansar.

Busqué a Gavin, pero no lo vi ni en el pabellón ni en la pista. Entonces descubrí a Pauline que entraba procedente del patio. La llamé con la mano y ella se acercó.

—¿Has visto a Gavin? —pregunté.

—Sí. Está afuera. He ido tras él, pero quería estar solo —añadió.

—¿Afuera? —Le di las gracias y corrí a ver qué pasaba. Estaba medio oculto entre las sombras de un rincón, quieto, contemplando el océano. El cielo se había despejado bastante y brillaban las estrellas, algunas tan cerca del horizonte que parecía que estuvieran sobre el agua.

—¿Gavin?

El giró en redondo.

—No pretendía asustarte —dije.

—No me has asustado —contestó apresuradamente. Me acerqué a él.

—¿Todo va bien?

—Sí. Sólo quería tomar un poco el aire. Creo que el humo que desprende Fern lo inunda todo —comentó con desdén.

—¿Sólo se trata de eso? —insistí. No me gustó la manera con la que evitaba mis ojos.

—Desde luego —replicó apresuradamente. Tal vez con demasiada prisa.

—Lo siento, no he podido bailar contigo todavía. Es que...

—No te preocupes. Es tu fiesta, eres el centro de atención. De todas formas, no me extraña que todos esos chicos estén esperando bailar contigo. —Finalmente me miró—. Has tocado muy bien el piano. Vas a ser una pianista famosa y recorrerás todo el mundo. Conocerás a gente famosa y quizá llegues a interpretar para reinas y reyes. ¡Y probablemente no te acordarás de mí! —me espetó finalmente, entrecerrando sus hermosos ojos.

—¡Gavin! ¡Qué cosas tan terribles me dices! ¿Es esto lo que piensas de mí? —pregunté con las manos en las caderas.

—¿Qué?

Le sorprendió mi reacción; yo enrojecí y sentí como si rodara de cabeza por una colina y ya no pudiera detenerme.

—¿Crees que sería tan egoísta como para olvidar a las personas que más quiero? ¿Qué he hecho para que pienses así? ¿Por qué se te ha ocurrido predecir algo tan horrible? No deseo ningún éxito si para ello tengo que convertirme en un monstruo semejante, y no me importa lo que creas, pero no te olvido ni siquiera un día. Porque siempre estás en mis pensamientos —añadí sin poder detenerme.

—¿Lo estoy? —preguntó. Yo sentí un escalofrío y asentí—. ¿Y por qué?

—Porque sí —repuse—. No pasa un día que no piense en ti o que te escriba para contarte algo.

—No lo estarás diciendo para consolarme, ¿verdad? —preguntó con suspicacia.

—Oh, Gavin, así pensaría un hombre. A los hombres les cuesta creer en algo. Guardan tantas desilusiones en el corazón que temen entregarse con sinceridad.

—Yo no —declaró—. No en relación contigo —añadió.

—Bueno, entonces... confía un poco más en mí —dije.

—Sí.

Nos quedamos mirándonos, callados unos instantes.

—Todavía no me has dado el beso de cumpleaños —dije, sintiendo los latidos de mi corazón.

—Feliz cumpleaños —murmuró, y se inclinó hacia mí cerrando los ojos primero. Yo hice lo mismo y sentí el roce de sus labios en los míos tan suavemente como si una ligera brisa me acariciara el rostro. No pude evitar una sensación de desencanto. Debí de darse cuenta inmediatamente porque cuando yo empezaba a abrir los ojos,

sus labios volvieron a rozar los míos, pero esta vez con más fuerza y puso sus manos en mis hombros para acercarme a él. Fue el primer beso de verdad de mi vida.

Cuando nos separamos, por un momento ninguno fue capaz de pronunciar una palabra. Entonces oímos el grito. Mi noche ideal estaba a punto de arruinarse.

DOS CORAZONES ENTRELAZADOS

Gavin y yo nos dirigimos a un extremo del patio para ver quién había gritado. Papá había sacado a tía Fern con rudeza del salón de baile y la había llevado a otro patio situado en la parte de atrás.

—¡Jimmy, me haces daño en la muñeca! —gritó, desasiéndose y a punto de perder el equilibrio y caer al suelo. Logró mantenerse derecha y se quedó allí frotándose la muñeca y mirándolo, lejos de donde nosotros nos encontrábamos. Tía Fern se tambaleaba.

—¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó papá—. ¿Cómo has podido intentar estropear esta espléndida fiesta? ¿Es que has perdido todo rastro de decencia?

—Yo no he hecho nada —insistió tía Fern.

—¿No lo has hecho? Apesta a alcohol —dijo agitando la mano.

—He bebido un poco, pero yo no he puesto whisky en el ponche —aseguró.

Gavin y yo nos miramos. Los niños y mis compañeros de colegio habían bebido de ese ponche. Eso iba a disgustar mucho a sus padres. Qué horror.

—Uno de los camareros te vio hacerlo, Fern, y le creo. Es un joven muy serio —dijo papá. Tía Fern se alejó de él pero tuvo que agarrarse a la baranda para sostenerse en pie.

—Seguro, crees más en la palabra de un empleado que en la de tu propia hermana —se quejó tía Fern.

—No tiene fama de mentiroso y mi hermana sí, lo siento. Y además —subrayó papá—, no es la primera vez que haces algo semejante, Fern.

—¡Miente! —sollozó en medio de la noche—. No he querido bailar con él y se ha vengado.

—Cállate, Fern. Hay otras cosas que has hecho de las que nos hemos enterado este fin de semana. Lo dejaremos hasta mañana porque no quiero arruinar la noche, pero a Dawn la llamó por teléfono la directora del internado quejándose porque llevas botellas de whisky a tu habitación. —La revelación de papá hizo que Fern se revolviera.

—Más mentiras. Me odia porque un día me pescó burlándome de ella. Yo no llevé botellas de whisky a mi habitación. Fue...

—Fuiste tú, Fern. No lo niegues. Ni lo intentes —dijo papá—. Según tú, todo aquel que nos viene con quejas por tu comportamiento tiene otras razones. Siempre eres inocente.

—¡Y lo soy! —exclamó—. ¡Dawn no tiene por qué escuchar lo que dicen de mí y

luego irte a ti con el cuento! ¡No tiene por qué hacerlo!

—Es ridículo. Dawn ha procurado ser una madre y una hermana para ti, pero eres una desagradecida, no admites su generosidad y el amor que te profesa y te dedicas a crearnos situaciones muy embarazosas —dijo papá, ignorando los histrionismos de tía Fern—. No eres justa con Dawn ni conmigo, ni con papá, ni con...

—¿Que ponga en una situación embarazosa a mi padre? —Eché la cabeza hacia atrás y rió como si él hubiera dicho una frase muy divertida.

—Cállate —ordenó papá.

—Poner a mi padre en una situación embarazosa —dijo haciendo una mueca—. ¿Cómo se puede poner en un aprieto a un ex convicto? —replicó, haciendo que sus palabras cayeran sobre mi padre como un jarro de agua Fría.

A mi lado Gavin contuvo la respiración.

—La odio —murmuró con los labios cerca de mi oído—. La odio.

Presioné mis dedos sobre su brazo y cuando me miró vi en sus ojos lágrimas de cólera y de pena. Luego nos volvimos otra vez hacia papá y tía Fern. Papá había levantado la mano intentando abofetear a tía Fern pero ella, previniéndolo, se alejó. Nunca antes le había visto hacerlo. Una mirada o una palabra eran suficientes, incluso para Jefferson. Luego bajó la mano lentamente y recuperó la compostura.

—No digas esas cosas. Sabes perfectamente por qué papá fue a la cárcel sin culpa alguna. La abuela Cutler les pagó para que raptaran a Dawn, mintiendo acerca de las razones.

—Estuvo en la cárcel y todo el mundo lo sabe. No lo ponga en ningún aprieto —insistió—. El es quien a mí me coloca en aprietos. En la universidad le digo a todo el mundo que tanto mi padre como mi madre han muerto. No quiero que crean que es mi padre. —Sus palabras cayeron como gotas de lluvia helada en mis oídos y en los de Gavin.

Durante unos instantes que parecieron una eternidad nadie dijo nada. Papá, simplemente, se la quedó mirando. Tía Fern cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó contemplando el suelo.

—Es terrible, Fern, es terrible lo que acabas de decir —empezó papá muy despacio—. Si no puedes pensar en papá como en tu padre, tampoco puedes considerarme a mí como tu hermano.

Tía Fern levantó lentamente la cabeza. Bajo las luces pude ver su boca, torcida en un gesto de fastidio.

—No me importa —dijo—. No eres mi hermano. Eres el esclavo de Dawn, crees todo lo que ella dice de mí y haces todo lo que quiere. Sólo tiene que chasquear los dedos y tú corres a su lado como un perrito.

—¡YA BASTA! —gritó papá—. Y ahora vete a tu habitación a dormir la mona. ¡Vete! —ordenó levantando el brazo y señalando con el dedo.

—Ya me voy. Quizá no me quede, a lo mejor me marchó. —Dio la vuelta tambaleándose y se marchó. Papá se quedó allí, contemplándola.

—Espero que lo haga. Espero que se marche —dijo Gavin—. Debería haberla abofeteado por todas esas cosas tan terribles que ha dicho de mi padre y de Dawn.

—Ha bebido, Gavin.

—No importa. Las hubiera dicho aunque no hubiera estado borracha —replicó.

Antes de que pudiéramos decir una palabra más, dentro se escuchó el redoble de unos tambores.

—¿DÓNDE ESTÁ LA JOVEN HOMENAJEADA? —llamó el director de la orquesta por el micrófono.

Todavía no estaba en condiciones de volver a la fiesta, pero no había nada que yo pudiera hacer. Papá se apresuró a entrar.

—Será mejor que entres —dijo Gavin.

—¿Vienes? No entraré a menos que tú también lo hagas.

—Está bien. —Finalmente sonrió al ver la expresión de determinación en mi cara.

Cuando volvimos dentro el director de la orquesta anunció que había llegado el momento de servir la tarta de cumpleaños. Pidió a todos que volvieran a sus asientos. El tambor volvió a sonar y entonces apareció León empujando la tarta hasta el espacio central. Mr. Nussbaum y él habían elaborado una enorme tarta blanca en forma de piano con las teclas de color de rosa y las dieciséis velas encima.

Mamá se acercó a la tarta y me sonrió. Todos los invitados permanecieron en silencio mientras León la ayudaba a encender las velas.

—Dawn —llamó mamá y me acerqué a la tarta. El tambor volvió a redoblar. Cerré los ojos y pedí fervientemente mi deseo, soplé con todas mis fuerzas apagando las dieciséis velas.

En cuanto estuvieron apagadas la banda comenzó a tocar *Cumpleaños feliz*, mamá empezó a cantar y todos los invitados y los empleados del hotel se unieron a ella. Sentí cómo me corrían las lágrimas por las mejillas, porque a pesar de la escena a que había asistido en el exterior, eran lágrimas de felicidad. Todo el mundo aplaudió. Soltaron los globos y los niños más pequeños, encabezados por Jefferson, fueron tras ellos riendo e intentando agarrar las cintas que colgaban.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo mamá, abrazándome y besándome.

Antes de que pudiera darle las gracias, me encontré en brazos de papá. Luego vino tía Trisha, el abuelito Longchamp, Edwina, tía Bet y, finalmente, tío Philip, que me retuvo en sus brazos un buen rato y me besó dos veces. Busqué a Gavin, pero se había quedado atrás y me miraba sonriendo. Le hice un gesto y lo miré como queriendo decir, «no vuelvas a escaparte, Gavin Longchamp». Gavin entendió y rió.

Pauline y mis compañeros del colegio vinieron a felicitarme y luego los camareros sirvieron la tarta. Cuando todos los invitados fueron servidos, el ambiente

de la fiesta decayó notablemente. Después los invitados empezaron a marcharse tras haber venido a despedirse y a desearme un feliz cumpleaños una vez más. Sólo Gavin y yo habíamos sido testigos de la terrible escena entre papá y tía Fern, así que nadie más estaba preocupado. La velada había sido perfecta.

La abuela Laura se había divertido mucho y se quedó allí más tiempo del que yo había previsto. Cuando bailé con Bronson vi a la abuela Laura sonriendo con tal encanto que pude entender por qué la consideraban en su época una de las mujeres más bellas de Cutler Cove. Debajo del maquillaje aparecía la sonrisa de una mujer que había vuelto a la infancia: los ojos brillantes y los labios curvados formando una suave sonrisa, encantadora.

—Se encuentra muy bien —comentó Bronson interpretando mi mirada—, ha vuelto a sus dieciséis años —añadió con una nota de melancolía.

Más tarde se la llevó en su silla de ruedas, tras haberle deseado mamá y yo las buenas noches con un beso. Ambas nos quedamos viéndola salir. Me apretó la mano y vi sus ojos llenos de lágrimas. Pero antes de que pudieran invadirnos tristes pensamientos, nos vimos inundadas por las felicitaciones de tía Bet, Richard y Melanie. Jefferson, después de todo, se había portado correctamente y Richard nos lo tenía que decir. Desde luego: él se atribuyó todo el mérito.

—Sabía que en mi mesa tenía que comportarse como un caballero —se jactó Richard. Con su rígido porte, sus espaldas altivas y su expresión habitualmente circunspecta, más parecía un hombrecito que un muchacho de doce años. Melanie no era muy diferente. Me dio un beso de buenas noches, pero cuando se alejaba vi que dirigía una rápida mirada a su padre. Pero tío Philip me miraba a mí en lugar de a ella.

—Buenas noches y feliz cumpleaños una vez más a la nueva princesa de Cutler Cove —dijo, adelantándose para abrazarme y besarme la mejilla.

—Yo no soy una princesa, tío Philip —dije. Unos compañeros del colegio, que estaban cerca, se mofarían de mí tras escuchar el título.

—Desde luego lo eres —insistió—. ¿Quién más podría serlo? —Vi cómo se oscurecía la mirada de Melanie.

—¿Dónde están los regalos? —preguntó Jefferson. Había estado rondando un montón de regalos que había sobre una mesa durante toda la noche, ansioso por desenvolverlos y descubrir algo con que jugar.

—Luego los llevarán a casa —dijo mamá—. Ve a ponerte la chaqueta.

Obedeció a regañadientes. Busqué entre los invitados y descubrí a Gavin charlando junto a la puerta con Ricky Smith y Warren Steine.

—Iré a casa dentro de un rato, mamá. —Ella miró en dirección a Gavin.

—No te retrases demasiado, querida, debes de estar más cansada de lo que crees.

—No —dije abrazándola con fuerza—. Gracias por esta preciosa fiesta.

—Te lo mereces, querida —contestó.

Mientras me acercaba, mi mirada se cruzó con la de Gavin. Se excusó y vino hacia mí.

—Estoy demasiado nerviosa para poder dormir —dije—. ¿Quieres que demos un paseo?

—Sí.

Nos alejamos de los invitados que quedaban, seguí a Gavin hasta la parte anterior del vestíbulo y salimos a la parte trasera del hotel. El cielo estaba casi totalmente despejado y las estrellas parecían las puntitas brillantes de muchas velas de tarta de cumpleaños. Tomé la mano de Gavin y nos dirigimos hacia el mirador, pero unas risas procedentes de los vestuarios de la piscina nos llamaron la atención. Nos detuvimos y miramos. Un segundo estallido de risas confirmó nuestras sospechas.

—Es Fern —murmuró Gavin. Oímos una voz masculina. Me pareció que era la de uno de los nuevos camareros. Incapaces de dominar la curiosidad, nos acercamos y vimos a tía Fern echada y al camarero a su lado. Ella tenía la blusa desabrochada. Gavin y yo nos detuvimos, en silencio, conteniendo la respiración. El joven camarero le estaba besando los hombros con la cabeza inclinada sobre sus pechos. De repente tía Fern levantó una botella y se la llevó a los labios.

—Ya has bebido bastante —dijo él.

—Nunca tengo bastante —replicó ella y rió de nuevo, sólo que esta vez la risa se convirtió en una tos y la tos en un sonido ahogado.

—Eh —gritó su amante cuando ella empezó a vomitar. Se apartó justo a tiempo. Tía Fern vomitó a conciencia mientras el grotesco sonido inundaba la noche. Cuando hubo acabado, gimió y se sujetó el estómago.

—Oh, siento que me voy a morir. Me he manchado.

—Es mejor que vayas al cuarto de baño —aconsejó el camarero. Tía Fern sólo fue capaz de contestar con un gemido. La ayudó a levantarse y la acompañó, sosteniéndola con su brazo mientras ella se tambaleaba por el sendero que llevaba al hotel. Gavin y yo permanecemos en las sombras hasta que desaparecieron.

—Qué bien —dijo Gavin, molesto—, mira lo que nos tenía reservado.

—No es la primera vez que la he visto aquí con alguien. Cuando la sorprendí, me dio tanto miedo ver lo que estaba haciendo que me fui corriendo a casa y me metí enseguida en mi cuarto.

—¿Y la segunda vez? —preguntó Gavin.

—Me quedé mirando durante un rato —confesé.

—Nunca me lo has contado en tus cartas.

—Porque estaba demasiado avergonzada —repuse mientras nos dirigíamos de nuevo hacia el mirador.

—A pesar de ella, la fiesta ha sido magnífica —dijo Gavin cuando nos sentamos.

—Sí. Nunca podré agradecerérselo a mis padres. —La fría brisa del océano me hizo temblar.

—Tienes frío.

—No, estoy bien —repliqué temiendo que sugiriera volver; pero se sacó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—Ahora tú tendrás frío.

—Yo estoy bien —repliqué—. Has bailado con muchos chicos esta noche —señaló, procurando que su voz sonara casual.

—Pero no he bailado contigo y deseaba hacerlo, Gavin —le aseguré. El asintió con tristeza y luego sonrió.

—Bueno, no es demasiado tarde para hacerlo —decidió de repente. Aunque la música llegaba muy atenuada, podíamos oírla. Gavin se levantó y alargó la mano—. ¿Me concede este baile, madame? ¿O su tarjeta de baile está completa?

—No, aún tengo tiempo para uno más —dije riendo y levantándome. Me rodeó la cintura con su brazo y lentamente me acercó a él. Al principio reímos pero cuando bailamos en el mirador, mirándonos a los ojos, nos fuimos acercando el uno al otro hasta que mi mejilla tocó la suya. Yo estaba segura de oír los latidos de mi corazón.

De pronto, como si ambos sintiéramos la necesidad al mismo tiempo, levanté la cabeza y mis labios encontraron los suyos. El beso empezó suave, tímido, lleno de incertidumbre y luego, cuando crecieron el ardor y la excitación, se hizo más intenso, más firme, inundándonos de calor. Apoyé la cabeza en su hombro y seguimos bailando, temiendo romper el silencio.

—Me gustaría no tener que volver a casa mañana —dijo finalmente—. Pero papá tiene que trabajar.

—Lo sé. Yo también quisiera que te quedaras más tiempo. ¿Has hablado con tus padres de venir a trabajar aquí este verano?

—Sí. Y les parece bien.

—Oh, Gavin, aunque sólo faltan unas cuantas semanas, estoy impaciente. Habrá buen tiempo y podremos salir en bote y nadar y...

—Eh, se supone que vendré a trabajar y no a jugar —corrigió suavemente.

—Todo el mundo tiene tiempo libre y yo ejerzo alguna influencia en la dirección —dije, pero Gavin no sonrió.

—No me gusta ir a trabajar a un sitio y luego no cumplir bien —aclaró con firmeza.

—No te preocupes, no lo harás. —Era como papá, orgulloso y dispuesto a demostrar el respeto que se tenía a sí mismo; y también, como papá, Gavin podía ser suave y tierno, sensible y cariñoso.

Desde donde estábamos vi a mamá, Jefferson, Mrs. Boston, tía Trisha y papá volviendo a casa.

—Será mejor que vuelva a casa —dije—. Es tarde.

—Te acompaño.

Me tomó de la mano y yo seguí con su chaqueta sobre los hombros hasta que llegamos a la casa.

—Gracias por dejarme la chaqueta —dije sacándomela.

—¿No has notado nada en el bolsillo? —preguntó cuando se la devolví.

—¿En el bolsillo? —Observé que me dirigía una tímida sonrisa—. Gavin Steven Longchamp, ¿qué guardas ahí? —pregunté. Sonrió y sacó una cajita envuelta en papel de regalo.

—Papá y mamá te hacen un regalo en nombre de todos, pero éste es sólo mío. Quería dártelo a solas —dijo alargándomelo—. Feliz cumpleaños, Christie.

—¡Gavin!

Con el corazón latiendo muy deprisa, quité el envoltorio y abrí la cajita. Sobre un lecho de papel de seda había una preciosa pulsera de oro. A ambos lados de mi nombre, había dos corazones entrelazados.

—Dale la vuelta —sugirió suavemente, y cuando lo hice leí: «Con amor, para siempre, Gavin». Me quedé sin respiración.

—¡Oh, Gavin, es preciosa! ¡Es el mejor regalo! —exclamé—. Pero debe de haberte costado una fortuna.

—No me gasto el dinero en otras cosas y como tenía un poco, ahí lo tienes —contestó riendo—. Anda, deja que te ayude a ponértela.

Levanté la muñeca y él me puso la pulsera. Miré su rostro y vi la expresión suave y amorosa de sus ojos mientras sus dedos sostenían los míos. Luego me miró de ese modo tan especial que yo recordaba tan a menudo.

—Gracias. —Lo besé rápidamente en los labios y él se me quedó mirando. De repente parecía mucho mayor.

—Será mejor que entres —dijo—, antes de que vuelvas a coger frío.

—¡Esta noche no voy a poder dormir! —grité—. Te veré en el desayuno bien temprano y muy contento.

—Será temprano pero no estaré contento —gritó mientras yo subía la escalera. Se quedó allí mirándome y sonriendo mientras yo abría la puerta y entraba lentamente en casa, resistiéndome a finalizar la noche más bonita de mi vida.

Me fue casi imposible conciliar el sueño, pero cuando lo hice, soñé con mi fiesta. Sin embargo, en mi sueño había un invitado adicional, un invitado sorpresa que aparecía en el último momento. Mamá estaba cantando *Cumpleaños feliz* y todos los demás la coreaban cuando, de pronto, aparecía en la entrada principal un hombre alto, de cabellos oscuros y bien parecido que avanzaba lentamente por el pasillo, sonriendo. Mamá dejaba de cantar.

—Hola, Christie —decía—. Feliz cumpleaños.

Tenía los dientes blanquísimos, casi tanto como las teclas del piano y en sus ojos de ébano había un ligero brillo.

—¿Quién eres? —le preguntaba yo mientras los invitados seguían cantando *Cumpleaños feliz* a nuestro alrededor.

—Soy tu padre —contestaba y se inclinaba para besarme. Pero cuando lo hacía, su rostro se convertía en el de tío Philip, con una sonrisa lasciva en sus húmedos labios. Yo intentaba apartarme, pero me sujetaba por los hombros y me acercaba a él, más cerca, más cerca hasta...

De un salto me senté en la cama, sudando y jadeando. Por un instante no sabía dónde estaba o qué había sucedido. Sentí latir con fuerza mi corazón dentro del pecho. Respiré profundamente. Entonces noté el nombre olvidado que Gavin me había puesto en la muñeca y me sentí mejor. Casi pude oír la voz de Gavin diciendo «no tengas miedo». Permanecí despierta durante un rato, pensando en el sueño. Finalmente empezaron a pesarme los párpados y poco después se cerraron.

Aunque la mañana era clara y soleada, no me desperté antes que Jefferson, que debió de soñar en mis regalos de cumpleaños, porque irrumpió en mi habitación gritando.

—¿Puedo empezar a abrirlos? ¿Puedo? —repitió como en una cantinela.

—¡Jefferson! —grité cuando empezó a darme fuertes palmadas en las piernas—. ¡Ya está bien, vamos!

—¡Uau! —Salió como una exhalación de mi cuarto y se lanzó corriendo por el pasillo y las escaleras.

Gemí y me senté en la cama, pero cuando vi la hora que era salté apresuradamente. Sabía que el abuelo Longchamp querría estar pronto en el aeropuerto y yo quería despedirme de Gavin. Mamá llamó a la puerta y entró. Ya estaba casi vestida.

—Me he dormido, mamá —dije.

—Es natural, querida. Papá ya ha salido hacia el hotel. Me reuniré contigo en el comedor. Mrs. Boston le servirá el desayuno a Jefferson. No saldrá mientras haya allí algún regalo tuyo que abrir.

—Diles a todos que bajaré enseguida —grité y corrí al cuarto de baño a ducharme. Cuando llegué al hotel y entré en el comedor, todo el mundo estaba en la mesa. Tía Trisha alegre y risueña, con su falda y blusa estampadas. Acababa de contar algo y todos reían. Cuando entré en el comedor Gavin levantó los ojos del plato, rebotando de entusiasmo. A su lado había un sitio vacío y corrí a ocuparlo.

—Aquí la tenemos, un día más madura y un día más guapa —dijo tía Trisha. Todos me dieron los buenos días y yo me excusé por haber llegado tarde.

—No te disculpes, querida. Fue una gran noche, una fiesta preciosa, la mejor a la

que he asistido —declaró Edwina y todos le dieron la razón.

—¿Cuándo te marchas? —le pregunté a Gavin.

—En cuanto acabemos de desayunar. Ya conoces a mi padre. Ojalá hubiese sido jefe de estación. Llegaremos demasiado pronto, el avión saldrá más tarde y él se quejará a todo aquel que quiera oírle —dijo Gaviás lanzando una rápida mirada al abuelo Longchamp. A pesar de sus quejas, yo sabía sin ninguna duda que Gavin quería mucho a su padre.

Momentos después, apareció tía Fern. Pálida y cansada, con sus cortos cabellos revueltos y unas gafas de sol de cristales oscuros. Me pareció que no se había peinado. Se había puesto una camiseta de la universidad y unos tejanos, unas zapatillas deportivas sucias y no llevaba calcetines. Dirigió una mirada rencorosa a papá, cuyo rostro se había vuelto de color ceniza en cuanto había aparecido. Mamá hizo una mueca y todos se quedaron mirando a tía Fern cuando se desplomó en su asiento.

—Café solo —murmuró al camarero.

—¿Cuándo te vas a la universidad, Fern? —le preguntó tía Trisha.

—En cuanto recupere fuerzas —replicó. Sorbió el café negro que le habían servido, se echó hacia atrás en su asiento sin escuchar ni hablar con nadie.

Después del desayuno pudimos estar un rato juntos en el vestíbulo del hotel mientras sus padres acababan de hacer la maleta. Tía Trisha fue la primera en marcharse. Papá, mamá y yo la abrazamos y mamá le prometió que iríamos a Nueva York a ver su nuevo espectáculo. Me volvió a abrazar y besar antes de meterse en el taxi.

—Ha sido una fiesta preciosa, querida. Me ha encantado asistir —miró a Gavin que permanecía un poco apartado—. Te has hecho mayor y estás preciosa.

—Gracias, tía Trisha.

Esperamos a que desapareciera de nuestra vista para volver al vestíbulo. Yo odiaba las despedidas, especialmente cuando decía adiós a las personas que quería. Empecé a sentir una sensación de vacío en el estómago que luego me fue inundando hasta que me sentí como una sombra de mí misma. Era como si cada despedida me disminuyera un poco. Parte de mí se iba con la persona que yo amaba, y no desaparecía aquella espantosa sensación de que siempre debía decir adiós sin conocer el porqué.

Temía despedirme de Gavin y finalmente llegó el momento de hacerlo. Papá le había encargado a Julius que trajera la limusina del hotel para ellos. Nos abrazamos, nos besamos y nos prometimos llamarnos y escribirnos. Gavin esperó a entrar en el automóvil hasta el último minuto. Nos miramos el uno al otro, luego a todos los que nos rodeaban, y no nos atrevimos a besarnos.

—Te llamaré esta noche —musitó Gavin en mi oído.

—¿Me lo prometes? ¿A la hora que sea? —pregunté, contenta.

—Te lo prometo. —Se volvió hacia mamá y papá—. Adiós, Dawn. —Ella lo abrazó—. Bueno, hermano mayor. —Se dieron un apretón de manos como los hombres y luego papá lo abrazó sonriendo.

—No te metas en problemas, muchacho —dijo pasando una mano por los espesos y oscuros cabellos de Gavin—. Cuidado con las salvajes mujeres de Texas.

Gavin me dirigió una rápida mirada y enrojeció.

—No tiene tiempo para esas cosas —gritó el abuelo Longchamp.

—Si tú lo dices, papá... —replicó Jimmy, sonriendo. Papá, mamá y yo nos quedamos saludando con la mano hasta que la limusina desapareció y entonces, entre los débiles latidos de mi corazón, a punto estuve de echarme a llorar. Mamá vio la expresión de mi rostro y me abrazó mientras volvíamos al hotel.

—Después de tantas emociones es normal que estés un poco deprimida... Pero vendrán otros buenos momentos, querida, muchos, muchos otros buenos momentos.

—Lo sé, mamá.

Era domingo y los domingos suponían mucho trabajo en el hotel. En lugar de sentarme a cavilar, me puse al frente de recepción. Mrs. Bradley y los demás no paraban de hablar de la fiesta. Les había gustado mucho mi interpretación al piano y, por supuesto, la canción de mamá. A primera hora de la tarde apareció tía Fern en el vestíbulo con la maleta. Seguía llevando las gafas oscuras. Se detuvo ante recepción y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué fumas tanto, tía Fern? —le pregunté.

—Me calma los nervios y necesito tener algo en la mano —contestó. Luego deslizó las gafas hasta la punta de la nariz y se inclinó hacia mí—. ¿Le has echado un vistazo esta noche a *El amante de lady Chatterley*?

—No —repuse—. No me gusta ocultarle cosas a mamá.

—Oh... vamos —gimió—. Tienes dieciséis años. ¿Qué crees que hacía ella cuando tenía tu edad?

—Seguro que nada malo —contesté.

—Oh, no. —Se me quedó mirando un instante y luego se apoyó en el mostrador—. Apuesto a que no sabes lo que hubo entre ella y Philip en el colegio, ¿verdad?

Fue como si alguien me oprimiera el corazón con una mano ardiente. Sentí que el calor me sofocaba.

—No sé lo que quieres decir —dije apresuradamente.

—Ya me lo imagino —replicó asintiendo—. Pero recuerda, princesa, que aquí nadie es el lirio de pureza que aparenta ser. Puedes decirle a tu madre que te cuente lo que pasó cuando ella y Jimmy iban al Emerson Peabody, un lujoso colegio privado de Richmond.

—Ya sé que fueron allí. El abuelo Longchamp era supervisor de mantenimiento

y...

—Sí, sí, no me refiero al porqué o al cómo. —Se inclinó más hacia mí—. Tu tío Philip también iba allí, ya lo sabes. Y allí fue donde él y tu madre se conocieron. —Sonrió solapadamente—. Ya eres lo bastante mayor para enterarte de pe a pa de todos los detalles —añadió—. Gracias a Dios que me voy —dijo cuando Julius apareció en la puerta. Se alejó, se detuvo y se acercó de nuevo a mí—. Capítulo diez —añadió sonriendo—. Es muy interesante. Ahí está la maleta —le gritó a Julius. Este la cogió y salió corriendo detrás de ella. Cuando desapareció, que fue enseguida, me dejó con el corazón en un puño. ¿Qué significaban aquellas sonrisas maliciosas al referirse a mi madre y a tío Philip? ¿Por qué me había dicho que nadie era tan puro como yo creía? ¿Es que deseaba hacernos daño? ¿O se refería a alguno de esos extraños pasajes de la historia de nuestra familia que todavía se mantenían en secreto?

Con el corazón latiendo apresuradamente abandoné recepción y corrí por el pasillo hasta el despacho de mamá. Se estaba despidiendo de Mr. Dorfman cuando yo llamé a la puerta y entré.

—La fiesta fue preciosa —me dijo él al marcharse. Se lo agradecí y me senté.

—Me ha llamado Mrs. Boston para decirme que tu hermano ha prendido fuego en la basura con el espejo de maquillaje que te regaló Hammersteins y con la lupa que te regalaron los Malamud —dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Al parecer dirigió la luz del sol hacia el cubo de la basura utilizando la lupa para hacer un agujero en los papeles que envolvían los regalos. Creo que tendré que aumentarle el sueldo a Mrs. Boston —añadió suspirando.

—Tía Fern acaba de marcharse.

—Oh, estupendo, aunque creo que sus días en la universidad privada están contados —dijo mamá.

—No sé por qué se siente tan infeliz, mamá. Papá y tú siempre os habéis portado muy bien con ella, le habéis ayudado mucho.

Mamá se quedó pensativa unos instantes y luego iluminó su rostro una sabia sonrisa.

—Mamá Longchamp solía decir que algunas vacas nacen sólo para dar leche agria, no importa lo dulce que sea la yerba que coman.

—Mamá, tuvo que ser muy extraño para ti tener dos madres —le dije. Ella hizo un gesto de asentimiento—. Conociste primero a tío Philip cuando papá y tú fuisteis al Emerson Peabody, ¿verdad? —pregunté y ella entrecerró ligeramente los ojos.

—Sí —contestó—. Y a Clara.

—¿Y durante mucho tiempo ignoraste que era tu hermano?

Se me quedó mirando un instante.

—Sí, Christie. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Te ha contado algo tía Fern? —

preguntó apresuradamente.

Asentí, no podía tener secretos para ella.

—Tenía que hacerlo. —Se quedó callada un segundo y suspiró profundamente—. Es cierto, conocí a tío Philip allí y durante un tiempo salimos juntos, aunque no hubo nada entre nosotros, no importa lo que te haya dicho tía Fern —añadió rápidamente.

—En realidad no me ha contado nada. Pero parecía como si...

—Fern se odia tanto que también quiere estropear la vida de los demás —dijo.

—No creería nada de lo que me dijera.

—La verdad es que has crecido mucho, querida. —Mamá sonrió—. Y debes saberlo todo acerca de la familia. Quiero que sepas algo, Christie —añadió, mirándome con tanta atención e intensidad que mi corazón se desbocó—. Tío Philip... bueno, tío Philip nunca superó del todo el hecho de descubrir lo que en realidad éramos el uno para el otro. Comprendes lo que quiero decirte, ¿verdad?

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta. Lo que intentaba decirme yo lo había visto y sentido de muy diferentes maneras, pero como era una niña no lo había entendido. El tiempo corrió hacia atrás y el recuerdo de tío Philip intensificó la mirada de mamá, una mirada que a veces parecía hipnótica. Recordé cómo revoloteaba siempre alrededor de mamá, aprovechando cualquier oportunidad para tocarla o besarla.

—Pero quiere a tía Bet, ¿no es cierto? —pregunté. Todas aquellas revelaciones no dejaron de producirme un cierto temor.

—Sí —me aseguró mamá.

—Pero no de la manera en que papá y tú os queréis —afirmé yo.

—No —convino con una ligera sonrisa—. Pero algunas personas son así. —Se levantó y se acercó a mí rodeando su escritorio—. No permitas que te atormenten estos tristes pensamientos, querida. Ha sido una crueldad por parte de Fern contarte estas cosas. —Juntas fuimos hacia la puerta—. Pronto conseguirás graduarte y entonces serás una magnífica pianista. Y tu hermano se hará un muchacho dócil y sumiso —añadió con una expresión esperanzada en los ojos. Ambas nos echamos a reír.

—Te quiero, mamá, y nunca creeré nada malo de ti, no importa lo que tía Fern u otros digan.

El rostro de mamá adquirió una expresión grave y sus ojos se oscurecieron.

—Yo no soy perfecta, Christie. Nadie lo es, pero puedes estar segura de que nunca te mentiré o traicionaré, como los demás han hecho conmigo. Te lo prometo. —Me besó en la mejilla—. Y ahora vamos a buscar a Jefferson y a gozar de este sol maravilloso.

»Mañana espero el informe del colegio de Jefferson —añadió—. Seguro que el apartado de comportamiento estará subrayado en rojo.

—Quizá tengamos una agradable sorpresa, mamá —insinué yo.

—Quizá, pero lo dudo. —Ni mamá ni yo podíamos saber la premonición que encerraban sus palabras.

Pasé el resto de la tarde y parte de la noche abriendo los regalos que había recibido. Quería enviar las tarjetas de agradecimiento lo más rápidamente que me fuera posible. Jefferson estuvo encantador. Sentado a mi lado en el suelo de la sala de estar, enumeraba cada regalo y el nombre de quien me lo había dado. Recibí algunos regalos muy caros; entre ellos ropa, joyas, perfumes y artículos de tocador, así como cosas para mi habitación.

Cuando mamá insistió en que Jefferson se fuera a la cama, abandoné mi tarea y le prometí que no seguiría hasta el día siguiente cuando volviera del colegio. Estaba muy cansada y me retiré a mi cuarto esperando con ansiedad la llamada telefónica de Gavin. Mi mirada se posó en el regalo de tía Fern, que todavía seguía envuelto. No había querido abrirlo delante de Jefferson ni de nadie más, especialmente por papá. Pero no pude dominar la curiosidad.

Lo abrí despacio y pasé las páginas. ¿Por qué tía Fern estaba tan interesada en que leyera ese libro?, me pregunté, y recordé su comentario sobre el capítulo diez. Escudriñé las páginas y descubrí la razón. Por supuesto, yo había leído y visto cosas más reveladoras, pero había algo... posiblemente porque procedía de tía Fern, ese tipo de cosas adquirirían un tono de abierta transgresión, lo hacía todo más prohibido. Lo que decían acerca de la fruta prohibida siempre sería cierto en su caso. Me fue imposible apartar los ojos de las palabras que describían el acto amoroso. Mientras lo leía, imaginé que estaba con Gavin. Me sumí con tanta intensidad en el capítulo, que no oí el primer timbrado del teléfono. Cuando sonó por segunda vez, lo cogí rápidamente y cerré el libro.

—Hola —dijo Gavin. Cuando oí su voz, enrojecí y me sentí culpable.

—Hola. ¿Qué tal el viaje? —pregunté apresuradamente.

—Demasiado largo. Aunque no tan largo como me ha parecido el hecho de alejarme de Cutler Cove.

—¿De Cutler Cove?

—Y tú, ¿todo va bien?

—Sí. Jefferson y yo hemos estado abriendo algunos regalos. Me han regalado cosas muy bonitas.

—Lo creo.

—Mañana es el último día de colegio. Mamá teme que no le guste el informe de Jefferson.

—El mío tampoco será muy bueno este año —dijo Gavin—. Quería decirte lo mucho que me ha gustado tu fiesta y, sobre todo, nuestro baile.

—A mí también —repuse—. Y gracias otra vez por tu precioso regalo.

Durante unos instantes permanecimos ambos en silencio.

—Esta semana te escribiré todos los días —le prometí. Gavin rió—. Lo haré.

—Estupendo. Bueno, será mejor que cuelgue. Estoy impaciente por verte de nuevo. Espero que duermas bien y que tengas felices sueños.

—Buenas noches, Gavin. —Sostuve el receptor en la mano durante mucho rato después que él hubo colgado el suyo. Era como si todavía contuviera su voz en el interior, todo su calor.

—Buenas noches —murmuré poniéndolo en su sitio. Dirigí la mirada a la edición de *El amante de lady Chatterley* y medité sobre las razones de tía Fern para dármelo. No lo había hecho para que aprendiese algo nuevo sobre el amor y lo cálido y maravilloso que podía ser, no; tía Fern quería fastidiarme. Probablemente esperaba que fuese como ella.

Pero me prometí a mí misma que yo no sería nunca como ella. Cogí su regalo y lo guardé en el fondo del armario. Algún día lo leería, pensé, pero no como una fruta prohibida, no como algo pernicioso que me había regalado tía Fern.

Me metí en la cama, cerré los ojos y me dormí pensando en el próximo verano y en el retorno de Gavin.

A la mañana siguiente Jefferson no se levantó con tanta prisa, sobre todo porque sabía que era el último día de clase y nos iban a dar los informes finales. Mamá tuvo que sacarlo de la cama y obligarle a ir a desayunar. Por la expresión de su rostro comprendí que su profesor ya le había comunicado algo de lo que había escrito en su informe escolar.

A menos que hubiera que llevar o traer a alguno de nuestros huéspedes, Julius nos acompañaba diariamente al colegio con la limusina. Siempre nos iba a recoger y nos traía a casa.

Como era habitual, Richard y Melanie iban vestidos del mismo color, él con una chaqueta, chaleco y corbata y ella con un vestido. Era el único chico de séptimo que iba a la escuela pública vestido de aquella manera, pero yo no podía imaginarlo vestido de otra. Hoy, el último día de clase, parecía aún más estirado y formal con sus cabellos cepillados y compuestos, la corbata bien anudada, los zapatos perfectamente limpios y el pañuelo en el bolsillo superior doblado en una punta tan afilada que casi parecía un cuchillo.

Jefferson se mostraba más circunspecto de lo habitual en él cuando se sentó en el asiento trasero del automóvil, a mi lado y frente a Richard y Melanie.

—¿Es que no puedes ser puntual el último día? —preguntó Richard secamente.

—Nosotros nunca llegamos tarde a la escuela, Richard —repliqué con el mismo tono seco.

—Porque Julius conduce rápido. El autobús escolar siempre llega antes que nosotros —añadió como si aquello fuera algo terrible.

—Y yo no tengo nunca tiempo de hablar con mis amigas antes de entrar en clase —añadió Melanie apoyando las quejas de Richard.

—Bueno, hoy es el último día de clase, así que no sigáis con esto hasta el curso que viene —le dije.

—Probablemente Jefferson repetirá curso —comentó Richard con una sonrisa cruel en la cara.

Jefferson lo miró con sorpresa.

—No repetiré —le espetó.

Melanie sonrió mucho más.

Jefferson frunció el ceño y me miró. Yo cerré los ojos y volví a abrirlos para decirle que no contestara; se apoyó en el respaldo del asiento y permaneció en silencio el resto del trayecto.

En la escuela sólo se hablaba de mi fiesta. Mis compañeros de clase se habían divertido mucho. Pauline estaba impaciente por preguntarme cosas de Gavin y decirme lo guapo que les había parecido a ella y a todas las chicas.

Tuvimos pocas clases porque hubo que llevar a cabo las actividades típicas del final de curso: devolver los libros y las llaves de las taquillas, vaciar éstas y limpiar los pupitres, devolver los libros prestados a la biblioteca e informarnos del comienzo del próximo año escolar.

Naturalmente había mucha excitación en el ambiente y todo el mundo hablaba del próximo verano, de los lugares a los que iban a ir y de las cosas que harían. Los pasillos de la escuela se llenaron de risas y murmullos y hasta los profesores estaban contentos y se mostraban menos severos con las normas.

Finalmente sonó el último timbre y salimos corriendo al cálido sol de los últimos días de primavera. Hubo aplausos, y también gritos de despedida de los amigos que no iban a verse durante unos meses. Descubrí a Jefferson saliendo lentamente de la escuela elemental con la cabeza gacha. Llevaba su informe bajo el brazo.

—¿Tan mal ha ido? —le pregunté cuando llegó a mi lado. Contuve la respiración temiendo su respuesta. Me miró y luego desvió la vista hacia la limusina en la que Richard y Melanie ya estaban esperando.

—Déjame ver, Jefferson —le pedí. Mi hermano se detuvo y a regañadientes me entregó el sobre. Saqué el informe. Suspenso en comportamiento además de dos suspensos en las asignaturas del curso. El informe era el peor que le habían hecho nunca.

—Oh, Jefferson —exclamé—. Mamá y papá se enfadarán contigo.

—Lo sé —contestó y empezó a lloriquear.

—Vamos al coche —dije con severidad.

—¿Y bien? —preguntó Richard con una maliciosa sonrisa de satisfacción en su rostro—. ¿Muy mal?

—No quiero hablar de ello, Richard. No es divertido —repliqué con dureza. Jefferson se acurrucó en un rincón del asiento y rompió a llorar. Cuando se ponía así lo único que podía hacer yo era consolarlo, aunque supiera que no se lo merecía.

—Lágrimas de cocodrilo —dijo Melanie—. Debías de haberte portado mejor. Jefferson se enjugó las lágrimas y se volvió.

—Melanie tiene razón, Jefferson —le dije yo—. Vas a tener que hacer un montón de promesas —le advertí— y este verano no debes meterte en ningún problema, ni en el más mínimo. —Jefferson asintió a todo cuanto dije.

—Me portaré bien —prometí—. Limpiaré mi habitación, colgaré la ropa y nunca dejaré abierta la puerta principal.

—Crear esto es creer en el ratoncito Pérez —comentó Richard.

—Pues cuando se me cayó un diente —repuso Jefferson con indignación—, vino y me puso una moneda debajo de la almohada.

—Ya te lo dije —replicó Richard moviendo la cabeza—, tu padre o tu madre la pusieron allí.

—O ellos o Mrs. Boston —sugirió Melanie.

—¡No es verdad!

—Dejad de discutir —grité. Los gemelos se miraron entre sí y luego se volvieron hacia la ventanilla.

—¡Eh! —exclamó Richard de repente—. ¿Qué es eso?

Nos inclinamos hacia adelante y entonces fue cuando vimos la columna de humo elevándose por encima del tejado del edificio principal de nuestro hotel.

EL INCENDIO

—¿Julius, qué es eso? —grité presa de temor.

—No lo sé, Christie —replicó pisando el acelerador. Tardamos casi diez minutos en llegar por culpa de toda la gente que se acercaba corriendo al escenario, y cuando lo hicimos, encontramos policías y bomberos en la calle que bloqueaban el tráfico en las proximidades de la fachada del hotel. La gente bajaba de los coches y se habían formado grupos en la carretera para contemplar las llamas que salían del tejado y de las ventanas del piso superior del gran edificio de Cutler Cove, con expresión de asombro, el rostro iluminado por el fuego y la excitación. Vi a los huéspedes y a los miembros de la dirección agrupados junto a la cadena que habían puesto para mantener apartados a los curiosos.

—Ahí está mamá —dijo Melanie señalando hacia donde estaba tía Bet con varias personas, pero no vi ni a mamá ni a papá con ella así como tampoco vi a tío Philip. Pensé que estarían con el jefe de bomberos. El corazón me dio un brinco cuando imaginé cómo debían de sentirse. ¡Qué desgracia...!, y justo ahora, cuando estamos a las puertas del verano.

—¡Uau! —murmuró Jefferson con una expresión en el rostro, a la vez de admiración y de miedo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Julius a un policía que estaba desviando el tráfico.

—Ha estallado una caldera en el sótano y el fuego se ha extendido rápidamente. Esta parte del hotel es muy vieja y no tiene un sistema contra incendios —añadió con una mueca—. Cuando los bomberos llegaron, el fuego ya se había extendido.

—¿Dónde están mis padres? —pregunté en voz alta. No los había visto en ninguna parte—. Julius, acércanos.

—Sí —ordenó Richard con un tono que le hizo parecer más mayor de lo que era—. Y rápido.

—Llevo a los hijos de los propietarios —explicó Julius al policía de la patrulla de tráfico.

—No puede acercarse más. Tendrá que dejar aquí el coche —ordenó el policía— y permanecer detrás de la barrera de seguridad.

Julius arrancó, pero antes de que pudiera detenerse agarré de la mano a Jefferson y abrí la portezuela del coche. Lo arrastré conmigo y saltamos fuera.

—¡Christie, espera! —gritó Julius, pero yo no podía oírle, ni a él ni a nadie. Era consciente de que Jefferson se agarraba con fuerza de mi mano, pero aparte de eso,

no podía pensar ni ver nada más que el fuego.

Encontré a Mrs. Bradly con otros miembros de la dirección del hotel, pero no a mis padres. Estaba sobrecogida, sollozando, con el rostro cubierto de lágrimas y de hollín. Miré con ansiedad a mi alrededor y seguí sin ver a papá o a mamá. ¿Dónde estaban? Mi corazón empezó a latir cada vez con más fuerza y sentí como si en el estómago tuviera docenas de mariposas nocturnas perdidas en su interior, agitando sus finas alas como el papel.

—¿Dónde está mi madre? —grité—. ¿Dónde está mi padre?

Nadie me respondió, aunque algunos me oyeron. Mrs. Bradly rompió a llorar con más fuerza.

—¡Eh, deteneos! —gritó un bombero cuando pasamos por debajo de la primera barrera de seguridad con la intención de alcanzar el césped. Las cenizas revoloteaban en el aire y las llamas eran de tal intensidad que podíamos sentir el calor. Los bomberos hablaban entre sí a gritos y dirigían las mangueras de un lado a otro, pero el chorro de agua que salía de ellas no parecía tener efecto alguno. Arrogantes, temibles, las llamas se iban extendiendo y tragando muebles y cortinas. Pude ver perfectamente cómo penetraban en los pasillos, lamiendo y mordiendo cada rincón, como si se tratara de un ardiente, llameante y feroz animal del averno que consumía todo lo que una vez fue bello, histórico; derritiendo cuadros y paredes y dejando caer al suelo las arañas de luces rotas. Nada podía detener el avance del fuego, o por lo menos pararlo un poco.

Impaciente, empujé a Jefferson y me dirigí al extremo más alejado donde finalmente encontré a tío Philip. Sus cabellos estaban despeinados, se había sacado la chaqueta deportiva y la corbata y tenía los ojos tan brillantes que parecía como si el fuego se hubiera introducido en ellos. O hablaba solo consigo mismo o lo hacía con alguien que estaba tras él.

—¡Tío PHILIP! —grité, corriendo hacia él.

Se me quedó mirando pero no dijo nada. Fue como si no me reconociera; movió la boca espasmódicamente, pero no dijo nada. Levantó la vista hacia el fuego, luego me miró y movió la cabeza.

—¿Dónde está mamá, tío Philip? ¿Dónde está papá? —pregunté desesperadamente.

—¿Dónde está mi mamá? —coreó Jefferson, con la cara arrasada de lágrimas. Se acercó más a mí y miró a tío Philip.

—¡Tío Philip! —grité mientras él seguía mirando fijamente el fuego, como hipnotizado por la fuerza de las llamas. Luego se volvió lentamente y me miró durante un instante que me pareció muy largo. Después sonrió.

—Dawn —dijo—, estás sana y salva. Gracias a Dios.

—Tío Philip, soy yo, Christie. No soy mi madre —corregí, atónita. Mi tío

parpadeó y su sonrisa entonces se desvaneció como el humo.

—Oh —articuló, llevándose la mano a la mejilla y volviendo a mirar el fuego—. Oh.

—¿Dónde están, tío Philip? —pregunté con más desespero si cabe. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y sentí la garganta seca a causa del humo. Aquel horrible olor que desprendía el hotel en llamas me revolvió el estómago y el calor de las llamas en ascenso llegaba hasta nosotros con tanta intensidad que era como si estuviéramos en el día más caluroso del verano.

—¿Dónde están? —repetí. Hice un gesto de asentimiento.

Mi tío movió la cabeza, confuso.

—¿Dónde? —grité sacudiéndole el brazo. Aquello le hizo salir de su azoramiento.

—Jimmy... estaba en el sótano cuando explotó la caldera —dijo—. El fuego subió al primer piso a través de las conducciones de aire. Esto hizo que se propagara rápidamente desde la sala de juego —explicó.

—¿Dónde está mamá? —pregunté con voz ahogada.

—Fui corriendo por todas partes, avisando a todos a gritos y ayudando a salir a los ancianos. Creo que todo el mundo ha salido.

—¿Papá y mamá están bien? —pregunté sonriendo esperanzada a través de las lágrimas.

—¿Qué? —Miró de nuevo en dirección al hotel, pero no dijo nada. Había vuelto a sumergirse en una especie de trance.

—¿Dónde está mamá? —gritó Jefferson—. Christie, ¿dónde está mamá? —se restregó los ojos con sus puñitos y se agarró a mí.

—¿Tío Philip? —Nuevamente le sacudí el brazo—. ¿Dónde está mi madre?

Se limitó a mover la cabeza.

—¡Christie! —gimió Jefferson—. Quiero ver a mamá.

—Lo sé. Lo sé. Espera a que hable con alguien más, Jefferson —dije comprobando que no tenía sentido seguir hablando con tío Philip. Estaba demasiado confundido para hilvanar una frase coherente. Cogí a Jefferson en brazos y con él fui a buscar a uno de los bomberos que volvían y daban órdenes a los demás. Uno de ellos llevaba un casco en el que se leía «Jefe».

—Perdone —dije.

—No deberías estar aquí, querida. Billy, llévate a estos niños más allá de la barrera —le gritó a un joven bombero que estaba a su izquierda.

—Espere. Soy Christie Longchamp. Mis padres son los propietarios del hotel. Tengo que saber lo que ha sucedido.

—Oh —dijo—. Mira, muchacha, todavía no conozco todos los detalles. Al parecer todo empezó con la explosión de una caldera.

—¿Pero dónde está mi madre? ¿Y mi padre? ¿Los han visto? —pregunté apresuradamente.

—Mira, ahora no tengo tiempo de hablar contigo. Será mejor que tú y tu hermano volváis atrás. Al parecer esas paredes pueden derrumbarse de un momento a otro y seguramente lo harán en esta dirección. Vamos —ordenó—, Billy, llévatelos de aquí. —Y el joven bombero me cogió por el codo y se me llevó.

—Pero... mi madre...

—Será mejor que obedezcas al jefe. No puede perder el tiempo —dijo el joven bombero.

Jefferson empezó a llorar a gritos, ocultando la cara en mi hombro.

—No puede ser cierto. No puede ser —murmuré mientras le dejaba que nos llevara hasta la barrera. Descubrí a tía Bet, a Richard y a Melanie a la derecha y corrí hacia ellos.

—Oh, Christie, querida —dijo tía Bet levantando los brazos—. Y Jefferson. Es espantoso... espantoso.

—¿Dónde está mi madre, tía Bet? ¿Y papá? Tío Philip no me ha sabido contestar cuando se lo he preguntado.

Mi tía movió la cabeza.

—Están dentro, querida —dijo—. No han salido. Nosotros hemos estado aquí esperando y esperando.

—¿No han salido?

Me volví y miré el hotel. De la entrada principal salían llamas y humo de todas y cada una de las ventanas.

—Oh, Christie, pobre Christie —murmuró tía Bet.

—Están bien, tía Bet —sonreí a través de las lágrimas y apreté a Jefferson contra mí—. Seguro. Ya lo verás. Probablemente están en algún sitio de la parte trasera del hotel —añadí mientras empezaba a alejarme.

—¡Christie! —gritó tía Bet.

—Voy a buscarlos. Probablemente estarán preocupados por Jefferson y por mí —añadí mientras echaba a correr rodeando la barrera y los bomberos y toda la gente que estaba allí hasta que llegamos a la parte trasera del hotel. Aunque Jefferson pesaba bastante, no me di cuenta que lo llevaba en brazos hasta que llegamos.

Había bomberos por todas partes rociando esa zona del tejado y las paredes con agua que sacaban de la piscina. Busqué frenéticamente a mamá y a papá, pero todo lo que vi fue a algunos miembros de la dirección del hotel y a los bomberos.

—¿Dónde están papá y mamá? —preguntó Jefferson abriendo los ojos, esperanzado—. Quiero ver a mamá.

—Estoy buscándolos, Jefferson. —Lo dejé en el suelo, lo cogí de la mano y me aproximé al bombero que tenía más cerca.

—Eh —dijo cuando nos descubrió—, es mejor que os alejéis de aquí.

—Estamos buscando a nuestros padres —dije—. ¿Han salido por aquí?

—Nadie ha salido de ahí. Y ahora coge al niño y alejaos —ordenó con firmeza.

Con el corazón palpitando me alejé lentamente con Jefferson. Fuimos al mirador, nos sentamos en los escalones y contemplamos el trabajo de los bomberos. Jefferson tenía los ojos hinchados de tanto llorar, igual que yo. Seguimos allí sentados en silencio, con los ojos secos, mirando lo que sucedía ante nosotros, esperando. Jefferson apoyó la cabeza en mi hombro y yo lo abracé con fuerza. Las llamas se fueron reduciendo poco a poco aunque el humo que salía era más oscuro y más denso. Se había formado una nube de cenizas que la brisa del océano iba alejando en la distancia. Ignoro cuánto tiempo permanecimos allí sentados, atónitos y temerosos. Finalmente oí gritar a Richard.

—¡AHÍ ESTÁN!

Llena de angustia me volví en aquella dirección. Vi a Richard, a Melanie, a Mrs. Boston, Julius y tía Bet que se acercaban corriendo; Jefferson se enderezó, la visión de Mrs. Boston en aquellos momentos le produjo cierto alivio.

—¿Dónde está mamá? —preguntó.

—Oh querido, oh mi niño —dijo Mrs. Boston.

—¿Mi madre? —grité yo—. ¿Mi padre?

Mrs. Boston movió la cabeza en sentido afirmativo.

Jefferson rompió a llorar de nuevo, y su grito agudo y penetrante se perdió en la brisa que se llevaba el horrible humo. Mrs. Boston lo tomó en sus brazos y lo llenó de consoladores besos.

Me levanté, sentí las piernas como de goma y la cabeza tan ligera como un globo que podía desprenderse y ser arrastrada con el humo y los gritos de Jefferson.

—Christie —dijo tía Bet.

—¿Dónde están? —pregunté conteniendo la respiración—. ¿No han salido?

Tía Bet movió la cabeza.

—¡DÓNDE ESTÁN! —grité.

—Los han encontrado juntos... en el sótano —explicó tía Bet con los ojos enrojecidos por las lágrimas—. Oh, Christie —dijo empezando a sollozar.

Entonces dejé de percibir las piernas, el estómago, el pecho, el cuello y mi cabeza perdió la noción de la realidad.

Caí suavemente, como los globos del día de mi cumpleaños, flotando hacia abajo, abajo, abajo. El mundo que me rodeaba, antes lleno de color, de magia, maravilloso, explotó como una burbuja y todo quedó a oscuras.

—Se recuperará —oí decir a alguien. Creí que tenía los ojos abiertos pero todo seguía

a oscuras—. Denle algo ligero, té azucarado y unas tostadas. Un trauma emocional de esta envergadura puede ser devastador, física y psicológicamente. Pero es joven y fuerte, se recuperará.

—¿Mamá?

—Se está despertando —oí decir a tía Bet.

—Sí. Póngale una compresa de agua fría en la frente durante un rato.

—¿Mamá? —La oscuridad comenzó a desvanecerse, como cuando la marea retrocede. Vi el techo de mi habitación y luego las paredes mientras mis ojos se movían lentamente con la esperanza de ver a mi lado el rostro querido y preocupado de mamá. Pero lo que vi fue a tía Bet y al doctor Stanley, nuestro médico de cabecera. Me sonrió e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, con aquellos mechones de cabellos claros caídos sobre la frente que casi le cubrían los ojos. Como era habitual en él, necesitaba urgentemente un corte de pelo. En una ocasión le dije a mamá que el doctor Stanley me recordaba un perrito de lanas y ella rió y me confesó que a ella también.

—Es un médico estupendo y un hombre encantador, pero no cuida mucho su apariencia personal —admitió. Podía oír su voz tan clara en mi recuerdo que tuve la sensación de que se encontraba en la habitación.

—¿Dónde está mamá? —pregunté mirando a mi alrededor. Apenas pronuncié estas palabras, se me hizo un nudo en la garganta; sentí una fuerte opresión en el pecho, como si hubiera soportado durante horas y horas un gran peso. Como no la vi, levanté la cabeza de la almohada e inmediatamente la habitación empezó a dar vueltas. Gemí y cerré los ojos.

—Debes tomártelo con calma, Christie —me aconsejó el doctor Stanley—. Has sufrido una fortísima impresión y se ha resentido tu sentido del equilibrio.

—Estoy tan cansada —dije, o al menos creí decirlo. No estaba segura de que hubiera oído mis palabras. Sentí que tía Bet cogía mi mano izquierda entre las suyas; abrí los ojos y la vi a mi lado. Sonrió débilmente, con los ojos hinchados de tanto llorar. Con su nariz afilada, los pómulos y la barbilla tan pronunciados, estaba más delgada que yo. Sus cabellos, normalmente muy bien peinados, ahora estaban revueltos, con mechones fuera de su sitio aquí y allá.

—Tía Bet —dije. Se mordió el labio inferior y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi padre y mi madre... ¿no han conseguido salir? —Tía Bet movió la cabeza en sentido negativo.

Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago y mi cuerpo mientras empezaba a sollozar.

—Vamos, vamos, Christie —dijo el doctor Stanley—. Tienes que dominarte, querida. No querrás ponerte tan enferma que no puedas ayudar a tu hermanito, ¿verdad?

—¿Dónde está? ¿Dónde está Jefferson? —pregunté apresuradamente.

—Está en su habitación, querida —repuso tía Bet—. Durmiendo.

—Pero pronto se despertará y entonces necesitará tu ayuda —dijo el doctor Stanley—. Va a necesitar a su hermana mayor. Ahora lo que debes hacer es descansar, intentar beber un poco de té y comer una tostada con mermelada. Te esperan días difíciles, Christie; ha recaído una gran responsabilidad sobre tus jóvenes espaldas. ¿Comprendes? —preguntó el doctor Stanley. Yo asentí—. Bien. Siento terriblemente esta tragedia, estaré aquí para ayudarte tanto como lo necesites —añadió.

Lo miré otra vez. A mamá le gustaba y confiaba mucho en él, tanto como para poner en sus manos la salud de la familia. Mamá querría que le hiciera caso, pensé.

—Gracias, doctor Stanley —dije. El médico sonrió y luego abandonó la habitación.

—Cuéntame lo que ha pasado, tía Bet —dije tan pronto como nos quedamos solas.

—No conozco todos los detalles todavía —explicó—. Hubo una explosión en el sótano mientras Jimmy estaba allí. El incendio fue instantáneo. El humo invadió todo el hotel y se dispararon las alarmas. Los huéspedes fueron evacuados. Philip iba de un sitio a otro, evacuando a la gente, avisando a los que todavía estaban en las habitaciones. Tu madre y yo ayudamos a evacuar el vestíbulo y salimos en cuanto tuvimos la seguridad de que todo el mundo estaba a salvo. El fuego avanzaba con tanta rapidez que ya veíamos las llamas en la parte trasera del vestíbulo.

»Cuando salimos Dawn buscó a Jimmy y entonces comprobó que no había salido con los demás. Se puso histérica. Los bomberos no habían llegado todavía. Un policía intentó convencerla para que no volviera a entrar, pero ella logró desasirse de él y entró, gritando que tenía que sacar a Jimmy. Fue la última vez que la vi —añadió y empezó a sollozar en silencio.

—¿Y después? —pregunté, resuelta a saberlo todo.

—Después, cuando pudieron entrar en el sótano, los bomberos los encontraron juntos. Tu madre encontró a Jimmy, pero ambos quedaron atrapados en un almacén. Murieron abrazados —concluyó lanzando un profundo suspiro—. Philip está deshecho —continuó, ahora como si hablara sumergida en un trance—. Delira, incrédulo, y está tan furioso que nadie osa acercarse a él.

Cerré los ojos. Quizá si los cerraba con fuerza y apretaba el cuerpo hasta hacerme daño, la pesadilla desaparecería. Abriría los ojos por la mañana, una mañana soleada y luminosa de los últimos días de primavera. Jefferson irrumpiría en mi habitación de un momento a otro, y mamá aparecería tras él diciéndole que me dejara sola y que fuera a vestirse. Sí... sí.

—¿Cómo está? —Cuando Mrs. Boston hizo esta pregunta desde el umbral de la

puerta mi ensueño se desvaneció.

—El médico ha dicho que le demos té azucarado y una tostada con mermelada —dijo tía Bet con dureza—. Tráigalo inmediatamente.

Tía Bet nunca se mostraba agradable con los empleados de mamá, y a los sirvientes frecuentemente les hablaba con dureza. Mamá decía que esto era debido a la educación que había recibido tía Bet. Sus padres eran tan ricos que siempre había vivido como una reina.

—Sí, señora —contestó Mrs. Boston.

—No quiero nada —dije yo desafiante.

—Vamos, Christie. Ya has oído lo que ha dicho el médico —me amonestó tía Bet y yo, a regañadientes, acepté. Tenían razón, no podía evitar la realidad y rechazar la verdad. Jefferson me iba a necesitar. Pero yo también me sentía como una niña perdida, con miedo ante el mañana. ¿Cómo iba a ser lo bastante fuerte para ayudar a otro, cuando mi sufrimiento era tan grande que apenas podía respirar?

—¿El abuelo Longchamp y Gavin ya saben lo que ha sucedido? —pregunté—. ¿Y tía Fern?

—He encargado a Mr. Dorfman que telefonara a todos los que debían ser informados.

—¿Y Bronson y la abuela Laura?

—Sí, Bronson ya está enterado. Por fortuna, creo, tu abuela tiene la mente demasiado confusa como para comprender lo que ha pasado.

—Será mejor que vaya a ver a Jefferson —dije incorporándome, esta vez más despacio. Mi cuerpo me dolía como si hubiera estado corriendo durante horas y horas.

—Todavía está durmiendo, Christie —dijo tía Bet—. Te prometo que te avisaré en cuanto despierte. Quédate aquí y descansa —me ordenó—. Voy a ver a Richard y a Melanie. Pobrecillos, están muy afectados. —Lanzó un profundo suspiro, me dio una palmadita en la mano y se levantó—. Descansa —añadió moviendo la cabeza, con los ojos brillantes de lágrimas. Luego se volvió y abandonó la habitación.

Cerré los ojos y un sollozo y otro y otro subieron por mi garganta. Poco después oí que alguien entraba en mi habitación, y cuando abrí los ojos vi a tío Philip con una bandeja con la taza de té y la tostada. Aunque con el rostro demacrado por el dolor y la pena, se había cepillado el pelo, se había arreglado la ropa, abotonado la camisa y se había vuelto a anudar la corbata, con la perfección de siempre. Dejó la bandeja en mi mesita de noche y sonrió. En sus ojos ya no había rastro de aturdimiento alguno.

—¿Cómo está mi pobre princesa? —preguntó.

—No puedo creer que mis padres hayan muerto, tío Philip. No puedo creerlo —dije sacudiendo la cabeza.

Clavó los ojos en mí y yo observé que eran pequeños y oscuros. Le temblaban los

labios cuando se volvió para coger la bandeja.

—Tu estómago necesita algo caliente.

—¿Dónde está Mrs. Boston? —pregunté.

—Está ocupada atendiendo a todo el mundo, así que me he ofrecido para traerte la bandeja —dijo—. Intenta sentarte y beber algo y comer aunque sea un poco.

—Quiero hacer lo que ha dicho el médico pero dudo que pueda tragar nada, tío Philip.

—Lo sé —dijo asintiendo con simpatía—, pero tienes que recuperar fuerzas.

Me incorporé, me puso la bandeja en el regazo y se sentó en la cama.

—Oh, Christie, Christie —gimió tomándome la mano—. Ha sucedido algo terrible, terrible —comenzó. Movía los dedos sobre los míos mientras hablaba—. Y a todos nos hace sufrir mucho, pero me he prometido a mí mismo, como le prometí a tu madre, que cuidaría de ti.

—¿Se lo prometiste? ¿Cuándo?

—Cuando volvió a entrar —contestó—. Me llamó y me dijo: «Si me sucede algo cuida de Christie».

—¿Mamá dijo eso? ¿Y Jefferson?

—Oh, de Jefferson también, por supuesto. Y yo lo haré. De ahora en adelante —dijo suavizando la mirada de sus ojos azules—. Os trataré como a mis propios hijos. Os querré y os cuidaré —añadió apretando mi mano.

»Ya verás cómo todo irá bien —siguió diciendo, pasando los dedos por mi antebrazo como si estuviera buscando una línea invisible—. Todavía somos una familia y reconstruiremos rápidamente el hotel.

Alzó los ojos, endureciendo una mirada que ya era de firme resolución.

—En cuanto nos hayamos recuperado un poco nos pondremos a trabajar. Oh, no podremos abrir el hotel este verano, pero lo dejaremos igual que era antes del incendio. Y lo modernizaremos, para que esto no vuelva a suceder.

Miré hacia la puerta porque se oyó un ruido. Richard y Melanie estaban hablando en voz alta; parecían excitados, aunque no tristes.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Unos empleados del hotel nos están ayudando a trasladar aquí nuestras cosas —aclaró tío Philip.

—¿Trasladarlas aquí? —Jamás se me hubiera ocurrido que esto pudiera suceder.

—Hemos trasladado lo que hemos podido porque la mayor parte de nuestros enseres han quedado inservibles. Hubo mucho humo. He querido sacar de allí las cosas cuanto antes —sonrió—. Ahora somos tu familia. Daría cualquier cosa para que esto no hubiera sucedido, pero ha sucedido y no tenemos más remedio que tomarnos las cosas como vienen. Después de todo, soy un Cutler; he heredado la determinación de mi madre —añadió enderezándose como para ilustrar sus palabras

—. Poseía una gran fortaleza frente a cualquier contingencia.

—¿Contingencia? Es más que una contingencia, tío Philip —le interrumpí con dureza. No importaba el grado de determinación de la abuela Cutler ni los cumplidos que mereciera, siempre seguiría representando para mí la maldad por la manera en que había tratado a mamá.

—Desde luego, tienes razón. No quería minimizar lo que ha pasado. Lo que quiero decirte es que yo me ocuparé siempre de ti y que reconstruiremos el hotel y volveremos a ser la gran familia que éramos.

—No sin mamá —gemí sacudiendo la cabeza—. Y sin papá. Nunca más seremos los de antes.

—Claro que no, pero debemos intentarlo. Tu madre hubiera querido que lo intentáramos, ¿no es verdad? No era la clase de persona que esconde la cabeza debajo del ala. Era muy fuerte y estoy seguro de que en esta ocasión también lo hubiera sido. ¿No es cierto? —Me apartó el cabello de la frente igual que mamá lo hacía a menudo.

—Sí —repose bajando la mirada—. Supongo que sí.

—Bien. Has heredado un carácter muy fuerte, Christie. Basta pensar en las cosas terribles por las que tuvo que pasar tu madre y luego el éxito que obtuvo y lo hermosa que era. Y eso sin tener una familia que la apoyara —añadió—. Yo te apoyaré en todo. Cada crisis que tengas será mi crisis, cada obstáculo tuyo será mío —sonrió—. Espero que aceptes mi ayuda. Siempre estaré contigo, así como tía Bet y tus primos.

—¿Dónde vais a dormir? —pregunté apresuradamente.

—Por el momento, Richard y Melanie ocuparán la habitación de invitados que utiliza Fern cada vez que viene. Y cuando Fern venga, podrá dormir en el sofá del cuarto de estar o en uno de los bungalows para huéspedes que no han sido destruidos por el fuego.

—¿Y tía Bet y tú? —Adiviné la respuesta y sentí un fuerte dolor en mi interior.

—Tendremos que utilizar la habitación de tus padres, claro. Dentro de un día o dos, cuando ya te levantes, puedes ir con tía Bet y decirle lo que quieres conservar de tu madre y lo que podemos guardar en el ático. No me gustaría verlo todo amontonado por ahí. Tu madre tenía algunas cosas muy bonitas, algunas le vendrán bien a Betty.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—Vamos, vamos, Christie, no me obligues a explicarte todos los detalles. Es demasiado pronto. Mira cómo te pones —dijo mientras se inclinaba a besarme las lágrimas que corrían por mis mejillas. Pero yo me aparté.

—Tengo todo el derecho. Voy a tener que ocuparme de Jefferson.

—Desde luego. Estoy disponiendo lo necesario para el funeral —dijo levantándose.

—¿Cuándo será?

—Dentro de dos días. Los enterraremos en el antiguo cementerio.

—Mi madre no quería estar demasiado cerca de su abuela —dije con el rostro encendido de rabia. Tío Philip se quedó mirando un instante y luego sonrió con frialdad.

—No te preocupes. No estará cerca. El nicho más próximo, el de la izquierda, es el mío. Hay mucho espacio en la parte de atrás. Siento todo esto, lo siento muchísimo. No quería molestarte con nada de esto, pero ya eres lo bastante mayor para aceptar la responsabilidad y comprender algunas cosas propias de los adultos.

—Quiero saberlo todo —insistí—. Todos los detalles de lo que ha sucedido y de lo que se va a hacer.

Tío Philip hizo un gesto de asentimiento.

—Este es el espíritu que sabía que tenías, el que ella tenía. Has heredado algo más que su belleza —añadió con los ojos llenos de satisfacción—. Serás como ella... como era ella cuando la conocí... llena de fuego y de fortaleza.

»Algún día, cuando todo esto haya pasado y la pena sea menor, me sentaré y te hablaré de aquella época. —Suspiró—. Bien, será mejor que vaya a supervisar lo que están haciendo. Llámame si deseas algo. Siempre estaré disponible para ti, Christie. —Sacudió la cabeza—. Mi princesita —añadió con una ligera sonrisa antes de volverse y dejarme temblorosa en mi cama.

El timbre del teléfono empezó a sonar y no paró durante todo el día y la noche. Antes de que pudiera ir a verlo, Jefferson se despertó y vino a mi habitación. Se quedó en el umbral de la puerta, restregándose los ojos con sus puñitos.

—Quiero ver a mamá —gimió.

—Oh, Jefferson. —Alargué los brazos hacia él y mi hermano vino corriendo. Ahora tenía que ser yo quien lo consolara, como lo hubiera hecho una madre. De repente tenía que interpretar dos papeles, el de madre y el de hermana.

—¿Dónde están papá y mamá? —preguntó—. ¿Por qué no han salido del hotel?

—No pudieron hacerlo, Jefferson. Quedaron atrapados en el fuego y había mucho humo.

—¿Por qué papá no lo intentó? ¿Por qué? —preguntó Jefferson, con una pena que poco a poco se iba transformando en irritación.

—Estoy segura de que lo intentó, pero ya viste lo grande que era el incendio.

—Quiero ir a buscarlos —decidió—. Ahora. Vamos, Christie. —Saltó de la cama y me estiró la mano—. Vamos.

—Los encontraron los bomberos, Jefferson.

—¿Los encontraron? ¿Entonces dónde están? —preguntó, alzando los hombros.

Yo sabía que Jefferson comprendía lo que era la muerte. Tuvimos una gata, *Fluffy*, que la había atropellado un coche hacía un año. Jefferson quedó desolado.

Papá la enterró detrás de la casa e hicimos una pequeña ceremonia. Todavía se veía la señal. Jefferson sabía lo que les había sucedido a papá y a mamá, sólo que no quería enfrentarse a ello.

—Se han ido, Jefferson. Se han ido juntos al Cielo.

—¿Por qué? ¿Por qué nos han abandonado?

—Han tenido que hacerlo. No querían, pero se han visto obligados —le expliqué.

—¿Por qué?

—Oh, Jefferson. —Rompí a llorar. Sabía que no debía hacerlo, lo supe en el momento en que lo hice porque mi hermano rompió a llorar también. Verme llorar le asustaba y yo me tragué las lágrimas y me mordí el labio inferior—. Ahora vas a tener que comportarte como un chico mayor. Nos tenemos que ayudar el uno al otro. Vas a tener que hacer muchas de las cosas que hacía papá. —Esta idea le hizo dejar de llorar, pero me volvió a abrazar y escondió la cara en mi pecho. Me eché a su lado y estuve acunándolo hasta que apareció Mrs. Boston.

—Oh, está aquí. Venía a ver cómo se encuentra. ¿Cómo está?

—Está bien —dije en voz baja, monótona, con la mirada fija en el vacío. Me sentía como un maniquí, como el esqueleto de mí misma. Mrs. Boston asintió. Tenía los ojos hinchados tras haberse pasado horas llorando.

—Me ha dicho Gavin que te dijera que él y sus padres están en camino —me comunicó Mrs. Boston.

—¿Gavin ha telefoneado? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo ha dicho nadie? —pregunté apresuradamente.

—Miss Betty contesta siempre el teléfono. Le dije que no podía hablar contigo ahora pero me dio el recado —contestó Mrs. Boston.

—Hubiera deseado hablar con Gavin —gemí—. No tenía derecho...

—Bueno, estará aquí mañana, querida. No tiene sentido crear más problemas, todo el mundo está muy nervioso —añadió con expresión persuasiva. Se acercó y rodeó a Jefferson con su brazo. Mi hermano se volvió y hundió el rostro entre su hombro y su cuello. Mrs. Boston me hizo un guiño y lo cogió en brazos.

—Hay que darle algo de comer y de beber —dijo—. ¿Un poco de chocolate con leche? —Jefferson asintió pero siguió con la cabeza escondida.

Intenté sonreírle a Mrs. Boston, pero no pude. Gracias a Dios que estaba con nosotros, pensé.

Durante todo el día y hasta bien entrada la tarde hubo un desfile de personas que venían a expresar sus condolencias. Tía Bet atendió los asuntos de la casa y recibió a todo el mundo. Hizo que Richard y Melanie se vistieran de forma apropiada: Richard con una chaqueta azul oscuro y corbata y Melanie con un vestido azul oscuro y zapatos a juego. Ambos hermanos iban perfectamente peinados, sin un cabello fuera de su sitio y tomaron asiento en un sofá como dos estatuas.

Tía Bet entró en mi habitación para comprobar lo que me había puesto y luego se dirigió a la de Jefferson. Yo la seguí porque sabía que no le iba a gustar que le dijera lo que debía ponerse. Tal como esperaba, cuando vio que abría su armario y empezaba a elegir la ropa, Jefferson la miró con expresión desafiante.

—Mi mamá dice que eso sólo lo puedo llevar en ocasiones especiales —le espetó.

—Ésta es una ocasión especial, Jefferson. No querrás que la gente te vea vestido como un rufián, ¿verdad? Querrás que todos te vean bien vestido.

—No me importa —replicó con el rostro encendido.

—Sí que te importa, querido. Te pondrás esto y esto y...

—Ya elegiré yo la ropa, tía Bet —dije entrando tras ella apresuradamente.

—Oh. —Se quedó sorprendida un instante y luego sonrió—. Desde luego. Seguro que elegirás lo más adecuado. Llámame si necesitas algo, querida —dijo disponiéndose a salir del cuarto.

—No me voy a poner lo que ella quiere —repitió Jefferson con las mejillas rojas de ira.

—No tienes que hacerlo —dije—. Puedes ponerte este traje —sugerí—. Si lo deseas —añadí. Lo contempló un momento y su expresión se suavizó.

—Muy bien. Pero no voy a tomar un baño.

—Vístete entonces.

—¿Te has bañado?

—Me he duchado antes de vestirme —dije—. A mamá le gustaba que fueras limpio —le recordé. Jefferson se quedó pensativo un instante y luego asintió.

—Me ducharé.

—¿Necesitas ayuda?

—Puedo hacerlo solo —dijo con aspereza. Me quedé allí observando cómo disponía su ropa, parecía un hombrecito. La tragedia y el dolor nos habían hecho crecer rápidamente, pensé. Gavin, Edwina y el abuelo Longchamp llegaron a última hora de la tarde. Tío Philip los había instalado en una de las casas de huéspedes que utilizábamos cuando el hotel estaba lleno. Una mirada al abuelo Longchamp fue suficiente para ver hasta qué punto le había afectado la tragedia. Había perdido a su hijo y a la joven que siempre había considerado como una hija. Había envejecido, las arrugas de la cara eran ahora más profundas, sus ojos más oscuros y la piel más pálida. Caminaba muy despacio y apenas hablaba. Edwina y yo nos abrazamos y nos echamos a llorar. Más tarde, Gavin y yo tuvimos la oportunidad de estar a solas.

—¿Dónde está Fern? —preguntó Gavin.

—Nadie parece saberlo —contesté.

—Tendría que haber sido la primera en venir aquí a ayudarte con Jefferson —dijo Gavin enfadado.

—Quizá sea mejor que no. Nunca ha ayudado a nadie como no sea a ella misma.

O posiblemente se sienta mal porque la última vez que vio a papá tuvieron aquella terrible discusión.

—Lo que tú digas —concluyó Gavin. Nos miramos. Todo el mundo se había ido y estábamos solos en la sala de estar. Mamá y papá la utilizaban a menudo como segundo despacho. Había una gran mesa de madera de cerezo y una silla, las paredes cubiertas de librerías, un gran reloj del abuelo y un sofá de cuero rojizo. Gavin contempló las fotografías de la familia encima del escritorio y las estanterías y las cartas de felicitación que mamá había recibido por sus interpretaciones en la Sarah Bernhardt.

—Estaba tan orgullosa —dije. Gavin asintió.

—No puedo creerlo —le oí decir sin volverse—. Sigo pensando que voy a despertarme de un momento a otro.

—Yo también.

—Para mí era más que una cuñada. Era una hermana. Y yo siempre deseaba ser como Jimmy.

—Lo serás, Gavin. Estaba muy orgulloso de ti. Siempre hablaba de ti y de lo bien que ibas en la escuela.

—¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué? —preguntó. Los ojos se me llenaron de lágrimas y mis labios empezaron a temblar—. Oh, lo siento —se apresuró a decir volviéndose hacia mí—. Debería pensar en lo que estás pasando y no sólo en mí. — Me abrazó y apretó su cara contra la mía.

—¿Qué estáis haciendo aquí los dos? —preguntó tía Bet. Estaba en la puerta, con expresión sorprendida. Yo aparté la cabeza despacio y abrí los ojos.

—Nada —repuse.

—No deberías estar aquí sola mientras todo el mundo está en el salón —dijo mirando a Gavin, luego a mí y de nuevo a Gavin—. Además, Jefferson no se porta bien. Sería mejor que hablaras con él, Christie.

—¿Qué está haciendo?

—No quiere sentarse.

—Sólo tiene nueve años, tía Bet, y acaba de perder a sus padres. No podemos esperar que sea tan perfecto como Richard —le espeté mientras su rostro enrojecía.

—Bueno, yo... yo sólo intentaba...

—Iré a verle —dije de inmediato cogiendo la mano de Gavin—. Lo siento, no debería de haber sido tan brusca con ella, pero se mete en todo y con todos y he perdido la paciencia —añadí cuando ella hubo desaparecido.

—Lo comprendo —dijo Gavin—. Me encargaré de Jefferson. Voy a buscarle —se ofreció. Gavin fue encantador, se lo llevó a su habitación y estuvo allí con él, con sus juegos y sus juguetes.

Tía Fern no llegó hasta la mañana del funeral. Apareció con uno de sus amigos de

la universidad, un joven alto y de cabellos oscuros. Nos lo presentó como Buzz a secas. Me resultaba increíble que llevara un amigo al funeral. Se comportó como si se tratara de un asunto más de familia. Durante todo el tiempo que permaneció en casa antes de salir hacia la iglesia, ella y Buzz se situaron al margen de la comitiva fúnebre. Varias veces los descubrí riendo en un rincón, fumando. Le recordé que mamá aborrecía que fumaran dentro de la casa.

—Mira. Buzz y yo no nos vamos a quedar aquí mucho rato, así que no me marees con las normas, ¿vale? La fruta todavía no está madura —le dijo a Buzz, quien me dirigió una sonrisa, asintiendo.

—¿Y adonde vas a ir? —pregunté.

—Volveré a la universidad por un tiempo. No lo sé. Estoy empezando a cansarme de horarios y deberes. —Al oír sus palabras, Buzz rió.

—Papá quería que te graduaras en la universidad.

—Mi hermano quería vivir mi vida por mí —dijo secamente—. No me lo recuerdes. Bueno, ahora ya no está y me importa poco lo que otras personas quieran que haga. Voy a hacer lo que me dé la gana.

—¿Y qué harás? —pregunté.

—No te preocupes —gimió—. No me verás mucho por aquí, sobre todo porque Philip y su camada han ocupado el vacío —dijo.

—No han ocupado ningún vacío —insistí.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamas a esto, una situación temporal? —Rió.

—Sí —contesté.

—Enfréntate a la realidad, princesa. Todavía eres demasiado joven para ser independiente. Philip y Betty serán tus cancerberos. No quiero que sean los míos. Ánimo —añadió—. En unos cuantos años también tú serás independiente.

—No quiero abandonar a mi hermano.

—Famoso epitafio, ¿verdad, Buzz?

El amigo asintió y sonrió como si fuera una marioneta y ella moviera los hilos a su antojo.

—No lo haré —insistí. A veces, Fern resultaba ser aborrecible y odiosa. Ahora que papá se había ido no había nadie para cuidar de ella y sacarla de todos los problemas en los que habitualmente se metía. No lo sabía, pero iba a echarle de menos mucho más de lo que hubiera soñado. Me alejé de ellos en cuanto llegó tía Trisha.

Tía Trisha ya había empezado su espectáculo en Broadway y, a pesar del gran dolor que sentía, tuvo que salir al escenario. No se lo reproché porque sabía que tenía que hacerlo. Mamá siempre hablaba de los sacrificios que tenían que hacer las personas que se dedicaban al espectáculo. Sin embargo, tía Trisha y yo tuvimos tiempo de llorar y consolarnos la una a la otra. A Jefferson también le gustó mucho

verla y corrió a sus brazos. Permaneció a nuestro lado desde el principio hasta el final, hasta que tuvo que dejarnos para volver a Nueva York.

La limusina se dirigió hacia la iglesia. El día gris fue un acompañamiento apropiado.

—Oh, no, este tiempo la entristecerá aún más —oí decir a papá.

Habían aparcado el coche fúnebre a un lado cuando nosotros llegamos. La iglesia estaba llena. Bronson había sentado en primera fila a la abuela Laura. Llevaba un elegante vestido negro y un sombrero con velo del mismo color. Vi que se había puesto kilos de maquillaje y se había pintado exageradamente los labios. Parecía confundida, pero sonreía a todo el mundo y nos saludó con la cabeza cuando fuimos a ocupar nuestros lugares. Jefferson me cogió con fuerza de la mano y se sentó tan cerca de mí que prácticamente lo hizo en mi regazo.

En cuanto apareció el sacerdote, el órgano dejó de sonar. El sacerdote animó a los presentes a rezar y leyó un pasaje de la Biblia. Luego habló con cariño y admiración de mamá y de papá, dijo que eran las luces más brillantes de nuestra comunidad, siempre ardiendo cálidamente y dando esperanza y felicidad a los demás. Seguro que en el cielo serían también así para con todas las almas.

Jefferson escuchaba con los ojos muy abiertos, pero ninguno de los dos podíamos apartar la vista de los féretros. Parecía irreal e imposible que papá y mamá estuvieran allí. Cuando me disponía a salir de la iglesia, comprobé que casi todos los asistentes estaban llorando.

El cortejo fúnebre se dirigió directamente al cementerio. Ante las tumbas, Gavin me cogió la mano y tía Trisha hizo lo propio con la de Jefferson. Permanecimos inmóviles como estatuas. La fría brisa me levantaba el cabello; sentí mis lágrimas como gotitas de hielo en mis mejillas. Un instante antes de que bajaran los ataúdes, me adelanté a dar un beso a cada uno.

—Adiós, papá —murmuré—. Gracias por quererme más de lo que mi verdadero padre hubiera podido soñar nunca. En mi corazón siempre serás tú mi verdadero padre. —Hice una pausa y tuve que tragar saliva antes de poder continuar.

»Adiós, mamá. Te has ido, pero nunca estarás lejos de mí.

Miré a tío Philip, que se había adelantado y estaba a mi lado. Miraba fijamente el ataúd de mamá mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas hasta la barbilla. Rozó suavemente el ataúd, cerró los ojos y se alejó conmigo. Entonces los bajaron.

Oí los sollozos de Jefferson, quise consolarle, pero me fue imposible detener las lágrimas. Gavin me abrazó. El abuelo Longchamp mantenía la cabeza inclinada y Edwina, a su lado, le rodeaba la cintura con su brazo. Fern ya no reía, pero tampoco lloraba. Parecía cansada e incómoda y su amigo confundido, preguntándose probablemente qué estaba haciendo allí. Bronson había llevado a la abuela Laura en la silla de ruedas hasta las sepulturas y vi que le estaba dando explicaciones y ella

hacía gestos con la cabeza, comprendiendo quizá lo que había sucedido.

—Salgamos —dijo tía Bet, acompañada por Richard y Melanie, que iban delante de ella—. Volvamos a casa.

«¿A casa?», pensé. ¿Cómo puede ser una casa sin papá y mamá? Ahora sólo es una sombra de lo que fue, un recuerdo, una casa llena de sombras y antiguos ecos, un lugar donde colgaremos la ropa y descansaremos, donde comeremos toda clase de alimentos en medio de un silencio desconocido, porque se han ido para siempre las risas de papá después de haberle hecho una broma a mamá, se han ido sus canciones y su cálida sonrisa, los besos y tiernos abrazos que ayudaban a desvanecer los fantasmas de las pesadillas.

«El cielo se ha oscurecido, el mundo es más adusto», pensé. Mientras salíamos y pasábamos junto a las tumbas de otros miembros de la familia, vi el gran monumento de la abuela Cutler. Estaba segura de que mamá no tendría que volver a enfrentarse a ella, porque era imposible que hubiera ido al Cielo.

—Atención, niños —dijo tía Bet cuando salimos de la limusina—, limpiaros los pies antes de entrar en casa.

La miré con dureza mientras me preguntaba si las pesadillas no habrían hecho más que empezar.

CONCESIONES

Con tío Philip tan afectado, fue tía Bet quien tuvo que hacerse cargo de recibir en casa a las personas que vinieron a presentarnos las condolencias después del funeral. Prácticamente todo el personal del hotel estaba dispuesto a satisfacer los deseos de tía Bet. Mr. Nussbaum y León prepararon lo que ella consideró apropiado y lo hicieron en la casa, bajo su supervisión. Pidió a Buster Morris y a otros miembros del personal de los jardines que trasladaran unas mesas y unos bancos al prado que había enfrente. Sabíamos que iba a venir mucha gente a honrar por última vez a los fallecidos y a consolar a la familia. Ni Jefferson ni yo estábamos de humor para recibir a todas esas personas que querían demostrar su cariño y simpatía sinceros; aunque yo sabía que debía hacer algo, tía Bet nos asignó a cada uno una función en la casa.

—Tú y Jefferson os sentaréis aquí, querida —dijo señalando el sofá del salón—. Melanie y Richard a vuestro lado, claro, y yo acompañaré a todos y os los presentaré.

—Yo no quiero ver a nadie —protestó Jefferson, molesto.

—Claro que no, querido —asintió tía Bet sonriendo—, pero debes hacerlo por tus padres.

—¿Por qué?

—Es capaz de enloquecer a cualquiera con sus preguntas —comentó Richard entre dientes. Sus labios eran tan finos como cintas de goma y a veces, cuando hablaba así, me daba la sensación de que iban a estallar.

—Tiene todo el derecho a preguntar, Richard —protesté.

—Desde luego —convino tía Bet con un tono de irritación en la voz. Se inclinó para hacerle una caricia en el cabello, pero Jefferson apartó la cabeza—. Preguntá todo lo que desees, querido.

Jefferson apretó la boca y en sus ojos apareció una expresión de odio, pero tía Bet volvió a darle una palmadita en la cabeza y salió. Antes de que pudiéramos hablar de nada más, la gente empezó a llegar. Hasta Jefferson quedó vivamente impresionado y muy abrumado. Al parecer vino todo aquel que vivía cerca de Cutler's Cove, e incluso algunos de los huéspedes del hotel se pusieron en camino en cuanto se enteraron de la tragedia.

Tía Bet revoloteaba de aquí para allá como un canario, siendo los límites de su jaula el salón y el recibidor. Saludaba a todo aquel que llegaba y señalaba en nuestra dirección. Fue agotador; sin embargo me di perfecta cuenta de que la gente que nos abrazaba a mí y a Jefferson estaba muy afectada. Nunca hasta ese momento había sido consciente de cuántas personas querían a mamá y a papá.

Tía Trisha nos atendió lo mejor que pudo, nos dio de comer y de beber. Se quedó con nosotros todo el tiempo que pudo, y, cuando se dispuso a marcharse, nos llamó aparte y se despidió.

—Tengo que tomar el vuelo de Nueva York —dijo—. Dejaros aquí me rompe el corazón.

—Lo comprendo, tía Trisha —la tranquilicé, recordando la manera con la que papá acostumbraba a tomarle el pelo—. Estás en el mundo del teatro —añadí imitándola. Ella me dirigió una breve sonrisa.

—¡Voy a echaros tanto de menos! —Miró a Jefferson. Sacudió la cabeza con expresión perpleja y con los ojos llenos de lágrimas—. Oh, ratoncito —dijo apretándolo con fuerza entre sus brazos—. Sé un buen chico y obedece a tus tíos, ¿de acuerdo? —Jefferson asintió a regañadientes—. Te llamaré pronto, Christie. Tal vez dentro de unas semanas puedas venir a visitarme a la ciudad y asistir al teatro todas las noches. ¿Te gustaría?

—Muchísimo, tía Trisha.

Se levantó, se mordió el labio inferior y asintió. Luego dio la vuelta como si la persiguieran los fantasmas y se alejó de nosotros. Pocos minutos después Gavin me dijo que el abuelo Longchamp quería irse.

—Prefiere estar sentado en la sala de espera del aeropuerto que quedarse aquí llorando en un rincón y viendo a todas estas personas que vienen a dar el pésame —explicó Gavin.

—Lo comprendo —dije con el corazón en un puño.

—Me ha dicho que puedo volver pronto.

—Oh, Gavin, ojalá vengas a trabajar aquí este verano —le recordé. Sus ojos me dijeron que ya no iba a ser así.

—Mamá dice que volváis al sofá —dijo Richard entrometiéndose—. Dice que todavía hay gente muy importante a la que recibir.

—Oye, lárgate con viento fresco —le espetó Gavin con dureza.

—¿Qué?

—Que te largues. ¿Has entendido?

Richard torció la boca confundido por un instante, reprimiendo una mirada de rencor.

—Yo hago lo que mi madre me ha dicho —se defendió.

—Bien, pues ahora haz lo que yo te digo. —Gavin se dirigió a él con voz furiosa y Richard se marchó corriendo.

Me eché a reír, la escena me hizo sentir mejor.

—Hazme un favor, Jefferson —dijo Gavin—, cada mañana átale los calcetines, ¿lo harás?

—Sí —repuso Jefferson con los ojos brillantes.

—No te preocupes por Jefferson, Gavin, no necesita que le des nuevas ideas.

—Si se mete contigo, dímelo y vendré —le dijo a Jefferson.

—Papá quiere marcharse, querido. —Edwina se acercó hablando suavemente—. No se encuentra muy bien —añadió disculpándose conmigo—. Philip ha enviado la limusina a recogernos.

—Os acompaño —dije.

—Yo también. —Jefferson no se separaba de mí ni un segundo. Al salir, vimos a tía Fern y a su amigo encima de una de las mesas riendo y bromeando con algunos de los camareros. No parecía afectada, hubiera podido ser una extraña. Edwina se le acercó para decirle que se iban, pero a ella aquello no pareció interesarle.

—Muy bien, adiós —dijo e hizo un rápido gesto de despedida a Gavin y al abuelo Longchamp.

—No se comporta como cualquiera de mis hijos —murmuró—, no parece hija de Sally Jean. Debe parecerse a alguna de las ovejas negras de mi familia. Y eso que creíamos que se parecía más a nosotros que a ellos —añadió. Sus palabras me intrigaron y me pregunté si Gavin conocía su oscura historia.

—Cuídate, Christie —dijo el abuelo Longchamp clavando en mí sus ojos grandes y tristes—. Y cuida de tu hermano como papá y mamá desearían que lo hicieras. Llámanos si crees que hay algo que podamos hacer por vosotros, ¿entendido?

—Sí, abuelo. Gracias —contesté. Dirigió una última mirada a la casa y entró en la limusina. Edwina lo siguió.

—Te llamaré y te escribiré tantas veces como pueda. Odio tener que marcharme —dijo Gavin con expresión cariñosa. Yo asentí y bajé la mirada. Pasó la mano por los cabellos de Jefferson y entonces, rápidamente, casi tan rápidamente que no pude sentirlo y tampoco nadie verlo, me dio un beso en la mejilla. Cuando abrí los ojos, él entraba en la limusina junto a sus padres. Jefferson y yo nos quedamos allí cogidos de la mano hasta que desaparecieron en el camino. De pronto sentí mucho frío. El crepúsculo había llegado y se abatía, con rapidez, sobre todas las sombras que nos rodeaban.

—Venid aquí, niños —gritó tía Bet desde la puerta principal—. Volved adentro, a vuestro sitio.

—Estamos cansados, tía Bet —dije sujetando todavía la mano de Jefferson y acercándome—. Vamos arriba.

—Oh... querida, ¿con toda esta gente que acaba de llegar? —exclamó con desaliento, como si nuestra ausencia fuera la verdadera tragedia del día.

—Estoy segura de que lo comprenderán —repliqué apresuradamente—. Como tú deberías entenderlo.

—Pero...

Nosotros seguimos caminando con la cabeza inclinada y subimos enseguida al

piso superior, como si no perteneciéramos a aquel lugar, huérfanos en nuestra propia casa.

Llevé a Jefferson a mi habitación porque sabía que no querría estar solo. El ruido y la conmoción en el piso de abajo continuaron durante horas. Poco después de habernos retirado, vino a vernos Bronson Alcott. Llamó a la puerta y asomó la cabeza cuando yo pregunté quién era. Jefferson se había dormido a mi lado en la cama, pero yo sólo conseguí quedarme allí echada, con los ojos abiertos, contemplando el techo.

—Oh, no quería despertarte —dijo dando un paso atrás.

—No, no, Bronson. Por favor, entra —lo animé, sentándome y arreglándome el cabello con los dedos. Entró en la habitación y sonrió al ver a Jefferson.

—Pobre chiquillo —dijo moviendo la cabeza—. No es fácil para nadie, pero mucho menos para él. Recuerdo lo triste que fue para mí perder a mi madre y era más mayor.

—¿Cómo murió?

—De leucemia —contestó con tristeza.

—¿Y dejó a tu cuidado a tu hermana tullida? —Recordaba algunos detalles porque mamá en una ocasión me lo había contado. Bronson asintió. Y ahora cuidaba a la pobre abuela Laura, pensé con tristeza.

—¿Cómo está la abuela?

—Está bien. La he dejado con la enfermera —dijo—, para poder venir aquí y veros a los dos.

—¿Ha comprendido lo que ha pasado?

Bronson asintió.

—Va y viene, recordando, luego olvida... quizá sea lo mejor para ella. Quizá es una forma de defensa contra tanta desgracia.

—Tienes las manos llenas —dije.

—Es lo que tu madre solía decir —contestó sonriendo—. Laura Sue no siempre ha sido así, ya lo sabes. Fue una mujer viva, enérgica, chispeante, risueña y excitante que atormentaba a cualquier hombre que se le pusiera a tiro.

—Mamá me lo dijo, Bronson, tú conoces muchas cosas de esta familia, ¿crees que es cierto que pese sobre mí una maldición?

—¿Una maldición? No, no, una maldición no, a pesar de todas las desgracias. No lo creo en absoluto. Estoy seguro de que tu vida será como tus padres deseaban que fuera y de que harás cosas maravillosas —me respondió. Moví la cabeza, aturdida.

—Ya no deseo hacer cosas maravillosas. Sin mamá...

—No digas tonterías, Christie. Ahora más que nunca debes continuar tus estudios de música —me aconsejó con firmeza—. Debes hacerlo por ella tanto como por ti.

—Pero es que tengo la sensación de que voy a fracasar, de que esos nubarrones oscuros...

Bronson frunció el ceño.

—Christie, a veces el destino puede ser cruel, pero también existe el destino que te ha dado a ti este talento. Medita sobre ello. El destino nos pone en un camino, a veces bueno, a veces malo, pero si nos sitúa en un camino bueno y nosotros lo ignoramos o lo rechazamos, entonces atraemos la desgracia sobre nosotros. Tienes que ser todo lo que seas capaz de ser. Ahora tienes la obligación de hacerlo.

Asentí. Era tan firme, tan fuerte. Por eso mamá lo quería y lo admiraba, pensé. Entonces se me ocurrió una idea nueva y maravillosa.

—No quiero vivir con tío Philip y tía Bet —dije—. Y Jefferson tampoco lo desea.

—Lo comprendo, pero ellos tienen todo el derecho a ser vuestros tutores y dado que ya se han trasladado aquí con todas sus cosas, es lo más conveniente. No va a ser fácil durante un tiempo, o quizá no lo sea nunca, pero al menos estáis con personas que cuidan de vosotros y os quieren. Estoy seguro de que Philip os tratará tanto a Jefferson como a ti como si fuerais sus propios hijos —me aseguró Bronson, aunque vio la expresión de desagrado en mi rostro.

—Me gustaría... me gustaría que los dos vinierais a vivir con nosotros, pero me temo que mi casa no ofrece el ambiente más adecuado para dos jóvenes. Laura Sue es una inválida, y, aunque te quiere, casi nunca tiene la mente lo suficientemente clara para valerse por sí misma y sería una carga más para ti.

—Estaría dispuesta a aceptarlo —dije de inmediato.

Bronson sonrió.

—Todo va a salir bien. No temas —me aseguró—. Yo vendré tan a menudo como pueda a comprobar que a ti y a Jefferson os va todo bien.

Indiné la cabeza para que no viera las lágrimas en mis ojos.

—Vamos, vamos, Christie —dijo con voz cariñosa llena de comprensión. Incliné la cabeza y me besó en la mejilla. Luego miró a Jefferson afectuosamente—. En cuanto lo considere apropiado, os invitaré a cenar a ti y a Jefferson una noche —añadió—. A Laura Sue también le sentará bien. —Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Bronson?

—¿Sí, querida?

—Antes de que esto sucediera, mamá me contó cosas del pasado, cosas que se habían mantenido en secreto siempre, pero había muchas más que tenía que contarme, muchas cosas que a mí me preocupan. ¿Querrás contármelas tú?

—Todo lo que sepa —me aseguró—. Cuando las aguas se calmen, una tarde tú y yo hablaremos del pasado y de la familia, ¿de acuerdo?

—Gracias, Bronson.

—Yo era muy amigo de tu madre, Christie. Adquirió una cierta sabiduría a través de los años, quizá a causa de las dificultades que tú ya conoces, y poseía una perspicacia, una paciencia y una comprensión únicas. Estoy seguro de que tú las has

heredado. Ya verás —dijo y luego se marchó.

Nadie más vino a vernos. La recepción del funeral adquirió un tono más ligero que se fue apagando hasta desaparecer. Oí más risas, coches que iban y venían, el golpe de las puertas al cerrarse y personas que se llamaban las unas a las otras. Jefferson se despertó llorando por nuestra madre, lo consolé y volvió a dormirse. Cuando lo hizo, salté al suelo, fui a mi armario y saqué los viejos álbumes de fotografías, sonriendo y llorando sobre los retratos de mis padres.

«Eran tan hermosos —pensé—, tan, tan hermosos...»

Me abracé mis rodillas y apoyé en ellas la cabeza, intentando dominar la pena y las lágrimas que estaban a punto de brotar. Me encontraba todavía junto al armario cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—Ah, está aquí —dijo Richard.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no llamas primero? —pregunté mientras él hacía una mueca.

—Mamá me ha enviado a buscarle. Tiene que trasladar alguna de sus cosas o si no lo haré yo.

—¿Qué estás diciendo? No tiene que trasladar nada —dije levantándome—. Y especialmente esta noche.

—Mamá dice que no está bien que Melanie y yo durmamos en la misma habitación. Somos demasiado mayores. Dice que los chicos deben estar con los chicos. Ahora unos hombres van a trasladar mi cama a la habitación de Jefferson. Quiero que venga a hacerme sitio en el armario para poder colocar mi ropa. Si él no lo hace, lo haré yo —amenazó.

Temblé al pensar en ello. Jefferson odiaría tener a Richard encima de él día y noche; Richard no se parecía a ningún otro muchacho de doce años que yo conociera. Era muy ordenado y escrupuloso con sus cosas. Lo más probable era que mantuviera terribles discusiones con Jefferson sobre el desorden de mi hermano con sus propiedades.

—Ni se te ocurra tocar nada de Jefferson —grité.

—¿Qué... qué pasa, Christie? —dijo Jefferson sentándose en la cama y restregándose los ojos.

—Nada, vuelve a dormir. Voy abajo a hablar con tía Bet —dije saliendo de la habitación y apartando a Richard de un empujón.

Todavía había mucha gente en los salones de la casa tomando café y pasteles. Algunos rezagados habían venido a deleitarse con los restos de las bandejas y con otras que Mr. Nussbaum y León habían preparado. Busqué a tía Bet y a tío Philip. Aquellas personas me sonreían y algunas se acercaban a darme el pésame, pero yo entraba y salía rápidamente de las habitaciones hasta que encontré a tía Bet despidiéndose de unos conocidos en el porche. A tío Philip no lo vi por ninguna

parte.

—Oh, querida Christie —dijo cuando aparecí—. Has bajado. ¿Tienes hambre, querida?

—No, tía Bet, no tengo hambre —respondí bruscamente, aunque ella siguió manteniendo la sonrisa—. Estoy muy disgustada. ¿Por qué has decidido trasladar las cosas de Richard a la habitación de Jefferson precisamente esta noche?

—Oh, es que creo que cuanto más rápido empecemos a arreglarlo todo, mejor será para ellos. Creo que Richard será un magnífico compañero para Jefferson. Y además, querida —añadió acercándose a mí—, no creo que quieras que Richard y Melanie duerman en la misma habitación por más tiempo. Melanie ya es una mujercita y las mujercitas necesitan intimidad y un espacio propio, ¿no es cierto? Tú lo tienes —dijo con firmeza.

—No me estoy negando, tía Bet, pero Jefferson acaba de asistir al funeral de sus padres, y esta noche nada debe molestarlo. Podemos esperar un poco para hablar de los cambios de habitación —repliqué—. Creo que nosotros también tenemos opinión. Ésta es nuestra casa —añadí con expresión altiva.

Tía Bet continuó sonriendo.

—¿Dónde está tío Philip?

—Va y viene, querida, pero está tan afectado que no es de ninguna ayuda. Yo sólo quiero hacer las cosas lo mejor posible.

—Lo mejor es no trasladar las cosas de Richard a la habitación de Jefferson esta noche. Ya le resulta bastante difícil ir a dormir, y además está demasiado cansado para empezar a reorganizar sus armarios.

—Muy bien, querida —dijo tía Bet—. Habrá que esperar hasta mañana, si así lo deseas. —Sonrió, pero hubo algo en su sonrisa que parecía falso. Fue una sonrisa extraña, sombría.

—No existe nada que pueda hacerme feliz —dije yo.

—Ahora todos nosotros tendremos que hacer concesiones, Christie —contestó con cierta severidad—. Tu pérdida ha sido muy grande, pero nosotros también hemos perdido mucho. Hemos perdido nuestra casa y el hotel y...

—Todo puede reemplazarse, tía Bet —la interrumpí sorprendida ante su comparación, al tiempo que un rubor de indignación me teñía la cara—. ¿Puedes devolverme a mis padres? ¿Puedes? —grité con las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Es cierto, querida —dijo encogiéndose—. Siento haberte disgustado —dirigió una sonrisa a alguien que iba a marcharse—. Lo discutiremos mañana. Por favor, dile a Richard que baje a verme —añadió, para inmediatamente despedirse de algunos miembros de la dirección del hotel.

Yo giré en redondo y rápidamente subí al piso superior. Richard ya estaba en la

habitación de Jefferson reorganizando el armario.

—¡Deja eso inmediatamente! —le ordené. Richard se detuvo y frunció el ceño—. Tía Bet quiere que vayas a verla enseguida. No vas a trasladar tus cosas aquí esta noche —dije con firmeza—. Ahora vete. —Di un paso atrás y me quedé allí plantada señalando con el dedo.

—Este cuarto no es ni la mitad de bonito que el que yo tenía —murmuró.

—Entonces no entres nunca más —le dije cuando hubo salido. Echó a correr por el pasillo hasta llegar al piso inferior. Jefferson apareció en el umbral de la puerta, con la cara hinchada por el llanto y los ojos fatigados y confusos.

—Ven, Jefferson —dije—. Te llevaré a la cama.

—¿Adonde iba Richard? —preguntó.

—A difundir todo lo que yo le he dicho.

Ayudé a mi hermano a lavarse y vestirse para pasar otra noche en este mundo sin sus padres.

Cuando volví a mi cuarto, me sorprendió encontrar a tía Fern rebuscando entre la ropa del armario.

—Tía Fern —exclamé mirando a mi alrededor, pero no vi a su amigo—. ¿Qué estás haciendo?

—Hola, princesa —saludó dirigiéndome una sonrisa inocente. No tuve que acercarme demasiado para captar el olor a whisky que despedía—. Estaba buscando entre tus suéteres. Tienes unas cosas preciosas. Sobre todo este reloj —dijo levantando la muñeca izquierda—. ¿Me dejas llevarlo un ratito? —Era el regalo de cumpleaños de mis padres.

—¡Quítatelo! —exclamé—. Fue el último regalo de mis padres.

—Oh —titubeó.

—Puedes coger cualquier otra cosa —dije.

—Por mí quédatelo —replicó y se lo arrancó de la muñeca con tal violencia que a punto estuvo de romper la pulsera. Luego lo tiró despectivamente encima de la cama. Yo lo recogí rápidamente, prometiéndome a mí misma que jamás me lo quitaría de la muñeca—. Podrías ser un poco más amable conmigo —gimió—. Me voy y quién sabe cuándo nos volveremos a ver.

—¿No te quedas a pasar la noche?

—Tengo algunas fiestas de fin de curso a las que quiero asistir —dijo, acercándose al tocador a inspeccionar mis perfumes y mis colonias.

—¿Vas a asistir a los cursos de verano tal como le prometiste a papá? —pregunté.

—No —contestó—. Voy a pasar el verano con unos amigos míos muy ricos en Long Island. Ya se lo he dicho a Philip y también le he dicho dónde tiene que enviarme la asignación. No habrá entendido nada de lo que le he dicho, así que lo

más seguro es que tenga que llamar a Dorfman.

—Pero tendrás que recuperar las asignaturas que has suspendido este año —le dije.

Tía Fern giró en redondo.

—¿Sabes? Eres como una anciana... nag, nag, nag. Cuando yo tenía dieciséis años, ya había perdido la virginidad. —Se echó a reír al ver la expresión de mi cara—. Leíste el capítulo, ¿verdad? ¿A que sí? Está bien, guárdate tus secretitos, en esta familia todo el mundo lo hace. Tu madre también.

—No digas nada malo de mi madre —le repliqué. Tía Fern titubeó y movió la cabeza.

—Ya tienes edad para dejar de vivir como Alicia en el país de las Maravillas. Tu madre y papá crecieron ocupando la misma habitación, prácticamente uno encima del otro hasta que ella cumplió dieciséis años, después se enamoró de Philip sin saber que era su hermano. ¿Qué crees que hacían cuando se citaban, jugar a los crucigramas? Claro que lo mantuvieron en secreto, pero por eso nunca les permití que me dijeran lo que tenía que hacer. Ninguno de ellos era mejor que yo.

—No es cierto; no es verdad lo de mi madre y tío Philip —dije mientras ella se encogía de hombros.

—Pregúntaselo a él —repuso—. Y cuando lo hagas, dile que te cuente la cantidad de veces que ha venido a mi cuarto mientras me vestía con la excusa de estar buscando a Jimmy o a Dawn.

»Échale un vistazo a su mujer, Christie, y comprenderás por qué mira a las demás.

—Eres odiosa, tía Fern. Dices todas estas cosas tan horribles porque estás bebida, aunque no es excusa suficiente. No quiero oír nada más —dije.

—¿Ah, no? —Se acercó a mí con una expresión que quería ser una sonrisa—. ¿No quieres oír que aun cuando Dawn y Jimmy creían ser hermano y hermana dormían desnudos uno al lado del otro en un sofá cama?

—¡Basta! —grité tapándome los oídos con las manos.

—¿No quieres oír que tu madre y tío Philip se besaban en la boca, que se desmayaba porque todos los chicos guapos de la escuela la besaban en el cuello?

—¡BASTA! —grité corriendo al cuarto de baño y cerrando la puerta de un portazo. Luego me acurrugué en el suelo, sollozando. Oí sus risas y al rato se acercó a la puerta.

—Está bien, princesa Christie, te dejo en tu maravilloso mundo. Me das lástima. Ellos siempre te ampararon y favorecieron. Christie esto, Christie lo otro. Eras la niña más preciosa e inteligente y yo era un problema. Bien, pues te has quedado sola, como yo lo estuve. A ver qué te parece. —Oí sus pasos mientras salía de mi habitación.

Me quedé llorando en el mismo sitio durante un rato. Qué malvada y odiosa podía ser, pensé. Papá sólo quería que fuera feliz y mamá intentaba quererla haciendo un gran esfuerzo. En ese momento quería que se marchara y no volviera nunca más.

Me puse de pie lentamente y me lavé la cara. Pensé que pasarían horas hasta que lograra dormirme, pero en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, el cansancio de tantas emociones me cubrió como una ola del océano y no fue hasta la tenue luz de primeras horas de la mañana que abrí los ojos; una mañana llena de nubes que cruzaban el cielo como una caravana de camellos avanzando al otro lado de las cortinas. Vi primero lo que tenía delante: la visión de mi vestido negro encima de la silla me recordó dolorosamente que lo que había sucedido y lo que había hecho el día anterior no formaba parte de una horrible pesadilla, sino que se trataba de la horrible realidad.

Pero antes de que mis ojos volvieran a llenarse de lágrimas el tenue sonido de un suspiro me hizo volver la cabeza y quedé atónita al ver allí a tío Philip. Había arrastrado una silla hasta colocarla junto a mi cama y estaba allí sentado contemplándome pensativo, la camisa abierta, despeinado y sin chaqueta y corbata. Parecía muy cansado y estaba muy pálido.

—¡Tío Philip! —grité cubriéndome con la manta. Algunas de las odiosas frases de tía Fern me vinieron a la memoria—. ¿Qué estás haciendo aquí? —No sabía cuánto tiempo había estado ahí sentado contemplándome mientras dormía.

Tío Philip volvió a suspirar esta vez con más fuerza.

—No podía dormir —dijo—, y estaba preocupado por ti, así que vine a ver cómo estabas y creo que me quedé dormido en esta silla. Me he despertado hace muy poco —acabó, aunque me pareció que tenía el aspecto de alguien que no ha dormido en toda la noche.

—Me encuentro bien, tío Philip —le aseguré, confundida todavía por la expresión de su rostro y su acción.

—No, no, te conozco bien. Sé lo frágil y sensible que eres y lo que estás sufriendo —protestó inclinándose hacia adelante. Al mirarme sus ojos tenían una dulce expresión—. Necesitas mucho cariño y yo te lo daré lo mejor que sepa. —Sonrió suavemente con una expresión llena de amor y me besó en la frente—. Pobre, pobre Christie —añadió acariciándome el cabello.

—Todo va bien, tío Philip —dije relajándome—. Ve a dormir, yo estoy bien —añadí mientras seguía sonriendo y acariciándome el cabello amorosamente.

—Querida, querida Christie. Amada Christie, Christie de Dawn. Recuerdo el día que te trajo al hotel. Le dije que no se preocupara porque tu padre te hubiera abandonado. Yo siempre sería un padre para ti. Y lo seré, lo seré —prometió.

—Está bien, tío Philip, te lo agradezco —dije sentándome inmediatamente y apartándome de él—. Ahora estoy bien, voy a levantarme, a ducharme, a vestirme y a

despertar a Jefferson. Normalmente mi hermano venía a mi habitación —añadí. Tío Philip asintió, se echó hacia atrás, suspiró profundamente con los ojos cerrados, se apretó las rodillas y se levantó, dispuesto a marcharse. Cuando llegó a la puerta se detuvo.

—Yo también voy a ducharme y a vestirme —dijo—. Así podremos desayunar todos juntos... como una familia.

En cuanto hubo desaparecido, salté de la cama y entré en el cuarto de baño. Me quedé bajo el agua caliente un buen rato, como si así desprendiera la pena de mi cuerpo al mismo tiempo que el cansancio. Me vestí tan rápidamente como pude y fui a ver si Jefferson ya se había despertado. Mrs. Boston ya estaba allí, le había ayudado a vestirse y él estaba cepillándose el pelo en el cuarto de baño. En cuanto me oyó entrar se detuvo.

—Oh, buenos días, Mrs. Boston.

—Buenos días, querida. He venido a ver a tu hermano —me dijo—, pero ya estaba despierto y dispuesto a levantarse y vestirse. Es un gran muchacho —añadió para que él la oyera.

—Sí que lo es. No tiene que hacer esto, Mrs. Boston, ya tiene bastante con preparar el desayuno para todos. —No era de la familia, pero había sentido la muerte de mis padres tanto como si lo fuera.

—Está bien, querida. Tu tía Bet se ha levantado a primera hora de la mañana y ya ha ordenado lo que quería que se sirviera. Ya lo tengo todo dispuesto, así es que he venido aquí a ver a Jefferson —explicó.

—¿Y qué ha pedido para desayunar? —pregunté con curiosidad.

—Al parecer ella desayuna huevos poché y el señorito Richard los toma pasados por agua, hervidos exactamente un minuto, ni más ni menos, como Miss Melanie. Mr. Cutler café con tostadas. Su tía es muy particular con las tostadas. Las quiere ligeramente cocidas y los niños las toman con mermelada de fresa. Afortunadamente había mermelada de fresa en la despensa —añadió—, porque si no hubiera tenido que levantarme aún más temprano para ir a buscarla.

—Mamá no era tan quisquillosa —comenté. Mrs. Boston asintió.

—Será mejor que baje. Me dijo que estarían todos en la mesa a las ocho en punto —dijo saliendo de la habitación.

Jefferson salió del cuarto de baño y se me quedó mirando. Ninguno de los dos teníamos ganas de bajar y enfrentarnos a la primera mañana sin nuestros padres, pero no podíamos hacer otra cosa. Alargué la mano, él me la cogió despacio, con la cabeza inclinada y nos dispusimos a bajar.

Ya estaban sentados a la mesa, tío Philip en el sitio de papá y tía Bet en el de mamá. Esto molestó a Jefferson, además del hecho que Richard ocupaba su silla y Melanie la mía.

—Buenos días, niños —dijo tía Bet con una sonrisa almibarada—. Qué guapos y limpios estáis.

Jefferson apartó la mirada de ella y se volvió hacia Richard.

—Yo me siento aquí —dijo.

—Oh, no importa dónde nos sentemos —replicó enseguida tía Bet sin dejar de sonreír—. Lo que importa es que nos sentemos bien y comamos con educación. Siempre debemos recordar —nos informó antes de que hubiéramos ocupado los asientos—, que hay otras personas sentadas a la mesa y pueden molestarse si no nos comportamos con educación.

Miré a tío Philip. Aunque sonreía ligeramente, tenía una expresión vidriosa en los ojos. Parecía un hombre que estuviera todavía aturdido. No dijo nada; se limitó a esperar, con las manos debajo de la barbilla y los codos sobre la mesa. Richard se echó hacia atrás en su asiento con una sonrisa de satisfacción. Melanie parecía enfadada y aburrida.

—No podemos empezar hasta que os sentéis, niños —dijo tía Bet.

—Christie, estaría bien que te sentaras aquí, a mi lado —dijo tío Philip, indicando el lugar donde Richard se había sentado—. Después de todo eres la mayor.

—Me sentaré al lado de mi hermano —contesté inmediatamente. Empujé a Jefferson hacia la mesa y me senté al lado de Melanie. Hice un gesto con la cabeza hacia la silla que estaba a mi lado y Jefferson tomó asiento a regañadientes.

—Bien, ya estamos todos —anunció tía Bet—. Mrs. Boston, puede empezar a servir —ordenó.

—Sí, señora —dijo Mrs. Boston desde la cocina y apareció con la jarra del zumo. Normalmente la dejaba en el centro de la mesa y nosotros nos servíamos. Mrs. Boston ayudaba a mamá a preparar el desayuno y luego arreglaba la casa porque con nosotros no hacía las funciones de camarera. Ni tía Bet ni tío Philip, sin embargo, cogieron la jarra para servir el zumo. Permanecieron apoyados en el respaldo de sus asientos esperando que lo hiciera Mrs. Boston. Me hizo un guiño y empezó a verter el zumo en los vasos.

—Bien —empezó tía Bet frotándose las manos en cuanto Mrs. Boston hubo acabado—, para interés de todos sería oportuno establecer unas normas, ¿verdad? —Su sonrisa se enfrió, se hizo más dura—. Philip estará ocupado con la reconstrucción del hotel, lo que significa que en mí recaerá la mayor responsabilidad sobre vosotros este verano. Quiero que todos os llevéis bien, claro está. Vuestra vida ha cambiado drásticamente de una manera trágica. Todos... todos —repitió mirándome fijamente—, tenemos que transigir en algo, pero no veo por qué —añadió con una brillante sonrisa— no podemos ser una familia feliz.

Se volvió a mirar a tío Philip quien al parecer me escudriñaba para observar mis reacciones.

—Philip siempre deseaba que fuéramos una gran familia. Ahora ya lo somos. Aunque —dijo suspirando— todas las responsabilidades han recaído sobre sus hombros como una avalancha. Richard y Melanie ya saben lo que significa cooperar. —Al mencionar sus nombres los gemelos abrieron los ojos exageradamente y se nos quedaron mirando a Jefferson y a mí—. Tenemos que ayudarnos los unos a los otros —concluyó.

Mrs. Boston trajo los huevos y los sirvió. Richard introdujo la cuchara en su huevo pasado por agua e hizo una mueca.

—Está demasiado duro —se quejó inmediatamente.

—No lo he cocido más que un minuto —dijo Mrs. Boston.

—Déjame ver —pidió tía Bet y Richard le pasó el plato. Comprobó el huevo con la cuchara y movió la cabeza—. A lo mejor el fuego estaba demasiado alto porque está un poco duro para Richard.

—Creo que he cocido muchos huevos durante mi vida para saber si el fuego está demasiado alto o no —declaró Mrs. Boston con disgusto.

—Debe de haber sido eso —insistió tía Bet— o quizá se ha equivocado al mirar el reloj.

—Creía que todos debíamos de hacer algunas concesiones —dije apresuradamente—. Unos segundos más o menos de hervor en un huevo no me parece tan importante.

Tía Bet fijó la vista unos instantes en el vaso y cuando yo creía que iba a echarme la caballería, sonrió.

—Christie tiene razón, Richard. No es tan grave y dentro de poco estoy segura de que Mrs. Boston te preparará los huevos como a ti te gustan —dijo devolviéndole el plato a su hijo que hizo una mueca.

—Haré un esfuerzo y comeré lo que pueda —dijo Richard.

Yo estuve a punto de echarme a reír por la manera en que Mrs. Boston alzó las cejas y me miró. Acabó de servir los huevos.

—Jefferson —dijo tía Bet—, vas a comer, ¿verdad? No queremos tirar la comida. A regañadientes Jefferson se puso una cucharada en la boca.

—Christie, querida, ¿es que Jefferson no ha utilizado nunca la servilleta? —preguntó tía Bet.

—Desde luego —repliqué—, pero dudo mucho de que en este momento eso le preocupe.

—La pulcritud y la limpieza son las hermanas gemelas de la salud y de una vida feliz —recitó tía Bet—. Nosotros siempre nos hemos preocupado de estas cosas.

»Ya sé —continuó diciendo—, que tus padres tenían muchas cosas en la cabeza porque dirigían el hotel. Por esta razón esta casa... —movió la cabeza.

—¿Qué le pasa a esta casa? —inquirí rápidamente.

—Es probable que cuidarse del hotel y de la casa al mismo tiempo fuera demasiado para ellos. Pero para mí no va a constituir ningún problema. —Se inclinó hacia adelante y sonrió.

—No lo entiendo. ¿Qué hay de malo en nuestra casa?

—Podría estar mucho más ordenada y más limpia, querida —replicó asintiendo.

—Esta casa siempre ha estado muy limpia. Mrs. Boston trabaja mucho y mamá nunca tuvo ninguna queja —exclamé.

—Precisamente, querida. Tu madre no tenía tiempo de quejarse o de preocuparse de la casa. Tenía muchas responsabilidades en el hotel. Pero no te preocupes. La casa estará impoluta, ésta es una de las razones por las que quiero arreglar las habitaciones lo antes posible.

»Ahora, después del desayuno, Richard y Jefferson arreglarán su habitación —declaró con firmeza.

—¡Es mi habitación! —gritó Jefferson—. ¡Y no lo quiero conmigo!

Tía Bet palideció, luego sus mejillas se ruborizaron y entrecerró los ojos. Lanzó una mirada rápida a tío Philip que estaba sorbiendo su café y miraba fijamente un punto en el vacío, como hipnotizado. No le discutía nada, era como si no le interesara nada.

—No está bien levantar la voz cuando se está en la mesa, Jefferson —dijo tía Bet suavemente—. Bien —siguió—, ya sé que es tu habitación, pero por un tiempo, hasta que encontremos otra solución, vas a tener que compartirla con tu primo.

»Los dos sois unos muchachos jóvenes —continuó, sonriendo—. Deberías estar contento de tener un compañero como Richard. Es como si de pronto tuvieras otro hermano mayor. ¿No es estupendo?

—No —contestó Jefferson dejando el tenedor y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Así no se comporta uno cuando está en la mesa —dijo tía Bet con firmeza—. De ahora en adelante, si no te comportas con educación, no podrás sentarte aquí y comer con la familia.

—No me importa —aseguró Jefferson con expresión desafiante.

—Así se comporta en la escuela —gimió Melanie—. Siempre contradice a sus profesores.

—Apuesto a que has escondido el informe del colegio, ¿verdad? —intervino Richard.

—¡Callaos! —grité levantándome—. Dejad de meteros con él. ¿Es que no tenéis sentimientos? —dije rodeando la mesa hasta ponerme a su lado.

—Christie, no hay necesidad de enfadarse y estropear nuestro primer desayuno en familia —señaló tía Bet.

—No estoy de acuerdo —dije—. Hay que protestar y gritar cuando las personas

se comportan de forma tan mezquina, sobre todo si esas personas son tus parientes y se supone que te quieren y se preocupan por ti. Vamos, Jefferson —lo tomé de la mano y nos dispusimos a salir.

—¿Adonde vais? —gritó tía Bet—. No habéis acabado el desayuno... y además, para levantarse de la mesa hay que pedir permiso.

—¡Christie! —exclamó tío Philip como si en ese preciso instante se diera cuenta de que algo estaba sucediendo.

No contesté, ni siquiera me volví; en su lugar saqué a Jefferson del comedor y de la casa. No sabía adonde me dirigía, sólo quería caminar. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas, sin un sollozo. Jefferson tenía que correr para mantenerse a mi paso cuando bajamos los escalones y llegamos al camino. Nadie nos siguió.

Ante nosotros se levantaban los restos del hotel. La visión de la estructura ennegrecida, las ventanas rotas, los restos suspendidos del edificio, los cables al aire, los muebles amontonados y destruidos, hizo que mi corazón latiera desbocado.

Llevé a Jefferson a la parte de atrás del hotel y nos sentamos en el mirador. Desde allí vimos a los hombres derribar con los bulldozers los restos de las paredes destruidas. Ambos permanecemos en silencio. Jefferson apoyó en mí la cabeza y muy juntos nos dimos calor bajo el cielo gris cubierto de nubes que hacía más helada la brisa del océano. Me pregunté si en el mundo se podía sentir más tristeza de la que ambos sentíamos en ese momento.

SUCIEDAD

Con papá y mamá muertos y el subsiguiente trastorno en nuestras vidas, las pesadillas comenzaron a ensombrecer nuestros días y a poner una capa gris encima de todo, hasta en el mar y en el cielo azul. Veía y sentía la tristeza en los ojos de mi hermano Jefferson. Se enfadaba con frecuencia y yo comprendía su cólera. Alguien debería de haberle advertido que la juventud y la belleza pueden morir y desaparecer para siempre.

Aparte de mí, ¿quién lo cuidaría, quién lo consolaría o escucharía sus quejas? Nadie podía darle amor y alegría como lo habían hecho papá y mamá. Poco a poco, como una flor sin la luz del sol, empezó a encerrarse en sí mismo. Al principio dormía mucho, hasta muy tarde, y cuando estaba despierto se echaba en la cama sin ningún interés por sus juguetes. Raramente hablaba a menos que se le preguntara.

Dos días después de aquel desagradable primer desayuno con la familia de tío Philip, tía Bet se vio obligada a rectificar. Había que trasladar una de las camas de la habitación de Fern a la de Jefferson. Richard quería ponerla más cerca de la ventana, así que tuvieron que apartar la cama de Jefferson hacia la derecha y también los armarios. Cuando Jefferson se negó a colaborar y trasladar sus cosas, tía Bet le encargó a Richard la reorganización de la habitación.

Richard colocó unas etiquetas adhesivas con su nombre bien claro en unas tiras blancas, que luego pegó en los cajones que iban a ser suyos. Como habían perdido tantas cosas en el incendio, tía Bet se llevó de compras a los gemelos y volvieron con cajas y bolsas de ropa interior, calcetines y trajes nuevos. Entonces Richard hizo un inventario de sus cosas y las guardó con toda pulcritud en sus cajones. Como se quejó de que no tenía suficiente espacio, tía Bet apretujó aún más la ropa de Jefferson para que Richard contara con más cajones y más espacio en el armario. Luego ordenó a Mrs. Boston que limpiara una y otra vez la moqueta, insistiendo que estaba tan sucia que no quería que Richard la pisara con los pies desnudos, sin calcetines.

—Limpio esta habitación todos los días, Miss Betty —protestó Mrs. Boston—. La alfombra no tiene tiempo de ensuciarse.

—Su idea de la limpieza y la mía difieren bastante —declaró tía Bet—. Por favor, límpiela otra vez. —Y salió de la habitación para inspeccionar estanterías y los rincones de las habitaciones.

Pasó los dedos por los apliques, debajo de las mesas, y encontró polvo y suciedad por todas partes. Melanie la seguía con un cuaderno y un lápiz tomando notas. Cuando finalizó la inspección, tía Bet entregó unas hojas de papel repletas de

observaciones a Mrs. Boston y le pidió que atendiera esas cosas inmediatamente.

Antes nunca me había detenido mucho en las dependencias que ocupaban en el hotel, por lo cual nunca me había dado cuenta de su obsesión por la limpieza. La mera visión de una telaraña la indignaba, y cuando Melanie pasó la mano por debajo de un sofá y luego enseñó el polvo que tenía en la palma, tía Bet estuvo a punto de desmayarse.

—Vamos a pasar aquí mucho tiempo —le dijo a Mrs. Boston— y no podemos seguir respirando esta porquería.

El polvo y la suciedad entran en nuestros pulmones, ¡incluso cuando dormimos!

—Jamás se habían quejado de mi trabajo, Miss Betty —exclamó Mrs. Boston indignada—, y he trabajado para la mujer más exigente de este lado del Misisipi, la abuela Cutler.

—Estaba tan ocupada y era tan distraída como mi pobre cuñada que en paz descansa —replicó tía Bet—. Soy la primera dueña de Cutler Cove que no estoy en el negocio, razón por la cual soy capaz de detectar el polvo en el aire de la casa.

Tía Bet dirigió personalmente la supervisión de la limpieza y la reorganización de la habitación de mis padres. Llamó a unos hombres para que sacaran de allí todos los muebles y enseres, los cuales, más tarde, limpiaron la moqueta como si el cuarto hubiera estado contaminado. Jefferson y yo nos quedamos a un lado contemplando cómo supervisaba el trabajo. Todas las cosas de nuestros padres fueron amontonadas al otro lado de la puerta. Empapelaron las paredes de los armarios, forraron los cajones de las cómodas y limpiaron y pulieron espejos y muebles.

—Todo esto lo voy a empaquetar y guardar en el ático —me dijo, señalando las ropas y los zapatos de mis padres—, excepto algunas cosas que puedo utilizar o algo que tú necesites. Trata de aprovechar lo que puedas —me ordenó.

Hacerlo me rompía el corazón, pero había muchas cosas de mamá que no quería que ella guardara en los lóbregos y húmedos rincones del ático. Cogí rápidamente el vestido que se había puesto en la fiesta de mi decimosexto cumpleaños. Había faldas, blusas y suéteres que me gustaban porque todavía podía ver a mamá con ellos. Cuando los tuve en la mano y los acerqué a mi cara, pude oler el aroma de su colonia y, por un instante, fue como si estuviera todavía allí, a mi lado, sonriendo y acariciándome el cabello cariñosamente.

Tía Bet confiscó rápidamente las joyas de mamá y cuando yo protesté, contestó que las guardaría hasta que yo fuera lo suficientemente mayor para apreciarlas.

—Anotaré lo que era de ella y lo que es mío —me prometió mientras me dirigía una de sus breves y astutas sonrisas.

También cambió la lencería y la ropa blanca y, en una noche, limpió las cortinas y los visillos. Luego le llegó el turno al cuarto de baño y decidió cambiar el papel de las paredes.

—De hecho —manifestó una noche durante la cena después de que todo esto hubiera empezado—, deberíamos renovar todas las paredes de la casa.

—No tienes ningún derecho a hacer todos estos cambios —intervine—. Esta casa todavía es la de mis padres y la nuestra.

—Desde luego, querida —dijo torciendo sus finos labios—, pero mientras seas menor de edad tu tío Philip y yo somos tus tutores y tenemos la responsabilidad de tomar las decisiones importantes, decisiones que afectarán vuestras vidas.

—¡Cambiar el papel de las paredes y volver a pintar la casa no va a afectar nuestras vidas! —reliqué.

—Claro que sí —contestó con una risita—. Vuestro entorno, el lugar donde vivís, tiene un gran impacto en vuestro estado psicológico.

—¡A nosotros nos gusta tal y como está! —grité.

—Todavía no sabes lo que te gusta, querida Christie, Eres demasiado joven para entenderlo, y Jefferson...

Su mirada se cruzó con la de mi hermano.

—Pobre Jefferson, aún no es capaz de atender a sus necesidades básicas. Créeme, querida. Estoy acostumbrada a vivir rodeada de lo mejor. Mis padres contrataban a los decoradores más famosos y caros y yo aprendí lo que es el buen gusto y lo que no lo es. Tus padres, aunque eran unas personas excelentes, crecieron en medio de la mayor pobreza. Cuando la posición y la riqueza les llovió del cielo, no estaban capacitados para comprender lo que tenían que hacer y cómo gastar su dinero.

—¡No es verdad! —exclamé—. Mamá era hermosa y le gustaban las cosas hermosas. Todos la felicitaban por lo que hacía en el hotel. Mamá...

—Tal como dices, querida, en el hotel, pero no en su casa. Esto era —miró a su alrededor como si hubiéramos vivido en una barraca—, apenas un refugio, un lugar en el que ellos sólo estaban unas cuantas horas. Su vida social la hacían en el hotel. Raramente traían aquí a sus invitados, ¿verdad? —Se inclinó hacia mí y continuó—. Por esto Mrs. Boston, que es un encanto, no está al tanto de lo que ha de servir en cada momento. Después de todo no tenía que hacerlo.

»Pero ahora todo va a cambiar, principalmente porque el hotel ha sido destruido y se va a reconstruir. Mientras dure la reconstrucción, Philip y yo tendremos que celebrar aquí cenas y recepciones; no podemos recibir aquí, tal y como está la casa, a las personas importantes de la comunidad. Por favor —acabó—, no dejes que todo esto te inquiete. Deja que yo me ocupe de todo. Yo he aceptado mi responsabilidad y mis cargas. Todo lo que te pido es que tú y los demás niños cooperéis, ¿de acuerdo?

Me tragué las lágrimas y miré a tío Philip, quien, como de costumbre, siguió callado y distraído. Qué diferentes eran ahora las comidas. Había desaparecido el humor, la música y las carcajadas. No se debía al carácter de Richard y Melanie, pensé. Todas las conversaciones en la mesa las iniciaba tía Bet y raramente tío Philip

tenía algo que decir.

—Una de las maneras en que puedes cooperar —prosiguió tía Bet—, es quitándote los zapatos cada vez que entres en casa. Quítatelos en la puerta y llévalos arriba, por favor.

Calló un instante. Con los labios apretados miró con los ojos semicerrados a Jefferson, al otro lado de la mesa.

—Jefferson, querido, ¿nadie te ha enseñado a coger el tenedor correctamente?

—Lo coge como si fuera un destornillador —comentó Richard haciendo una mueca.

—Mira cómo tus primos utilizan los cubiertos, Jefferson, y procura imitarlos —dijo.

Jefferson me miró y luego la miró a ella, abrió la boca y vomitó en el plato toda la comida que estaba masticando; los vómitos cayeron sobre la carne y la verdura.

—¡Ugh! —exclamó Melanie.

—¡Qué asco! —se horrorizó Richard.

—¡Jefferson! —Tía Bet se levantó—. ¿Philip, has visto eso?

Tío Philip asintió e hizo una mueca.

—Levántate, jovencito —dijo tía Bet—, y vete arriba ahora mismo. No comerás hasta que te disculpes —añadió señalando la puerta—. Vamos.

Jefferson me miró ansioso. Aunque yo comprendí la razón por la cual había hecho eso, la visión de los restos de comida masticada era repugnante. Sentí que se me revolvía el estómago, por eso y por toda la tensión reprimida.

—No voy a subir —replicó con expresión de desafío. Se levantó, salió corriendo del comedor hacia la puerta principal.

—¡Jefferson Longchamp, nadie te ha dado permiso para salir! —exclamó tía Bet, pero Jefferson abrió la puerta y salió. Tía Bet volvió a sentarse con la cara y el cuello teñidos de rojo—. Oh, querida, este niño es un salvaje. Ya ha arruinado otra comida —gimió—. Christie...

—Voy con él —dije—. Pero vais a tener que dejar de criticarle —añadí.

—Sólo procuro enseñarle buenos modales —protestó—. Tenemos que llevarnos bien, ceder un poco.

—¿Cuándo has cedido tú en algo, tía Bet? —pregunté levantándome—. ¿Cuándo vas a hacer alguna concesión?

Tía Bet se echó hacia atrás en su asiento, boquiabierta. Creí ver una sonrisita en los labios de tío Philip.

—Ve a buscar a tu hermano y tráelo —dijo mi tío—. Hablaremos de todo esto más tarde.

—Philip...

—Déjalo estar, Betty Ann —añadió con expresión forzada. Tía Bet me dirigió

una mirada furiosa. Los dejé allí sentados en silencio, lo cual no era raro en ellos.

Encontré a Jefferson columpiándose en el patio. Se movía muy despacio, con la cabeza gacha, arrastrando los pies en el suelo. Tomé asiento cerca de él. Sobre nuestras cabezas, finos jirones de nubes se abrían aquí y allá para mostrar las estrellas. Desde la horrible muerte de mis padres, ya nada era tan brillante ni tan hermoso como antes, incluidas las constelaciones. Recordé una ocasión en que mamá y yo nos habíamos sentado fuera una noche de verano a contemplar el cielo. Hablamos de su enormidad, de su magnificencia y dejamos correr libremente nuestra imaginación ante la posibilidad de la existencia de otros mundos, de otras gentes. Imaginamos un mundo sin enfermedades ni sufrimientos, un mundo en el que las palabras desgracia y tristeza no existieran. La gente viviría en perfecta armonía y se amarían los unos a los otros como a sí mismos.

—Elige una estrella —dijo mamá—, y ése será el mundo que hemos descrito. Cada vez que salgamos aquí por la noche, la buscaremos.

Pero aquella noche no pude encontrarla.

—No deberías de haber hecho eso en la mesa, Jefferson —le dije cogiendo el columpio que estaba a su lado. Mi hermano no contestó—. Debes ignorarla —añadí.

—¡La odio! —exclamó—. Es... es un gusano asqueroso —dijo encontrando finalmente una comparación satisfactoria.

—No insultes a los gusanos. —Jefferson no me entendió.

—Quiero a mamá —gimió—. Y a papá.

—Lo sé, Jefferson, lo sé.

—Y quiero que ellos se vayan de aquí y no quiero que Richard duerma en mi habitación —añadió a su lista de peticiones. Yo asentí.

—Yo tampoco quiero que se queden aquí, Jefferson, pero por ahora no tenemos otra elección. Si no vivimos con ellos, nos enviarán a otro sitio.

—¿Adonde? —La idea le intrigó y le atemorizó al mismo tiempo.

—A un lugar para niños sin padres donde seguramente no estaríamos juntos —expliqué, y esto acabó con sus deseos de indagar otra alternativa.

—Bueno, pero no voy a disculparme —declaró con expresión de desafío—. No me da la gana.

—Si no lo haces, no te dejará comer con nosotros y no querrás hacerlo solo, ¿verdad?

—Comeré en la cocina con Mrs. Boston —decidió. No pude evitar sonreír. Jefferson poseía el temperamento y la terquedad de papá. Y si tía Bet creía que con sus tácticas iba a dominarle, se iba a llevar una desagradable sorpresa.

—Está bien, Jefferson. Veremos —dije—. ¿Tienes hambre?

—Quiero un poco de tarta de manzana —admitió.

—Volvamos a entrar por la puerta de la cocina. Mrs. Boston te dará tarta.

Así logré persuadirle, me dio la mano y me siguió. Mrs. Boston sonrió feliz al vernos entrar. Senté a Jefferson en la mesa de la cocina y le cortó un pedazo de tarta que acababa de servir en el comedor. Yo no tenía hambre y me quedé mirando cómo comía. Tía Bet apareció porque nos oyó hablar y se quedó plantada en la puerta, mirándonos con expresión de enfado.

—Este joven debe venir a la mesa a disculparse —repitió.

—Déjale estar, tía Bet —dije con firmeza; leyó la determinación en mis ojos cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Bien, pues hasta que no lo haga, comerá aquí.

—Entonces será aquí donde comamos los dos —repliqué mientras mi tía echaba la cabeza hacia atrás como si la hubieran abofeteado.

—No te comportas como una buena hermana mayor si alientas y excusas su mal comportamiento, Christie. Estoy muy enfadada contigo.

—Qué curioso... ¡Pues no te imaginas lo enfadada que estoy yo contigo! —repliqué.

Apretó los labios hasta dibujar en ellos una fina línea blanca; enderezó los hombros y volvió al comedor a decirle a tío Philip lo que yo le había contestado. Mis padres me habían enseñado a no contrariar ni a ser maleducada con las personas mayores y me sentí mal. Pero papá y mamá también me enseñaron a ser honesta, justa y bondadosa con las personas que amo. Sabía en lo más profundo de mi corazón que tía Bet se merecía las palabras que yo le había dirigido. Ni a Jefferson ni a mí nos trataba con cariño. Todos los días tía Bet, con su manía de la limpieza, hacía desaparecer alguna prueba de la existencia de nuestra familia. Al borrar todo vestigio que nos era familiar con papel o con pintura e imponiéndonos nuevas formas de vida borraba nuestros recuerdos. Y los recuerdos eran todo lo que me quedaba de papá y mamá.

Aquella noche supuse que Richard reñiría y criticaría a Jefferson por su comportamiento en la mesa. Se había estado quejando del comportamiento de Jefferson desde el momento en que había entrado en su habitación. Como resultado, Jefferson me había pedido varias veces que le dejara dormir conmigo. Recordé a mamá y papá durmiendo en un sofá cama cuando eran niños. ¿Acaso a Jefferson y a mí nos iba a suceder algo parecido? Teníamos nuestras propias habitaciones y unos muebles preciosos. La primera noche me fue imposible negárselo y se metió en mi cama, pero ahora quería hacerlo habitualmente; sobre todo esta noche, a causa del alboroto ocurrido durante la cena.

—Debes quedarte en tu habitación, Jefferson —le dije cuando me lo pidió—. No dejes que Richard te avasalle y te obligue a salir. Es tu habitación, no la suya.

A regañadientes, volvió y procuró hacer lo que le había aconsejado: ignorar a Richard. Pero por la mañana entró en mi habitación llorando a gritos. Al principio

creí que Richard le había pegado, pero mi primo no era un chico fuerte y yo sabía que sólo la idea de pegar a alguien o de que le pegaran le daba miedo.

—¿Qué ha pasado, Jefferson? —pregunté restregándome los ojos y sentándome en la cama.

—Ha escondido mi ropa —gimió—. Y no quiere decirme dónde están mis zapatos.

—¿Qué? —Salté de la cama y me puse la ropa—. Vamos a ver qué está pasando —dije cogiéndole de la mano. Lo llevé hasta su habitación, pero Richard no estaba allí.

—Mira, mis zapatos han desaparecido.

—¿Has mirado en el armario? —pregunté. Jefferson asintió. Busqué por todas partes y comprobé que sus zapatos preferidos no estaban en ningún sitio. Miré también debajo de la cama—. Es absurdo —dije—. ¿Dónde está Richard?

—Por la mañana siempre va a la habitación de Melanie —me aclaró Jefferson.

—¿Eso hace? ¿Por qué? —Jefferson se encogió de hombros. Salí de la habitación y me acerqué a la puerta de la de Melanie.

—Entra —dijo cuando yo llamé. Abrí la puerta y encontré a Melanie sentada ante el tocador. Todavía llevaba puesto el pijama. Richard estaba tras ella, también en pijama, cepillándole el pelo. Se volvieron y me miraron con una expresión muy parecida, un poco temerosa al principio. Parecían contrariados de que alguien los molestara: los ojos abiertos y brillantes y una mueca en la boca.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté, más sorprendida y curiosa que otra cosa.

—Le estoy cepillando el pelo a Melanie. Lo hago todas las mañanas —contestó Richard.

—¿Por qué? —No pude dominar una extraña sonrisa.

—Porque sí. ¿Qué quieres? —preguntó mostrándose impaciente.

—¿Dónde están las cosas de Jefferson... sus zapatos, su ropa?

—Le dije que si las dejaba tiradas de cualquier manera se las escondería —contestó volviendo a cepillar el pelo de Melanie.

La rabia que sentí me dejó atónita un instante y luego explotó. Corrí hacia él y, ante su sorpresa, le arranqué el cepillo de la mano y lo levanté con gesto amenazante. Richard se cubrió y Melanie lanzó un grito.

—¿Quién te crees que eres? ¿Qué derecho crees que tienes para hacer estas cosas en nuestra casa? —exclamé.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es esto? —gritó tía Bet desde el umbral de la puerta. Había salido corriendo de la que ahora era su habitación. Todavía llevaba puesto el camisón, una capota en la cabeza y la cara llena de crema blanca, lo que le daba a sus labios la palidez de un gusano muerto y hacía que sus ojos parecieran dos canicas muy oscuras.

—Richard ha escondido los zapatos y la ropa de Jefferson —dije—. Y no quiere decir dónde los ha puesto.

—Otra vez ha dejado la ropa tirada por el suelo y los zapatos en medio de la habitación. Hubiéramos podido tropezar con ellos en medio de la oscuridad —gritó Richard defendiéndose. Tía Bet asintió.

—Tienes toda la razón, Richard. Jefferson debe aprender a guardar sus cosas. Richard no es su mayordomo. Jefferson ya tiene edad suficiente para saber lo que tiene que hacer, como ser limpio y ordenado —me dijo.

—Si no me dice inmediatamente dónde ha escondido las cosas de Jefferson, entraré en la habitación durante la noche cuando esté durmiendo y le prenderé fuego a su cama —amenacé. No supe de dónde saqué la idea o la fuerza para decir tal cosa, pero tal idea fue como una puñalada de terror en el corazón de tía Bet. Jadeó llevándose las manos al cuello.

—Es... horrible... terrible, terrible oírte decir estas cosas. ¿Cómo se te ha ocurrido, Christie? —gimió.

—No voy a permitir que nadie atormente a mi hermano —dije con firmeza volviéndome luego hacia Richard—. ¿Dónde está su ropa?

—Díselo, Richard —aconsejó tía Bet—. Quiero que este deplorable incidente finalice inmediatamente. Tu tío se ha ido a supervisar el trabajo en el hotel —añadió —, si no lo hubiera llamado para que hubiera presenciado todo esto.

—Me importa poco que se lo cuentes o no —dije—. ¿Y bien? —le pregunté a Richard.

—La he escondido en la ventana —confesó.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Había empezado a llover después de cenar y no había parado en toda la noche.

—La noche pasada antes de irme a dormir —dijo.

—Pues se habrá estropeado casi toda. ¿Estás satisfecha? —le pregunté a tía Bet.

—Richard, eso está muy mal hecho. Tenías que haberlo consultado conmigo —le amonestó suavemente.

—Es que estoy cansado de vivir en esta pocilga —replicó con frialdad.

—Bien, lo comprendo; quizá a partir de ahora Jefferson cuide más de su ropa —añadió dirigiéndose a mí.

—Si vuelves a tocar alguna cosa de mi hermano, lo lamentarás —amenacé, poniendo el cepillo en la mano de mi primo violentamente. Richard dio un respingo y se echó hacia atrás. Cogí a Jefferson de la mano y salimos de la habitación. Apenas me vestí, salimos y encontramos los zapatos, los pantalones, la camisa y la ropa interior debajo de la ventana. Los zapatos estaban empapados, seguramente ya se habrían estropeado. Mrs. Boston dijo que cuando se secan perderían la forma y la piel estaría demasiado áspera para ponérselos.

Furiosa, los metí en una bolsa de papel y fui al hotel a buscar a tío Philip. Ya habían demolido la mayor parte de la estructura del hotel y ahora los trabajadores se dedicaban a retirar los escombros. Cuando llegué, tío Philip estaba discutiendo con los arquitectos y los ingenieros la reconstrucción y los cambios que se iban a introducir. Levantó la vista de los planos: era imposible no darse cuenta de mi agitación con mis mejillas arrojadas, los ojos brillantes y ardientes, los labios temblando de furia.

—Perdón —dijo tío Philip, alejándose apresuradamente de los otros—. ¿Qué pasa, Christie?

—Mira. —Le entregué la bolsa con los zapatos. Mi tío la cogió, echó un vistazo en el interior y los palpó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con expresión preocupada.

—Esta noche Richard ha tirado por la ventana los zapatos y la ropa de Jefferson porque no le gusta la manera que tiene de tratar sus cosas. No le ha importado que estuviera lloviendo y se estropearan.

Tío Philip asintió.

—Hablaré con él —dijo.

—Tía Bet considera que hizo bien —seguí diciendo y tío Philip asintió de nuevo.

—Ya sé que todo esto es muy duro para ti, y para todos. Personalidades diferentes que de pronto han de convivir. A veces resulta agobiante —dijo moviendo la cabeza con simpatía.

—No para tía Bet, Richard y Melanie —contesté.

—Seguro que sí. Pero no es excusa para hacer esto. Lo arreglaré esta noche —me prometió y sonrió—. Deseo que seas lo más feliz posible, Christie —añadió poniéndome la mano en la mejilla—. Eres demasiado encantadora para que alguien te perturbe y demasiado frágil, lo sé.

—Yo no soy frágil, tío Philip. Y es mi hermano quien está siendo atemorizado, no yo. Yo puedo cuidar de mí misma, pero él sólo tiene nueve años y...

—Desde luego. Cálmate. Te lo prometo. Lo arreglaré todo. Lo haré por ti —dijo—. Y mientras tanto, dile a Julius que os lleve a ti y a Jefferson al pueblo a comprar otro par de zapatos, ¿de acuerdo?

—No son sólo los zapatos —insistí.

—Lo sé, pero no vamos a convertir esto en la Tercera Guerra Mundial, ¿verdad? Todavía estamos todos muy afectados por la tragedia. Procura hacer lo que puedas, suceda lo que suceda, para calmar las cosas, Christie. Eres más mayor y más inteligente que Richard y Melanie. —Por un momento pensé que iba a añadir más que tía Bet también—. Sé que puedo confiar en ti.

Mi enfado no desapareció. Los otros lo estaban esperando y no había mucho más que yo pudiera hacer en ese momento. Al menos lo ha comprendido y me ha

prometido hacer algo, pensé.

—De acuerdo.

—Buena chica —dijo atrayéndome hacia él y besándome en la mejilla; sus labios rozaron los míos cuando se retiró. Me quedé un instante mirándolo y luego volví corriendo a casa y busqué a Jefferson para ir a comprar un par de zapatos nuevos.

A pesar de las promesas de tío Philip, las crisis se sucedían unas a otras. Jefferson y Richard discutían sobre el uso del cuarto de baño, los juguetes y los juegos y hasta los programas de televisión. Se veía claramente que eran como dos gallos de pelea en la misma jaula. Las treguas duraban muy poco.

Por suerte, Richard quería pasar el mayor tiempo posible con Melanie. Al principio esto me hacía feliz, pero verlos siempre juntos despertaba mi curiosidad y, a la vez, me repelía. Pasaban juntos casi todas las horas del día. Además de cepillarse el pelo el uno al otro, se cortaban las uñas y se consultaban lo que iban a ponerse antes de vestirse. No discutían como otros hermanos de su edad y observé además que Richard nunca le hacía bromas a Melanie. A decir verdad nunca se criticaban ni decían algo que pudiera resultar ofensivo.

Cada vez que Jefferson y yo nos encontrábamos en la misma habitación con ellos, inevitablemente acababan hablando entre susurros.

—Con uña madre tan preocupada siempre por las buenas maneras y de que todo el mundo se comporte adecuadamente, deberíais saber que hablar en voz baja es de mala educación.

Los gemelos hicieron una mueca. Cuando uno de ellos recibía una crítica o una amonestación, el otro reaccionaba como si se lo hubieran hecho a él.

—Jefferson y tú tenéis secretos —protestó Melanie—. ¿Por qué no podemos tenerlos nosotros?

—Nosotros no tenemos secretos.

—Claro que los tenéis —dijo Richard—. Cada familia tiene sus secretos. Tú tienes otro padre, tu padre verdadero, pero lo mantienes en secreto, ¿no es cierto? —acusó.

—No lo hago. No sé nada de él —expliqué.

—Dice mamá que violó a Dawn y así naciste tú —reveló Melanie.

—¡No es cierto! ¡Es una horrible mentira!

—Mi madre no miente —dijo Richard con frialdad—. No necesita hacerlo.

—No tiene nada que ocultar —terció Melanie.

Mi corazón se desbocó, deseé cruzar la habitación y abofetear las caras aborrecibles de los dos hermanos.

—Mi padre, mi padre natural, fue un famoso cantante de ópera. Incluso participó en musicales de Broadway y fue profesor en la Escuela Sarah Bernhardt de Nueva

York —dije muy despacio—. Allí lo conoció mi madre y se enamoró de él. No la violó.

—¿Entonces por qué desapareció? —preguntó Richard.

—No quería casarse y asumir responsabilidades familiares, pero no la violó —insistí.

—Pues es más horrible todavía —dijo Melanie. Richard asintió y luego volvió al juego de las damas, dejándome en un peligroso estado de furia.

Como antes nunca había pasado con ellos tanto tiempo, ignoraba lo irritantes y egocéntricos que eran los gemelos. «No tienen amigos, sólo se tienen el uno al otro», pensé. ¿Y quién querría ser amigo suyo? Eran tan cerrados que nunca permitirían a nadie acercarse.

Una mañana dejaron abierta la puerta del cuarto de baño mientras estaban dentro. Vi a Richard coger el cepillo de dientes de Melanie, que ella acababa de utilizar, y metérselo directamente en la boca.

—¡Ugh! —exclamé y ellos se volvieron—. Tienes un cepillo de dientes, Richard. ¿Por qué haces eso?

—¡Deja de espiarnos! —gritó cerrando la puerta.

Luego fue Jefferson quien vino a comunicarme una noche lo más sorprendente de todo. Yo estaba escribiendo una extensa carta dirigida a Gavin, en la que le describía todas las desgracias que venían ocurriendo en nuestra casa, cuando apareció Jefferson en el umbral de la puerta aturdido y confuso.

—¿Qué sucede, Jefferson? —le pregunté.

—Melanie ya es bastante mayor para bañarse sola, ¿verdad?

—Desde luego. Va a cumplir trece años, Jefferson. Tú te bañas solo. Mrs. Boston o yo te ayudamos a veces a lavarte la espalda, como hacía mamá... ¿Por qué lo preguntas? —dije de pronto.

—Richard está ayudando a Melanie —declaró.

—¿A bañarse? —Asintió—. No lo creo, Jefferson. ¿Cómo lo sabes?

—Le ha pedido que lo hiciera. Ha entrado y le ha dicho «Voy a tomar un baño» y él le ha contestado «enseguida voy». Entonces se ha desvestido, ha guardado la ropa y se ha ido al cuarto de baño.

—¿A su edad se bañan juntos? —Jefferson torció la boca y se encogió de hombros. Me levanté lentamente y empecé a caminar hacia la puerta del cuarto de baño. Estaba cerrada—. ¿Los has visto entrar? —le pregunté a Jefferson, que alzó la mirada y asintió.

Intrigada, me acerqué a la puerta y escuché. Oí el diálogo apagado y apoyé la oreja en la puerta. Oí el claro chapoteo de los cuerpos en el agua en el interior de la bañera. «Qué desagradable», pensé. Seguramente ni tía Bet ni tío Philip sabían nada. Moví el pomo, el pestillo no estaba echado. Jefferson abrió los ojos sorprendido y

excitado cuando abrí un poco la puerta. Me puse el dedo en el labio para indicarle silencio y se mordió el labio inferior. Luego abrí la puerta un poco más, lo justo para poder ver la escena que tenía lugar en el interior.

Estaban juntos en la bañera, de frente. Richard restregaba el pelo de Melanie. Los pechos desnudos, como dos dulces de malvavisco, estaban al aire, perfectamente visibles. De repente Richard sintió mi presencia y se volvió hacia mí. Dejó de lavar el pelo y Melanie levantó la cabeza.

—¡Cierra la puerta y sal de aquí! —ordenó Richard.

—¡Fuera! —gritó también Melanie.

—¿Qué estáis haciendo? Es repugnante —dije—. Sois demasiado mayores para bañaros juntos.

—Lo que hacemos no es de tu incumbencia. Cierra esa puerta —repitió.

La cerré de golpe.

—Vuelve a tu habitación, Jefferson —dije.

—¿Adonde vas?

—A decírselo a tía Bet. Debe saberlo. Es obsceno.

—¿Qué significa obsceno?

—Vuelve a tu habitación y espérame —dije.

Corrí escaleras abajo y encontré a tía Bet hablando por teléfono. Tío Philip había salido para asistir a una reunión con unos contratistas que dirigían los trabajos de reconstrucción del hotel. Cuando me vio, puso la mano encima del auricular.

—¿Qué sucede, Christie? Estoy hablando por teléfono.

—Tengo que decirte algo inmediatamente. Acompáñame arriba —dije.

—Oh, querida, ¿qué pasa ahora? Un momento, Louise, tengo una pequeña crisis doméstica. Sí, otra de éstas. Te volveré a llamar enseguida. Gracias. —Colgó el receptor y apretó los labios para manifestar su contrariedad—. ¿Sí?

—Melanie y Richard se están bañando juntos.

—¿Y?

—Juntos. Están juntos en la bañera. Ahora mismo —añadí con énfasis.

—Bueno. Lo hacen todo juntos, son gemelos, como si fueran una sola persona —dijo.

—Pero tienen doce años, casi trece y...

—Oh, ya comprendo. Crees que hay algo perverso y obsceno en ello. —Asintió como si confirmara una sospecha—. Mira, los gemelos son especiales. Se quieren mucho. Ninguno de los dos hace nada que moleste o ponga en un aprieto al otro. Es algo natural; se formaron juntos en mi seno y vivieron una junto al otro durante nueve meses. Los alimenté a la vez, uno en cada pecho. Les une algo muy espiritual.

—Pero tú dijiste que querías trasladar a Richard a la habitación de Jefferson para que Melanie tuviera intimidad —le recordé, y mis palabras la molestaron

visiblemente porque le había señalado la contradicción.

—Quise decir que podía tener la habitación que quisiera y también un poco de intimidad —aseguró con firmeza.

—Pero...

—Pero nada. Creo que no seguirán haciéndolo todo juntos durante mucho más tiempo. Cuando crezcan se irán apartando poco a poco, pero hasta entonces no hay nada malo en el amor y la devoción que se profesan. Por el contrario, son una inspiración. Sí —dijo arrastrando las palabras que había encontrado para defenderlos—, una inspiración. —Su sonrisa se desvaneció rápidamente y sus facciones adquirieron los contornos propios de una bruja: los ojos pequeños y acerados, los labios finos y las mejillas pálidas, lo que hacía que su nariz pareciera más larga y puntiaguda—. No me sorprende que hayas considerado que su acción sea reprobable dado tu desafortunado origen... y con Fern rondando por tu casa —dijo.

—¿Qué significa eso de mi «desafortunado origen»? —pregunté.

—Por favor, Christie, no me vengas con preguntas desagradables. Gracias por venir a decirme lo de los gemelos. No te preocupes por eso. Richard ya se me ha quejado de que en muchas ocasiones te ha descubierto espíandoles.

—¿Espiendo? No es cierto.

—Todo el mundo, a veces, hace valer su intimidad, ¿no es cierto? —añadió—. Lo que debes hacer es vigilar un poco más a tu hermanito, querida. Me parece que con esto ya es suficiente para ti, y para todos —dijo lanzando un suspiro—. Y ahora llamaré de nuevo a Louise... Estábamos en medio de una conversación muy interesante.

Volvió al teléfono dejándome con la palabra en la boca.

Subí de nuevo al piso superior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jefferson desde el umbral de su puerta.

—Nada, Jefferson. Olvídalo. Olvídalos. Son anormales. —Lo dije en voz bien alta para que me oyeran. Volví a mi cuarto y seguí escribiendo lo que ya se había convertido en una extensa misiva en lugar de una carta a Gavin.

Era la única persona en el mundo en la que podía en este momento confiar.

«Gavin, la convivencia con tía Bet y tío Philip me hace añorar aún más a mis padres. La familia de tío Philip es una familia sin amor. Las únicas veces que tío Philip está con los suyos es durante el desayuno y la cena. Tía Bet actúa como si sus hijos hubieran sido creados en un laboratorio, y como resultado de ello son unas criaturas perfectas que nada malo pueden hacer. Pero aún no la he visto besarlos para darles las buenas noches o los buenos días, así como tampoco he visto a tío Philip darles un beso de despedida cada vez que se va, como papá y mamá solían hacer con Jefferson y conmigo.

Nunca he visto cuatro personas que se comporten con tanta formalidad los unos con los otros.

»No importa lo que diga tía Bet de los gemelos, para mí son como un monstruo de dos cabezas. Son fantasmagóricos. Estarían satisfechos si en el mundo no existieran más que ellos, ni siquiera sus padres. Las únicas veces que ríen o sonríen es cuando se murmuran cosas al oído. Murmuran sobre mí y sobre Jefferson. A decir verdad, creo que tío Philip encuentra a sus hijos repulsivos y por eso odia estar con ellos o tenerlos a su alrededor cuando está en el hotel.

»Me pregunto por qué se casó con tía Bet. Es un hombre guapo, demasiado agradable para una mujer tan quisquillosa como ella. Fern me contó cosas horribles antes de marcharse. Quiere que crea que tío Philip y mamá salieron juntos antes de que mamá descubriera que eran hermanastros. Antes del incendio del hotel mamá me dijo que nada importante había habido entre ellos. Sin embargo, esto hace que me sienta rara cada vez que miro a tío Philip y cada vez que él me mira a mí.

»No le contaría estas cosas a nadie más que a ti, Gavin. Las amigas como Pauline se interesan y son consideradas, pero me produce mucha desazón contarles estos problemas familiares. Estoy impaciente por verte de nuevo y cuento los días hasta que puedas volver.

»Diles al abuelo Longchamp y a Edwina que los quiero mucho».

Estuve pensando cómo acabar y finalmente escribí: «Con todo mi amor, Christie».

Era muy tarde cuando acabé la carta. La introduje en el sobre y la dejé encima de la mesilla de noche para no olvidarme de enviarla a primera hora de la mañana. Sin embargo, no me preparé para ir a la cama a dormir. En su lugar, me puse la chaqueta, me asomé al pasillo para asegurarme que todo estaba tranquilo y en silencio bajé las escaleras.

Como era habitual, la luz de la entrada estaba encendida, además de una lámpara en la sala de estar. Como no oí a Mrs. Boston, imaginé que ya se había retirado. Me dirigí furtivamente a la entrada principal y abrí la puerta tan despacio como pude. Luego salí y la cerré suavemente detrás de mí. La luna, en cuarto creciente, iluminaba la fachada de la casa como un foco de luz. El suelo del porche crujió bajo mis pies al pasar.

«Richard y Melanie —pensé— tienen razón cuando nos acusan de guardar secretos». Pero tenía un secreto que no se lo podía decir a Jefferson. Desde que mis padres fueron enterrados, había encontrado la manera de deslizarme en medio de la oscuridad y salir a visitar sus tumbas para llorar y lamentarme. Aquella noche, sobre

todo, quise ir allí y sentirme cerca de ellos, pero no estaba preparada para la sorpresa que tuvo lugar.

SECRETOS

A la luz de la luna, las tumbas, los mausoleos eran tan blancos como huesos, y la calma era tal que las hojas de los árboles parecían pintadas en las ramas. A mis espaldas se oía el rítmico vaivén del mar sobre el que la luna extendía un tenue fulgor amarillo. El olor a humedad, procedente de la tierra de una tumba recientemente abierta, llegó hasta mí cuando pasé bajo la arcada de piedra del cementerio.

En otras circunstancias me hubiera dado miedo ir al cementerio por la noche, sobre todo al cementerio donde estaba enterrada la abuela Cutler. Cuando era pequeña sólo me había acercado allí en contadas ocasiones, pero cada vez que me habían llevado miraba con temor la lápida sepulcral que se levantaba sobre su tumba en la que estaba escrito su nombre y la fecha de su nacimiento y de su muerte. Recuerdo que en una ocasión tuve una pesadilla en la que me encontraba perdida en el cementerio. En medio de la oscuridad llegaba hasta su tumba y en lugar de la lápida y la cruz, topaba con sus fríos ojos grises mirándome fijamente, aquellos mismos fríos ojos grises que me contemplaban desde el horrible retrato del hotel, sólo que los ojos de la pesadilla eran luminosos y terroríficos.

Pero ahora, el hecho de saber que mamá y papá estaban enterrados allí, transformaba el cementerio de un lugar de temor y pesadilla en un lugar de amor y afecto. Ellos me protegerían como siempre lo habían hecho, ni siquiera el fantasma de la abuela Cutler o el diablo podrían vencer su bondad. Su tumba, más grande que la mayoría de las del cementerio, no era más que una tumba. No me acerqué, no tenía necesidad, pasé de largo apresuradamente y me aproximé a las tumbas gemelas de mis padres. Una vez allí, me arrodillé, dejé correr las lágrimas y les hablé.

—Mamá, os añoro tanto a ti y a papá. Y Jefferson se siente tan destrozado y perdido. Odiamos vivir con tío Philip y tía Bet. Es una familia sin amor. —Había ido allí a hablarles de Richard y de Melanie y los mezquinos y huraños que eran con nosotros.

»Prometo que siempre me ocuparé de Jefferson y haré todo lo que pueda para aliviar su pena y su confusión. —Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas hasta la barbilla. No intenté reprimirlas, las dejé caer sobre la tumba de mis padres.

»Oh, mamá, qué difícil es vivir en un mundo sin ti —gemí—. Nada es lo mismo: las mañanas ya no son tan cálidas y luminosas ni las noches tranquilas, nada de lo que me gustaba comer me sabe ya bien, ni lo que me gustaba vestir me parece ya tan bonito. Me siento vacía. Seguramente mis dedos se quedarán entumecidos sobre las teclas del piano. La música se ha desvanecido.

»Ya sé que no te gusta que hable así. Todos me dicen que debo dominar mi pena y procurar ser más fuerte para convertirme en lo que tú soñabas que fuera, pero es que el camino, ahora que tú no estás a mi lado, me parece mucho más largo y difícil. No importa lo que digan, no puedo apartar de mí la seguridad de que una maldición pende sobre nuestras cabezas.

Suspiré profundamente y asentí, como si hubiera escuchado la contestación de mamá.

—Ya sé que debo intentarlo y conseguirlo y que mis responsabilidades han aumentado. Debo vivir y trabajar imaginando lo orgullosa que te sentirías de mí. Lo intentaré, mamá, te lo prometo —dije. Me levanté lentamente. Me sentía muy cansada y vacía, era el momento de volver a casa y dormir.

Pero cuando estaba a punto de marcharme, escuché unos pasos. Alguien se acercaba a mis espaldas. Me volví y acerté a ver a la luz de la luna a tío Philip. Se detuvo ante la tumba de la abuela Cutler y yo aproveché para ocultarme en las sombras, tras otra gran tumba. No quería que supiera lo que yo hacía allí por la noche. Esperé que se marchara después de visitar la tumba de su abuela, pero para mi sorpresa continuó hasta las de mis padres. Se detuvo ante la de mamá, se arrodilló y apoyó las palmas sobre la fría tierra. Luego, con las palmas todavía en el suelo, levantó la cabeza y habló con voz lo suficientemente fuerte para que yo pudiera oírle.

—Lo siento, Dawn. Lo siento. Ya sé que nunca te lo he dicho lo suficiente. Un millón de disculpas no bastarían, no limpiarían lo que te hice. El destino no tenía ningún derecho a apartarte de mí tan pronto, no antes de que yo pudiera ganar tu perdón.

¿Qué había hecho?, me pregunté. ¿Qué cosa podía ser tan horrible que hasta un millón de disculpas no eran suficientes?

—Siento que la mitad de mí ha muerto contigo. Conocías mis sentimientos y sabías que no podía reprimirlos. Nada me impedía amarte. Me casé con Betty Ann, pero no ha sido más que una sustituta. Esperaba y soñaba con el día en que tú y yo pronunciaríamos en voz alta nuestros verdaderos sentimientos.

»Oh, ya sé que no querías reconocerlos, pero vivimos un amor puro y apasionado, y si pudimos hacerlo entonces esperaba que pudiéramos hacerlo otra vez. Quizá estaba loco por mantener tal sueño, pero no podía dominarlo.

»Ahora —siguió diciendo, inclinando la cabeza—, cada vez que miro a Christie, pienso en ti. Imagino que es nuestra hija, o al menos la hija que hubiéramos podido tener.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Por esta razón a veces me miraba con tanta intensidad, pensé; sin embargo, en lugar de hacerme feliz enterarme de que me profesaba un amor tan fuerte, la idea me hizo temblar. Como si un pedazo de hielo se deslizara por mi columna vertebral.

—Jamás se me hubiera ocurrido —continuó, levantando la cabeza y hablando con expresión intensa— que ibas a morir antes que yo. Seguramente los ángeles estaban celosos de mi amor por ti y han decidido destruirlo. Bien, te han apartado de mí, te han llevado a su mundo, pero nunca podrán arrancarte de mi corazón.

»Te juro que cuidaré a Christie con amor y velaré por que sea feliz. Reconstruiré el hotel como un monumento en tu honor, más grande y hermoso de lo que era, y en cuanto esté acabado mandaré colgar un gigantesco retrato tuyo en las paredes del vestíbulo.

»Amor mío, sigues en mi corazón —inclinó la cabeza—, perdóname, perdóname —suplicó. Luego se puso de pie, lentamente, y se alejó con la cabeza inclinada.

Lo vi desaparecer a lo largo del sendero del cementerio con el corazón palpitante. ¿Qué profundo y oscuro secreto guardaba en su interior como para suplicar perdón a una tumba? ¿Era sólo que amaba a mamá con más intensidad y pasión de lo que convenía a una hermanastra, o se trataba de algo más retorcido? Recordé las horribles palabras de tía Fern antes de marcharse: «¿Qué crees que hacían en sus citas, jugar a los crucigramas?» Me daba miedo pensar en ellas. Cuando estuve segura de que se había ido, salí de las sombras y recorrí el mismo camino hasta llegar a casa.

La lámpara de la puerta principal todavía estaba encendida. Anduve de puntillas por el porche, procurando desesperadamente que el suelo no crujiera bajo mis pies; luego abrí la puerta y me deslicé en el interior rápidamente. Me quedé escuchando un momento. Todo estaba en silencio. Quizá tío Philip ya se había ido a la cama, pensé, yendo hacia el pasillo para llegar a las escaleras. Pero cuando pasé junto a la entrada de la sala de estar, vi que seguía encendida una lamparita y a tío Philip sentado en una silla, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. En la mano tenía un vaso de whisky.

Pasé corriendo hacia las escaleras, pero el primer escalón me traicionó con un fuerte crujido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó tío Philip. Yo me quedé inmóvil—. ¿Hay alguien ahí? —Decidí no contestar, pero mi corazón latía con tanta fuerza, que estaba segura que oiría el tum, tum, tum contra mi pecho. No dijo nada más, ni siquiera se acercó a la puerta y yo subí las escaleras rápidamente y me fui directa a mi habitación. Me desvestí, me puse el camisón y me introduje en la cama. Apagué todas las luces, menos la de la mesilla de noche, como hacía siempre. Y entonces, justo después de echarme y cerrar los ojos, oí que mi puerta se abría.

Sentí un sobresalto cuando no oí a Jefferson llorar. Seguí inmóvil, no me volví a ver quién era, no tenía que hacerlo. A los pocos segundos llegó hasta mí el olor a whisky. Contuve la respiración. Era tío Philip. ¿Había venido a comprobar si estaba en la cama? ¿Por qué se quedaba tanto? Finalmente oí cerrarse la puerta y lancé un suspiro de alivio, pero antes de que pudiera volverme, escuché sus pasos y comprendí

que se había acercado a mi cama.

Mantuve los ojos cerrados y permanecí inmóvil, fingiendo dormir. Tío Philip permaneció allí contemplándome durante un buen rato, pero yo seguí sin abrir los ojos, no quise que supiera que me había dado cuenta de su presencia, tan llena estaba de temor. Le oí lanzar un profundo suspiro y, finalmente, escuché cómo se alejaba. Cuando oí que la puerta se abría y se volvía a cerrar, volví la cabeza y comprobé que se había ido. Entonces fui yo quien dio un suspiro de profundo alivio.

«Qué noche más extraña y prodigiosa», pensé. Qué misterios se cernían sobre mí, espesos bancos de niebla en el mar. Me quedé echada en la cama preguntándome cuánto iba a durar, hasta que finalmente el sueño me recogió como un capullo y yo me acurruqué lentamente entre sus cálidas y protectoras paredes.

Me despertó el ruido de una gran conmoción y momentos después Jefferson irrumpió en mi habitación. Oí gritar a tía Bet en el pasillo pidiéndole a tío Philip que llamara al médico. Aunque afuera ya había amanecido, miré el reloj y vi que eran las cinco y media de la mañana. Jefferson parecía muy asustado.

—¿Qué pasa?

—Es Richard —contestó abriendo los ojos—. Le duele mucho la barriga, tanto que está llorando.

—¿De veras? —pregunté secamente—. Quizá haya comido uvas verdes.

—Melanie también —añadió Jefferson excitado.

—¿Melanie también? ¿Qué quieres decir?

—Que a ella también le duele la barriga y tía Bet está muy preocupada. ¿Puedo dormir contigo? Hacen demasiado ruido.

—Ven a la cama. —Pero yo me levanté y fui a buscar la bata—. Voy a ver qué está pasando.

Vi a tío Philip en el pasillo, despeinado y todavía en pijama, medio dormido, confundido, bostezando. Se restregó la cara con la palma de la mano y se dirigió a la puerta de la habitación de Melanie.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo este jaleo? —preguntó.

—Está blanca como un fantasma y Richard también. Ve a verlos —gritó tía Bet desde el interior—. ¡Han sido envenenados! —añadió.

—¿Qué? Eso es ridículo —dijo tío Philip. Se volvió y me vio—. Oh, Christie. Siento haberte despertado.

—¿Qué pasa, tío Philip? —pregunté.

—No lo sé. Siempre pasa lo mismo. Cuando uno de los gemelos enferma, el otro también. Es como si cada germen que ataca a uno de ellos tuviera otro gemelo esperando —añadió sin dejar de sonreír. Luego entró en la habitación de Jefferson y Richard. Yo me acerqué a la puerta de la de Melanie y me asomé.

Tía Bet estaba sentada en la cama, sujetando un paño con agua fría en la frente de

Melanie que se quejaba, apretándose el estómago.

—Tengo que ir otra vez —gritó.

—Oh, querida, querida —dijo tía Bet, levantándose para dejarla pasar. Melanie saltó de la cama y, sin dejar de sujetarse el estómago, corrió hacia el cuarto de baño. Yo me aparté para que pudiera pasar.

—¿Qué sucede? —pregunté cuando irrumpió en el cuarto de baño cerrando la puerta de un portazo.

—¿Qué sucede? Estoy segura de que se han envenenado con algún alimento en malas condiciones —dijo tía Bet—. Esa... esa cocinera y ama de llaves tan incompetente...

—¿Mrs. Boston? ¿Acaso crees que Mrs. Boston ha hecho algo mal? Mrs. Boston es una excelente cocinera.

—Humm —masculló echando hacia atrás sus hombros estrechos y huesudos. Luego pasó junto a mí y se dirigió a la habitación de Richard. Pude oír sus gemidos. Tío Philip salió con una expresión de cansancio y disgusto en el rostro.

—Todos comimos lo mismo, tío Philip —le dije—. Y ninguno de nosotros está enfermo. Los gemelos deben de haber comido algo más —añadí.

—No lo sé. No lo sé —murmuró mientras iba a telefonar al médico. Volví a mi habitación y me deslicé en la cama junto a Jefferson, que ya se había vuelto a dormir. No había pasado una hora cuando llegó el médico. Una vez hubo examinado a los gemelos, le oí caminar por el pasillo con tía Bet, prescribir un medicamento y permanencia en la cama y luego marcharse. Poco después tía Bet apareció en el umbral de la puerta de mi habitación.

—Christie —dijo—, que Jefferson duerma durante unos días en el cuarto de Melanie. No quiero que se contagie, y me será más fácil si los gemelos están en la misma habitación.

—¿Qué tienen?

—Puede ser que hayan ingerido algún alimento en malas condiciones... quizá un virus estomacal —explicó torciendo la boca con disgusto.

—Debe ser un virus. Yo no me encuentro mal y Jefferson tampoco.

—Aunque sea un virus, esto ha ocurrido porque aquí nada está lo suficientemente limpio, especialmente en la cocina. Vosotros habéis tenido suerte —dijo—. En cierto modo —añadió y se marchó.

Por la mañana, cuando Jefferson y yo bajamos a desayunar, encontramos sólo a tío Philip en la mesa, leyendo el periódico. Sonrió y nos deseó los buenos días como si se tratara de otra mañana cualquiera.

—¿Dónde está tía Bet? —pregunté.

—Ha ido a llevarles un poco de té y tostadas a los gemelos. Va a cuidarlos ella, siempre lo hace. De todas formas me satisface que os encontréis bien —añadió.

—No hay razón alguna para que no estemos bien —dije con dureza. Tío Philip asintió y volvió a su periódico.

Mrs. Boston salió de la cocina con nuestro desayuno caliente y pude observar el fastidio que reflejaba su rostro.

—¿Cómo van vuestros estómagos esta mañana? —nos preguntó a Jefferson y a mí.

—Estupendamente, Mrs. Boston —repliqué.

—Ya me lo imaginaba —dijo con satisfacción enderezando los hombros, pero tío Philip siguió con su lectura como si no hubiera oído una palabra. Mrs. Boston volvió a la cocina y ya no apareció más. Yo le había prometido a Jefferson que lo llevaría a dar un paseo por la playa a buscar conchas después del desayuno, así que subimos a buscar una chaqueta ligera para él. Llamé a la puerta de su dormitorio y asomé la cabeza para ver si podía entrar a buscar la chaqueta en su armario.

Tía Bet se había sentado entre las dos camas y sostenía en su mano derecha la mano de Richard y en la izquierda la de Melanie. Los gemelos estaban cubiertos con las sábanas hasta la barbilla y tenían los ojos cerrados.

—Shh —dijo tía Bet—. Finalmente se han dormido.

—He venido a buscar una chaqueta para Jefferson —murmuré dirigiéndome al armario. Aunque hice menos ruido que un ratoncito, Richard abrió los ojos.

—¿Qué... qué pasa? —lloriqueó.

Melanie abrió los suyos al instante.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mira lo que has hecho —me espetó tía Bet—. Necesitan mucho descanso.

—Una mosca no hubiera hecho menos ruido, tía Bet —repliqué—. Está claro que no dormían. —Saqué la chaqueta de Jefferson del colgador.

—¿Adonde vais?

—A dar un paseo por la playa —contesté—. Hace un hermoso día. Lástima que los gemelos no puedan venir —añadí saliendo rápidamente. Eché la carta de Gavin al buzón para que el cartero la recogiera y bajé hasta el océano con Jefferson.

Mi hermano se divirtió mucho recogiendo conchas aunque de vez en cuando se detenía, se quedaba mirando el océano y me hacía preguntas sobre mamá y papá. ¿Creía yo que estaban juntos en el cielo? ¿Tendrían allí otros hijos? ¿Podrían volver algún día, aunque sólo fuera un momento? Ninguna de mis respuestas le satisfacía. Sus ojos oscuros brillaban llenos de lágrimas. Sólo quería una respuesta... que algún día volveríamos a estar juntos otra vez.

Cuando volvíamos a casa nos sorprendió ver la limusina del hotel ante la puerta principal. Julius salió de la casa con una maleta en cada mano y las puso en el portamaletas del coche.

—¿Quién se marcha? —me preguntó Jefferson—. Espero que sea tía Bet —

musitó, pero no se trataba de ella. Se trataba de Mrs. Boston, vestida con sus ropas de domingo, con un maletín en la mano. En cuanto la vimos echamos a correr.

—¡Mrs. Boston! —llamé—. ¿A dónde va? —Mrs. Boston levantó la vista y sonrió.

—Oh, qué contenta estoy de veros antes de marcharme —dijo—. Quería despedirme de vosotros.

—¿A dónde va, Mrs. Boston? No sabía que tuviera que irse hoy.

—Ni yo tampoco —contestó con expresión adusta—. Vuestra tía bajó esta mañana y me acusó de servir alimentos en mal estado. Después del desayuno volvió para decirme que no sabía limpiar la cocina ni servir a personas de categoría, y que ella no tenía tiempo de enseñarme. Añadió que sería mejor para todos que me fuera. Me pagó y me pidió que me marchara inmediatamente.

»Y le dije que bendita la hora en que me libraba de ella —añadió.

—Oh, no, Mrs. Boston. Ella no puede echarla. No trabaja para ella, usted trabaja para nosotros —le dije, desesperada. ¿Cómo sería la vida en nuestra casa sin Mrs. Boston?, me pregunté.

—Pobres, pobres niños —dijo, acariciándome la mejilla con su mano enguantada. Luego sonrió a Jefferson que la miraba con expresión de tristeza—. Trabajaba para vosotros, pero no tenéis el control del dinero, queridos. Miss Bet me lo ha hecho saber.

»Es mejor así, supongo. No pararíamos de discutir. Esa mujer... —Sacudió la cabeza—. Lo siento, niños. He cuidado de vosotros, os he visto crecer y me rompe el corazón tener que marcharme, pero no puedo quedarme.

—¿A dónde irá, Mrs. Boston? —gemí con los ojos llenos de lágrimas.

—Vuelvo a Georgia, con mi hermana Lou Ann, a pasar una temporada. Hace tiempo que no he ido a verla. Desde hace años, ya lo sabéis —añadió, sonriendo.

—Nunca nos volveremos a ver —me quejé.

—Oh, volveré. Cuida de tu hermano pequeño —dijo—. Y tú, Jefferson, obedece a tu hermana, ¿de acuerdo?

Miré a Jefferson. Su tristeza se había convertido en furia. Se mordió el labio inferior y luego salió corriendo hacia la casa.

—¡Jefferson!

—Ve tras él —dijo Mrs. Boston, abrazándome y besándome en la mejilla—. Os echaré de menos, niños.

—Y yo también, Mrs. Boston. Muchísimo. —Se enjugó una lágrima de la mejilla y asintió.

—Rápido —le dijo a Julius—, antes de que me derrumbe.

Entró en la limusina, Julius cerró la puerta y dio la vuelta para entrar en el vehículo. Lo último que vi fue la pluma del sombrero de los domingos de Mrs.

Boston en la ventanilla trasera antes de que la luz del sol se reflejara en la parte posterior del vehículo, convirtiendo la ventanilla en un espejo de luz. Apenada, con un nudo en la garganta, me quedé contemplando el coche hasta que se perdió en la distancia. Sentí las piernas tan débiles como mi corazón.

Poco a poco, de muchas maneras, todo aquello que había formado parte de nuestro hermoso mundo iba desapareciendo. Jamás me había sentido tan sola y con tanto miedo ante el futuro.

Jefferson se había deslizado por una abertura que había en la celosía, bajo el porche trasero de la casa. Imaginé que estaría allí porque a menudo se escondía y jugaba en ese lugar. Estaba sentado en un rincón, moviendo absorto un palito en el suelo de tierra removida.

—Sal, Jefferson. Te vas a ensuciar ahí debajo, ése no es un sitio para esconderse —le animé.

—No me da la gana —dijo—. No quiero que Mrs. Boston se vaya —añadió rápidamente.

—Yo tampoco, pero se ha visto obligada. Voy a hablar ahora mismo con tía Bet —añadí mientras él alzaba la vista con expresión esperanzada.

—¿Y volverá Mrs. Boston?

—Quizá —repuse—. Vamos, Jefferson —alargué la mano y él la cogió deslizándose Fuera, pero se había ensuciado las rodillas y la parte trasera de los pantalones, así como los codos. Lo sacudí lo mejor que pude y entramos. Tía Bet estaba en la cocina, en medio de un estrépito de cacerolas y sartenes que sacaba de los armarios y alacenas. Me quedé en el umbral de la puerta, mirándola hacer. Se había puesto unos guantes de goma y un delantal encima del vestido y llevaba el pelo peinado hacia atrás, oculto por un pañuelo anudado a la cabeza.

—Tía Bet. —Ella se detuvo y dio la vuelta.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo has podido echar a Mrs. Boston? —pregunté—. ¿Qué derecho tenías? —Mi voz fue como el borde acerado de una navaja de afeitar.

—¿Que cómo he podido... que qué derecho tengo? —preguntó sorprendida mientras sus ojos adquirían la dureza y la frialdad del cristal—. ¿Estás ciega? Mira todo esto. Es increíble la cantidad de suciedad, grasa y polvo que he encontrado en estos armarios y alacenas. Voy a tener que lavar todo con un desinfectante. Jamás había visto una cosa igual. Y tendré que hacerlo yo personalmente antes de coger otro sirviente. Voy a ordenar todos los armarios, todos los estantes y a esterilizar todos los platos y cubiertos.

—¡No es verdad! Mrs. Boston era muy limpia. Y nosotros la queríamos mucho. Ha estado siempre... con nosotros. Tienes que enviar a alguien a buscarla para que

vuelva —insistí.

—¿Enviar a alguien a buscarla? —Lanzó una risita como si hubiera sugerido la cosa más ridícula del mundo—. Por favor. —Entonces clavó su mirada en Jefferson, hizo una mueca de disgusto, se levantó y cruzó la habitación como un rayo—. ¿Qué ha estado haciendo? ¿Cómo se ha ensuciado de esta manera? ¿Por qué lo has dejado entrar en casa? Mira sus pies. Os dije a los dos que siempre os quitarais los zapatos antes de entrar en casa. ¿Es que no sabéis que los gérmenes se pegan a la suela de los zapatos? ¿Es que no os dais cuenta de que los gemelos están enfermos y su resistencia se ha reducido? Rápido —dijo agarrando a Jefferson por el codo derecho—, quítate esta ropa sucia y déjala en un rincón —ordenó.

Jefferson gimió y se revolvió para liberarse, pero Bet tenía mucha más fuerza de la que aparentaba cuando estaba furiosa. Sus dedos huesudos se cerraban alrededor del bracito como unas esposas de acero. Jefferson cayó al suelo, pateando y gritando.

—¡Suéltale! —exclamé.

—Entonces llévatelo al cuarto de baño de abajo y límpialo —ordenó con ojos llameantes y la boca torcida—. No quiero que lo lleves arriba tal como está. Y mira el trabajo que me dais, ahora tendré que volver a fregar la entrada y el suelo. —Se agachó y le sacó rápidamente los zapatos a Jefferson—. Vamos —ordenó.

—Ven, Jefferson. Se ha vuelto loca —dije, atraje a mi hermano hacia mí, lo cogí en brazos y salí corriendo de la cocina.

—¡Llévalo directamente al cuarto de baño! —gritó a nuestras espaldas, pero yo ya no la escuché. Subí las escaleras rápidamente y entré en mi habitación cerrando la puerta de un portazo. Una vez allí, sentí que se me rompía el corazón cuando vi a Jefferson llorar a lágrima viva.

—Vamos, Jefferson —le dije—. No te hará daño. Ahora tomarás un baño caliente y luego hablaré con tío Philip —le prometí.

Se restregó los ojos con sus puñitos y se secó las lágrimas. Tenía la cara sucia y no opuso ninguna resistencia cuando lo metí en la bañera. La mezcla de pena, tristeza y miedo que le dominaba lo convertían en un bebé. Qué diferente era del muchachito impaciente que irrumpía en mi habitación todas las mañanas y al que muy pocas veces se le veía triste o infeliz. Verlo así me angustiaba, no podía permitirme el lujo de sentir lástima de mí misma. Me juré que no iba a permitir que sufriera más. Le dije que cogiera una toalla y busqué a tío Philip.

Tía Bet ya había fregado la entrada, como había dicho, y había extendido en el suelo hojas de papel de periódico; pasé por encima y salí apresuradamente. Pero justo cuando estaba bajando los escalones de la entrada principal, tío Philip salía del coche.

—¡Tía Bet ha echado a Mrs. Boston! —grité mientras él bajaba—. Se está portando muy mal con Jefferson y conmigo.

—¿Qué ocurre? ¿Se porta mal contigo? —dijo alejándose del coche—. Oh, no,

Christie. No quiere hacerte daño —añadió cogiéndome del hombro—. Lo que pasa es que está nerviosa y angustiada por la enfermedad de los gemelos. Siempre se pone así cuando están enfermos.

—Ha echado a Mrs. Boston —sollocé—. Y Mrs. Boston se ha marchado.

—Bueno, quizá sea lo mejor en estas circunstancias. Tía Bet es la señora de la casa y los sirvientes tienen que entenderse con ella. Mrs. Boston ya tenía sus años. Debería de haberse retirado hace tiempo —contestó.

—Mrs. Boston no es tan mayor, y además formaba parte de mi familia —insistí.

—Lo siento. Pero si tía Bet no es feliz y Mrs. Boston tampoco lo es, ¿por qué ha de seguir aquí? Ha sido lo mejor, créeme —repitió sonriéndome.

—No —dije, apartándome de él—. ¡Está poniendo las cosas más difíciles de lo que ya son! —grité—. Jefferson y yo no saldremos de mi habitación hasta que ella se disculpe por haberle reñido y atemorizado.

Volví a entrar en la casa, delante de él, y subí a mi cuarto. Jefferson estaba envuelto en una toalla, agotado por las emociones. Me senté y me quedé allí contemplando su carita dormida. De vez en cuando, lanzaba un gemido. Probablemente una pesadilla por culpa de tía Bet, pensé enfadada. Una hora después, o quizá un poco más, alguien llamó suavemente a mi puerta.

—Entra —dije, y tío Philip apareció en el umbral. Llevaba una bandeja con dos cuencos de sopa, dos bocadillos y dos vasos de leche.

—Betty Ann os envía esto —dijo, haciendo un gesto de asentimiento en dirección a Jefferson, que seguía durmiendo—. ¿Cómo está?

—Agotado —contesté fríamente.

—Betty Ann está desolada —dijo dejando la bandeja encima de mi escritorio—. No quiere molestar a nadie. Pero está muy nerviosa, por los gemelos. Todo se arreglará. Ya verás —me prometió.

—Difícilmente —pronostiqué con sequedad—. No tenía derecho a echar a Mrs. Boston —añadí.

—Dale un poco más de tiempo —me rogó—. Cuando las aguas vuelvan a su cauce, lo discutiremos todos juntos como personas adultas, ¿de acuerdo? —Clavo en mí sus ojos—. Estoy seguro que conseguiremos superar los problemas en cuanto los gemelos se hayan recuperado. Nada de todo esto es fácil. Christie. Debemos aprender a vivir juntos en paz. Ya sé que es muy duro para vosotros dos —añadió con simpatía.

Fijé la vista en sus suaves ojos azules. Ahora se parecía más a un tío preocupado por sus sobrinos. Deseo decirle que sí, que para nosotros es muy duro, ya que hemos perdido a nuestros padres y ría Bet es una pobre sustituta de mamá. Jamás podría ser una madre para nosotros, jamás.

—El comienzo de las obras del hotel requiere casi toda mi atención, pero te prometo que pronto me dedicaré más a ti y no permitiré que en ría Bet recaigan todas

las responsabilidades. Las compartiré contigo —añadió con una voz tan baja que casi fue un murmullo—. Creo que todo esto es demasiado para ella. Tiene demasiado trabajo y ahora con los gemelos enfermos y... bueno, no es una mujer fuerte, como lo era Dawn. Y tú ya tienes edad suficiente. Puedo decírtelo y confiar en que lo vas a entender.

Me trataba como a una persona adulta y su actitud sincera y confiada me hizo sentir el impulso de abrirme a él y preguntarle por qué había suplicado el perdón ante la tumba de mi madre, pero temí revelarle que había estado allí y me había enterado de sus secretos.

Se acercó, se puso de rodillas, me cogió la mano y me sonrió con aquella sonrisa encantadora, con los ojos brillantes y llenos de felicidad.

—¿Hacemos un pacto?

—¿Qué clase de pacto? —pregunté con suspicacia.

—La promesa de ser sinceros y confiar el uno en el otro de ahora en adelante; contamos lo que no diríamos a nadie más; esforzarnos para hacer feliz al otro. De hoy en adelante, lo que te entristezca me entristecerá a mí, y lo que a ti te haga feliz me hará feliz a mí. ¿Hacemos el pacto? —repitió.

Qué extraño me parecía todo aquello, pensé. Era como si me estuviera pidiendo que me casara con él. Me recorrió un escalofrío. No sabía cómo reaccionar o qué decir. Poseía tal intensidad, había tanta determinación en aquellos ojos fijos en los míos...

—De acuerdo —dije.

—Bien. Hay que sellarlo con un beso. —Se inclinó para besarme la mejilla, sólo que sus labios rozaron la comisura de los míos. Mantuvo los ojos cerrados unos instantes y luego volvió a sonreír—. Todo va a ir estupendamente. Estupendamente.

¿Estupendamente? ¿Cómo podía ser así? El mundo maravilloso de luz y felicidad que yo había conocido había desaparecido para siempre. Ni el cielo más azul, ni el día más cálido, nada podía devolverme aquellos sentimientos de amor que había perdido.

—Siempre se obsesiona así cuando los gemelos enferman —dijo sonriendo aún más—. Es lo único que la saca de quicio. En cuanto vuelve a estar ocupada se pone bien. Tengo que volver al hotel, pero regresaré temprano a casa y cenaremos juntos.

»Oh —añadió cuando llegó a la puerta—, tenemos que hacer ver que lo que nos sirve nos gusta mucho. No es muy buena cocinera, pero hasta que llegue la sustituta de Mrs. Boston... —Sonrió—. Estoy seguro de que eres lo bastante mayor para comprenderlo —añadió antes de salir.

Pero yo no era lo bastante mayor para comprenderlo. ¿Por qué había permitido que echara a Mrs. Boston? ¿Por qué no tomaba él las riendas? ¿Por qué toleraba aquel comportamiento tan desagradable y por qué permitía que sucediera todo eso?

«Papá no lo hubiera permitido», pensé afligida. En una ocasión mamá me había contado que Randolph, el padre de tío Philip, era un hombre muy débil, sometido al temperamento y los caprichos de la abuela Laura. Al parecer, tío Philip se parecía bastante a su padre.

Cómo deseé que el tiempo transcurriera rápidamente y ser lo bastante mayor para organizar mi vida y la de Jefferson. No importaban las promesas y juramentos que hiciéramos y lo fuertes que procuráramos ser, siempre sería muy difícil convivir con tío Philip y tía Bet, pensé.

Jefferson se despertó y comimos los dos en mi habitación. Había dejado de llorar, pero persistía aquella expresión de angustia en sus ojos, de modo que más tarde jugamos los dos con sus juegos preferidos para alejar de su mente los tristes pensamientos. Richard y Melanie siguieron en cama el resto del día y no bajaron a cenar. Tía Bet nos sirvió pollo asado, pero lo había cocido demasiado y estaba seco y duro. Las patatas que lo acompañaban, en cambio, estaban crudas, y más bien parecían manzanas.

Tío Philip procuró que la cena transcurriera agradablemente hablando de la reconstrucción del hotel. Le prometió a Jefferson que a la mañana siguiente, después del desayuno, lo llevaría a ver los bulldozers y las máquinas de demolición que limpiaban la estructura renegrida del edificio. Fue la primera vez, desde la muerte de papá y mamá, que Jefferson mostraba algún interés por algo.

Durante casi toda la cena, tía Bet estuvo subiendo y bajando para ir a ver a los gemelos. Según nos comunicó, ya podían ingerir alimentos sólidos. No dejó de hablar de ellos, de su aspecto, cómo masticaban los alimentos y de que habían comido exactamente la misma cantidad. Tío Philip me dirigió una mirada de complicidad y sonrió como queriendo decir «¿ves lo que te decía?».

Tía Bet no se disculpó por haber gritado y zarandeado a Jefferson, pero dijo que esperaba que no sucediera más algo tan desagradable entre nosotros. Además, sirvió un pastel de chocolate que le había encargado a tío Philip que comprara en la ciudad. Le dio a Jefferson un pedazo tan grande que a él casi se le salieron los ojos de las órbitas y a duras penas pudo acabárselo.

Después estuvimos viendo un poco la televisión hasta que mi hermano se fue a dormir. Subí con él y lo dejé en la cama, en la habitación de Melanie. Luego fui a mi habitación a leer un poco y a escribirle otra carta a Gavin. Le relaté todo lo que había pasado en el cementerio la noche anterior y luego los acontecimientos del día. Le pedí que no contara nada al abuelo Longchamp porque sólo le acarrearía disgustos y no podría solucionar nada. Acabé diciéndole a Gavin una vez más lo mucho que deseaba verle. En esa ocasión, debajo de mi nombre escribí cuatro X que significaban cuatro besos. Luego cerré los ojos, recordé su rostro y besé la carta antes de meterla en el sobre.

Agotada por las emociones del día, llené la bañera con agua caliente y eché un poco de la espuma de baño de mamá. Cuando me metí en el agua, apoyé la cabeza en el borde de la bañera y cerré los ojos. Me relajaba recordar a mamá, suave y cariñosa, cepillándome el cabello y contándome las cosas que íbamos a hacer en el hotel al día siguiente. Estaba tan sumida en estos ensueños que no oí abrirse y cerrarse la puerta de mi cuarto, ni los pasos de tío Philip, ni me di cuenta que estaba allí hasta que abrí los ojos y lo vi contemplándome. Ignoraba cuánto tiempo hacía que había entrado.

Sentí un sobresalto, me cubrí los pechos con los brazos y me sumergí cuanto pude en las burbujas. Tío Philip rió. Sostenía una bolsa.

—Siento molestarte —dijo—, pero quería darte el regalo antes de que te durmieras. Cuando fui a la ciudad a comprar el pastel para el postre, lo vi en el escaparate de una tienda y no pude resistir el comprarlo.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un regalo sorpresa para resarcirte de las cosas desagradables que hoy has tenido que soportar —dijo sin moverse de allí—. ¿Quieres que lo abra y te lo enseñe?

Asentí. Pensé que cuanto antes lo abriera, antes se marcharía.

Apoyó la bolsa en el borde de la bañera y la desató, luego hundió la mano en el interior y sacó el camisón de encaje blanco más transparente que nunca había visto. Lo sostuvo en alto.

—¿No es precioso? —preguntó, acercándose a la mejilla—. Y es tan suave y tan femenino, que en cuanto lo toqué pensé en ti. Póntelo esta noche, después del baño. Te sentirás muy bien —dijo.

—Gracias, tío Philip.

—¿Te lo pondrás esta noche? —preguntó. Yo no comprendía por qué eso era tan importante para él, pero creí que quería estar seguro de que su regalo me compensaba de las cosas desagradables que habían sucedido entre tía Bet, Jefferson y yo.

—Sí —repuse.

—Magnífico. Oye, se me da bien lavar espaldas —dijo, tras devolver el camisón a la bolsa. ¿Cómo pudo hacer tal sugerencia? Yo ya no era una niña. La expresión de sus ojos me atemorizaba y por un momento me fue imposible hablar.

—Muchas gracias —repuse, temiendo que se acercara más—. Ya iba a salir.

—¿Seguro? —preguntó aproximándose un paso.

—Sí —repuse enseguida con el corazón palpitante.

—Está bien —dijo, claramente molesto—, pero te pierdes algo bueno. —Se quedó mirándome un instante y luego se marchó. Esperé a oír el ruido de la puerta de la habitación y entonces salí del baño y me sequé con una toalla. Cogí el camisón, era precioso y muy suave. Lo deslicé por encima de mi cabeza y fui a mirarme en el espejo. Era tan fino y transparente que ponérmelo significaría tanto como ir desnuda. ¿Era éste el típico regalo que le hace un tío a su sobrina?, me pregunté, pero dormí

con él.

Entrada la noche, me desperté de pronto en medio de un sueño en el que tío Philip volvía a entrar en mi habitación y se acercaba al borde de mi cama, retiraba las sábanas suavemente, me contemplaba durante un buen rato, luego me volvía a cubrir y desaparecía tan silenciosamente como había venido. El sueño fue tan claro que abrí los ojos de golpe mientras el corazón me latía con fuerza. Miré a mi alrededor, pero allí no había nadie. Aun así, permanecí despierta durante mucho tiempo antes de sentir que me pesaban los párpados y me quedaba dormida.

A la mañana siguiente los gemelos se recuperaron íntegra y milagrosamente. Richard y Melanie estaban pletóricos de energía y tenían mucho apetito a la hora del desayuno. Tía Bet parecía muy satisfecha.

—Para estar más seguros, hoy seguirán durmiendo en el cuarto de Jefferson —dijo— y luego todo volverá a la normalidad. La nueva ama de llaves llegará a última hora —anunció—. Viene muy bien recomendada. Ha trabajado para amigos de mis padres, así que puedo aseguraros que comeremos bien, estaremos bien servidos y lo tendrá todo immaculado.

»Oh, qué futuro más estupendo nos espera, ahora que Richard y Melanie se han recuperado —exclamó dando unas palmaditas. Aunque ni Richard ni Melanie sonrieron ni dijeron nada, la expresión de ambos era de aprobación.

Tío Philip asintió, sonriendo y luego anunció que se iba al hotel.

—Jefferson, acompáñame a inspeccionar las obras. ¿Te gustaría venir, Christie?

—No, gracias, tío Philip. Voy a visitar a la abuela Laura.

—Me gustaría acompañarte, padre —dijo Richard.

—A mí también —secundó Melanie.

—Oh, no. Necesitáis un día más para recuperaros del todo. No sabéis lo enfermos que habéis estado.

Ambos hicieron pucheros simultáneamente.

—Bien, ¿estás listo, Jefferson? —Mi hermano me lanzó una rápida mirada. Yo sabía que hubiera querido que fuera con él y mi negativa le hacía dudar, pero la promesa de ver todas aquellas máquinas era demasiado tentadora. Asintió y se fue con tío Philip.

—Christie, ¿quieres ayudarme con los platos? —preguntó tía Bet.

—Sí —repuse empezando a recogerlos. A menudo ayudaba a Mrs. Boston y al hacerlo me vinieron a la memoria nuestras alegres charlas en la cocina.

—Yo también puedo ayudar —dijo Melanie.

—Oh, no, Melanie. Tú siéntate a leer en la sala de estar. Podrías romper algo.

—¿Y por qué puede hacerlo ella? —protestó.

—Porque no ha estado enferma —repuso tía Bet—. Gracias, Christie. Por favor, lleva los vasos —dijo mientras se dirigía a la cocina con unos platos.

—Toma. —Melanie me alargó su vaso cuando yo ya había cogido cuatro y lo dejó caer sobre un cuenco antes de que mis dedos lo rozaran, rompiendo el bol y el vaso.

—¿Qué ha pasado? —gritó tía Bet desde la puerta de la cocina.

—Es tan torpe —me acusó Melanie.

—No es cierto. Ni siquiera he podido tocar el vaso —protesté.

—Quería llevar demasiados a la vez —dijo Richard con la boca torcida—. No ha sido culpa de Melanie.

—¡Es mentira!

—Está bien, niños. Está bien. —Tía Bet me miró—. Acaba de traerlo todo antes de que se rompa otra cosa.

Richard y Melanie parecían muy satisfechos, ambos hacían el mismo gesto con los labios. Yo miré otra vez a tía Bet y luego salí de la habitación y de la casa pensando en lo irónico de la situación, que me hacía desear abandonar mi propia casa con la mayor rapidez posible.

NADIE COMPRENDE

Todos los empleados dependientes de la dirección del hotel se marcharon, por supuesto. Tras el incendio del edificio no tenían nada que hacer allí. Sin embargo se mantuvieron algunos de los empleados de los jardines para que ayudaran en el retiro de escombros y en la reconstrucción. Como la familia seguía necesitando un chófer, Julius se quedó a sueldo y siguió viviendo en las dependencias de la dirección que había junto al hotel. Lo encontré fuera, limpiando la limusina.

—Cuando hayas acabado, ¿querrás por favor llevarme a visitar a mi abuela? —le pedí.

—Claro, Christie. Ya casi está. Vamos. Acabará los detalles mientras estés allí.

Entré en la limusina y contemplé a través de la ventanilla a los obreros charlando alrededor de los escombros y las máquinas. Vi también a Jefferson con Buster Morris. Mi hermano estaba con las manos en las caderas, la misma postura que con frecuencia adoptaba papá. Esto me hizo sonreír y, a la vez, se me llenaron los ojos de lágrimas. Cuánto echaba a faltar a mi padre, pensé. Qué crueldad vivir en un mundo donde el padre de un muchacho le es arrebatado antes de poder llegar a conocerse bien el uno al otro.

Me acordé de mamá y pensé en lo terrible que debió de haber sido para ella enterarse de que el hombre y la mujer que creía que eran sus padres no lo eran y lo difícil y angustioso que debió de ser para mamá ser devuelta a su familia verdadera después de tantos años. Cuando la limusina giró y se dirigió hacia Buella Woods, el hogar de Bronson Alcott, me pregunté qué debió de sentir mamá el primer día en que se encontró cara a cara con su madre. Cómo me hubiera gustado que mi abuela tuviera la mente lo bastante clara para hablarme de aquellos días. Sin embargo, para ella entonces las cosas iban mal, y ahora en cambio habían mejorado mucho. Estaba casada con un hombre que la amaba profundamente. Podía sentirse segura y feliz.

Buella Woods estaba situada encima de una elevada colina desde la que se veía Cutler Cove. La casa era lo bastante grande para ser un castillo. Había sido construida con un revestimiento de piedra gris y un decorativo maderaje. Tenía un torreón redondo más elevado, y disponía de un tejado cónico. En el torreón se abría la entrada principal con una puerta de madera de pino oscura encajada en una abertura arqueada. Debajo de las ventanas del segundo piso había una pequeña balconada decorada con hierro forjado. Jefferson siempre quería encaramarse a la balconada y no entendía por qué la habían construido sólo como un elemento decorativo.

Julius abrió la puerta del coche y yo subí los escalones e hice sonar la campanilla

de la puerta. La entrada era tan profunda que resonó como en una catedral. Mrs. Berme, la enfermera de la abuela, me sorprendió abriendo la puerta. Normalmente lo hacía Humbrick, el mayordomo de Bronson, un hombre fuerte de oscuros cabellos.

—Oh, Christie —dijo Mrs. Berme—. Tu abuela precisamente acaba de dormirse en la sala, aunque estoy segura de que no dormirá mucho. Entra. Mr. Alcott está en su despacho.

—Gracias, Mrs. Berme —contesté dirigiéndome al pasillo. Fui a ver a mi abuela y la encontré dormida en su sillón preferido, envuelta en una manta que la cubría hasta el cuello. Pálida y gris, excepto donde se había aplicado el rouge, como siempre con exageración. Corrí al despacho de Bronson. Llamé a la puerta, aunque la encontré abierta. Estaba detrás de su escritorio, leyendo unos periódicos.

—Christie —dijo levantándose inmediatamente—. Cuánto me alegra que hayas venido.

—La abuela está durmiendo —dije.

—Estoy seguro de que pronto se despertará. Estos días sus siestas son frecuentes, pero breves. Ven. Siéntate. Cuéntame lo que habéis estado haciendo tú y Jefferson. — Señaló el sofá de cuero y yo tomé asiento inmediatamente.

—Ha sido terrible.

—¿Qué? —Alzó las cejas, apretó los labios y entrecerró los ojos—. ¿Qué ha pasado?

—Todo, Bronson. Tía Bet se porta muy mal con nosotros. ¡Y ha echado a Mrs. Boston!

—¿Qué? ¿Que ha echado a Mrs. Boston? No puedo creerlo —dijo, sentándose.

—Pues lo ha hecho. Mis primos cayeron enfermos del estómago y ella lo achacó a la falta de limpieza y a la mala cocina de Mrs. Boston.

—¿De verdad? Qué cosa tan extraña...

—Le dijo que se fuera y tío Philip se negó a intervenir. Dice que ahora es el ama de casa y que el servicio ha de congeniar con ella —exclamé.

—Bueno... me temo que en eso tiene razón. Pero no puedo imaginar a nadie llevándose mal con Mrs. Boston. Era una de las pocas sirvientas de la abuela Cutler que quedan todavía. —Movié la cabeza y luego me miró—. Hablaré de esto con Philip, pero si existe un choque de caracteres entre Mrs. Boston y Betty Ann, no podré hacer mucho. ¿Por qué has dicho que tu tía Bet se porta muy mal con Jefferson y contigo?

—Porque así es. No para de gritarle a Jefferson porque es desordenado. Quiere que nos saquemos los zapatos antes de entrar en casa —dije. En cuanto mis palabras hubieron salido de mi boca, comprendí lo ridículas e infantiles que parecían. Observé que Bronson también pensaba lo mismo.

—Bueno, Christie, ya sabes que a veces Jefferson puede ser como un terremoto

—sonrió Bronson—. Recuerdo aquella vez que se encaramó encima de la leña almacenada allá atrás. Seguro que tía Bet lo que intenta es que sea más responsable. Y ahora, con Mrs. Boston fuera...

—Por su culpa —gemí.

—Quizá. Pero ha sucedido y tendremos que vivir con ello.

—Ha trasladado a Richard a la habitación de Jefferson y no se llevan bien —dije, añadiendo rápidamente otra queja para que Bronson viera que mi sentimiento estaba justificado. Se frotó el mentón con los dedos índice y pulgar y asintió.

—Los muchachos deben compartir la habitación. Estoy seguro de que pronto se llevarán mejor. De todas formas, ¿qué elección tenía Betty Ann? De otro modo tendrían que haberla compartido Melanie y Richard, ¿verdad?

—Sí —repuse lanzando un resoplido que significaba frustración.

—Todo esto no me parece tan terrible, Christie.

—Se ha llevado la mayor parte de las cosas de mi madre al ático —gemí—, y también las de papá.

—Bueno, ¿y qué otra cosa podía hacer? Necesitan espacio.

—Se ha quedado con algunas de las joyas de mi madre, pero yo las conozco todas y cada una... —Bronson sonrió mientras el flujo de mis palabras se detenía lentamente.

—Dudo que exista algún problema con las joyas, Christie. Betty Ann procede de una familia rica. No necesita quedarse con las de los demás.

Doblé los brazos y me eché hacia atrás. No le había impresionado y mi fracaso me hizo sentir como un globo a punto de explotar.

—Ya sé que no es fácil para ti. Además de perder a unos padres extraordinarios, tienes que habituarte a vivir con otra familia y esto es difícil, aunque se trate de la familia de tus tíos —dijo Bronson suavemente. Durante un instante miré fijamente aquel rostro bondadoso.

—Bronson, cuéntame todo lo que sepas de mi familia.

—Todo lo que pueda —contestó reclinándose en un asiento mientras su suave sonrisa se transformaba en una expresión seria.

—Cuando mamá iba a la escuela con papá, conoció a tío Philip y empezaron a salir juntos, ¿verdad?

—No sabía que Philip fuera su hermanastro —replicó él apresuradamente.

—¿Estaban... estaban enamorados? —pregunté tímidamente.

—¡Oh! —exclamó sonriendo de nuevo—. Eran jóvenes, adolescentes, estaban locamente enamorados. No fue nada —añadió sacudiendo la cabeza.

—Tío Philip no lo cree así —afirmé abruptamente. No quería contarle a Bronson lo de mi visita a las tumbas de mis padres por la noche y lo de la conversación de tío Philip con mi madre muerta. Podía creer que estaba espiando a mi tío.

Bronson abrió los ojos y se inclinó hacia adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Por la manera en que habla de ella y por lo que me dijo mi madre hace poco... poco antes del incendio —contesté.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que tío Philip no había superado su antiguo romance y el descubrimiento de que eran hermanos —dije mientras él asentía pensativo.

—Bueno, debió de ser una sorpresa muy fuerte. Yo no sé nada más de esto que lo que me contaron, Christie... tanto Philip como tu madre. Y, desde luego, lo que sabe tu abuela. Por lo que sé, fue un amorío breve, de escuela. Acababan de conocerse casi cuando la policía la devolvió a Cutler Cove. ¿Qué clase de cosas dice Philip? —preguntó.

Dudé un instante y luego hablé bruscamente.

—Siempre habla de lo hermosa que era y cuánto la amaba.

—Bueno, era muy guapa —dijo Bronson—. Y una persona que se hacía querer fácilmente. No hay nada malo en decirlo, Christie —añadió Bronson, sonriendo.

—Me dice que cada vez me parezco más y más a ella.

—Y es cierto —asintió—. Y estoy seguro de que no te molesta, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Pero qué, Christie? —Nos miramos fijamente el uno al otro—. ¿Y bien?

—Es... extraño. Siempre me está abrazando y besando...

—Porque intenta darte el amor que cree que necesitas. Philip os quiere mucho, tanto a ti como a Jefferson —dijo Bronson—. Tienes suerte de tenerle.

—Me compró un camisón y me lo dio la pasada noche —le revelé.

—¿Ah? ¿Y por qué lo hizo?

—Dijo que quería darme un regalo sorpresa por algunas cosas que habían pasado.

—¿Sí? Es encantador por su parte, ¿no crees?

—¿Un camisón?

Bronson se encogió de hombros.

—Probablemente pensó que era algo que una jovencita desearía. No veo nada malo. Cuando tengo que hacerle un regalo a tu abuela siempre me equivoco y soy un estúpido. —Calló un instante mientras me estudiaba—. ¿Qué creías?

Todo lo que decía parecía tan infantil. No sabía cómo explicar mis sentimientos reales. Bronson debería de haberlo visto, haber estado presente, pensé, y aun así, seguramente no sentiría lo mismo que yo.

—Tía Fern me dijo que el romance entre mi madre y tío Philip fue más serio —dije. Me angustió mucho.

—¡Oh! —Bronson se recostó de nuevo—. Ya veo. Bien, me temo que yo no escucharía demasiado lo que tu tía Fern dijera acerca de nada. —Movié la cabeza—.

Constituye un serio problema para todo el mundo.

Fijé la vista en el suelo. Quería contarle más cosas, a Bronson, cómo había oído a tío Philip pedir perdón ante la tumba, cómo había entrado en mi cuarto de baño mientras me estaba bañando y se había ofrecido a lavarme la espalda, pero me resultaba demasiado embarazoso y temí parecer aún más ridícula que antes. Lancé un profundo suspiro.

—Christie, tu tío está intentando ser un padre para ti. Estoy seguro de que se trata de eso. Siente que toda la responsabilidad ha caído sobre sus espaldas. No debes tenerle miedo o ver otra cosa que no sea lo que te he dicho.

»Precisamente hablé con él anteayer —continuó Bronson. Alcé la vista sorprendida.

—¡Oh!

—Me dijo cuánto le hacía sufrir tu dolor. Me aseguró que iba a hacer que tu vida fuera lo más agradable posible y te ayudaría a que pudieras hacer lo que quisieras. Éste es su principal objetivo. Ya verás —continuó Bronson, sonriendo y acercándose a mí—, todo se arreglará... Tía Bet, los gemelos...

Quizá tenga razón, pensé. Quizá todo sea producto de mi imaginación, el resultado de todos estos altibajos emocionales. Bronson me rodeó con su brazo cuando me levanté.

—Lo siento, Christie, siento mucho esta desgracia que ha caído sobre ti y tu hermanito, pero tus tíos y yo estaremos siempre aquí para ayudaros en lo que podamos.

—Gracias, Bronson —dije, y luego me asaltó otro pensamiento—. Bronson, ¿alguien se lo ha comunicado a mi padre natural?

—¿A tu padre natural? Por lo que sé, nadie lo ha hecho. Desgraciadamente es una persona a la que no tengo muchas ganas de conocer. La única vez que demostró algún interés por ti fue para sacarle dinero a tu madre.

—Lo sé. Mamá me lo dijo. Yo le recuerdo vagamente, cuando vino a verme.

—Si se enterara de lo que ha sucedido, sólo se interesaría para sacarle provecho a la situación, estoy seguro —dijo Bronson—. No, querida, estás con las personas que te quieren. Quédate con ellas, dales una oportunidad a tus tíos. Ya sé que no son lo que para ti eran Dawn y Jimmy, pero ellos tienen buena voluntad.

Asentí, lo que estaba diciendo era razonable.

Salimos juntos a ver si la abuela Laura se había despertado. Estaba despierta, pero tan confusa que me llamaba tanto Dawn como Clara, Dijo algo de una crema para la piel y luego, de pronto, me miró con fijeza y dijo:

—Pero tienes mucho, mucho tiempo antes de empezar a preocuparte por las arrugas.

—¡Arrugas! —exclamó mirando el techo—. Son la muerte lenta de una mujer

hermosa.

Su arranque la agotó de nuevo, cerró los ojos e inclinó la barbilla en el pecho con tanta rapidez que pensé que se había roto el cuello. Miré a Mrs. Berme, quien se limitó a mover la cabeza. No había nada que hacer; la abuela Laura se había vuelto a dormir profundamente. Desgraciadamente no podía confiar en ella, ni podía acudir a ella en busca de consejo o ayuda. Mis padres habían desaparecido; Mrs. Boston se había ido; tía Bet era una mujer insensible; tía Trisha estaba demasiado lejos y demasiado ocupada con su carrera; y Bronson, tan cariñoso y preocupado, estaba demasiado alejado de mi mundo inmediato y completamente dedicado a la abuela Laura.

Salí de la casa, entré en la limusina y volví a mi hogar tan sola y desamparada como la nubecita que se deslizaba desvalida por el luminoso cielo azul, abandonada y rodeada por otras nubes más grandes y espesas que habían aparecido en el horizonte y que estaban introduciendo al mundo en algún mañana diferente.

Los días calurosos y lentos de principios de verano que siguieron me parecían grises y sombríos, hiciera el tiempo que hiciese. Poco a poco nos fuimos incorporando a la rutina de todos los días. Tía Bet pasaba la mayor parte del día dando órdenes a la nueva cocinera y ama de llaves, Mrs. Stoddard, una mujer bajita y energética de unos sesenta años, que peinaba sus grises cabellos en un moño tirante en la nuca y unos mechones rizados sueltos que parecían alambres rotos. Tenía unas manchas oscuras propias de la edad en la frente y en las mejillas, tan rechonchas, que hacían que su nariz pareciera hundida. Su sonrisa era bastante cálida, y cuando hablaba, se dirigía a nosotros de manera agradable, aunque ni para Jefferson ni para mí podría ocupar nunca el lugar de Mrs. Boston. Durante los primeros días Mrs. Stoddard iba por la casa detrás de tía Bet, como si ésta hubiera atado el extremo de una cuerda a la cintura de su nueva sirvienta y el otro alrededor de la suya.

Durante la mayor parte del tiempo los gemelos estaban juntos. Organizaban el día rígidamente, dividiéndolo en períodos de recreo (principalmente con juegos de mesa, tales como ajedrez y Scrabble), de lectura y cintas educativas. Tenían cintas para ampliar el vocabulario de geografía y también para estudiar francés. A pesar de mi melancolía no podía dejar de reír cuando, al pasar junto a la sala de estar, los veía a los dos sentados en el suelo en la posición del loto, uno frente al otro, practicando la pronunciación francesa e imitándose mutuamente en la manera de colocar los labios para pronunciar las vocales y las consonantes.

Aunque era verano y la mayoría de los niños de su edad se divertían en las playas bajo el sol, practicando deportes al aire libre o con sus amigos, los gemelos pasaban la mayor parte del día en el interior de la casa, juntos. Y a pesar de que yo estaba la mayor parte del día en muy baja forma y me limitaba a dar paseos por lo que quedaba

de nuestros bellísimos jardines o a bajar a la playa ocasionalmente, mis mejillas tenían más color que las de ellos. Sin embargo, nada de esto les preocupaba. Lo que otros hicieran, para ellos significaba una estupidez o una pérdida de tiempo. Nunca me había dado cuenta de lo arrogantes y esnobs que eran.

Afortunadamente el interés de Jefferson se centraba en la reconstrucción del hotel. Se había hecho amigo de Buster Morris. Jefferson salía con tío Philip después del desayuno y pasaba el día detrás de Buster, a veces subía con él a un bulldozer o a un camión. Tía Bet le esperaba a menudo en la puerta, cuando volvía después de un día de trabajo, para que se quitara los zapatos antes de entrar. Pero un día insistió también en que se quitara los pantalones y la camisa porque estaban sucios. A Jefferson no le gustó aquello y a ella le disgustó aún más, pero finalmente él accedió e hizo lo que tía Bet le pedía, temeroso de que le prohibiera volver a ir con Buster.

Yo leía mucho y escribía mi carta diaria a Gavin. También hablábamos algunas veces por teléfono. Había empezado a trabajar como chico de almacén en una tienda de comestibles porque quería reunir dinero para su viaje a Virginia. Lo había planeado para últimos de agosto. Yo hubiera querido enviarle algún dinero, pero sabía que la sola sugerencia le habría puesto los pelos de punta. Pero es que ansiaba verle otra vez. Se había convertido en la única persona en la que podía confiar.

Tía Trisha telefoneaba tan a menudo como podía, pero la segunda vez que lo hizo fue para dar malas noticias. Su espectáculo había fracasado en Broadway y entonces había decidido hacer una gira con él. En una semana iban a estar en el otro extremo del país. Me prometió que llamaría con tanta frecuencia como pudiera, pero todo eso me disgustó muchísimo porque esperaba ir a verla a Nueva York muy pronto.

Finalmente, más con la intención de llenar los días que por un profundo deseo de volver a la música, empecé de nuevo a tocar el piano. Mr. Wittleman había llamado para preguntar cómo estaba y cuándo quería que reanudáramos las clases. Le dije que ya se lo haría saber, porque pensé que sería mejor practicar un poco sola y alcanzar de nuevo el nivel al que había llegado antes de que la tragedia se abatiera sobre nosotros.

Al principio me resultó muy difícil sentarme y pasar los dedos por el teclado. Veía la sonrisa de orgullo de mamá cada vez que pasaba una página de la partitura de música. Hasta entonces había ignorado hasta qué punto había intervenido mamá en mi desarrollo musical, y lo importante que había sido para mí complacerla. Ahora, sin ella, había un vacío tan grande a mi alrededor y tal vacío en mi estómago, que la música me parecía mecánica, sin vida, hueca, aunque al parecer tío Philip no era de la misma opinión.

Una tarde en que yo estaba intentando repasar una sonata de Beethoven, sentí finalmente que las notas salían y que por un momento me hacían escapar de mi desdicha. Me hallaba tan sumergida en la música que no oí entrar a tío Philip y

sentarse, pero cuando acabé la pieza, aplaudí. Giré en redondo sobre la banqueta y le vi allí sentado, sonriendo.

—Qué feliz me hace volverte a ver sentada al piano —dijo—. Tu madre también se sentiría feliz, Christie.

—Para mí no es lo mismo —contesté—. Nada lo es.

—Volverá a serlo —prometió—. Ten paciencia y practica.

Estaba tan contento que ése fue el principal tema de conversación durante la cena. Tía Bet sonrió y también me dio ánimos. Sólo los gemelos mostraban un aspecto sombrío. Jefferson, como era habitual, comió en silencio, pensativo, y abandonó la mesa en cuanto se le permitió hacerlo. Las cenas ya no serían lo mismo, ya no tenían aquel calor que habían tenido cuando papá y mamá y nosotros dos charlábamos y nos hacíamos cariñosas bromas los unos a los otros. Mrs. Boston ya no salía de la cocina a regañar a papá por bromear con Jefferson o conmigo. Había sido tan protectora con nosotros como una madre.

De todas formas seguía practicando, y dos días después tomé la primera lección con Mr. Wittleman. Me dijo que no sólo no había perdido facultades sino que había perfeccionado algunas de mis habilidades. Aquella noche, durante la cena, tío Philip me pidió que tocara algo para todos. Intenté negarme, pero él rogó y rogó hasta que empezó a resultar incómodo, así que finalmente accedí.

Después de los postres, todos, incluido Jefferson, entraron en la salita y se sentaron. Interpreté un nocturno de Chopin que había estado practicando con Mr. Wittleman.

Al final, tío Philip se levantó y aplaudió. Tía Bet hizo lo mismo y Richard y Melanie aplaudieron por compromiso, con expresión de aburrimiento.

—¡Espectacular, absolutamente fantástico! —exclamó tío Philip. Se dirigió a los gemelos—: Vuestra prima va a ser una pianista famosa algún día y estaréis orgullosos de ser parientes suyos —les dijo, aunque ninguno de los dos pareció muy impresionado—. Estoy impaciente por acabar la reconstrucción del hotel y empezar ya la temporada nueva —siguió diciendo tío Philip—. Así Christie tocará el piano para nuestros huéspedes. Seremos la envidia de toda la costa, desde Maine a Florida.

Se acercó a darme un beso y por el rabillo del ojo vi a Melanie bajar la mirada. Los exagerados elogios de tío Philip me incomodaban, pero no había nada que yo pudiera decir o detenerle una vez que había empezado. Jefferson pidió permiso para ver la televisión y así pudimos escapar.

Pero a última hora de la tarde, cuando fui a la salita y me senté para preparar mi próxima clase con Mr. Wittleman, al tocar las teclas del piano lancé un grito sobresaltado. Mrs. Stoddard y tía Bet llegaron corriendo de la cocina. Y los gemelos bajaron volando las escaleras.

—¿Qué sucede? —preguntó tía Bet haciendo una mueca.

Yo estaba con las manos en alto, dobladas a la altura de las muñecas y con los dedos colgando.

—Alguien... —Por un instante no pude seguir—. ¡Alguien ha echado gotas y gotas de miel encima de las teclas del piano! —grité—. ¡Me han estropeado el piano!

Richard y Melanie se acercaron y se quedaron mirando las teclas. Melanie tocó una y olfateó la punta del dedo.

—Ugh —dijo, volviéndose para enseñárselo a Mrs. Stoddard y a tía Bet.

—Oh, querida —dijo Mrs. Stoddard meneando la cabeza—. Qué desagradable.

Tía Bet se ruborizó, rabiosa.

—Es una travesura horrible, horrible —declaró—. Voy a decírselo inmediatamente a Philip. —Salió de la casa. Mrs. Stoddard fue a la cocina corriendo a buscar unos trapos, aunque era inútil intentar reparar el daño porque la miel se había introducido entre las teclas y bajo ellas, pegándolas.

—Es inútil, Mrs. Stoddard —dije—. Vamos a tener que llamar a alguien para que las desmonte.

—Lo siento, querida. Ha sido una perversidad y una crueldad.

Yo asentí, reuní las partituras de música y fui a telefonar a Mr. Wittleman para decirle si podía encontrar a alguien que me arreglara el piano. Cuando le dije lo que había pasado, no podía creerlo y se indignó.

—Es un acto imperdonable —declaró—. Quien lo haya hecho es un bárbaro.

Minutos después de haber hablado con Mr. Wittleman, tía Bet volvió con tío Philip, entraron en la salita y le mostró el piano. Tío Philip meneó la cabeza e hizo un gesto de disgusto.

—Lo siento, Christie —dijo—. Esto no vamos a dejarlo así.

—Acabo de hablar con Mr. Wittleman. Va a enviarme a alguien para que limpie el teclado.

—Bien.

Nos volvimos al oír el ruido que hacían Melanie y Richard al bajar las escaleras. Aparecieron en la puerta de la salita jadeando, excitados.

—Padre —dijo Richard—. Mira lo que he encontrado. Sostenía en alto una toallita y tía Bet la cogió.

—Está llena de miel. Alguien se ha limpiado las manos con ella. ¿Dónde la encontraste, Richard?

—En el armario, en el compartimiento de Jefferson —dijo con expresión relamida y asintiendo como si siempre lo hubiera sabido.

—No puede ser —tercié yo—. Jefferson nunca haría una cosa así.

—Pues ahí la encontré —insistió Richard.

—Mientes. Mi hermano no haría una cosa así.

Tía Bet se volvió hacia tío Philip.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Con Buster.

—Ve y tráelo ahora mismo —ordenó ella.

Tío Philip me miró y asintió.

—¡No! —grité—. Iré yo. —Miré con odio a Richard, quien seguía con su aspecto relamido y confiado.

Me volví y salí corriendo de la casa a buscar a mi hermano. Era cierto que Jefferson podía ser travieso, pero sus travesuras siempre eran travesuras divertidas, nunca maliciosas o perversas. Odiaba hacer llorar a los demás y yo sabía que ahora me quería más que nunca y que nunca haría nada que me disgustara. Lo encontré en el cobertizo de las herramientas. Buster le había encargado el trabajo de barnizar una puerta nueva y él, obviamente, se sentía muy orgulloso del encargo y del trabajo.

—Jefferson, tienes que venir a casa conmigo ahora —dije mientras a él la idea pareció disgustarle.

—¿Por qué?

—Alguien ha vertido miel en el teclado del piano y lo ha estropeado —expliqué. Jefferson abrió los ojos, sorprendido—. Richard ha encontrado una toallita en tu compartimiento del armario llena de miel y se lo ha dicho a tía Bet y a tío Philip haciéndoles creer que habías sido tú.

—¡Yo no he sido!

—Ya lo sé que no has sido tú. Estoy segura de que ha sido él —dije—. Hemos de volver y hacerles ver la verdad.

—No quiero. Tengo que acabar esta puerta. —Vi la expresión de temor en sus ojos.

—Está bien, Jefferson. No te pegará —le prometí—. No se lo permitiré.

—Si lo hace —dijo—, saldré corriendo y no volveré nunca más.

—No lo hará. Te lo prometo.

A regañadientes, dejó el pincel y se limpió las manos con un trapo.

—Buster se va a poner furioso —murmuró.

—Tío Philip ya le explicará lo que ha pasado. No te preocupes.

Lo tomé de la mano y nos encaminamos a casa.

Tía Bet dirigió su ridículo juicio en la sala. Se nos ordenó a todos que nos sentáramos, incluidos tío Philip y Mrs. Stoddard. Los gemelos lo hicieron en el sofá y miraron a Jefferson con una expresión entre indignada y acusadora y éste, por su parte, se sentó a mi lado, en el sillón de piel. El ambiente estaba tan tenso, que yo tuve que reprimir una carcajada mientras tía Bet nos iba examinando a todos como Perry Masón lo hubiera hecho en la sala de los tribunales. Incluso mi tío Philip se recostó en el asiento y se la quedó mirando, fascinado.

—Esta acción tan cruel se ha llevado a cabo entre la noche pasada y esta tarde —

empezó y se detuvo mientras apoyaba la mano en el piano—. Mrs. Stoddard y yo hemos buscado en la despensa y hemos encontrado un tarro de miel casi vacío. — Hizo un gesto de asentimiento hacia Mrs. Stoddard que abrió las manos y nos mostró a todos el tarro—. Mrs. Stoddard y yo recordamos que el tarro estaba lleno casi en sus tres cuartas partes. ¿No es así, Mrs. Stoddard?

—Oh, sí, señora.

Tía Bet sonrió como si aquello ya fuera suficiente para resolver el caso.

—Ya que Mrs. Stoddard estaba en la cocina a las seis quince de esta mañana, quienquiera que lo hizo, lo hizo antes.

—A menos que hubieran cogido antes el tarro y lo hubieran devuelto después — dije al tiempo que la sonrisa de autosatisfacción de tía Bet desaparecía de su rostro.

—Christie tiene razón, Betty Ann —terció tío Philip dirigiéndome una sonrisa.

—El acto se llevó a cabo por la noche después de que nos hubiéramos retirado a nuestras habitaciones —insistió tía Bet—. Entonces —siguió, cruzando la habitación para coger la toallita que descansaba en el suelo ante el sofá y ponerla ante Jefferson y ante mí—, ¿cómo es que estaba en tu armario, Jefferson?

—No lo sé —repuso Jefferson encogiéndose de hombros.

—¿No te has levantado esta noche y has bajado aquí y le has hecho esto al piano? —le preguntó directamente.

Jefferson meneó la cabeza.

—¿No entraste en la cocina, cogiste el tarro de miel, la vertiste en el teclado, volviste a ponerlo en su sitio, te limpiaste las manos en la toallita una vez arriba y la escondiste en tu armario esperando que nadie la encontrara allí? —siguió, asaeteándolo con sus preguntas y su mirada acusadora. Jefferson meneó la cabeza y empezó a llorar.

»Lloras porque fuiste tú, ¿verdad? —preguntó mientras el llanto de Jefferson se incrementaba—. ¿Verdad? —Sujetó uno de sus hombros pequeños y empezó a sacudirlo—. ¡Tú lo hiciste! —gritó.

—Déjale en paz —grité yo apartando su mano del hombro de mi hermano. Jefferson se echó en mis brazos inmediatamente y miró a tía Bet—. Él no lo hizo. No pudo haberlo hecho. Nunca haría algo así.

Tía Bet se enderezó, hizo una mueca y cruzó los brazos sobre su pecho. Yo me volví hacia tío Philip.

—Jefferson nunca se pasea solo por la casa cuando es de noche, tío Philip. Le da miedo. Es un niño.

—No lo suficiente como para querer destruir un piano —exclamó cortante tía Bet.

—Jefferson no lo hizo. Mrs. Stoddard —dije—. Déjeme ver ese tarro de miel, por favor. —Ella miró a tía Bet quien indicó que podía hacerlo, me lo entregó y yo lo miré, luego eché un rápido vistazo a Richard, quien seguía sentado sin manifestar

ninguna expresión.

Ni siquiera sus ojos traicionaban emoción alguna.

—¿El tarro estaba limpio o lo limpió usted, Mrs. Stoddard? —pregunté.

—Así lo encontramos —replicó.

—Entonces si Jefferson hubiera hecho tal cosa, que no la hizo —dije con firmeza—, nunca hubiera limpiado el tarro. No hay ni siquiera una gota de miel.

—Hay que tenerlo en cuenta, Betty Ann —intervino tío Philip.

—Lo limpió —insistió ella apresuradamente—, con esta toallita que escondió en su armario.

—No puedes limpiar la miel de un tarro con una toalla seca sin dejarlo pegajoso —insistí yo por mi parte—. Quienquiera que haya puesto esta toallita en el armario de Jefferson —añadí mirando a Richard—, vertió simplemente un poco de miel y lo restregó para esparcirla.

—Eso es... eso es... ridículo —dijo tía Bet, pero tío Philip no estaba de acuerdo con ella. Entonces, poco a poco apartó la mirada hasta clavarla en Richard.

—¿Lo hiciste tú, Richard? —preguntó.

—Desde luego que no, padre. ¿Cómo podría cometer yo un acto tan vandálico?

—Espero que no. Melanie, ¿se levantó Richard durante la noche y bajó las escaleras? —preguntó tío Philip. Miró a Richard, luego a su padre y denegó con la cabeza—. ¿Estás segura? —Ella asintió, aunque no con demasiada firmeza.

Tío Philip se quedó mirando a los gemelos unos instantes y luego miró a tía Bet.

—Creo que sería mejor que dejáramos las cosas tal como están —dijo.

—Pero, Philip, el piano...

—Lo van a arreglar. Y de ahora en adelante, no quiero ver a nadie que no sea Christie cerca del piano. ¿Entendido? Nadie puede tocarlo. —Miró a los gemelos y luego a Jefferson y a mí. Mi hermano había dejado de sollozar y había levantado la cabeza de mi hombro.

—Tengo que volver a ayudar a Buster.

—Puedes ir —dijo tío Philip.

—Debemos castigarle —insistió tía Bet—. Debería...

—Mi hermano no lo hizo, tía Bet —grité dirigiendo una mirada llena de odio a Richard.

—Pero él...

—¡Betty Ann! No insistas —dijo tío Philip despacio pero con firmeza. Mi tía se mordió el labio inferior.

—Muy bien, creo que hemos demostrado nuestra incapacidad y hemos dado una suave advertencia de que si algo parecido volviera a suceder...

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Jefferson salió lentamente de la sala de estar, frotándose los ojos. Yo devolví el tarro de miel a Mrs. Stoddard y los gemelos

se escurrieron fuera de la sala y subieron al piso superior como dos ratones que se hubieran librado milagrosamente de las garras de un gato.

Tía Bet quedó terriblemente frustrada por el fracaso registrado tras su intento de probar de manera concluyente que Jefferson había estropeado el piano y demostraba dicha frustración de muchas maneras, entre las que destacaba el tono de su voz cada vez que se dirigía a mi hermano pequeño. Cuando hablaba con los gemelos lo hacía con voz suave, cariñosa, respetuosa, pero cuando se trataba de Jefferson lo hacía con voz cortante, con unos ojos que eran como dos piedras frías y pulimentadas. Lo criticaba a la mínima oportunidad, encontraba faltas en su forma de comer, de vestir, en cómo se lavaba las manos y la cara. Hasta criticaba su postura y su manera de caminar. Si había un borrón en la pared o una mancha en el suelo, siempre era por culpa de Jefferson. Jefferson traía la suciedad; Jefferson tocaba las cosas con las manos sucias. La placidez de los días y de las noches se veía interrumpida continuamente por la aguda voz de tía Bet gritando: «¡Jefferson Longchamp!» Y su exclamación precedía siempre a alguna acusación. Cuando yo me quejé de su modo de proceder con él, me sonrió con una sonrisa helada, y contestó:

—Es natural que defiendas a tu hermano, Christie, pero no hay que pasar por alto sus faltas o nunca mejorará.

—No creo que mejore en nada si tú le riñes y le pegas continuamente —dije yo.

—Yo no le pego. Le indico sus faltas para que se esfuerce por superarlas. Es lo mismo que hago con mis hijos.

—Apenas, porque según tú tus hijos son perfectos.

—¡Christie! —exclamó, echando los hombros hacia atrás como si yo la hubiera abofeteado—. Qué descaró.

—No me importa. No acostumbro a ser irrespetuosa, pero no me puedo quedar callada mientras veo cómo los haces pedazos.

—Oh, yo...

—Deja de hacerlo —dije y aunque tenía los ojos llenos de lágrimas, me puse tiesa como un palo e hice alarde de todo mi orgullo. Lo único que pudo hacer tía Bet fue tartamudear y salir rápidamente.

—Bien... bien... bien... —dijo.

No era difícil predecir que los problemas entre nosotros no acabarían pronto. Su ego había sido herido y por más que tío Philip nos defendiera a mí y a Jefferson, su ira y su mezquindad fueron en aumento. Sonreía poco y con frialdad. A menudo la sorprendía mirándome cuando creía que yo no podía verla. Apretaba sus finos labios hasta convertirlos en una línea delgada y las pequeñas ventanas de la nariz se inflamaban de cólera. Yo sabía que no pensaba nada bueno de mí porque la sangre le subía hasta la cara, como si hubiera sido sorprendida en flagrante delito haciendo

alguna crueldad.

Todas estas cosas se las contaba a Gavin en mis cartas y esperaba que él me contestara o me telefonara. Cuando había pasado casi una semana y las cartas no llegaban y no me llamaba por teléfono, lo hice yo temiendo que hubiera sucedido algo.

—No, no sucede nada malo —me dijo—. Te he escrito dos veces.

—Entonces no sé por qué no he recibido las cartas.

—A veces el correo va muy lento. De todas formas la buena noticia es que iré a verte dentro de tres semanas.

—¡Tres semanas! Oh, Gavin, casi me parecerán tres años —contesté y eso le hizo reír.

—No, pasan pronto.

—Quizá para ti, pero ahora la vida aquí es tan desagradable, cada día me parece una semana.

—Lo siento. Trataré de ir antes —me prometió.

Dos días más tarde, descubrí por casualidad por qué no había recibido ninguna carta de Gavin durante una semana. Mrs. Stoddard cometió el error de sacar la basura por la noche en lugar de hacerlo a primera hora de la mañana y algún perro callejero o quizá una ardilla había abierto una de las bolsas, vertiendo el contenido alrededor del contenedor. Cogí un rastrillo de la parte trasera de la casa y empecé a recoger los desperdicios cuando me sorprendió ver un sobre dirigido a mí. Me detuve y lo recogí.

Era una carta de Gavin con fecha de la semana anterior. Alguien la había cogido de la casilla del correo antes que yo, había abierto el sobre, la había leído y luego la había echado a la basura.

Ultrajada e indignada entré en la casa. Los gemelos estaban sentados en el suelo de la sala jugando al Scrabble. Tía Bet estaba leyendo uno de los periódicos de sociedad y Mrs. Stoddard se encontraba en la cocina. Tío Philip y Jefferson ya se habían ido al hotel.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunté sosteniendo la carta en alto—. Alguien ha cogido mi correspondencia y la ha escondido.

Tía Bet desplazó la vista del periódico y me miró. Los gemelos dejaron de jugar y me miraron con expresión perpleja.

—¿De qué estás hablando, Christie? —preguntó tía Bet.

—De mi correspondencia, de mi correspondencia —grité, frustrada—. Alguien me la ha cogido antes de que fuera a hacerlo yo, la ha leído y la ha tirado.

—No creo que nadie de aquí esté interesado en tu correo, querida. Debe de haber sucedido por accidente. Quizá lo hiciste tú misma.

—¡Yo no!

—Christie, debo insistir en que domines inmediatamente esta rabieta. En nuestra

casa no estamos acostumbrados a esos arranques.

—¡Ésta no es tu casa! Es mi casa. ¿Quién de vosotros lo hizo? —pregunté, dirigiéndome a los gemelos. Ambos se cubrieron cuando avancé hacia ellos.

—Christie, déjalos en paz. Estaban jugando muy tranquilos —advirtió tía Bet.

—¿Has sido tú, tú lo hiciste? —acusé a Richard.

—Yo no. No me interesa en absoluto tu estúpida correspondencia.

Miré entonces a Melanie y ella bajó los ojos rápidamente.

—Entonces has sido tú —dije mientras ella meneaba la cabeza.

—Si dicen que no han sido ellos, es cierto. Y ahora vamos a dejarlo, ¿o prefieres que vaya a buscar a tu tío? —amenazó.

—Si lo prefieres, envía a buscar al presidente de los Estados Unidos —le dije—. Si alguna vez vuelves a tocar mi correspondencia o alguna de mis cosas —amenacé a Melanie—, te arrancaré el cabello mechón a mechón.

—¡Christie!

Una vez dicho esto salí de la casa y corrí escaleras arriba a leer la carta que no había recibido. Esa noche, la habitual falta de conversación que presidía las cenas fue aún más exagerada. Más de una vez sorprendí a tío Philip mirándome. Y cada vez que lo hice, sus labios se curvaban en una sonrisita. Luego, cuando me retiré a mi habitación por la noche, apareció en mi puerta.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó después de haber llamado con los nudillos suavemente.

—Sí.

—Betty Ann me ha contado lo que ha pasado hoy. Siento que alguien haya cogido tu correspondencia, pero no deberías acusar a nadie a menos de estar segura. Es tan malo como lo que le sucedió a Jefferson —añadió rápidamente.

—Melanie parecía culpable —dije defendiéndome.

—Quizá, pero Jefferson también lo parecía y ostenta el récord de gastar bromas y molestar a los demás. Oh, nada es tan serio como estropear el piano, supongo, así que...

—Alguien cogió mi carta —gemí—. No fue sola hasta el cubo de la basura.

—No, claro, pero pudo deberse a un accidente.

—Estaba abierta; no pudo ser un accidente. Y había otras cartas también —dije. Tío Philip asintió, el rostro tenso y los ojos más pequeños.

—Está bien. Veré qué puedo hacer, pero por favor, deja que vivamos un poco en paz. ¿De acuerdo? —preguntó sonriendo—. Todo se arreglará cuando el hotel esté reconstruido. El seguro cubrió mucho más de lo que creí al principio. Todo va a ir bien y volveremos a ser una familia importante en Cutler Cove.

Quise decirle que para mí todo eso carecía de importancia. No me importaba si nunca volvía a ese hotel. El hotel había traicionado a mis padres, los había matado.

Yo nunca lo había amado demasiado, pero ahora resultaba odioso para mí. Sin embargo no dije nada. Sabía que no lo entendería o se quedaría e intentaría convencerme de lo contrario.

En cambio hice lo que me pedía. Evitaba enfrentamientos, practicaba al piano y daba largos paseos por la playa. A última hora de la tarde escribía mis cartas, leía, hablaba con alguno de mis amigos y miraba la televisión. Tenía un calendario en la pared e iba marcando los días que faltaban para la llegada de Gavin. Eso y mi música eran las únicas razones capaces de hacerme levantar por la mañana.

Las cosas se calmaron y empecé a trabar amistad con Mrs. Stoddard. Después de todo, pensé, no es culpa suya que tía Bet haya echado a Mrs. Boston y ella la haya reemplazado. Jefferson también fue intimidando con ella y observé que ella a su vez le favorecía. Los gemelos también se dieron cuenta y al poco tiempo empezaron a quejarse de Mrs. Stoddard y tía Bet empezó a criticar su limpieza y su manera de cocinar.

«Nadie puede trabajar para esta gente —pensé—. Son despreciables».

Seguí con mis visitas nocturnas al cementerio para llorar y lamentarme ante las tumbas de mis padres; después me sentía mejor. No volví a ver allí a tío Philip, pero una noche, al volver del cementerio y entrar silenciosamente en casa, cuando llegué de puntillas al piso superior, el interludio de paz familiar sufrió una abrupta y explosiva interrupción.

Tía Bet salía de mi habitación justo cuando yo estaba en el rellano del segundo piso.

—¿Dónde estabas? —preguntó. Tenía las manos ocultas en la espalda como si tuviera en ellas algo que no quisiera que yo viera.

—He ido a dar un paseo —repuse—. ¿Qué estabas haciendo en mi habitación?

—¿Qué paseo? ¿Adonde? ¿Con quién te has visto? Te has visto con alguien, ¿verdad? —inquirió con excitación.

—¿Qué?

—Te lo dije. —Se dirigía a tío Philip que había aparecido en el umbral de su dormitorio y me miraba sorprendido, no enfadado, sino con una expresión de genuina sorpresa—. Tienes un novio secreto, ¿verdad? Te reúnes con él en algún sitio. —Meneó la cabeza con disgusto—. Eres igual que Fern.

—Tía Bet, no sé de qué estás hablando, pero me gustaría saber qué estabas haciendo en mi habitación. ¿Qué escondes en la espalda? —pregunté.

Tía Bet sonrió con júbilo y lentamente enseñó las manos.

—Repugnante —dijo sosteniendo en alto la edición de *El amante de lady Chatterley*. La señal que había dejado en el capítulo todavía estaba allí.

DEMASIADAS TRAICIONES

—¿Quién te ha dado permiso para rebuscar entre mis armarios y mis cajones? —grité—. ¿Quién te ha dado derecho a entrar en mi habitación y mirar mis cosas? ¡No eres mi madre! ¡Nunca podrás ser mi madre! —rugí.

Tía Bet se enderezó y alzó la cabeza con altivez. Los gemelos aparecieron en el umbral de sus habitaciones simultáneamente y se asomaron con ojos somnolientos, pero curiosos. Sólo Jefferson siguió durmiendo, cosa que yo agradecí. Había visto y había sido víctima ya de bastantes actos de tía Bet.

—No pretendo ser tu madre, Christie, pero tu tío Philip y yo somos vuestros tutores y esto conlleva una gran responsabilidad. Estamos aquí para que no sucedan este tipo de cosas —añadió agitando el libro.

—¿Qué tipo de cosas?

Me volví hacia tío Philip pero él seguía mirándome con aquella expresión de sorpresa.

—El mismo tipo de comportamiento indecoroso por el que es famosa tu tía Fern —contestó fríamente—. Ya sé cómo sois las adolescentes modernas —añadió sonriendo—. Sois mucho más promiscuas que cuando yo tenía vuestra edad.

—No es cierto... al menos no es cierto en mi caso —repliqué.

—¿De verdad? —sonrió fríamente—. ¿Entonces por qué has señalado esas frases en este libro obsceno? —preguntó abriéndolo. Yo me ruboricé—. ¿Querías leerme estas frases en voz alta?

—¡No! Fern señaló esas frases. Me regaló el libro para mi cumpleaños como una especie de broma. No lo he vuelto a mirar desde entonces.

—¿No es tu primer libro, tu libro de texto sobre comportamiento sexual? ¿No es cierto que sacas ideas de él y luego te escapas por la noche para ponerlas en práctica con algún chico de la ciudad? —preguntó con tono acusador.

—¡Yo no me voy a reunir con nadie! —protesté, pero ella ya no me escuchaba, seguía el curso de sus pensamientos sin hacer caso de lo que yo o cualquier otro pudiera decir.

—A menudo le decía a tío Philip que Jimmy y Dawn estaban perdiendo su influencia sobre Fern. Como no podían controlarla ya, ella seguía y sigue metiéndose en serios problemas en la universidad. Es un milagro que no se haya quedado embarazada todavía —concluyó tía Bet—. Y ahora tú te dedicas a seguir sus repugnantes pasos.

—¡No es verdad!

—Sólo que yo no voy a permitirlo —dijo ignorando mi protesta—. No voy a ser débil y olvidar cómo era Dawn. Después de todo, mi reputación y la de tu tío se han unido a la tuya para siempre. Lo que hagas contigo no sólo es de tu incumbencia. Tus actos también repercuten en nosotros.

—¡Yo no he hecho nada malo! —grité mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

—Y no lo harás. Te prohíbo que leas esta clase de libros putrefactos en mi casa —dijo.

—¿Tu casa? —murmuré. Creía haberse apropiado de Jefferson y de mí por completo, de nuestra casa, de nuestras posesiones y hasta de nuestros pensamientos.

Y mientras desvariaba y disparataba, agitando ante mi cara el libro que me había regalado tía Fern, tío Philip ve guía allí inmóvil como una estatua, tan sólo parpadeando continuamente y con un temblor en los labios.

—Yo me quedaré con este libro.

—Probablemente te lo llevas para leerlo —murmuré con rabia.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —preguntó. Yo crucé los brazos y me quedé mirando fijamente el suelo, incapaz de dominar los sollozos que sacudían mis hombros.

—No tenías ningún derecho a ir a husmear en mi habitación —me quejé con tristeza.

—No he ido a husmear en tu habitación. Mrs. Stoddard se sorprendió al ver este libro cuando estaba limpiando y me lo ha dicho. Entré en tu habitación a pedirte explicaciones y entonces descubrí que te habías ido para acudir a alguna cita. Entonces lo busqué yo, con la esperanza de que Mrs. Stoddard no estuviera en lo cierto. Pero desgraciadamente así ha sido.

No la creía, pero estaba demasiado cansada para seguir discutiendo.

—De ahora en adelante, no quiero que salgas de casa después de las ocho sin permiso específico de tu tío o mío. Y ya nos enteraremos de adonde has ido y con quién. Esta claro, ¿verdad? —preguntó, clavándome las palabras como si fueran finas dagas al ver que no obtenía respuesta.

—Sí, sí —dije pasando junto a ella como un torbellino y cerrando de golpe la puerta de mi habitación detrás de mí. Me eché en la cama y escondí la cabeza en la almohada y dejé fluir las lágrimas. Lloré hasta vaciar toda mi pena, luego suspiré y me senté lentamente. Pasé los dedos por el reloj que mamá y papá me habían regalado, con gran dolor de mi corazón porque los echaba mucho de menos.

Agotada y deshecha, me levanté y empecé a vestirme para ir a la cama. El sueño se había convertido en una especie de vía de escape. Me aterrorizaba la idea de cuánto tendría que esperar hasta cerrar los ojos y escapar de lo que ya se había convertido en un mundo oscuro y miserable. Me hubiera gustado dormir mas y mas hasta... Hubiera deseado quedarme dormida para siempre.

Me lavé la cara y me puse un pijama de franela que mamá me había comprado. No podía sacarme el frío del cuerpo y seguí sintiéndolo aun después de haberme metido debajo de las sábanas. Temblaba de tal manera que me castañeteaban los dientes. Intenté cerrar los ojos con la esperanza de quedarme profundamente dormida, pero momentos después oí que alguien llamaba suavemente a mi puerta. Al principio creí haberlo imaginado, pero luego volví a oírlo.

—¿Quién está allí? —pregunté débilmente. La puerta se abrió y tío Philip entró cerrándola suavemente tras él. Iba en pijama. A la tenue luz de la lamparilla de noche, vi su sonrisita—. ¿Qué pasa, tío Philip?

Vino directamente a mi cama y se sentó a mi lado.

—No quería que te quedaras dormida con tanta tristeza —dijo pasando suavemente el dorso de su mano por mi mejilla. Luego la puso sobre la mía—. A veces Betty Ann puede ser un poco dura. No tiene la intención de serlo, pero se debe a su carácter nervioso explicó.

—No tiene un carácter nervioso protesté apartando mi mano de la suya. Estaba harta de oír excusas.

—No, no, lo que sucede es que tiene miedo insistió él.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De mí? —empecé a reír—. Aquí ella hace lo que le parece, ya nada importa lo que yo diga: atormenta a Jefferson, ha echado a Mrs. Boston, implanta esas normas tan estrictas e insiste en que nosotros las obedezcamos.

—Le aterroriza ser responsable de una jovencita madura —dijo.

—¿Por qué?, tiene a Melanie, ¿no?

—Sí, pero Melanie todavía es una niña. Tú eres una hermosa mujer que obviamente tiene los sentimientos, los deseos y las necesidades de una mujer —añadió suavemente con los ojos más pequeños todavía y pasándose nerviosamente la lengua por los labios—. A mí puedes decirme la verdad. ¿Has ido a reunirte con alguien esta noche? —preguntó al fin suavemente.

—No. Fui a dar un paseo. Me ayuda a pensar —repuse. No quería decirle que había ido al cementerio. Hubiera podido imaginar que yo estaba allí el día en que estuvo junto a la tumba de mi madre.

Su sonrisa se ensanchó.

—Te creo —dijo. Luego se puso muy serio—. Pero estas sensaciones, estos nuevos deseos, pueden confundir a una persona joven de tal manera que él o ella crean que a veces se vuelven locos. —Se golpeó el pecho y cerró los ojos—. Estas sensaciones te atormentan interiormente y te sientes como si fueras a explotar si no encuentras alivio. Deseas tocar algo, sentir algo, apretarte contra algo que te... que te calme. ¿Tengo razón? ¿No es esto lo que te está pasando?

—No, tío Philip —dije. Mientras hablaba abría mucho los ojos y el brillo que veía en ellos me aturdía e irritaba al mismo tiempo.

—Lo sé —dijo sonriendo de nuevo—, es un poco embarazoso para ti contarme estas cosas. Es algo que hubieras hablado con tu madre. Pero mira —añadió meneando la cabeza—, tu madre se ha ido y Betty Ann... bien, Betty Ann no es demasiado receptiva a estos asuntos. Comprendo tu necesidad de confiar en alguien que se preocupe mucho por ti —dijo apresuradamente—. Oh, lo sé, yo no puedo reemplazar a tu madre y tampoco quiero pretenderlo, pero puedes confiar en mí, Christie. Guardaré tus secretos en lo más profundo de mi corazón.

—Yo no tengo secretos, tío Philip —dije.

—No me refiero a secretos exactamente. Me refiero a sensaciones —explicó—. Por esta razón aceptaste sin protestar el libro que te regaló Fern, ¿verdad? Querías enterarte de esas cosas, y es algo muy natural. Estás en la edad. ¿Por qué tienes que seguir ignorando lo que sucede entre un hombre y una mujer sólo porque tu madre ya no está aquí para explicártelo? Bueno —continuó, volviendo a sonreír—. Yo estoy aquí. ¿Puedo ayudarte? ¿Puedo responder a alguna pregunta, explicar una sensación?

Sacudí la cabeza. No sabía qué decir. ¿Qué clase de preguntas esperaba que le hiciera? Pero mis dudas no lo desanimaron.

—Comprendo —dijo asintiendo— que te sea difícil transformar en palabras estas sensaciones. A tu madre y a mí nos ocurrió lo mismo. Cuando la conocí no era mucho mayor de lo que tú eres ahora, y yo casi tenía su edad, ya lo sabes. Y nos confiamos el uno al otro —dijo en un susurro—. Nos confesamos nuestras sensaciones y pensamientos más íntimos. Confiamos el uno en el otro. Y si ella confiaba en mí, tú también puedes hacerlo.

Hizo presión con la palma de su mano derecha en mi estómago y la deslizó lenta y suavemente hacia arriba. Su roce me sobresaltó, pero aquello no lo disuadió, hizo como si no se diera cuenta de mi contracción.

—Sabes que yo fui el primer muchacho, el primer hombre que la tocó aquí —dijo trasladando la palma un poco más arriba, hasta situarla encima de mi pecho. El corazón empezó a latirme tan deprisa que pensé que el latido apartaría su mano. Contuve la respiración, incapaz de creer lo que estaba sucediendo—. La ayudé a explorar, a comprender —dijo—. Y también puedo hacer lo mismo por ti. No tienes que recurrir a libros y leerlos en secreto en tu habitación para descubrir estas cosas. Pregúntame lo que quieras... cualquier cosa —dijo en voz baja.

Yo no podía moverme, no podía hablar, no podía tragar. El cerró los ojos y trasladó la mano de un pecho al otro lentamente sobre mi pijama, haciendo presión con el pulgar hasta que me tocó el pezón. Yo di un salto y abrí los ojos.

—¡Tío Philip!

—Está bien, está bien. Vamos, vamos, no temas. Quieres entenderlo todo, ¿no es cierto? Para así evitar cualquier problema. Seguro que lo harás —añadió asintiendo—. Hay demasiadas jóvenes de tu edad que tropiezan y caen en malas manos. No

saben lo lejos que pueden llegar y se encuentran en situaciones desesperadas. Tú no quieres que te suceda lo mismo, ¿verdad?

—A mí no me pasará, tío Philip —logré decir alejándome para que su mano se apartara. Entonces rápidamente crucé los brazos cubriendo mi pecho.

—No hay que ser arrogante y demasiado confiada —me advirtió—. No sabes lo que sucede en el interior de un hombre y cómo puede perder el control de sus emociones. Deberías saber lo que no hay que hacer —continuó—, cuáles son las cosas que llevan a un hombre a perder el control. ¿No quieres que yo te ayude a comprenderlo?

Sacudí la cabeza.

—Si Betty Ann tiene razón y has ido a reunirte con alguien...

—No es verdad —dije yo.

Se quedó mirándome un momento, luego volvió a sonreír y se inclinó para retirarme un mechón de cabello.

—Es que eres muy bonita y estás en una edad muy apetecible. Odiaría que algo o alguien te estropeará, te viciara, sobre todo un adolescente de esos que practican tanto sexo —añadió mientras su expresión era ahora de enfado e indignación—. Me sentiría terriblemente mal, me sentiría responsable, no habría cumplido con mi deber.

—Eso no va a suceder, tío Philip.

—Prométeme que vendrás a mí si quieres preguntar algo, si te sientes confusa. Prométeme que serás sincera conmigo y vendrás a mí en busca de ayuda.

—Lo prometo. —Hubiera prometido cualquier cosa en ese momento con tal de que se marchara.

Volvió a sonreír y lanzó un profundo suspiro.

—Tranquilizaré a Betty Ann y haré lo posible para que te levante el toque de queda —prometió—. ¿Podríamos... puedo... venir a charlar contigo de vez en cuando? No se lo diremos a Betty Ann —añadió apresuradamente—. No lo entendería y está demasiado nerviosa para apreciar lo importante que puede ser. ¿De acuerdo? —insistió. Ahora su mano estaba en mi rodilla.

—Sí —contesté rápidamente.

—Bien. Bien. —Me dio una palmadita en el muslo y se levantó—. Duerme bien y recuerda que estoy a tu entera disposición. Seré una madre y un padre para ti. Si quieres, deja de llamarme tío Philip. Puedes llamarme Philip. ¿De acuerdo?

Asentí.

—Muy bien. Buenas noches, cariño mío —dijo inclinándose para besarme en la mejilla. Sentí sus labios como dos finas llamas en mi rostro y me aparté rápidamente, pero él no se dio cuenta. Tenía los ojos cerrados y una expresión de profunda satisfacción. Se quedó a mi lado un momento y finalmente se levantó—. Buenas noches, princesa —dijo, y al fin se marchó.

No pude moverme aun después de marcharse y de haber cerrado la puerta tras él. Tenía el cuerpo tan congelado como una tarta helada. Lo que acababa de suceder parecía una pesadilla. ¿Había sucedido o yo lo había soñado? El recuerdo de sus dedos sobre mis pechos era demasiado fuerte y demasiado vivido como para no ser real, pensé.

Tía Bet nos atormentaba a Jefferson y a mí con sus horribles normas y su manía insana por la limpieza y la pulcritud; los gemelos eran rencorosos y celosos y no hacían más que intentar que nuestra vida fuera aún más desagradable, y tío Philip me aterrorizaba con su extraño avance sexual y sus ideas fantasmagóricas.

Cuán desagradable era ahora nuestra vida, pero ¿por qué? ¿Qué habíamos hecho para atraer este destino desdichado y vil? Seguramente yo tenía razón cuando creía que se trataba de una maldición que había caído sobre nuestra familia. Y esto era algo que nadie más apreciaba o comprendía. Yo tenía la sensación de haber heredado una extraña serie de desastres que se cernían sobre nuestro destino, veía las tenebrosas nubes grises rondando sobre nuestras cabezas y comprendía que no importaba lo fuertes que fuéramos, lo lejos que corriéramos o lo mucho que rezáramos: la fría lluvia de angustia y aflicción dejaría caer torrentes de desgracia sobre nosotros.

Seguramente el hechizo había dado comienzo a causa de algún horrible pecado cometido por alguno de nuestros antepasados. Quienquiera que fuera di o ella, sin duda había pactado con el demonio y nosotros estábamos pagando por ese acto diabólico. Yo esperaba que quizá alguien pudiera descubrir de qué se trataba y pedirle perdón a Dios. Y quizá entonces, y sólo entonces, estaríamos libres y a salvo, todo lo libre y a salvo que se puede estar en este mundo.

Recé por mí y por Jefferson, y entonces, finalmente, me dormí.

Al día siguiente tía Bet se comportó como un grifo de agua fría y caliente. Por la mañana, durante el desayuno, fue como si nada hubiera sucedido entre nosotras la noche anterior. Creí que tío Philip había hecho lo que me había dicho que haría, esto es, tranquilizarla. No sacó a colación *El amante de lady Chatterley* ni nuestro enfrentamiento. En cambio, habló una y otra vez durante el desayuno de todos los cambios que iba a hacer en la casa: las nuevas cortinas que introduciría, las moquetas que sacaría y las paredes que quería pintar. Luego anunció que quería que Julius la acompañara a comprar en los nuevos almacenes que acababan de abrirse en Virginia Beach.

—Iremos el sábado —dijo—. Christie necesita ropa nueva, sobre todo para el primer recital después... después del incendio.

Todos los alumnos de Mr. Wittleman iban a participar en un recital la primera semana de agosto. Yo no estaba muy entusiasmada, pero no me negué a hacerlo. Tía Bet era plenamente consciente de que el recital era un acontecimiento al que asistían

normalmente las personas más influyentes y ricas de Cutler Cove y sus inmediatos alrededores. Yo sabía que ella esperaba asistir y sentarse en primera fila.

—No necesito nada —dije.

—Desde luego que sí, querida. No querrás tener el guardarropa pasado de moda, ¿verdad? —preguntó con dulzura.

—Lo tengo al día. Mamá, antes de morir, me compró cosas de la última temporada —contesté.

—Tu madre nunca estuvo demasiado al día sobre lo que era o no de última moda, Christie —dijo con aquella falsa sonrisa almibarada en los labios—. Siempre estaba ocupada con las cosas del hotel y no se había suscrito a las revistas de moda ni leía las columnas de moda tan escrupulosamente como yo lo hacía y lo sigo haciendo.

—Mi madre jamás dio la impresión de estar pasada de moda un solo día en su vida —protesté yo con vehemencia.

—Nunca vi a Dawn poco atractiva —terció tío Philip—. Ni siquiera cuando estaba agotada al final de la jornada.

Tía Bet se apoyó en el respaldo de la silla.

—No he dicho que no fuera atractiva. Una cosa es ser atractiva y otra ser elegante —aclaró—. Tú siempre serás atractiva, Christie. Posees unos rasgos bonitos, pero esto no significa que no hayas de poseer un estilo, ¿verdad?

—No me preocupa —dije, cansada de discutir. Ella lo tomó como la aceptación de que tenía razón, sonrió y siguió parloteando como un canario feliz. Jefferson inclinó la cabeza y siguió tomando su desayuno. Mirara a donde mirara yo veía en la oscuridad de sus ojos de zafiro que estaba escuchando sus propios pensamientos. Afortunadamente, se las había arreglado para desviar la atención de tía Bet. Los gemelos, como siempre, estaban sentados perfectamente y escuchaban todo lo que ella decía con atención.

Después del desayuno, me retiré a la salita del piano y durante todo el día me moví como una sonámbula, consciente apenas de dónde estaba y de lo que estaba haciendo. Durante la comida, mastiqué mecánicamente y tragué los alimentos sin saborearlos. Mientras leía a primeras horas de la tarde, mis ojos se desplazaron de la página y mi mirada parecía flotar por la habitación como un globo a la deriva. El único momento en que me sentí viva fue cuando llegó el correo y corrí a ver si había carta de Gavin. Desde que mi correspondencia había sido interceptada, procuraba encontrarme por los alrededores cuando se repartía el correo.

Había una carta de Gavin, breve, pero encantadora porque en ella me decía que había vendido su valiosa colección de naipes de béisbol y había conseguido el equivalente de otra semana de sueldo. Esto significaba que podía venir a verme una semana antes de lo que al principio había previsto. Me disgustaba la idea de que hubiera vendido algo por lo que sentía tanto cariño, pero me escribía que nada era tan

importante como sus deseos de verme. Ya lo había comentado y tenía el permiso del abuelo Longchamp.

La noticia hizo desaparecer de mi ánimo la depresión que había sufrido durante todo el día. Cuando volví al piano, interpreté una música alegre y ligera, con mis dedos bailando sobre el teclado. Permití que el brillo del sol y el cielo azul penetraran en mi corazón, y mi música se llenó de renovada energía. Mrs. Stoddard interrumpió sus labores para venir a escucharme.

Después subí a mi habitación a escribir a Gavin, pero apenas me había echado en la cama e iniciaba la lectura de la carta cuando oí el grito procedente del vestíbulo. Abrí la puerta y escuché. Era tía Bet. Ahora su grifo volvía a ser de agua fría. Esta vez parecía histérica, con una voz tan aguda que pensé que se le iban a romper las cuerdas vocales.

—¡Es como un animalito! —exclamó—. ¿Cómo no pudo darse cuenta de lo que pisaba? ¿Cómo ha podido entrar con eso en casa? —Apareció en el umbral de la puerta del cuarto de Jefferson con Richard a su lado con expresión de gran satisfacción. Tenía los brazos extendidos para que los zapatos que sostenía en las manos estuvieran lo más alejados posible de ella. Inclino la cabeza y luego la apartó frunciendo la nariz.

—¿Qué pasa, tía Bet? —pregunté con voz cansada y disgustada.

—Tu hermano, esa pequeña bestia de hermano que tienes... ¡mira! —exclamó, levantando los zapatos hacia mí para que pudiera verlos claramente. Tenía pegados a la suela unos terrones que parecían deyecciones de perro.

»Richard se quejaba de cierto olor en su habitación. Envié arriba a Mrs. Stoddard a limpiar de nuevo la moqueta, pero nada consiguió. Luego subí yo y miré en el armario de Jefferson y encontré esto en el suelo. ¿Cómo pudo sacarse los zapatos y guardarlos allí sin darse cuenta de lo que tenían en la suela? ¿Cómo pudo? Debió de hacerlo a propósito. Es otra de sus bromas pesadas —dijo estirando hacia arriba su boquita de piñón arrugada como la cinta de una bolsa.

Por un momento me pregunté si realmente podía tratarse de una de las jugarretas de Jefferson. A Jefferson le hubiera gustado hallar la manera de atormentar a Richard, pensé. Y ante la posibilidad fui incapaz de dominar una sonrisita que apareció en mis labios.

—¿Te parece divertido? —preguntó tía Bet—. Dime.

—No, tía Bet.

—En cuanto atraviese la puerta de la entrada, lo enviaré arriba —declaró—. En cuanto la cruce —añadió, sosteniendo los zapatos lejos de ella—. Tendría que tirarlos a la basura, eso tendría que hacer en lugar de dárselos a Mrs. Stoddard para que los limpie —murmuró mientras bajaba con los ojos cerrados y con Richard junto a ella, guiándola.

Era terrible pensarlo, pero había llegado al punto de desear que Jefferson lo hubiera hecho deliberadamente. Volví a mi habitación y describí el incidente en la carta dirigida a Gavin. Estaba segura de que aquello dibujaría una sonrisa en sus labios y le haría reír. Cuando acabé de escribir bajé al piso inferior y salí por la puerta trasera donde encontré a Mrs. Stoddard limpiando los zapatos de Jefferson con un cubo lleno de agua jabonosa y una esponja.

—Es un chico terrible —dijo sacudiendo la cabeza, aunque pude ver en sus ojos cierta expresión divertida.

—No sé si lo ha hecho a propósito, Mrs. Stoddard; lo sabré cuando vuelva a casa.

Mrs. Stoddard asintió y comenzó a secar los zapatos con un trapo. De pronto algo me llamó la atención e hizo que me acercara a examinar de cerca aquellos zapatos.

—Déjeme ver, por favor, Mrs. Stoddard. —Ella me alargó el zapato derecho y yo lo giré pensativa—. Jefferson ya no se pone estos zapatos, Mrs. Stoddard. Le van pequeños. Mi madre iba a regalárselos al Ejército de Salvación.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Sí —repuse, apretando los labios y asintiendo al comprender lo que eso significaba—. Es obra de Richard. Quiere culpar a mi hermano de cosas que no ha hecho —concluí.

Mrs. Stoddard comprendió también y asintió con simpatía. Yo cogí el otro zapato y volví a entrar en la casa. Encontré a tía Bet en la sala, leyendo una de sus revistas y sonriendo con orgullo a Richard y Melanie que estaban demostrando su fluidez autodidacta en el francés básico.

—¡Eres un bastardo! —grité desde el umbral de la puerta. Tía Bet abrió la boca. Melanie y Richard se volvieron y adquirieron la misma expresión de sorpresa. Yo irrumpí en la habitación sosteniendo los zapatos en alto con las suelas hacia arriba y me acerqué a Richard. Mi primo se echó hacia atrás.

—¿Cómo te atreves a pronunciar esas palabras? ¿Qué estás haciendo? —preguntó tía Bet.

—Voy a restregar estos zapatos en su cara —dije—. Richard fue quien los embadurnó con mierda de perro y los escondió en el armario de Jefferson, igual que puso la miel allí —acusé.

—¡Yo no lo he hecho!

—Sí que lo has hecho —dije acercándome más. Richard se apartó y se protegió detrás de Melanie.

—¡Christie! —gritó tía Bet—. Detente inmediatamente.

—Pero esta vez se ha equivocado, tía Bet —dije—. Esta vez tu precioso y perfecto angelito se ha confundido. Elegiste mal los zapatos, Richard —dije, volviéndome hacia él—. Deberías de haberte tomado más tiempo para planear mejor las cosas.

Richard miró a tía Bet y luego a mí.

—¿De qué estás hablando, Christie? —preguntó.

—De estos zapatos, tía Bet. Hace tiempo que a Jefferson ya no le caben. Mamá iba a dárselos al Ejército de Salvación junto con otras prendas de vestir que nos venían pequeñas, sólo que no tuvo la posibilidad de hacerlo. Richard no lo sabía, ¿verdad, Richard? Cogiste los zapatos, los embadurnaste, los pusiste en su armario con la intención de crearle a Jefferson otro problema.

—Me cuesta creer... —tía Bet lo miró—. ¿Richard? —Él intentó sonreír impertérrito, pero pude ver la expresión de temor en sus ojos.

—Yo no he hecho eso, madre.

Tía Bet meneó la cabeza y se volvió hacia mí.

—Richard no podría... no sería tan soez como para buscar excrementos de perro y... Oh, no —dijo negándose a admitir la idea—. No podría hacerlo.

—Pues lo hizo. Y esta vez lo he cogido.

—¡Mentirosa! —gritó Richard. Fue a dar un paso, pero se apartó de nuevo.

—Se lo está inventando, madre —dijo Melanie levantándose rápidamente y poniéndose a su lado—. ¿Cómo podemos saber nosotros que estos zapatos no le entran a Jefferson?

—Sí —repuso tía Bet aceptando la posibilidad—. ¿Cómo lo sabemos?

—Porque te lo estoy diciendo —dije—. Y yo nunca miento.

—Ya lo veremos. No digo que mientas, Christie, pero puedes equivocarte. Esperaremos a que Jefferson vuelva a casa y entonces lo comprobaremos —insistió.

—Magnífico, y una vez lo hayas comprobado, tendrás que disculparte y castigar a Richard. Es de justicia. No puedes castigarnos.

El rostro de Richard adquirió entonces una expresión furiosa... los ojos abiertos, rabiosos.

—Yo no he hecho nada —protestó.

—Sí que lo has hecho, y creo que como castigo deberían frotarte la cara con mierda de perro —le amenacé.

—¡Christie! —exclamó tía Bet asombrada—. Recuerda que eres más mayor y se supone que eres una señorita y...

Antes de que pudiera seguir, oímos que se abría la puerta de la entrada precipitadamente, como si alguien le hubiera dado un golpe violento. Nadie dijo nada. Todas las miradas permanecían clavadas en el umbral de la puerta de la sala para ver de quién se trataba.

Apareció tío Philip, los ojos brillantes, la boca torcida en una mueca de horror y de tristeza. Tenía los cabellos despeinados y parecía que hubiera hecho corriendo todo el trayecto del hotel hasta la casa.

—¡Philip! —exclamó tía Bet—. Qué...

—Es mi madre —dijo él—. Mi madre...

—Oh, querido. —Las manos de tía Bet se dirigieron a su garganta como pájaros asustados.

—¿Qué le ha pasado a la abuela Laura, tío Philip? —pregunté suavemente, con el corazón en vilo y casi sin aliento.

—Mrs. Berme... la encontró en el suelo del cuarto de baño... una apoplejía —dijo—. Mi madre... la madre de Dawn... la madre de Clara Sue... se ha ido —acabó—. Se ha ido para siempre.

Giró hacia la izquierda y se detuvo. Luego nos miró a todos como si no nos reconociera y, confuso, salió por donde había venido llevando consigo el peso de una nueva desgracia. Tía Bet se dejó caer en su asiento, abrumada. Los gemelos volvieron rápidamente a su sitio cogidos de la mano. Y yo, aturdida, moví la cabeza. Sentí el corazón vacío y frío. Pobre abuela Laura, confundida y perdida en su laberinto de recuerdos. Había pasado sus últimos años atrapada en sus recuerdos, procurando desesperadamente ordenar su vida, pero moviéndose en círculos como alguien que vaga por una pared de telarañas y lucha por liberarse. Y ahora había muerto.

Me dirigí a la ventana y vi afuera a tío Philip que caminaba arriba y abajo por el prado de enfrente, hablando en voz alta, gesticulando con las manos como si hubiera tomado contacto con todos sus ascendientes. Los fantasmas de la familia se habían reunido a su alrededor para asistir a la última víctima que había caído bajo las sombras de la gran maldición.

Otro funeral, con el recuerdo todavía fresco del funeral de mis padres, era demasiado. Una vez más nos vestimos de negro; una vez más la gente cuchicheando en nuestra presencia; una vez más el mar era gris y frío y el cielo estaba cubierto aunque no hubieran nubes.

Ni Jefferson ni yo habíamos llegado a conocer realmente a la abuela Laura, como hubiéramos debido de conocer a un abuelo. Todo cuanto yo podía recordar de ella era su pronunciado aire de distracción, sus confusos razonamientos, que unas veces le permitían reconocernos claramente y otras, en cambio, tan sólo mirarnos como si fuéramos extraños que se habían introducido en su vida.

Después de haberme enterado de la verdad acerca del rapto de mi madre con la complicidad de la abuela Laura, pregunté a mamá si la odiaba por lo que había permitido que hicieran. Mamá sonrió un poco, sus ojos azules se suavizaron y meneó la cabeza.

—Antes sí, muchísimo, pero con el paso del tiempo me di cuenta de que ella había sufrido mucho por ello y de que yo no tenía necesidad de añadir un castigo más al que su conciencia ya le había infligido.

»Además, yo deseaba tener una madre y empezamos a compartir algunos momentos preciosos, momentos perdidos, la clase de momentos que una madre y una

hija deberían compartir. Cambió cuando se fue a vivir con Bronson. Yo diría que maduró. Tiene una poderosa influencia sobre ella, la hace ser consciente de las consecuencias de sus actos y de sus palabras. No tiene más que clavar en ella sus ojos castaños para que inmediatamente abandone sus egoísmos. Se convierte... en una madre —me confesó mamá riendo feliz.

Y ahora, mientras estaba sentada en la iglesia al lado de mi hermano pequeño y escuchaba el sermón del sacerdote, recordé a la abuela Laura dormida en su silla de ruedas. No podía imaginarla cuando era hermosa y activa todavía. Pero cuando miré a Bronson vi una suave sonrisa en su rostro, una sonrisa de aquellas que revelan la existencia de un hermoso recuerdo que se guarda bien adentro. Seguro que él podía recordarla cuando era joven y se deslizaba por el salón de baile con su risa cantarina. Una sola ojeada me bastó para comprender cuánto había perdido. Y lloré por él, más que por mí misma o por Jefferson o incluso por la propia abuela Laura.

Tío Philip se mostraba muy afectado. Recordé sus quejas cuando tenía que ir a las cenas de Buella Woods. En cambio, siempre agradecía el hecho de que mamá se prestaba a hacer algo por la abuela Laura si eso significaba aliviarlo a él de su responsabilidad. En una ocasión que mamá había ido a verla a pesar de tener mucho trabajo, yo la acompañé. Recuerdo lo incómoda que me sentí al verla tan nerviosa pensando en el trabajo que había dejado por ir a ver a su madre.

—¿Y por qué no puede ir tío Philip? —le pregunté. No creo que tuviera más de diez u once años por entonces, pero me producía una gran indignación cuando algo hacía daño o preocupaba a mamá.

—Philip es incapaz de enfrentarse a la realidad —contestó—. Siempre ha sido así. Se niega a ver a nuestra madre tal como es; sólo quiere recordarla como era, aunque acostumbraba a burlarse de ella. Lo cierto es que estaba muy apegado a ella y la adoraba. Estaba orgulloso de lo hermosa que era y no tomaba en serio su egocentrismo, aun cuando le afectaba. Ahora son casi dos extraños el uno para el otro.

Suspiró y luego añadió:

—Me temo que hay más de Randolph en Philip de lo que Philip quiere admitir y —dijo con expresión sombría y entrecerrando los ojos—, quizá también del abuelo Cutler.

Recuerdo que estas palabras me asustaron y se grabaron bajo mi piel como un persistente prurito.

Pero hoy, en la iglesia, tío Philip parecía más bien un muchacho perdido y temeroso. Sus ojos miraban esperanzados a cualquiera que se le aproximaba como si estuviera esperando que alguien del cortejo fúnebre le dijera: «Nada de esto ha sucedido en realidad, Philip. Es un mal sueño. Dentro de un momento todo desaparecerá y tú te despertarás en tu cama». Tío Philip daba vigorosos apretones de

manos y aceptaba beso tras beso en la mejilla. Cuando llegó el momento de irnos, pareció confundido hasta que tía Bet lo tomó del brazo y lo acompañó detrás del ataúd.

Nosotros subimos a la limusina y seguimos al coche fúnebre hasta el cementerio para asistir a los ritos finales en la tumba. En cuanto finalizaron, me acerqué a Bronson y lo abracé. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—Ahora descansa —dijo—. El juicio de Dios ha terminado.

—¿Vas a venir a casa con nosotros? —le pregunté. Tía Bet lo había dispuesto todo para otra recepción de condolencias; se estaba convirtiendo en una experta—. No, no. Quiero estar solo. Me pondré en contacto contigo muy pronto —me prometió alejándose con la espalda inclinada por el peso de su profunda tristeza.

Hubo menos personas que vinieron a presentar sus condolencias que por la muerte de papá y mamá, por lo que la recepción finalizó enseguida. Tío Philip, sentado en una silla durante todo el tiempo que duró aquello, miraba a la gente y asentía o sonreía sólo cuando alguien se dirigía a él directamente a darle un apretón de manos o un beso.

Jefferson y yo estábamos agotados, el impacto de este funeral desgarró bruscamente la coraza de nuestros sentimientos más profundos. Por la noche acompañé a Jefferson al piso superior y le ayudé a meterse en la cama. Luego, en lugar de volver al velatorio, me retiré deseosa de cerrar los ojos y escapar a la pena. Ni siquiera quise mantener encendida la lucecita de mi mesilla de noche. Deseaba que la oscuridad se abatiera sobre mí rápidamente, y esta urgencia era más fuerte que mis temores infantiles. Me dejé llevar rápidamente y ni siquiera oí marcharse a las personas que habían acudido al velatorio.

Pero en un momento dado, en mitad de la noche, me despertó el sonido de la puerta que se abría. Fue como si alguien me hubiera rozado ligeramente con un dedo. Abrí los ojos de golpe. No hice ningún movimiento y durante un instante no oí nada, quizá sólo había sido un sueño. Entonces oí el claro sonido de una respiración profunda y el ruido de unos pasos. Un instante después sentí el peso de un cuerpo en mi cama y me volví para ver la silueta de tío Philip que se recortaba vagamente en la oscuridad. Mi corazón empezó a latir, no parecía que fuera vestido, ni siquiera llevaba puesto el pijama.

—Shhh —susurró antes de que yo pudiera emitir una palabra. Se inclinó y puso los dedos en mis labios—. No temas.

—Tío Philip, ¿qué quieres? —le pregunté.

—Me siento tan solo... tan perdido esta noche. Que pensé... que podríamos estar echados el uno al lado del otro un rato y charlar un poco.

Antes de que yo pudiera decir nada, levantó la sábana y se deslizó debajo poniéndose a mi lado. Yo me aparté rápidamente, sorprendida, atónita y aterrorizada.

—Aparentas más años que la edad que tienes —murmuró—. Y lo sabes. Eres más mayor de lo que era tu madre cuando tenía tu edad. Has leído más, has hecho más cosas, sabes más. No me tienes miedo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contesté—. Lo tengo. Por favor, tío Philip. Vete.

—No puedo. Betty Ann... Betty Ann es como una barra de hielo a mi lado. No me gusta; ni siquiera cuando mi pierna roza su huesuda rodilla. Pero tú, oh Christie, tú eres tan bonita como era Dawn; quizá más. Cada vez que te miro la veo a ella cuando fue mía.

»Tú también puedes serlo —añadió acercándose y apoyando la mano en mi cintura—, sólo esta noche, al menos esta noche, ¿puedes?

—No, tío Philip. Déjame —dije apartando su muñeca.

—Pero tú ya lo has hecho con los chicos. Lo sé. ¿Adonde si no irías por la noche, como no fuera a reunirte con algún muchacho? ¿Dónde ha sido... en la parte trasera de un coche? Dawn y yo estuvimos una vez en un coche.

—No. Calla —dije tapándome los oídos con las manos—. No quiero oír esas cosas.

—Oh, ¿y por qué no? No hicimos nada malo. Te enseñaré lo que hicimos —dijo, subiendo la mano por mi cuerpo hasta el pecho. Yo quise apartarme y salir de la cama, pero me sujetó por la cintura con la otra mano y me acercó a él.

—Christie, oh Christie, mi Christie —gimió llenándome la cara de besos húmedos. Yo hice una mueca y forcejeé, pero él era más fuerte y puso su pierna sobre la mía para sujetarme mejor. De pronto metió la mano debajo de la parte superior de mi pijama y encontró mi pecho. Cuando su piel me rozó, empecé a gritar y entonces él puso su otra mano sobre mi boca.

—No lo hagas —me advirtió—. No despiertes a los demás. No lo entenderían.

Yo gemí y sacudí la cabeza. Tío Philip retiró la mano y antes de que yo pudiera emitir sonido alguno puso su boca sobre la mía y apretó los labios con tanta fuerza sobre los míos que los separó de mis dientes. Cuando la punta de su lengua rozó la mía empecé a sentir náuseas.

Cuando apartó su boca yo estaba sofocada y empecé a toser, pero mientras me esforzaba por recuperar el aliento, sus manos me bajaron los pantalones del pijama haciendo saltar los botones. Cuando tuve el pijama a la altura de las rodillas, dio la vuelta y puso su cuerpo encima del mío y lo sentí... sentí su duro aguijón entre mis muslos apretados. Entonces comprendí lo que era aquello y lo que estaba sucediendo; creí volverme loca. Logré liberar mi mano derecha y le pegué con el puño en la cabeza, pero era como una mosca intentando levantar un elefante. Él no parecía sentir nada. Gruñía y empujaba.

—Christie, Christie... Dawn... Christie —decía, mezclando mi nombre y el de mi madre como si pudiera hacerla fluir hacia él a través mío.

—¡Tío Philip, déjame, déjame!

Era tan fuerte y tan pesado, que no pude oponer resistencia. Mis piernas empezaron a abrirse lentamente, bajo su empuje cada vez mayor.

—No tienes que escapar a hurtadillas para aprender estas cosas —murmuró—. Yo puedo ayudarte como te prometí. Nos necesitamos el uno al otro. Deberíamos depender el uno del otro, ahora más que nunca. Sólo te tengo a ti, Christie, a nadie más...

—Tío Philip —jadeé, pero su boca volvió a cubrir la mía. Intenté gritar, pero el grito se ahogó en mi interior. Sentí la punta de su duro aguijón presionando hacia adelante mientras yo me hundía bajo su cuerpo.

Y luego sentí su impacto y comprendí que se estaba moviendo dentro de mí. Intenté rechazarlo, gritar ¡No! Pero la realidad me arrolló como una avalancha, enterrando cualquier rechazo. Él gemía y empujaba hacia adelante, recitando el nombre de mi madre y el mío como si fuera lo que le daba fuerzas. Su simiente se vertió en mi interior. Me quedé allí inerte, esperando que acabara, y cuando lo hizo se deslizó como el hielo. No me moví, temerosa de que si emitía un sonido o le tocaba ligeramente volviera otra vez. Su profunda respiración se hizo más lenta.

—Christie —dijo, tocándome. Yo me aparté sin aliento—. Todo está bien. No hemos hecho nada malo; sólo nos hemos ayudado el uno al otro, nos hemos consolado.

»Ya eres lo bastante mayor para entenderlo. Es bueno; está bien. Todo irá bien —añadió—. ¿Estás bien?

Yo no me moví.

—¿Estás bien? —repitió, volviéndose esta vez hacia mí.

—Sí —repuse inmediatamente.

—Bien, bien. Ahora me voy antes de que Betty Ann se despierte y se pregunte dónde he ido. Duerme, princesita mía, duerme. Siempre estaré aquí dispuesto para ti; siempre, siempre, como lo estuve para ella.

Lo miré conteniendo la respiración mientras se levantaba y se alejaba de mi cama. Se movía con mucho sigilo a través de la oscuridad de mi habitación; se deslizó afuera y desapareció como una pesadilla, aunque todavía persistía en mí.

Durante unos instantes seguí inmóvil intentando negar la realidad de lo que había sucedido. Luego empecé a sollozar con unos sollozos tan fuertes que sacudían todo mi cuerpo y la cama. El dolor que sentía en el pecho era tan grande como para partirme en dos. Me senté, aterrorizada, y contuve la respiración. Por alguna razón en lo único que podía pensar era en Jefferson. Jefferson... Jefferson...

Salté de la cama rápidamente. Los pantalones del pijama me resbalaron de las rodillas, me los saqué y me dirigí al cuarto de baño, me quité la parte superior del pijama y me puse bajo la ducha con el agua a la temperatura más caliente que pude

soportar. El calor me enrojeció la piel, pero no me importó. Froté y froté mientras las lágrimas se mezclaban con el agua que se deslizaba por mi cara. Luego me sequé vigorosamente. Sintiéndome todavía sucia, salí corriendo, entré en mi habitación y saqué del armario una maleta pequeña. Sin orden ni concierto, puse en la maleta ropa interior, calcetines, faldas y blusas. Luego me vestí tan rápidamente como pude. Cogí todo el dinero que guardaba en el cajón de la mesilla de noche y lo puse con el dinero que tenía en el monedero. Había ahorrado de aquí y de allá y había conseguido reunir unos cientos de dólares.

Abrí la puerta y me asomé a la débil luz del pasillo. Lo crucé de puntillas y abrí la puerta de la habitación de Jefferson y Richard, deslizándome en el interior. Me arrodillé junto a la cama de Jefferson y lo sacudí suavemente hasta que abrió los ojos.

—Shh —le avisé cuando abrió los ojos. Señalé a Richard que se había dado la vuelta y dormía y le indiqué que no debíamos despertarle. Luego me dirigí a la cómoda de Jefferson y saqué ropa interior y calcetines, elegí un par de pantalones y algunas camisas y lo metí todo rápidamente en su maleta más pequeña. Le di algo para ponerse y en silencio se puso los pantalones, la camisa, los calcetines y los zapatos. Luego le di su chaqueta y le indiqué que debía seguirme rápidamente y en silencio.

Había dejado mi maleta en el pasillo. La cogí apresuradamente y Jefferson y yo nos dirigimos con el mayor sigilo al piso inferior. Miré hacia atrás una sola vez. Confiando en que nadie se hubiera despertado bajé las escaleras con Jefferson detrás de mí y llegamos a la puerta de la entrada.

—¿Adonde vamos? —murmuró.

—Lejos —repuse—. Muy, muy lejos.

Volví a mirar una vez más aquella casa en la que había sido tan feliz. Cerré los ojos y oí las risas de papá y mamá. Oí la música de mi piano y la hermosa voz de mamá. Oí a Mrs. Boston llamarnos para ir a comer. Y a papá, volviendo a casa después del trabajo, le oí gritar:

—¿Dónde está mi muchacho? ¿Dónde está mi muchachito?

Y vi a Jefferson salir corriendo de la sala de estar y abalanzarse en los brazos de papá. Papá lo levantó en sus brazos, lo besó y con él se acercó a mamá y a mí.

Era un mundo de sonrisas y de amor, de música y de carcajadas. Abrí la puerta y miré afuera, a la oscuridad que nos aguardaba. Luego cogí a Jefferson de la mano, salimos y cerré la puerta detrás de mí.

La música y las carcajadas se desvanecieron.

Lo único que oía eran los latidos de mi atribulado corazón.

Éramos huérfanos, fugitivos de una gran maldición, ¿íbamos a poder escapar o la maldición nos perseguiría a través de todas y cada una de las sombras que acechaban?

UN PADRE DE VERDAD

Llegamos a Cutler Cove. Jefferson no había estado nunca despierto hasta tan tarde. El silencio a nuestro alrededor, el brillo de las estrellas en la negra calma del océano y la profunda oscuridad en los recodos de las esquinas, le mantenían pegado a mi, con su manita apretando con fuerza la mía. Los únicos sonidos que llegaban hasta nosotros eran los chirridos y crujidos del muelle y de las embarcaciones cuando las olas se elevaban y caían y el clic-clac de nuestros pasos sobre las aceras y la calzada. Jefferson no se tranquilizó un poco hasta que las luces de la calle de la población junto al mar aparecieron, brillantes, ante nosotros. La sorpresa y la admiración superaron sus temores y su cansancio y empezó a hacerme preguntas.

—¿Adonde vamos, Christie? ¿Por qué caminamos tanto? ¿Por qué no le hemos pedido a Julius que nos lleve?

—Porque no quiero que nadie sepa que nos hemos ido, Jefferson. Ya te lo he dicho, nos hemos escapado —le dije en voz baja. Parecía cosa natural hablar en murmullos.

—¿Por qué? —murmuró a su vez Jefferson—, ¿Christie? —Me apretó la mano—. ¿Por qué?

—¿Es que quieres quedarte a vivir con tía Bet y tío Philip, Richard y Melanie para el resto de tu vida? ¿Quieres?

Sorprendido por mi exabrupto, Jefferson meneó la cabeza y abrió los ojos.

—Pues yo tampoco, por eso nos hemos escapado.

—¿Y adonde iremos? —preguntó—. ¿Con quién viviremos?

Aceleré el paso arrastrándole casi. ¿Adonde iríamos? No fui consciente hasta ese momento de que no teníamos un destino. No podíamos ir con tía Trisha porque estaba haciendo una gira. De repente, se me ocurrió una idea.

—Vamos a ir a Nueva York —dije—. Vamos a buscar a mi verdadero padre y viviremos con él. Nadie puede ser peor que las personas con las que hemos estado viviendo y lo que hemos tenido que aguantar —murmuré.

No quise comprobar la reacción de Jefferson ante mi idea. Seguí adelante, caminando por el lado más oscuro de la calle para que las sombras nos protegieran. No quería que nadie nos viera y lo comunicara.

El único lugar que a estas horas de la noche estaba abierto en Cutler Cove era la estación de autobuses. Era una estación pequeña que contaba tan sólo con un banco de madera, una fuente de agua y una máquina de cigarrillos. Detrás de la taquilla había un hombre de cabellos grises y rizados con algunos rizos que le caían sobre la

frente, de unos cincuenta años. Cuando entramos, estaba leyendo una novela de bolsillo. Durante unos instantes no vio que estábamos allí, luego se enderezó rápidamente en su asiento y nos miró con unos ojos de ardilla llenos de sorpresa y de curiosidad.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos a estas horas? —preguntó alzando ligeramente las cejas grises que parecían dos signos de interrogación.

—Hemos venido a tomar el próximo autobús a Nueva York —dije procurando parecer más mayor—. Mi primo nos ha acompañado, pero como no podía aparcar hemos venido caminando —añadí mientras él nos estudiaba con expresión de sospecha—. ¿Cuánto cuesta el billete a Nueva York? —pregunté con firmeza—. ¿Y cuándo sale el próximo autobús?

—A Nueva York, ¿eh? Bien, ida y vuelta cuesta...

—No, sólo ida —añadí inmediatamente mientras él me miraba con severidad—. No volveremos en autobús —aclaré luego.

—Humm... bien, entonces el suyo será la mitad —dijo señalando a Jefferson. Luego me miró a mí—. Tú pagas billete de adulto. —Yo no quería gastar más dinero del necesario porque no tenía mucho, pero me satisfacía comprobar que el hombre pensaba que era lo bastante mayor para viajar sola con mi hermano—. Ya sabes que el autobús no va directo a Nueva York desde aquí —añadió empezando a picar los billetes—. Tiene parada en Virginia Beach y luego en Delaware.

—Está bien —dije dejando la maleta en el suelo y acercándome a la taquilla.

—Habéis tenido suerte porque llegará un autobús dentro de veinte minutos. Pero sólo es un enlace que para en dos estaciones más antes de Virginia Beach. Tendréis que bajar allí y coger el... —Comprobó los itinerarios—. El primero es el de las ocho cuarenta. Va a la estación de Port Authority, en Nueva York.

—Port Authority está bien —dije mientras contaba el dinero minuciosamente en la taquilla. El hombre volvió a alzar las cejas.

—¿Has estado antes en Nueva York? —preguntó con escepticismo.

—Muchas veces. Mi padre vive allí —repuse apresuradamente.

—Oh, ya veo. Una de esas familias donde el padre vive en un sitio y la madre en otro, ¿eh?

—Sí —repuse. Sus ojos se suavizaron y su talante se hizo más simpático.

—Y tu madre no quiere llevaros a ver a vuestro padre, ¿verdad?

—No, señor. —El hombre asintió con afectación.

—Bien, creo que podría meterte a ti también en la tarifa más barata. Pero no es asunto mío —añadió.

Tras coger los billetes me dirigí con Jefferson al banco. Mi hermano se quedó mirando al hombre hasta que éste volvió a su libro, luego se volvió y me miró a mí con expresión severa e inquisitiva.

—¿Por qué le has contado todas esas mentiras?

—Shh —dije acercándolo a mí—. Si no lo hubiera hecho, no nos hubiera vendido los billetes. Hubiera llamado a la policía y les hubiera dicho que tenía aquí a un par de vagabundos.

—¿Y la policía nos hubiera arrestado y esposado? —preguntó Jefferson, incrédulo.

—No nos hubieran arrestado, nos habrían enviado de vuelta al hotel.

—Mamá decía que es malo decir mentiras —me recordó.

—No se refería a esta clase de mentiras; ella se refería a las mentiras que hacen daño a los demás, sobre todo a las personas que quieres y que te quieren —expliqué. Jefferson entrecerró los ojos y consideró la respuesta. Vi que digería la idea y luego se recostaba en el asiento con expresión de aprobación. Poco después llegó el autobús. En el interior había media docena de personas, la mayoría sentada en la parte central y trasera del vehículo y aparentemente dormidas.

—Arriba, madrugadores —dijo el conductor.

—Sí, señor.

—Bien, es el mejor momento para viajar —añadió. Cogió nuestras maletas y las puso en el maletero y luego se fue a charlar con el empleado de la estación.

Nosotros nos acomodamos en el segundo asiento de la derecha y miré al conductor y al vendedor de billetes a través de la ventanilla. Nos estaban mirando. Me dio un brinco el corazón. ¿Hablaban de nosotros? ¿Iban a llamar a la policía? Pasados unos minutos, ambos se echaron a reír por algo que habían dicho y el conductor del autobús volvió. Cerró la puerta y puso en marcha el motor. Contuve la respiración y apreté con fuerza la manita de Jefferson. Instantes después dejábamos atrás la estación de autobuses. El vehículo torció hacia la calle principal de Cutler Cove y el conductor aceleró. Pasamos ante los almacenes y las tiendas que conocía de toda la vida. Y también ante el despacho del alcalde y la comisaría de policía y luego ante la escuela. Poco después estábamos en la carretera que lleva a Virginia Beach y Cutler Cove fue quedando atrás hasta desaparecer. Era la primera vez que viajaba sola, pero cerré los ojos y me tragué el miedo.

Jefferson se durmió durante el trayecto a Virginia Beach y cuando llegamos bajó del autobús y caminó prácticamente dormido por la estación de Virginia Beach, más grande y concurrida. Pero la actividad y los ruidos reinantes no le hicieron mantener los ojos abiertos y volvió a quedarse dormido apoyado en mi hombro mientras esperábamos la llegada del próximo autobús.

Esta vez, en cuanto pudimos acomodarnos en nuestros asientos, yo también logré dormir. Horas y horas después, cuando nos detuvimos de nuevo para que subieran los pasajeros en Delaware, me desperté y observé que estaba lloviendo. Jefferson abrió los ojos poco después e inmediatamente me dijo que quería ir al cuarto de baño.

—Espero que no te dé miedo ir solo, Jefferson —dije—. Yo no puedo acompañarte.

—No tengo miedo. Sólo es un cuarto de baño —declaró haciendo acopio de valor, aunque parecía muy preocupado. Yo aproveché también para ir al cuarto de baño y comprar algunas cosas para comer.

—Yo quería huevos revueltos —protestó Jefferson cuando le di un recipiente de leche y unas galletas de avena—. Y tostadas y un vaso de zumo de naranja.

—Ya comeremos todas estas cosas cuando llegemos a Nueva York —contesté.

—¿Tu verdadero padre también vive en una gran casa? —preguntó—. ¿Tiene ama de llaves y mayordomo?

—No lo sé, Jefferson.

—¿Y tiene una esposa que será nuestra nueva madre?

—No sé si ha vuelto a casarse. No sé mucho sobre él —dije con tristeza—. Así que por favor no me hagas más preguntas, Jefferson. Quédate sentadito y mira el paisaje, ¿de acuerdo?

—Es aburrido —protestó enfurruñado, cruzando los brazos sobre el pecho—. Tendría que haber traído alguno de mis juegos. ¿Por qué no he traído algunos juguetes?

—Jefferson, no hemos tenido tiempo de empaquetar muchas cosas. Por favor, pórtate bien —le rogué casi llorando. ¿Qué estaba haciendo? ¿Adonde iba?

Jefferson se encogió de hombros, bebió la leche y se comió las galletas, e igual que yo permaneció callado durante el resto del viaje. No dejó de caer una ligera llovizna y, finalmente, vi la ciudad de Nueva York recortada a lo lejos contra el cielo. A medida que nos íbamos acercando se iba haciendo cada vez más grande, con la cima de los edificios rascando el cielo gris. Cuando vi el rótulo de Lincoln Tunnel y observé que entrábamos en Nueva York, mi corazón comenzó a latir con fuerza. Empecé a recordar todo lo que mamá me había contado de Nueva York, lo grande que era, la cantidad de gente que había y lo difícil que era ser extranjero en la ciudad. Pero también recordé lo mucho que le gustaba Nueva York a tía Trisha. Si le gustaba tanto no podía ser tan mala, pensé.

Jefferson empezó a ponerse nervioso cuando entramos en el Lincoln Tunnel. Parecía inacabable pero luego, de pronto, salimos a la luz y a las calles de Nueva York. El tráfico y el ruido era tal y como mamá me lo había descrito. Nadie parecía darse cuenta de que todavía lloviznaba. Jefferson, con la cara pegada a la ventanilla, no se perdía detalle: los vendedores ambulantes, los taxis, los policías a caballo, la gente pidiendo o durmiendo en los portales y mucha gente vestida de forma estrafalaria corriendo de aquí para allá, unos con paraguas pero la mayoría sin ellos. Instantes después llegamos a la enorme estación de autobuses y el conductor anunció:

—Nueva York, Port Authority. Tengan cuidado al bajar.

Tomé a Jefferson de la mano con tanta fuerza que cuando bajamos se lamentó de dolor. Esperamos a que el conductor sacara nuestras pequeñas maletas del maletero. Las cogí, entregué a Jefferson la suya y entramos en la estación. Había gente de todas partes y al parecer todos sabían a dónde se dirigían.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Jefferson mirando a su alrededor.

—Todavía no sabe que estamos aquí —contesté—. Tengo que buscar su número de teléfono y llamarle. —Vi que había una fila de teléfonos públicos y hacia allí nos dirigimos a toda prisa. El tamaño del listín de teléfonos era enorme, Jefferson abrió los ojos espantado.

—¡Aquí hay un montón de números de teléfono! —exclamó.

—Vigila las maletas y mi bolso mientras busco su número, Jefferson —dije. Mi hermano asintió y yo empecé a pasar las páginas. Cuando llegué a Sutton, el alma se me cayó a los pies. Había más de dos páginas de Sutton y más de una docena que se llamaban Michael, Mike o M.

—Necesito monedas —dije—. Un montón de monedas. —Cogí el dinero que me quedaba y busqué un sitio donde obtener cambio. Vi un quiosco de periódicos y hacia allí me dirigí rápidamente.

—Perdone —dije cuando el hombre me atendió—. ¿Me podría dar cambio para el teléfono?

—¿Pero qué te crees que es esto, el Banco de Manhattan? —replicó haciendo una mueca con la boca—. Compra algo y tendrás cambio.

—Pero... está bien. Deme una chocolatina —dije entregándole cinco dólares—. Todo el cambio en monedas, por favor.

—¿Es que vas a llamar a alguien a Manhattan? —Meneó la cabeza pero me devolvió el cambio en monedas. A Jefferson le hizo muy feliz la chocolatina.

Empecé a marcar los números con dedos temblorosos. ¿Qué diría? ¿Cómo empezaría? ¿Cómo lo llamaría cuando contestara... papá? ¿Michael? ¿Mr. Sutton? Nadie contestó al primer número y una anciana respondió al segundo.

—¿Es la residencia de Michael Sutton, el cantante?

—¿El cantante? No. Michael es fontanero —contestó.

—Oh, perdone.

A medida que iba marcando números de teléfono, iba obteniendo diferentes respuestas, unas educadas y amables, otras muy molestas por la llamada. Un hombre creyó que se trataba de una broma y empezó a lanzar juramentos. Finalmente llamé a otro de los Mr. Sutton y después de cuatro timbrazos contestó una mujer de voz seca y profunda, como la de alguien que acabara de despertarse.

—Pregunto por Michael Sutton el cantante —empecé.

—Sí —interrumpió ella.

—¿He marcado bien el número? —pregunté.

—¿Quién eres, una de sus alumnas?

—¿Alumnas? Sí, señora. Creo que hoy tengo clase con él.

—Bueno, pero no será hasta la tarde —dijo ella cortante.

—Sí.

—Bien, pues ¿qué quieres? —preguntó.

—¿Está ahora aquí?

—Está en cuerpo pero no en alma —contestó y luego se echó a reír.

—¿Puedo hablar con él, por favor?

—En este momento está indispuesto. Vuelve a llamar dentro de... una hora —dijo.

—Pero...

Colgó antes de que pudiera decir otra palabra. Al menos había encontrado al Michael Sutton que me interesaba y copié la dirección del listín de teléfonos. Jefferson, que estaba sentado observando tranquilamente a la gente y los ruidos que se producían a su alrededor, me miró con expectación.

—Bueno —dije—. Al fin lo he encontrado. Iremos en taxi.

—¿Un taxi? Estupendo —contestó muy contento. Seguí los rótulos que nos conducían a la entrada de la calle 41. Cuando salimos, vi la fila de taxis aparcados junto al bordillo de la acera. Había dejado de llover, pero el cielo todavía estaba gris y desapacible. El conductor del primer taxi avanzó hacia nosotros rápidamente. Era un hombre alto y delgado con unos tupidos mostachos castaños.

—¿Necesita un taxi, señorita? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bien, pues suban —dijo cogiendo nuestro equipaje y poniéndolo en el maletero—. Suban —añadió, señalando los asientos traseros. Jefferson entró rápidamente y se puso a mirar por la ventanilla del otro lado—. ¿Adonde, señorita? —preguntó el conductor, tras subir al vehículo él también.

Le di la dirección.

—Oh, Greenwich Village, ¿eh? —Se puso en marcha y avanzamos en medio del denso tráfico a esas horas como si fuéramos el único vehículo que transitaba por la calle. Sonaron bocinas, gritos de conductores, pero él giró y aceleró con indiferencia en cuanto cambiaron las luces del semáforo. En un instante bajamos volando la calle de la ciudad, Jefferson y yo sujetos con los cinturones de seguridad.

—¿Es su primer viaje a Nueva York? —preguntó el conductor.

—Sí, señor.

El taxista soltó una carcajada.

—Lo imaginaba. Parecían muy asustados cuando salieron de la estación. Pero no teman. No se metan en los asuntos de los demás —dijo— y todo irá bien.

—Uf. —Jefferson lanzó una risita ahogada.

El conductor dio unas cuantas vueltas, nos llevó por una calle muy larga, luego giró de nuevo por una esquina en la que había un restaurante y una floristería. Redujo la velocidad y finalmente se detuvo. Miré por la ventanilla hacia una hilera de edificios de aspecto destartado. La mayoría estaban descoloridos y las puertas de entrada cubiertas de pintadas. Los edificios eran grises y sucios; las ventanas de los pisos más bajos estaban cubiertas de polvo y mugre que se había endurecido después de la lluvia.

—Aquí es —dijo el taxista—. Son cinco cuarenta.

Saqué seis dólares y se los entregué.

—Gracias. —Salió del taxi y sacó nuestras maletas.

—¿Cuál es el ocho dieciocho? —pregunté mirando la numeración.

—Los números están un poco estropeados, pero si los mira de cerca verá el ocho dieciocho frente a usted, encanto. —Se metió en el taxi y se fue. Jefferson y yo nos quedamos en la acera y levantamos la vista hacia la puerta de la entrada del edificio en el que vivía mi padre.

—Vamos, Jefferson —dije levantando la maleta.

—No me gusta esto —protestó—. Es feo. ¿Y dónde está el parque para jugar? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Vamos, Jefferson —le ordené cogiéndole de la mano. A regañadientes, mi hermano levantó su maleta, me siguió hasta la puerta y atravesamos una pequeña entrada. En la pared había buzones de correo, y encima de cada uno los nombres de los usuarios. Encontré el nombre de Michael Sutton en el apartamento 3B. En cuanto vi el nombre me puse tan nerviosa que apenas podía moverme. Lentamente abrí la segunda puerta y entramos en la planta baja. A la derecha vi el pasillo, pero no el ascensor.

—No quiero subir escaleras, estoy cansado —protestó Jefferson cuando empecé a subir los escalones.

—Yo también —contesté—. Pero piensa que pronto podremos dormir en una cama.

Tiré de él y empezamos a subir las escaleras. Cuando llegamos al tercer piso, me detuve y miré a mi alrededor. Había un pasillo sucio y oscuro con una única ventanita en un extremo. Parecía como si nadie hubiera limpiado nunca aquellos cristales.

—Huele raro —dijo Jefferson haciendo una mueca.

Oía a moho y a rancio, pero no dije nada. En cambio, me adentré en el pasillo hasta que llegamos ante el 3B. Suspiré profundamente y toqué el timbre. No oí nada y volví a llamar. De nuevo no percibimos ningún sonido.

—A lo mejor no está —murmuré cuando unos ligeros golpecitos a la puerta. Oímos unos pasos, pero nadie abrió.

—Quizá no está en casa —sugirió Jefferson.

—No, acabo de hablar por teléfono —insistí y volví a dar unos golpes en la puerta, esta vez con más fuerza. Momentos después se abrió la puerta y se asomó una mujer rubia teñida, despeinada, mostrando unas anchas raíces negras y que llevaba puesta una camisa de hombre de color azul. Iba sin maquillar y tenía los ojos somnolientos. De un ángulo de la boca le colgaba un cigarrillo encendido.

—¿Qué? —preguntó.

—Soy... he venido a ver a Michael Sutton —expliqué.

—¿Eres la que ha llamado hace un rato? —preguntó con expresión huraña.

—Sí, señora.

—No te digo...

—¿Quién demonios es? —oímos que preguntaba un hombre.

—Uno de tus prodigios, tan ansiosa de convertirse en estrella que ha venido a despertarnos —contestó la mujer—. Entra. —Entonces pareció darse cuenta de la presencia de Jefferson—. ¿Has traído también a tu hermanito?

—Sí, señora.

—Haces de niñera, ¿eh? ¿Cómo es que lleváis maletas?

—¿Puedo ver a Michael?

Jefferson la miraba con asombro. Ella lo miró también, luego a mí, meneó la cabeza y se fue a otra habitación. Yo examiné la sala de estar. Había ropa tirada encima del sofá y de las sillas, tazas sucias en la mesita del café y algunos platos en un extremo de la mesa. La alfombra, descolorida, tenía muchas manchas y pequeños agujeritos de colillas de cigarrillos. A la derecha había un piano viejo con la banqueta tan gastada que había perdido casi todo su color. Encima del piano había una partitura de música abierta y un vaso con algo de líquido dentro. Las persianas de la ventana estaban casi totalmente echadas, permitiendo que entrara tan sólo un poco de la luz gris.

Entonces apareció mi padre vistiendo unos tejanos viejos y abotonándose la camisa. Iba sin zapatos y parecía como si acabara de levantarse de la cama. Llevaba los cabellos, de color gris, largos y despeinados con mechones que le caían sobre las cejas y las sienes. No se había afeitado y su cara era de un tono ceniciento y muy delgada, casi demacrada, con ojos azules embotados por el sueño. Se echó ligeramente hacia atrás y sus estrechas espaldas se enderezaron un poco. Se metió la camisa dentro del pantalón mientras nos miraba atentamente.

Mi corazón dio un brinco. Aquél no era ni mucho menos el misterioso hombre de mis sueños. Ese hombre no se parecía en nada a un astro de la música. Parecía imposible que alguna vez hubiese sido una celebridad. En su rostro no había fuerza, ni confianza, ni esperanza. Este hombre parecía seco, perdido, vacío. Me resultaba increíble que aquellos dedos tocaran el piano o que aquella boca húmeda con los labios relajados hacia abajo hubiera emitido nunca agradables sonidos musicales.

¿Dónde estaban aquellos cabellos oscuros y sedosos y los elegantes ojos color zafiro que, según mi madre, bullían con destellos de picardía? ¿Y aquellos poderosos hombros?

Nos pasó revista a Jefferson y a mí y entonces se llevó las manos a las caderas.

—¿Y bien? ¿Qué quieres?

—Este es Jefferson —dije señalando a mi hermano—. Y yo me llamo Christie. — Esperé un momento para ver su reacción, pero no se produjo ninguna.

—¿Ah, sí? ¿Te ha enviado alguien aquí para las clases?

—No, señor. Soy Christie Longchamp.

—¿Longchamp? —Abrió ligeramente los ojos y se rascó la nuca—. ¿Longchamp?

—Sí, señor. Mi madre se llamaba Dawn.

La mujer que nos había, abierto la puerta salió de detrás de mi padre y se apoyó contra la pared, todavía con el cigarrillo en la boca.

—¿Dawn? Eres...

—Sí. Soy tu hija —anuncié finalmente. Qué extraño sonaba eso y que raro era tener que decirle a un hombre que era mi padre. Sus ojos se abrieron todavía más.

—¿Quién ha dicho que es? —preguntó la mujer que estaba a su espalda con un tono divertido en la voz.

—Callare —repliqué el sin mirarla—. ¿Eres la pequeña Christie? Claro, claro —dijo asintiendo y luego, finalmente sonrió—. Sólo con mirarte ya me doy cuenta. Tienes su misma cara. Bien, bien, bien... —Se enderezó un poco y se echó los cabellos hacia atrás con la palma de las manos—. Y éste es tu hermanito, ¿eh?

—Sí.

—No puedo creerlo. Uau —sacudió la cabeza y sonrió—. Uau. —Se dirigió a la mujer que estaba a su espalda—. Mi hija —anunció—. No está mal, ¿eh?

—Impresionante —dijo ella echando al suelo la ceniza del cigarrillo.

—Bien, ¿y qué estáis haciendo aquí? Quiero decir... ¿cómo habéis venido? —preguntó.

—En autobús.

—No me tomes el pelo. Habéis venido los dos solos y vuestra madre os lo ha permitido, ¿eh?

—Mi madre... y papá murieron en un incendio —contesté tan rápidamente como pude.

—¿Incendio? —meneó la cabeza—. ¿Qué incendio?

—El hotel se incendió y ellos quedaron atrapados en el sótano —expliqué. Hablar de aquello hacía que se me llenaran los ojos de lágrimas, lágrimas que me nublaban la vista.

—Bueno, ya entiendo. Qué horror. Así que el hotel ya no existe.

—Mi tío lo está reconstruyendo —expliqué. No podía imaginar por qué aquello era tan importante para él. ¿Por qué no le preocupaba más lo que le había sucedido a mamá?

—Ah, claro. Debía de estar asegurado. Así... tu madre... ha muerto. —Meneó la cabeza y miró a la mujer—. ¿Por qué no haces un poco de café? —Ella hizo una mueca como si le hubiera pedido que hiciera una gran hazaña y, a regañadientes, se fue a la cocina—. Ella es... ella es... Catherine. Es cantante en uno de los estudios de la ciudad. Ahí —añadió dirigiéndose al sofá y sacando algunas ropas—, puedes sentarte. Cuéntame cosas de ti. ¿Cuántos años tienes? —preguntó mientras Jefferson y yo nos acomodábamos en el sofá.

—Tengo dieciséis. —¿Cómo podía ignorar la edad que tenía?

—Oh, claro. Y él... —Hizo un gesto señalando a Jefferson.

—Jefferson tiene nueve —contesté.

—Casi diez —añadió él.

—Bien, ya es una edad madura. —Se burló mi padre, pero Jefferson no sonrió, simplemente se lo quedó mirando atentamente con aquella característica mirada fija que ponía nerviosas a ciertas personas. Mi padre soltó una carcajada y se sentó en una silla sin preocuparse de retirar la camisa que había en el respaldo.

—Sí... ha debido de ser horrible para vosotros... un incendio del que ellos no pudieron salir. —Movié la cabeza—. Tu madre era algo más que una hermosa mujer con talento. Yo pude haber hecho de ella una estrella de la canción, pero... —Se encogió de hombros—. ¿Y quién se encarga de vosotros, chicos? ¿Vuestro tío?

—No —repose apresuradamente—. No queremos vivir con él.

—¿Ah, no? —Se inclinó hacia adelante—. ¿Y por qué no?

—Él y tía Bet no se portan bien con nosotros —dije. Mi padre captó algo en mi expresión o en mi tono porque entrecerró los ojos mientras sopesaba mis palabras. De mirada sagaz, parecía conocer todas las perversidades y las trampas de este mundo.

—Ya veo.

—Y tampoco Richard y Melanie —añadió Jefferson.

—¿Quién?

—Sus hijos, los gemelos.

—Oh, oh. —Su mirada se deslizó hasta nuestras maletas—. Esperad un momento para que lo entienda. Os habéis marchado y habéis venido hasta aquí en autobús. —Yo asentí—. ¿Y tu tío lo sabe?

—No. Nos hemos escapado —dije.

—Oh, ya comprendo. ¿Y cómo diste conmigo? —preguntó con interés.

—Porque he llamado a todos los Michael Sutton hasta que te encontré.

Mi padre soltó una carcajada.

—Bien —dijo dando una palmada—, muchachos, tenéis que volver. No podéis

escaparos así. Todo el mundo debe de estar preocupado por vosotros.

—No volveremos nunca —dije con firmeza.

—Mira, querida, no esperarás... —Sonrió—. No imaginarás que puedes vivir aquí conmigo, ¿verdad? —Yo no contesté y él comprendió. La sonrisa desapareció de su rostro, se apoyó en el respaldo de la silla y se quedó mirándonos durante unos instantes—. ¿Cuánto dinero has traído? —preguntó.

—Sólo me quedan veintitrés dólares —contesté.

—Veintitrés... —Meneó la cabeza—. Bien, ¿y tu herencia? Debes de haber heredado algo.

—No lo sé —dije—. No me preocupa.

—Pues debería preocuparte. Es tuya. No puedes permitir que tu tío se la quede. Seguro que existen documentos legales. Seguro. Debes volver y dentro de unos años tendrás tu parte del hotel, de la propiedad y...

—No me importa el hotel. No puedo volver —dije con vehemencia. Quería contárselo todo, pero era como hablar con un perfecto desconocido y me era imposible describirle todo lo que tío Philip me había hecho.

—Aquí no puedes vivir, querida. No tengo una habitación para ti y, además, no tengo obligación de albergar también a tu hermano. Si te separaras de él... —añadió.

—¿Separarme? —La mano de Jefferson buscó la mía rápidamente—. No, nosotros nunca nos separaremos —dije con firmeza.

—Y no deberías hacerlo. Por eso te digo que tienes que volver. Dentro de unos años, cuando cumplas los dieciocho o cuando hayas recibido la herencia, llámame e iré a buscarte —dijo sonriendo—. Te lo aseguro. Y entonces tendremos una relación normal entre padre e hija. ¿De acuerdo?

Yo no contesté y, con desagrado, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—El café está listo —dijo la mujer desde la puerta—. No lo voy a servir —añadió, clavando su mirada en mí—. Venid a buscar vuestras tazas.

—No quiero café —dije.

—Yo necesito una taza. No sé si tenemos un poco de leche y galletas. Voy a ver. —Mi padre se levantó—. ¿También cantas? —me preguntó.

—No. Toco el piano —contesté.

—Fantástico. Antes de que te vayas, toca algo. Sería estupendo, ¿verdad, Catherine?

Catherine hizo una mueca.

—No olvides que tenemos que ir a ver a Mr. Ruderman.

—Oh, sí. He tenido un pequeño problema con la IRS y hoy tengo que ver a mi contable. Nada serio, espero. Voy a buscar un poco de café —dijo dirigiéndose a la cocina. Jefferson y yo los oímos hablar entre susurros.

—No me gusta esto —me dijo Jefferson.

—A mí tampoco —contesté.

Sentía el corazón tan pesado que, por un instante, pensé que me caería dentro del estómago. ¿En qué había estado pensando para venir a esta casa?, me pregunté. Sin duda se debía a mi desesperación, y ahora todo lo que me quedaba eran veintitrés dólares.

—Vamos, Jefferson —dije levantándome.

—¿Adonde vamos a ir?

—A algún sitio donde podamos comer algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó cogiendo de inmediato su maleta.

—Eh —dijo mi padre surgiendo en el umbral de la puerta de la cocina—. ¿Adonde vais?

—Creo que tienes razón, volvemos a casa.

—Claro. Es lo más inteligente. Espera un poco y aguarda a recibir tu herencia. ¿Tienes billete de vuelta? —preguntó y yo asentí, aunque no lo teníamos.

»Espera un momento —dijo buscando algo en su bolsillo—. Toma un poco de dinero. —Y me entregó un billete de cinco dólares.

—Creo que es todo lo que tienes, ¿cómo vamos a ir al centro? —preguntó Catherine acercándose a él rápidamente.

—Tranquila. Cogemos el metro —contestó.

—¡El metro! —gimió.

—Adiós —dije yo apresuradamente dirigiéndome hacia la puerta. Jefferson salió en cuanto yo la abrí. Miré hacia atrás por última vez. Mi padre estaba allí, sonriendo. No fue hasta que cerré la puerta, bajé las escaleras y volví a la calle que me di cuenta de que él no me había dado un beso, ni al recibirme ni al despedirme.

Fue como si nunca nos hubiéramos conocido.

Había empezado a llover, esta vez con más fuerza, las gotas nos golpeaban la cara y rebotaban en la acera y en la calle. Apreté a Jefferson contra mí y me dirigí a la esquina donde había visto aquel restaurante. Al doblarla, nos envolvieron el viento y la lluvia. Finalmente entramos en el restaurante y nos sacudimos el agua. Teníamos las cabezas empapadas y, cuando nos sentamos, pudimos secarnos la cara y las manos con unas servilletas de papel. Yo tenía poco apetito, pero Jefferson estaba hambriento y comió todo lo que le sirvieron en el plato e incluso algo del mío. Cuando pagué pude comprobar que sólo me quedaban poco más de diez dólares. Me quedé allí mirando a través de la ventana, preguntándome qué haríamos después.

—¿Adonde iremos ahora? —preguntó Jefferson—. Podríamos ir a un cine. O buscar un sitio para jugar.

—Jefferson, por favor. Tenemos que pensar en cosas más importantes.

—Tengo que lavarme los clientes. Mrs. Boston me decía que me los limpiara

después de cada comida.

—Mrs. Boston —dije sonriendo al recordarla—. No se me había ocurrido ir a vivir con ella.

—Vamos, me gustaría mucho. —A Jefferson le gustó la idea.

—No podemos, Jefferson. No forma parte de nuestra familia. Tendría que devolvernos a casa. Y mucho me temo que vamos a tener que hacerlo —dije con tristeza. Observé que había dejado de llover y pensé que sería mejor salir antes de que volviera a empezar—. Vamos.

Una vez en la calle busqué un taxi. Había uno aparcado, pero el conductor parecía dormido. Abrió los ojos cuando se sintió observado.

—Estoy ocupado —dijo.

—¿Qué tenemos que hacer para encontrar uno? —pregunté.

—Llamarlo con la mano, querida —explicó. A Jefferson aquello le gustó, era la primera oportunidad de hacer algo divertido. Se dirigió al extremo de la acera y se dedicó a llamar a los taxis que iban y venían. Finalmente se detuvo uno ante nosotros.

—A Port Authority, por favor.

Esta vez colocamos las maletas en los asientos traseros, con nosotros. El trayecto de vuelta fue tan agitado como lo había sido el de ida y el precio fue el mismo. Con algo más de diez dólares en el bolsillo, volvimos a entrar en la gran estación. Esperaba que nos dieran los billetes del autobús para abonarlos en Cutler Cove a nuestra llegada, pero en la taquilla, cuando expliqué mi situación, me dijeron que no podían hacer nada.

—Ve a buscar un policía —me sugirió el hombre—. El siguiente, por favor.

Nos alejamos de la ventanilla y cruzamos lentamente el enorme vestíbulo hasta llegar a una hilera de bancos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jefferson sentándose a mi lado.

—Necesito pensar.

—Yo también —contestó cerrando los ojos.

No quería llamar a tío Philip y tía Bet y pensé que lo mejor sería telefonar a Bronson. Odiaba tener que darle nuevas preocupaciones después de lo mucho que había sentido la muerte de la abuela Laura, pero no se me ocurría a quién más podía recurrir.

—Espera aquí, Jefferson, mientras voy a llamar por teléfono —dije. Mi hermano asintió, cerró los ojos y se apoyó en su maleta.

Mientras me dirigía a las cabinas de teléfono, el recuerdo de lo que me había hecho tío Philip volvió a mi memoria con particular intensidad. Oí su voz, sentí sus dedos en mi cuerpo y... sólo el pensar en todo ello me aterrorizó. La idea de volver a Cutler Cove y vivir otra vez con tío Philip y tía Bet me amedrentaba. No podía volver, no, no podía hacerlo. Así, cuando descolgué el auricular y empecé a marcar,

cambié de opinión y llamé a Gavin.

—No puedo contártelo todo por teléfono, Gavin —dije—, pero he tenido que escapar de tío Philip.

—¿Dónde estás? —preguntó después de un breve silencio.

—Estoy en Nueva York con Jefferson.

—¡En Nueva York!

Le hablé de mi genitor y le conté lo desagradable que fue la visita, sobre todo cuando le dije que no tenía dinero.

—Si se lo has dicho a tu padre, probablemente llamará a tío Philip —me dijo Gavin—. ¿Qué es eso tan terrible que no me puedes contar por teléfono? —preguntó.

—Sucedió por la noche, Gavin. En mi habitación —le dije tragándome las lágrimas. Hubo un largo silencio.

—No te muevas. Espera a que venga.

—¿Vas a venir a Nueva York?

—Ahora mismo. ¿Puedes esperar ahí hasta que llegue? —preguntó.

—Oh, sí, Gavin, sí.

—Estaré ahí, Christie... tan pronto como pueda —me prometió.

Colgué y volví a donde se encontraba Jefferson para decírselo.

—Estupendo —fue su respuesta—. A lo mejor hacemos algo divertido.

—Todavía no sé lo que haremos, Jefferson, pero al menos... al menos Gavin estará aquí —dije con renovada esperanza—. Hasta que venga, tendremos que esperar. Pasarán horas y horas. Vamos, te compraré una libreta para colorear y lápices de colores.

—Y plastilina. Quiero hacer unos soldados.

—Veremos lo que cuesta, porque también necesitamos un poco de dinero para comer.

—¿No habrá llegado Gavin a la hora de comer? —preguntó.

—No. Vamos a tener que esperar mucho, así que no empieces a lloriquear y a quejarte como un bebé.

—No soy un bebé.

—Bien, vamos. Compraremos la libreta. —Había una tienda de juguetes y juegos de viaje. Todo era más caro de lo que había imaginado y sólo le pude comprar una cajita de colores y una pequeña libreta. Me quedaban seis dólares y esperaba que Rieran suficientes para una cena decente. Jefferson y yo nos dirigimos a uno de los extremos del gran vestíbulo y nos sentamos en uno de los bancos. Durante un rato la libreta y los lápices de colores mantuvieron ocupado a mi hermano, pero pronto se cansó y empezó a quejarse.

—¿Puedo ir a dar un paseo?

—Sí, pero no te alejes demasiado. Es un sitio muy grande y puedes perderte —le

advertí.

—No me alejaré —me prometió. Yo estaba muy cansada y no me apetecía discutir con él.

—Pasea por ahí —dije señalando—, y quédate donde yo pueda verte.

—De acuerdo. —Se levantó y fue a mirar los pósters y a la gente que caminaba apresuradamente de un sitio a otro. Le vi mirar a la gente y sonreí para mis adentros cuando una anciana se detuvo a hablar con él. Le dio una palmadita en la cabeza y siguió su camino. Jefferson se volvió a mirarme y se alejó un poco más.

—¡Jefferson! —grité, pero él no me oyó. Mientras pudiera verle, pensé, no pasaría nada. Pero mis ojos estaban tan cansados y mis párpados me pesaban tanto que tenía que esforzarme por mantenerlos abiertos. La dura prueba de la noche anterior, el viaje y la decepción que recibí al conocer a mi padre natural me habían fatigado demasiado. Era como si me hubiese metido en un pozo de agotamiento y me fuera hundiendo cada vez más hasta que este agotamiento me cubriera la cara. Cerré los ojos diciéndome que sólo sería un momento, pero en cuanto lo hice, el sueño se apoderó de mí y me incliné a un lado, deslizándome, deslizándome, deslizándome hasta apoyar cómodamente la cabeza en mi maleta.

De repente me desperté sobresaltada. A una cierta distancia había un hombre mirándome. Llevaba una chaqueta sucia, pantalones mugrientos y unos zapatos atados con unos trapos para mantenerlos sujetos y tapar los agujeros de las suelas. Tenía las manos en los bolsillos y observé que sus dedos se movían debajo de la tela. Parecía como si tuviera dos ratones en los pantalones. Yo me enderecé rápidamente. El hombre sonrió descubriendo una boca desdentada. Iba sin afeitarse y en la barbilla y en las mejillas tenía como parches de barba cerdosa y mostraba un cabello enmarañado, con algunos mechones pegados en la frente y en las sienes. El ritmo del movimiento en sus bolsillos se incrementó y su lengua entraba y salía de sus labios como si fuera un diminuto animal intentando liberarse y escapar.

Me levanté, asustada. ¿Dónde estaba Jefferson? Había poca gente moviéndose por el vestíbulo, así que pude ver con claridad que no se encontraba donde se suponía que debía estar. Sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

—¡JEFFERSON! —grité.

Volví a mirar al hombre, que se había acercado unos pasos, y fue entonces cuando observé que tenía abierta la cremallera de los pantalones. Durante un instante el pánico me dejó paralizada. Luego di media vuelta y me alejé rápidamente atravesando el vestíbulo y salí en busca de Jefferson.

Primero fui hacia la entrada, esperando verle allí contemplando las idas y venidas de la gente, pero no estaba cerca de las puertas. Con el corazón desbocado y la cara congestionada por el miedo, contemplé el inmenso vestíbulo. Me dirigí a la derecha y me detuve en cada tienda y en cada quiosco, pregunté a los clérigos que veía o a la

gente que pasaba si habían visto a un muchacho que respondiese a la descripción de Jefferson. Nadie lo había visto.

Cada vez me sentía más arrastrada por el pánico y los latidos del corazón eran ahora más fuertes y más acelerados. Estaba segura de que en cualquier momento me iba a desmayar. Finalmente, vi a un policía y me dirigí hacia él.

—He perdido a mi hermano —le dije llorando—. ¡Lo he perdido!

—Vamos, tranquila —me contestó. Era un hombre alto de cabello castaño claro y unos ojos verdes de expresión amistosa—. ¿Quieres decir que has perdido a tu hermano?

—Estábamos sentados en aquellos bancos del fondo, él se ha ido a dar un paseo y yo me he quedado dormida. Cuando me he despertado, ya no lo he visto —lloriqueé.

—Tranquila, tranquila. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve, casi diez.

—Humm, humm. ¿Y tú?

—Tengo dieciséis.

—¿Habíais estado antes aquí?

—No, señor.

—Entonces no conoce todo esto —dijo más bien para sí mismo que para mí—. Bien, muéstrame dónde lo viste por última vez. —Yo le llevé hasta los bancos del fondo. Aquel hombre horrible se había ido—. Estaba por aquí y entonces...

De repente Jefferson apareció en un recodo.

—¡JEFFERSON! —grité corriendo hacia él—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué te has alejado y no te has quedado por aquí como te había dicho?

—He ido al baño —respondió, sorprendido por mi reprimenda. Entonces vio al policía.

—¿Qué hacéis los dos aquí? —preguntó el policía.

—Estamos esperando a alguien —contesté.

—Bien, bien, está bien, jovencito —dijo el policía agitando el dedo ante Jefferson—. Debes quedarte aquí para que tu hermana pueda vigilarte, ¿de acuerdo?

Jefferson asintió, con los ojos muy abiertos.

—Por aquí hay gente muy mala que a veces se lleva a los niños —advirtió ante la expresión de asombro de Jefferson.

—Bueno, ya está, muchas gracias —dije poniendo mi brazo alrededor de los hombros de Jefferson—. Ahora volveremos allí y... ¡oh, no! —exclamé—. ¡Oh, no!

—¿Qué sucede ahora? —preguntó el policía, enderezándose y llevándose las manos a las caderas.

—¡Nuestras maletas y mi bolso!

—¿Las dejaste aquí cuando te fuiste a buscar a tu hermano? —preguntó el policía con incredulidad.

—Tuve tanto miedo al perder antes de vista a mi hermano que...

—¿De dónde sois?

—De Virginia —contesté sin poder contener las lágrimas.

—Hombre, hombre —dijo el policía echándose la gorra hacia atrás. Sacó el cuaderno de notas del bolsillo trasero y lo abrió—. Vamos a ver, nombre y dirección.

—Yo le di mis datos—. ¿A quién estáis esperando? —preguntó. Miré a Jefferson.

—A mi hermano —contesté rápidamente.

—Muy bien. Dame una breve descripción de lo que habéis perdido —dijo y yo le describí nuestras maletas y mi bolso.

—Había un hombre horrible mirándome antes de que empezara a buscar a Jefferson.

—Humm, humm. Bien, hay unos cuantos por aquí, pero de todas formas dame su descripción. —Y yo así lo hice.

—Bien, haré un informe, pero te aconsejo, jovencita, que no te muevas del sitio donde debéis reuniros con vuestro hermano.

—No lo haremos —le prometí mientras volvía con Jefferson al banco. Hasta el cuaderno y los lápices de colores habían desaparecido.

—¿Quién se ha llevado nuestras cosas? —preguntó Jefferson.

—No estoy muy segura —dije en voz baja. Me sentía como drogada, desilusionada, abrumada por un peso mayor del que podía soportar.

—Tengo hambre —se quejó Jefferson—. ¿Cuándo podremos cenar?

—¿Cenar? Todo nuestro dinero ha desaparecido, Jefferson. Mi bolso ha desaparecido, ¿recuerdas?

—Pero estoy hambriento —gimió.

—Y yo también, pero nadie nos dará nada sin dinero.

—Podemos decirles que ya les pagaremos mañana —sugirió.

—A esta gente no, Jefferson. No nos conocen; esto es Nueva York. Mamá tenía razón. —Lo rodeé con el brazo y lo acerqué a mí—. Durmamos un poco e intentemos no pensar en ningún tipo de comida hasta que venga Gavin.

Las lágrimas, que me quemaban los ojos, comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

—No llores, Christie —dijo Jefferson—. Gavin vendrá pronto.

—Sí. —Sonreí a través de las lágrimas—. Gavin vendrá. —Besé a mi hermano y seguí abrazándolo.

Afortunadamente, nos quedamos dormidos el uno en brazos del otro.

ALGUIEN EN QUIEN CONFIAR

—Menos mal que os encuentro —gritó Gavin.

Cuando abrí los ojos y levanté la vista lo vi sonriéndome con las manos en las caderas y la maleta a sus pies. Llevaba unos pantalones de algodón azul oscuro y una camiseta blanca bajo una chaqueta ligera de algodón de color negro. Aunque no había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto, me pareció más alto y más mayor.

Jefferson siguió durmiendo con la cabeza apoyada en mi regazo. Estaba tan exhausto que se había ido deslizando sobre el banco y, al igual que yo, se había sumergido en un profundo sueño. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido, pero al parecer era muy tarde. Había muy poca gente moviéndose en el interior del vestíbulo de la estación. Me froté los ojos para despejarme.

—Gavin, qué contenta estoy de verte —dije.

—He estado un buen rato buscándote y buscándote. Ya casi había perdido la esperanza, porque había pasado por aquí y como estáis en el banco del fondo no os había visto. Afortunadamente he decidido echar un último vistazo.

Yo asentí y todo lo que había sucedido se me vino encima: lo que había hecho tío Philip, la huida, el autobús hasta Nueva York, la horrible experiencia de la visita a mi padre, la desaparición de Jefferson en Port Authority y el robo de nuestras pertenencias. Ante la sorpresa de Gavin me eché a llorar, las compuertas que reprimían mis lágrimas se abrieron por completo y mis sollozos y temblores despertaron a Jefferson.

—Oh, Christie —dijo Gavin sentándose rápidamente a mi lado—. Pobre Christie. —Me rodeó los hombros con su brazo y yo escondí la cara en su pecho con el cuerpo sacudido por los sollozos—. Ahora todo irá bien. Todo irá bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Jefferson, frotándose somnoliento la cara con la palma de las manos. Entonces se dio cuenta de que Gavin estaba con nosotros—. ¡Gavin!

—Eh, Jefferson, ¿cómo te va? —Gavin pasó los dedos juguetonamente por los desordenados cabellos de Jefferson.

—Estoy hambriento —declaró mi hermano inmediatamente—, y no tenemos dinero para comer —añadió frunciendo el ceño.

—¿No tenéis dinero? ¿Qué ha pasado? —preguntó Gavin mirándome.

Lentamente aparté la cabeza de su pecho para contarle las desafortunadas experiencias en Nueva York y cómo al final habíamos perdido todo lo que poseíamos y todo nuestro dinero. Gavin meneó la cabeza y apretó la boca con una expresión que

significaba que él se iba a hacer cargo de todo.

—Bueno, lo primero que haremos será ir a comer algo caliente. Allá al fondo hay un pequeño restaurante, lo he visto cuando os estaba buscando. Vamos —nos urgió—, si comes algo caliente te sentirás mejor. —Con el dorso de la mano me enjugó las lágrimas suavemente y sonrió.

—Y también se llevaron lo que Christie acababa de comprarme —se quejó Jefferson—. ¿Puedo tener otro cuaderno?

—Ya veremos, Jefferson. Cada cosa a su tiempo —dijo Gavin.

Qué fuerte y seguro me parecía y qué feliz me hacía estar a su lado. Mi corazón latía suavemente y sentí que la tensión y el miedo que me habían dominado en el banco abandonaban ahora mi cuerpo.

Tomé de la mano a Jefferson y Gavin, a su vez, tomó mi otra mano. Cogió su maleta y nos llevó al restaurante. Una vez encargamos la comida, Gavin nos contó que había salido de su casa inmediatamente después de mi desesperada llamada telefónica.

—He escrito una nota, la he dejado encima de la nevera y me he ido. Papá se habrá disgustado, pero mamá se encargará de tranquilizarlo. Les he prometido llamarlos en cuanto pueda. No les he dicho que os habíais escapado —añadió rápidamente—, pero Philip puede llamarlos o ellos a él. ¿Y ahora quieres contarme algo más de lo que ha sucedido? —preguntó—, ¿y por qué te has escapado?

Dirigí la mirada a Jefferson e hice un gesto con la cabeza.

—Luego —dije en voz baja. Gavin asintió comprensivo.

A Jefferson comer caliente le dio ánimos y lo puso contento. Describió nuestro viaje, habló con todo detalle de la gente que ocupaba el autobús, de las cosas que había visto, de nuestros viajes en taxi por Nueva York y el policía que lo había reprendido por alejarse de mi lado.

Cuando estábamos acabando de comer, Gavin planteó la pregunta más obvia e importante.

—¿Y qué has pensado hacer?

—No quiero volver a Cutler s Cove, Gavin —dije con firmeza, entornando los ojos con determinación. Gavin me examinó durante unos instantes y luego se recostó en su asiento.

—Bueno, tengo el dinero que guardaba para el viaje, pero no va a durar siempre. ¿Adónde quieres ir? ¿Qué quieres hacer?

Lo medité durante unos instantes. Tía Trisha estaba fuera, mi padre natural era un desastre, pero había un sitio. Yo había estado allí en una ocasión con mis padres, aunque era tan pequeña que apenas lo recordaba. A veces papá y mamá hablaban de él y la dulce tía Charlotte.

—Quiero ir a Lynchburg, Virginia, y de allí a The Meadows —declaré.

—¿The Meadows? —Gavin alzó las cejas, interesado.

—Es la antigua plantación de la familia, ¿recuerdas? Te la he mencionado en alguna carta. Es donde la abuela Cutler y la desagradable tía Emily, la hermana mayor, le hicieron la vida imposible a mamá. Allí es donde yo nací. ¿Te acuerdas ahora?

Gavin asintió lentamente.

—Cuando la odiosa Emily murió mis padres visitaron a tía Charlotte. Una vez fui con ellos. Apenas recuerdo la visita, pero sí recuerdo a tía Charlotte y a Luther, su marido. Me dio algo que todavía guardo, un bordado con un canario en una jaula. Ella lo dibujó e hizo todo el trabajo. Oh, es un lugar perfecto para nosotros, Gavin —dije, excitada ante aquella idea—. Nadie pensará buscarnos en ese sitio.

—Lynchburg, hum —dijo Gavin pensativo.

—The Meadows está casi a ochenta kilómetros, en un pequeño caserío que se llama Upland Station. Recuerdo que los autobuses no llegan hasta allí. Es un lugar muy pequeño. ¿Tienes dinero suficiente para comprar los billetes de autobús hasta Lynchburg? —pregunté—. Quizá luego podamos coger un taxi para hacer el resto del camino.

—No lo sé, primero tenemos que enterarnos de lo que cuestan los billetes. Oye, Christie, no tienes ropa... Jefferson tampoco, no crees que...

—No quiero volver a Cutler s Cove —repetí, con intensa expresión de enfado y determinación—. Ya encontraremos la manera; seguro que la encontraremos. Encontraré un trabajo y ganaré algún dinero. Haré cualquier cosa para no volver —añadí con seguridad—. Lavaré platos, fregaré suelos, cualquier cosa. —Impresionado por mi resolución y tenacidad, Gavin se encogió de hombros.

—Muy bien, espera a que averigüe el precio de los billetes —dijo.

—¿Puedo comprar un juguete nuevo? —preguntó Jefferson rápidamente. Ya se había acabado la leche y se había comido hasta las miguitas de su pastel de manzana.

—Ya veremos —contestó Gavin.

Tenía dinero suficiente para comprar los billetes hasta Lynchburg y aún le sobraron veintisiete dólares. Cuando le dijimos a Jefferson que necesitábamos hasta el último penique para comer y para el taxi que nos llevaría hasta The Meadows, mi hermano gimoteó. Finalmente Gavin lo consoló con un juego de cartas muy barato y con la promesa de que le enseñaría muchos trucos durante el viaje.

Tuvimos que esperar otra hora antes de que pudiéramos subir al autobús. Gavin y Jefferson fueron al cuarto de baño, luego lo hice yo y después nos sentamos en un banco de la sala de espera. Jefferson empezó a jugar con las cartas y, mientras estaba distraído, le conté a Gavin lo que me había hecho tío Philip, evitando los detalles más desagradables. Gavin me escuchó y, a medida que yo le iba contando, él fue abriendo más y más los ojos. Vi cómo la expresión de su cara cambiaba de la sorpresa a la

piedad y luego a la indignación, cuando yo rompí a llorar otra vez, con unas lágrimas ardientes que me quemaban los ojos.

—Deberíamos volver y contárselo todo a la policía; sería lo más correcto —dijo Gavin con unos ojos tan llameantes que me recordaron el mármol negro pulimentado.

—No quiero, Gavin. No quiero tener nada más que ver con él ni con mi tía o esos horribles primos —gemí—. Además, ellos siempre encuentran el modo de confundir las cosas y acusarnos a Jefferson y a mí de todo lo malo que sucede. Lo que deseo es alejarme totalmente de ellos. Será lo mejor, siempre y cuando esté contigo —añadí.

Enrojeció durante unos instantes y luego adquirió una expresión de seguridad y de madurez que me recordó a papá, sobre todo por la manera de echar los hombros hacia atrás y levantar la barbilla.

—Nadie te volverá a hacer daño, Christie, nunca más, no mientras estés conmigo —me prometió. Yo le sonreí y me colgué de su brazo y apreté mi mejilla contra su hombro.

—Me hace muy feliz que hayas podido ayudarnos, Gavin. Ya nada me da miedo. —Cerré los ojos y sentí su aliento en mi cabello y luego sus labios. Sonreí y me relajé. Repentinamente, me sentí llena de nuevas esperanzas.

Como Gavin estaba con nosotros y logró distraer a Jefferson, el viaje a Lynchburg transcurrió mucho más rápido de lo que era previsible. Mantuvo a Jefferson ocupado contando cartas o postes de teléfono. Elegíamos un color y acumulábamos puntos cada vez que aparecía el color elegido. La lluvia que nos había seguido hasta Nueva York se había desplazado hacia el mar, y durante la mayor parte del viaje gozamos de un cielo azul y de unas suaves nubes de algodón. Si embargo, aunque habíamos salido a primera hora de la mañana, las paradas y los retrasos nos hicieron prever que llegaríamos a Lynchburg a primera hora de la noche. Tan sólo comimos un poco con la idea de ahorrar la mayor cantidad de dinero posible. Gavin nos aseguró que no tenía apetito y sólo comió una barrita dulce, pero cuando llegamos a nuestro destino sólo nos quedaban dieciocho dólares y treinta centavos.

Al salir de la estación de autobuses encontramos a dos taxistas apoyados en sus vehículos, charlando. Uno de ellos era un hombre alto y delgado de cara estrecha y nariz afilada; el otro era más bajo, y parecía más suave y amistoso.

—¿Upland Station? —preguntó el taxista más alto—. Está a unos ochenta kilómetros. Les costará cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? No tenemos tanto —dije con tristeza.

—¿Cuánto lleváis encima? —preguntó.

—Dieciocho —contestó Gavin.

—¡Dieciocho! Vamos, no encontraréis a ningún taxista que os lleve a Upland Station por ese dinero. —La respuesta casi hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. ¿Qué podíamos hacer ahora?

—Esperad —dijo el otro taxista cuando empezábamos a alejarnos de allí con tristeza—. Yo vivo a treinta kilómetros en aquella dirección y ya es hora de volver a casa. La distancia que falta os la cobraré a dieciocho dólares.

—Qué no hará Joe por una jovencita —dijo con acritud el taxista alto.

—Muchas gracias, señor.

Entramos en la parte trasera del coche. Era un taxi viejo con asientos rotos y ventanillas sucias, pero al menos era un vehículo.

—¿A quién conocéis en Upland Station? Ese sitio es como una ciudad fantasma —preguntó el conductor.

—A Charlotte Booth. Es mi tía. Vive en una antigua plantación que se llama The Meadows.

—¿The Meadows? Sí, ya sé, pero ahora no puedo subir hasta allí porque estropearía los amortiguadores y los neumáticos del coche. Tendréis que subir desde la carretera —dijo.

Luego habló de cómo se iban muriendo las pequeñas poblaciones, de la economía, de los cambios del Sur y de por qué las cosas ya no eran lo que habían sido cuando él era joven en Lynchburg.

Aunque no había luna, el cielo estrellado brillaba lo bastante para que pudiéramos ver algo del paisaje mientras lo atravesábamos, pero una media hora después de dejar la estación de autobuses, empezaron a aparecer unas nubes oscuras que se movían como una cortina que nos separara del cielo. Las granjas y los pueblecitos que encontramos a lo largo del camino estaban muy alejados los unos de los otros. Sentí como si estuviera abandonando el mundo real y entrara en un mundo de sueños mientras la oscuridad aumentaba y se cernía sobre la carretera, delante de nosotros. Las casas deshabitadas y los establos se ocultaban en ese halo de oscuridad y sólo de vez en cuando podíamos ver su silueta recortada contra un pequeño grupo de árboles o en una solitaria elevación del suelo, o en las casas todavía pobladas que parecían como perdidas y pequeñas. Imaginé a unos niños de la edad de Jefferson con temor de mirar afuera, a las tinieblas, que parecían deslizarse por el suelo fuera cual fuese el viento que soplara sobre el tejado y a través de cada rincón y cada abertura.

Jefferson se acercó a mí. Ningún coche se cruzó con el taxi, parecía como si estuviéramos caminando por el borde del precipicio del mundo. La radio del taxi crujía a causa de las interferencias. El taxista la golpeó varias veces, protestó pero al cabo de un rato la apagó y viajamos en relativo silencio hasta que finalmente apareció una señal indicando Upland Station.

—Es aquí —anunció nuestro conductor—. Upland Station. Si pestañeáis no lo encontraréis —dijo riendo.

Ya no me acordaba de lo pequeño que era. Con el almacén, correos y el pequeño restaurante cerrado, parecía un pueblo fantasma. El taxista avanzó un poco más y se

detuvo a la entrada de la avenida que conducía a The Meadows. Había dos pilares de piedra coronados con una bola de granito, pero había crecido maleza y hierbas entre los pilares, como si nadie hubiera pasado por allí durante años y años.

—Ya no puedo seguir —dijo el conductor del taxi—. La antigua plantación de The Meadows está a una media milla de la entrada.

—Gracias. —Gavin le dio el dinero que nos quedaba.

Salimos del coche y el taxista reanudó su marcha. Como el cielo estaba cubierto, nos dejó en medio de la oscuridad. La noche se había cerrado a nuestro alrededor con tanta rapidez que no pude ver los ojos de Gavin. Jefferson me apretó la mano como si en ello le fuera la vida.

—Quiero ir a casa —gimió.

—Espero que haya alguien —murmuró Gavin y de repente pensó, ¿y si no están? Podía haberles sucedido algo que les hubiera obligado a marcharse—. Me temo que será un largo paseo en medio de la oscuridad en balde —nos advirtió Gavin.

—No lo creo, Gavin —le aseguré yo.

—Hum, hum —murmuró sin demasiada confianza. Cogió mi otra mano y los tres nos pusimos en marcha en medio de la oscuridad, por un camino lleno de baches y guijarros.

—No me extraña que el taxista no quisiera transitar por este camino —dijo Gavin.

De la profundidad del bosque que se extendía a nuestra derecha surgió un ruido espectral. Me sobresalté y me giré para ver de qué se trataba.

—Sólo es un búho —me aseguró Gavin— que nos advierte que estamos en su territorio. Al menos es lo que diría mi padre.

Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, pude ver con mayor claridad la copa de los árboles y de los pequeños arbustos. Parecían centinelas de la noche vigilando a los intrusos inesperados.

—Tengo frío —se quejó Jefferson. Pero sabía que lo que en realidad pretendía era acercarse más a mí. Ahora que el búho había silenciado sus lamentos, el único sonido que oíamos era el de nuestros pasos sobre la gravilla suelta.

—Aún no he visto ninguna luz —dijo Gavin extrañado.

Giramos entonces un recodo y los extremos de unas chimeneas de ladrillo y el tejado largo y de dos aguas de la casa de la plantación apareció ante nosotros, una oscura silueta contra un cielo aún más oscuro. La casa se erigía como un lóbrego monstruo gigantesco que de pronto se hubiera elevado del pozo de oscuridad que había en el suelo.

—Esto no me gusta —protestó Jefferson.

—Por la mañana su aspecto será mucho mejor —le prometí. La promesa iba dirigida tanto a mi hermano como a mí misma.

—Allá se ve una luz —dijo Gavin aliviado. A través de las ventanas de la primera planta pudimos ver una luz tenue y parpadeante—. Al parecer utilizan velas o lámparas de petróleo —murmuró.

—Quizá haya un apagón a causa de una tormenta —sugerí.

—No parece que haya llovido recientemente —contestó Gavin. Sin comprender la razón, ambos hablábamos susurrando.

Cuando nos acercamos a la fachada de la casa, pudimos divisar con mayor claridad el porche. Entre la gran hilera de columnas discurrían tupidas enredaderas que parecían los tentáculos de alguna temible criatura que asiera con sus garras a la gran casa. Encontramos el camino de la entrada entre unos setos. Estaba resquebrajado, descantillado; nos detuvimos un momento y contemplamos el sombrío porche frontal.

—¿Ya has pensado en lo que vas a decirles? —preguntó Gavin. Pero antes de que pudiera responderle, una oscura sombra a nuestra derecha adquirió repentinamente la forma de un hombre y se acercó a nosotros. Llevaba una escopeta en la mano.

—Quietos —ordenó— o disparo. —Jefferson se lanzó a mis brazos de un brinco. Miré a Gavin y me acerqué a él—. ¿Quiénes sois? ¿Habéis venido a molestarnos otra vez?

—No, señor —contestó Gavin de inmediato.

—He venido a visitar a mi tía Charlotte —intervine yo.

—¿Tía Charlotte? —Se acercó más hasta que la débil luz de las ventanas iluminó su piel y sus ojos. Entonces pude ver que se trataba de un hombre alto y flaco—. ¿Quién eres?

—Me llamo Christie y soy hija de Dawn —le expliqué enseguida—. Este es mi hermano pequeño, Jefferson, y el del hermano de mi padre, Gavin.

—¿La hija de Dawn? —preguntó bajando el arma—. ¿Y has venido hasta aquí desde el océano? ¿Dónde están tus padres?

—Han muerto —le dije—. Han muerto en un terrible incendio en el hotel.

—¿Quieres decir que han muerto?

—¿Podemos entrar, Luther? —pregunté—. Hemos estado viajando todo el día y toda la noche.

—Oh, claro, claro. Vamos. Cuidado con los escalones —nos advirtió—. Muertos... —murmuró.

Los tres subimos rápidamente los escalones que desembocaban en la enorme entrada. Los zapatos crujieron sobre los ladrillos sueltos del suelo del porche y los que parecían murciélagos salieron volando de los aleros y del tejado. Luther se adelantó y abrió la puerta. Cuando la luz le iluminó la cara observé que en sus cabellos castaños ya habían aparecido algunas canas que le caían sobre la frente surcada de profundas arrugas. Tenía una nariz larga y curvada, ojos castaño oscuro e

innumerables y finas arrugas en cada extremo. La barba tupida y gris formaba parches en su cara bronceada, y cuando se acercó capté el aroma de tabaco de mascar.

—Entrad —nos invitó, introduciéndonos de inmediato en la casa de la antigua plantación.

Nos encontramos en una gran entrada que llevaba al fondo, desembocando en un pasillo iluminado por velas y lámparas de queroseno que terminaba en una escalera circular. Los tres levantamos la vista hacia los grandes retratos de familia que cubrían las paredes y Jefferson empezó a reír. Los rostros de aquellos que una vez debieron de haber sido severos caballeros del Sur y mujeres desgraciadas de rostro acongojado habían cambiado; alguien diría que a causa de una acción vandálica. Habían dibujado divertidos mostachos y alegres barbas en aquellos que carecían de ellos... ¡incluidas las mujeres!, utilizando pintura amarilla, rosa y roja habían añadido color para animar el negro y el blanco anteriores. Algunos rostros ostentaban lunares en las mejillas, proporcionándoles un aspecto como de víctimas del sarampión; otros portaban ridículos lentes en los ojos y una mujer tenía un anillo verde en las aletas de su nariz.

—Esto es obra de Charlotte —explicó Luther—. Consideraba que formaban una imagen demasiado grave y triste. Emily debió de sufrir un sobresalto en su tumba —añadió sonriendo y mostrando una boca desdentada.

—Yo vine aquí hace tiempo, pero ya no me acordaba.

—Qué divertido —dijo Jefferson—. Yo también quiero pintar. ¿Puedo?

—Pregúntaselo a Charlotte. Tiene muchos cuadros en el ático que quiere pintar —contestó Luther emitiendo un chasquido.

—¿Dónde está tía Charlotte?

—Oh, quién sabe. Estará con una de sus labores o arreglando algo por la casa. Vamos a la sala de estar; es ahí, a la derecha. Haced como si estuvierais en vuestra casa, yo mientras iré a buscar a Charlotte. ¿Este es el único equipaje que traéis? —preguntó dirigiéndose a Gavin.

—Sí, señor —contestó.

—Nos robaron nuestras cosas en la sala de espera de la estación de autobuses de Nueva York —le expliqué rápidamente.

—¿Ah, sí? Nueva York. Ya he oído que allí suceden estas cosas. Te pueden robar o matar a los pocos minutos de haber llegado —dijo Luther, asintiendo.

—Puede pasarte cualquier cosa si no tienes cuidado de ti mismo —le confesé con tristeza.

Seguimos avanzando por el pasillo. La casa me pareció aún más grande de lo que recordaba. Sobre nuestras cabezas colgaban arañas de luces cuyos bulbos de cristal parecían trozos de hielo a la luz mortecina de las velas y de las lámparas de petróleo. Nos detuvimos ante la primera puerta según nos indicó Luther. Había encendidas dos lámparas de petróleo, sobre una mesa redonda una y la otra encima de una mesa junto

a un sofá de color oscuro. Luther se dirigió a la derecha y encendió otra que reposaba en una estantería.

—Descansad aquí un momento —dijo, y salió apresuradamente.

Los tres miramos a nuestro alrededor. Sobre el largo sofá semicircular había el tapizado de recuadros más estrafalario que haya visto en mi vida. Parecía como si hubieran unido entre sí docenas de trapos, trozos de toalla y hasta de paños para limpiarse las manos sin fijarse en el color o en el material. Y lo mismo podía decirse del acolchado que tapizaba la silla que había frente al sofá.

En algunas paredes reconocí los bordados de tía Charlotte. Habían colgado al azar cuadros de árboles y de niños, granjas de animales y animales salvajes, como si na Charlotte hubiera entrado en aquella habitación y los hubiera puesto allí donde había un espacio. Aquí y allá, en medio de estas obras manuales, había antiguos cuadros con escenas campestres, casas y, nuevamente, retratos de antepasados.

—¡Mirad eso! —gritó Jefferson, señalando un rincón a la derecha. Allí estaba un reloj de la época de los abuelos pero sobre los números tía Charlotte había dibujado y pintado diferentes aves. Las doce era un búho y las seis un gallo. Había petirrojos y pájaros azules de la felicidad, gorriones y cardenales, canarios y hasta un loro. Todos ellos pintados en brillantes colores.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó Gavin en voz alta. Como respuesta me limité a menear la cabeza.

—Hola a todos. Hola, hola, hola —oímos una voz alegre a nuestras espaldas y cuando nos volvimos nos encontramos frente a tía Charlotte. Vestía algo muy parecido a un saco de patatas cubierto con tiras de lazos multicolores. Era tan bajita y regordeta como vagamente la recordaba; seguía peinando los grises cabellos en dos gruesas trenzas, una de ellas sujeta con un lazo amarillo y la otra con uno naranja. A pesar de sus arrugas, tenía una sonrisa infantil y unos ojos grandes, azules y dulces que se abrían como los de una niña. Calzaba pantuflas masculinas de collar marrón con una raya blanca a los lados y un lunar también blanco encima del dedo gordo.

—Hola, tía Charlotte —dije—. ¿Te acuerdas de mí?

—Desde luego —contestó—. Eres la niña que nació aquí y que ahora viene a visitarnos. Me hace muy feliz. Nadie nos visita desde hace mucho tiempo. Emily odiaba las visitas. Si alguien venía a vernos, siempre decía que estaba muy ocupada y que no tenía espacio.

—¿Que no tenía espacio? —dijo Gavin con incredulidad.

—Emily mentía —explicó tía Charlotte inclinándose hacia él—. Pero según ella decir mentiras no era malo. Ahora miente en una fría tumba, ¿verdad, Luther?

—Muy fría, sí —contestó él.

—Bien —siguió Charlotte—. Os daremos las mejores habitaciones y luego podremos charlar y charlar y charlar hasta que se nos seque la garganta.

—Probablemente querrán comer y beber algo después de un viaje tan largo —dijo Luther—. Prepararé algo mientras tú los llevas arriba, Charlotte.

—Estupendo. —Tía Charlotte dio unas palmadas—. Entonces vamos. —Se levantó y Luther se acercó a nosotros.

—No le digáis lo que me habéis contado sobre la muerte de vuestros padres. Ya lo haréis cuando estemos en la cocina. Yo le tenía mucho cariño a tu madre, a los dos nos trató siempre muy bien.

—Gracias, Luther —dije y salimos corriendo detrás de tía Charlotte que mientras caminaba hablaba como si estuviéramos detrás de ella.

—Luther dice que tenemos que hacer alguna de las cosas que Emily quería que hiciéramos, como no gastar luz eléctrica porque es muy cara. La casa es demasiado grande para encender todas las luces —dijo riendo—. No me opongo a las velas o a las lámparas, pero siempre tienes que acordarte de llenarlas con petróleo y, la verdad, es un engorro. ¿No es odioso? —Se detuvo al preguntarlo.

—No tenemos lámparas como éstas en Cutler's Cove —dije yo.

—Oh —exclamó mirando a Jefferson—. Hola. He olvidado tu nombre.

—Soy Jefferson.

—Jefferson... Jefferson —repitió alzando la vista—. Oh, uno de los hombres de la pared se llamaba Jefferson.

—¿Un hombre de la pared?

—Se refiere a un retrato —le dije yo a mi hermano.

—Sí, un retrato. Fue, hum... presidente.

—Jefferson Davis —apuntó Gavin.

—Sí —dijo ella aplaudiendo—. Ese es. Te lo enseñaré. ¿Y tú cómo te llamas?

—Gavin —contestó sonriendo—. ¿Hay algún Gavin en las paredes?

Lo pensó un instante y luego sacudió la cabeza. Pero volvió a sonreír rápidamente.

—Ya sé. Te haré un retrato y lo pondré en un marco de plata. Ya tengo tu sitio.

—¿Mi sitio?

—Donde tú quieras —aclaró ella.

—Oh —exclamó Gavin mirándome de reojo y sonriendo.

—Estoy cambiando la casa —siguió diciendo mientras caminaba—. Emily hizo de este sitio un lugar triste porque creía que era perjudicial que fuera un lugar alegre y luminoso. Pero Emily ya no está... —Se volvió hacia nosotros—. Murió y salió volando a lomos de una escoba. Eso dice Luther. La vio salir volando.

—¡La vio! —exclamó Jefferson. Tía Charlotte asintió y se inclinó hacia él para hablarle en un susurro.

—A veces, cuando afuera está muy oscuro y hace mucho frío, Emily vuela alrededor de la casa gimiendo y gruñendo y entonces lo que hacemos es cerrar bien

las ventanas y las cortinas —dijo enderezándose.

Jefferson me miró con expresión atónita y ni siquiera mi sonrisa alivió su ansiedad.

Subimos las escaleras y, al llegar al segundo rellano, Charlotte se detuvo y señaló hacia la derecha donde todo estaba oscuro.

—Ahí es donde dormía tu madre y naciste tú. Por la mañana te enseñaré la habitación si quieres.

—Sí, me gustaría. Gracias, tía Charlotte.

—Nosotros vivimos en esta zona —explicó girando a la derecha donde había lámparas de petróleo encendidas. Las paredes estaban cubiertas con bordados de tía Charlotte y cuadros antiguos colgados y mezclados sin orden ni concierto. Pasamos junto a una mesita cubierta con lo que parecía un edredón sobre el que había pintado la cara de un payaso.

A pesar del desorden en el que habían colgado y dispuesto las obras, los trabajos de tía Charlotte eran francamente buenos. Observé que a Jefferson le divertían todos aquellos colores y cuadros y comencé a preguntarme a mí misma si tendría algún valor la infantil decoración de Charlotte. Aquella casa oscura como una caverna se había convertido, gracias a ella, en algo alegre y brillante. Mientras pasábamos junto a unos jarrones pintados con brillantes colores y alegres dibujos y formas, linternas de papel colgando de techos y lámparas de araña, tiras de colores de papel sobre paredes y ventanas, me sentí como si de algún modo hubiéramos caído en el mundo fascinante y divertido de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Ésta era la habitación de mis padres —dijo tía Charlotte deteniéndose ante la puerta— y éstos eran ellos —añadió señalando los retratos que colgaban en la pared opuesta. No los había tocado, y aunque ni él ni ella sonreían parecían contrariados. Charlotte se volvió hacia la puerta y la abrió—. Aquí siempre tengo una lámpara encendida, por si acaso vuelven sus espíritus. No me gustaría que chocaran con los muebles —añadió soltando una carcajada. Jefferson volvió a abrir los ojos con asombro.

Era una habitación enorme con una gran cama de roble, provista de unos pilares casi tan altos como el techo y de un enorme cabezal en forma de media luna. En la cama todavía había almohadas y sábanas, y también unas tupidas telarañas. Había una chimenea muy grande de piedra con grandes ventanas a cada lado. Las grandes cortinas que las cubrían estaban corridas y parecían más pesadas por años y años de acumular polvo y mugre. Encima de la chimenea colgaba el retrato de un joven Padre Booth. En una mano sostenía un rifle y en la otra una ristra de patos.

La habitación guardaba muchos muebles antiguos de gran calidad de color oscuro, y en una mesilla de noche había una gran Biblia y unas gafas para leer a su lado. Pero olía a humedad y a moho. Cuando Gavin y yo observamos que en el

tocador todavía había cepillos y peines y tarros con cremas y algunos de ellos estaban abiertos, intercambiamos una mirada. Era como si aquella habitación fuera una especie de relicario, conservada igual que el día en que el padre de Charlotte había pasado a mejor vida. Recordé que su madre había fallecido mucho antes. Charlotte cerró la puerta y se dirigió a la siguiente.

—Aquí dormía Emily —murmuró—. No he traído ninguna lámpara. No quiero que su espíritu entre en la casa—explico. Después seguimos avanzando y pasamos junto a una puerta cerrada y luego junto a otra—. Luther y yo dormimos aquí —dijo señalando una de aquellas puertas—. Bueno —añadió, deteniéndose—. Y aquí hay dos habitaciones muy hermosas para los invitados. —Abrió la primera puerta y fue a encender la lámpara.

La habitación tenía dos camas individuales separadas por una mesilla de noche. Había dos cómodas a ambos lados y dos grandes ventanas, una a la derecha de la cama de la derecha y la otra a la izquierda de la cama de ese lado.

—Esto es un armario vestidor —dijo tía Charlotte abriendo una puerta—, y esta puerta —añadió dirigiéndose a la otra— comunica con la habitación de al lado. ¿No es encantador?

Entramos a ver la otra habitación, eran idénticas.

—¿Jefferson va a dormir con Gavin o contigo? —me preguntó Charlotte.

—¿Qué quieres hacer, Jefferson?

—Dormiré con Gavin —repuso mi hermano, con una actitud masculina que me hizo sonreír. No quiso admitir que necesitaba dormir con su hermana mayor.

—Estoy de acuerdo mientras no ronque —dijo Gavin con expresión divertida—. Dormiremos en esa habitación —añadió, indicando la habitación contigua.

—El cuarto de baño está al otro lado del pasillo. Hay toallas, siempre las hay y jabón, jabón muy bueno, no el que nos obligaba a utilizar Emily. Y también tenemos agua caliente, aunque a veces se corta y Luther tiene que arreglarlo. ¿Queréis cambiaros de ropa? —preguntó.

—Tenemos un pequeño problema, tía Charlotte —le dije—. Cuando estábamos en Nueva York esperando que Gavin llegara, nos robaron a Jefferson y a mí todas nuestras cosas.

—Oh, querida —exclamó ella llevándose las manos a la garganta—. Qué pena. Bueno —añadió sonriendo—, mañana nos dedicaremos a buscar ropa. Subiremos al ático donde hay muchos baúles llenos de ropa, y también zapatos y sombreros, guantes y abrigos, ¿os parece bien?

—Muy bien —contesté yo mirando a Gavin, quien se encogió de hombros.

—Bueno, pues ahora bajemos enseguida a la cocina a comer algo y después me lo contarás todo, desde el día en que naciste hasta ahora —dijo Charlotte.

—Eso nos puede llevar mucho tiempo, tía Charlotte —le dije sonriendo.

—Oh —exclamó con expresión de tristeza—. ¿Tenéis que volver pronto a casa?

—No, tía Charlotte. No quiero volver a casa nunca más. —Mis palabras la sorprendieron.

—¿Significa que quieres quedarte aquí para siempre... siempre? —me preguntó abriendo los ojos.

—Todo lo que pueda —contesté.

—Entonces para siempre —dijo ella imperturbable, juntando las manos y soltando una breve risita—. Para siempre.

Seguimos tras ella y tía Charlotte tomó a Jefferson de la mano mientras le decía lo mucho que se iba a divertir explorando la casa y los terrenos circundantes. Cuando avanzábamos por el pasillo le habló de los conejos y pollos, y del zorro que siempre estaba al acecho del gallinero. Al llegar a la cocina, Luther ya nos había preparado bocadillos de queso y té. Charlotte abrió una caja de galletas y sacó unos rollitos de mermelada que había preparado ella.

—En cuanto murió Emily —nos explicó—, fuimos al pueblo y compramos veinte libras de azúcar, ¿no es cierto, Luther? —El asintió—. Y lo hemos seguido haciendo. Emily no nos permitía tener azúcar, sólo algún que otro caramelo, ¿verdad, Luther?

—Emily se ha ido y en buena hora nos hemos librado de ella —dijo él con firmeza.

Los tres nos acomodamos alrededor de la mesa y comimos los bocadillos mientras tía Charlotte nos iba contando las cosas que había hecho desde la muerte de Emily. Había entrado en las zonas de la casa que Emily le había prohibido visitar; había abierto baúles y armarios, empezó a perfumarse y hasta se pintaba los labios cuando le venía en gana. Y lo mejor de todo, se había dedicado a sus bordados artísticos y a sus trabajos manuales.

—¿Te gusta pintar cuadros, Jefferson? —le preguntó y él alzó rápidamente la vista.

—Nunca lo he hecho —repuso.

—Oh, tienes que probarlo ahora que estás aquí. Mañana te enseñaré todas mis pinturas y mis pinceles. Luther me ha arreglado un estudio, ¿verdad, Luther?

—Era el despacho de Emily —dijo él con expresión radiante—. Saqué todas sus cosas y en su lugar llevé las de Charlotte.

—¿Nunca has trasladado abalorios, Jefferson? —le preguntó Charlotte y él negó con la cabeza—. Oh, aquí vas a divertirte mucho. También tengo libras y libras de arcilla.

—¿De verdad?

—Sí —repuso ella juntando las manos—. Ya sé... lo llevaremos a tu habitación y podrás pintar todo lo que quieras.

—¡Uau! —exclamó Jefferson con un brillo de excitación en los ojos. Tía

Charlotte se sentó y juntó las manos. Durante un momento se nos quedó mirando mientras comíamos.

—Bueno —dijo finalmente—. ¿Y cuándo vendrán papá y mamá?

Dejé el bocadillo en el plato.

—Nunca vendrán, tía Charlotte. Hubo un terrible incendio en el hotel y en él murieron. Y ahora nosotros ya no podemos vivir allí.

—Oh, querida. ¿Dices que están muertos? —miró a Luther y éste asintió con el rostro sombrío—. Oh, qué desgracia para vosotros, y para todo el mundo. —Miró con simpatía a Jefferson—. Bien, no dejemos que la tristeza entre en The Meadows. Cerraremos las puertas a la tristeza. Aquí podemos divertirnos muchísimo, podemos cocinar excelentes menús, galletas y pasteles, organizar juegos divertidos y escuchar música.

—Mi hermana toca el piano —anunció Jefferson.

—Oh, toca el piano. —Tía Charlotte juntó las manos—. Tenemos un piano en la sala de estar, ¿verdad, Luther?

—Es probable que esté desafinado y lleno de polvo, pero es un buen piano. La madre de Charlotte solía tocarlo después de cenar —dijo Luther clavando en mí su mirada—. Os deben de estar buscando, ¿no es cierto, muchachos? ¿No vendrán a buscaros?

Miré a Gavin y luego sacudí la cabeza.

—Ignoran que estamos aquí.

—Os habéis escapado, ¿cierto? —No necesitaba respuesta porque lo vio en nuestras caras.

—Por favor, deja que nos quedemos un tiempo, Luther. No te causaremos ningún problema —le supliqué.

—No, señor, no se lo ocasionaremos —dijo Gavin—. Y yo estoy dispuesto a ayudarle en la plantación —añadió.

—¿Has trabajado alguna vez en una granja? —preguntó Luther rápidamente.

—Un poco.

—Bien, tenemos que hacer balas de heno, hay que cortar leña, dar de comer a las gallinas y a los cerdos, recoger la cosecha de agosto. Enséñame las manos —dijo alargando las suyas, y cogiendo a Gavin por las muñecas volvió sus palmas hacia arriba. Luego puso las suyas al lado de las de Gavin—. Mira estas callosidades. Así se ponen trabajando en una granja.

—No me da miedo tener callos en las manos —dijo Gavin secamente. Luther asintió e insinuó una sonrisa, torciendo los labios mientras se recostaba en el asiento.

—Recolectaremos lo que hemos plantado —dijo.

—Yo también quiero ayudar —terció Jefferson.

Charlotte rió.

—Puede aprender a seleccionar los huevos —dijo mientras a Jefferson se le iluminaba la cara.

—Y yo puedo ayudar en las labores de la casa. —Aun con aquella iluminación tan mortecina pude ver con claridad que la casa necesitaba horas y horas de limpieza—. No seremos una carga —les aseguré.

—Desde luego que no, querida —dijo Charlotte—. ¿Pueden quedarse, pueden, Luther?

—Espero que sí. Al menos por un tiempo.

—Ya sé —exclamó luego Charlotte dando unas palmaditas—, en cuanto acabéis de comer puedes intentar tocar el piano.

—Están cansados, Charlotte. Deben retirarse a dormir —dijo Luther.

—Oh, sólo un poquito —gimoteó como una niña—. ¿Puedes tocar sólo un poquito, querida?

—Claro que sí —contesté, y cuando acabamos el té y las galletitas de mermelada, que estaban deliciosas, Charlotte nos condujo hasta la sala de la mano de Jefferson. Me sentí feliz al ver con qué rapidez mi hermano pequeño había hecho amistad con ella y cómo habían desaparecido todos sus temores.

La sala era la habitación más sorprendente de todas. Charlotte había pintado todas las paredes, una de color azul, otra de amarillo, otra verde y la otra de un tono rosa luminoso. Las pinturas y los retratos habían sido sustituidos en las paredes por ropas antiguas con zapatos y botas colgando del borde de los pantalones y de las faldas. En un rincón había una vitrina llena de joyas de la época. Había pintado las patas de las sillas y de las mesas, con los cuatro colores que dominaban las paredes. Aquí y allá había un manchón de pintura en el suelo de madera y también gotas de pintura en el paño de las ventanas.

Gavin y yo nos quedamos contemplando todo aquello con la boca abierta.

—Charlotte quiso que esta habitación fuera su «Habitación de la Felicidad» —explicó Luther.

—Emily no nos dejaba venir mucho aquí —dijo Charlotte—. No quería que le desordenáramos las cosas —añadió para luego seguir con una especie de risita que sonó como un hipo. Jefferson no paraba de dar vueltas, con la cara iluminada por una gran sonrisa de excitación.

—¿Puedo hacer esto en mi habitación? —preguntó.

—Claro que sí —contestó Charlotte—. Mañana lo dispondremos todo en tu habitación y allí podrás pintar.

—No sé si debería, tía Charlotte —tercié yo.

—Desde luego que sí, querida. Es un niño y los niños necesitan hacer las cosas propias de su edad. ¿No es así, Luther?

—Estoy de acuerdo. Si Emily volviera aquí, se moriría otra vez del susto. —

Cuánto debió odiarla, pensé.

—Y ahora sentémonos y escuchemos a Christie tocar el piano —dijo Charlotte cogiendo a Jefferson de la mano y llevándoselo al sofá.

Gavin me dirigió una sonrisa.

—Gánate la cena —murmuró a mi oído, sentándose junto a Jefferson y Charlotte. Luther se quedó en el umbral de la puerta.

Me acerqué al gran piano. Charlotte no lo había tocado, dejando la madera con el color que tenía y tampoco había tocado el taburete. Estaba lleno de polvo, pero cuando pasé la mano por las teclas, me sorprendió lo afinado que estaba todavía.

—¿Puedes tocar *Cumpleaños feliz*? —me preguntó Charlotte—. Nadie ha tocado *Cumpleaños feliz* para mí desde hace mucho tiempo.

—Sí. —Y así lo hice. Ante mi sorpresa, Luther empezó a cantar y cuando llegué al fragmento en el que se cantaba un nombre, él vociferó «Querida Charlotte, te deseamos un feliz cumpleaños». Charlotte reía y aplaudía y capté la amorosa mirada que Luther le dirigió.

Toqué algo de Brahms, Lullaby y entonces los ojos de Jefferson empezaron a cerrarse. Charlotte lo tenía rodeado con un brazo y mi hermano había apoyado la cabeza en su hombro, acogedor y suave. Cuando acabé, ya estaba profundamente dormido. Hice un gesto en su dirección y Charlotte abrió los ojos y dijo:

—Shh.

Gavin cogió a Jefferson en brazos y lo subió por la escalera hasta su habitación, con Charlotte siguiéndonos.

—Traeré uno de los camiones limpios de Luther para el niño —dijo y salió apresuradamente.

Le saqué a Jefferson los zapatos y los calcetines y Gavin me ayudó a desvestirlo. Estaba tan cansado que los párpados apenas se movieron mientras nosotros lo desnudábamos. Charlotte volvió con un camisón de franela, demasiado grande para Jefferson, pero pensé que le daría calor y lo mantendría bien abrigado. Lo deslizamos por su cabeza y luego lo metimos en la cama.

—A ti puedo darte uno de mis camiones —me dijo Charlotte, pero yo le contesté que dormiría con la ropa interior.

—Bien, como quieras, me voy a dormir. Mañana nos espera un gran día. «Hay tantas cosas que hacer y tenemos tan poco tiempo...», solía decir Emily. En esto tenía razón. A veces Emily tenía razón, aunque a Luther no le gusta que lo reconozca —murmuró—. Buenas noches, queridos. Dormid bien y no permitáis que el coco se os lleve —añadió soltando una carcajada. Luego se marchó.

Primero fui al cuarto de baño, luego me metí en la cama y apagué la lámpara de petróleo. La habitación quedó casi a oscuras porque el cielo se había abierto y la luz de las estrellas entraba de forma tenue a través de las ventanas. Presté atención y oí a

Gavin volver y entrar en la habitación que compartía con Jefferson. Instantes después oí una suave llamada en la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Puedo entrar a darte las buenas noches?

—Claro que puedes, Gavin —contesté.

Gavin abrió la puerta muy despacio. La lámpara seguía encendida en su habitación, por lo que pude verle con claridad. Sólo llevaba puesta la ropa interior. Avanzó rápidamente hasta un lado de mi cama y se arrodilló junto a ella para quedar a la altura de mi cara.

—Es divertido todo esto, ¿verdad? La dulce Charlotte, todo, es como estar en otro mundo.

—Sí, estoy contenta. Odio el mundo en el que antes estábamos —dije y Gavin asintió comprensivo.

—No podremos quedarnos aquí para siempre.

—Lo sé. Pero me gustaría quedarme todo el tiempo que fuera posible. No será tan malo. Les ayudaremos a arreglar un poco todo esto. Será divertido. Podemos comportarnos como si se tratara de nuestra plantación.

—¿Quieres decir como el señor y la señora de la mansión? —preguntó.

—Sí. —Aquella idea le hizo reír.

—Jefferson parece feliz. Está bien, nos quedaremos. Ahora es mejor que te diga buenas noches —murmuró.

—Buenas noches, Gavin. Me siento muy feliz de que hayas acudido en nuestra ayuda y de que estés con nosotros.

—Era lo único que podía hacer, venir —dijo inclinándose y besándome en la mejilla—. Buenas noches, Christie —repitió, pero no se movió. Yo giré la cabeza hacia él y entonces acercó sus labios a los míos y los besó dulcemente. Pasó la mano por mis cabellos y se levantó.

Mientras se dirigía a su habitación, observé el movimiento de una sombra en la ventana de la izquierda y me sobresalté.

—¡Gavin! —llamé.

Y Gavin volvió.

—¿Qué?

—Alguien estaba mirando por la ventana ahora mismo —dije incorporándome rápidamente.

—¿Qué? —Se dirigió a la ventana y miró afuera—. No veo a nadie. —Abrió más la ventana y asomó la cabeza.

—¿Gavin?

—Shh —dijo prestando atención. Luego echó la cabeza atrás.

—¿Qué?

—Creía que eran unos pasos en el tejado, pero me parece que es el viento. Estoy seguro de que no era nadie, sólo una sombra.

—Pero esta noche no hay luna y no hay sombras, Gavin.

—Entonces debe de haber sido tu imaginación... todas esas historias de Emily cabalgando a lomos de una escoba. ¿Tienes miedo? ¿Te quedarás tranquila?

Miré a la ventana. Estaba segura de haber visto algo, pero no deseaba estropear nuestra primera noche allí.

—Sí, estaré bien.

—Entonces buenas noches.

—Gavin.

—¿Sí?

—Deja un poco abierta la puerta.

—Claro.

Cuando se marchó permanecí con los ojos abiertos echando un vistazo de vez en cuando a la ventana. Ya no vi más sombras ni cabezas y los párpados me pesaban tanto que cuando los cerré me quedé dormida.

Pero durante la noche algo me despertó; la sensación de que alguien me había estado mirando, de que alguien había entrado en la habitación.

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Aunque estábamos agotados cuando fuimos a dormir la noche anterior, nos despertamos al oír a tía Charlotte cantar en el pasillo «¡Arriba, arriba, cabecitas dormilonas, vamos, levantaos, saltad de vuestras camas!». Luego tía Charlotte rompió a reír y después, cuando abrí los ojos, vi a Jefferson asomado a la puerta que comunicaba nuestras habitaciones, parcialmente abierta todavía. Entró en mi habitación y saltó a mi cama, arrastrando por el suelo el borde del camisón de Luther.

—Despierta, Christie. Despierta —dijo, sacudiéndome el brazo—. Gavin gruñe y gime, no quiere levantarse —protestó Jefferson. Yo también gemí. Luego me froté los ojos y me incorporé apoyándome en los codos. La luz del sol llegaba a través de las ventanas iluminando las partículas de polvo que danzaban en sus rayos, haciendo que parecieran finas joyas flotantes.

—Ayer fue un día muy largo, Jefferson, y todos estábamos muy cansados.

—Yo no estoy cansado —afirmó—. Quiero desayunar y pintar cuadros con tía Charlotte. Nos ha llamado. Vamos —dijo volviendo a sacudir mi brazo.

—Está bien. Está bien. —Lancé un profundo suspiro y miré hacia la ventana, recordando la sensación de otra presencia—. Ve a lavarte y te ayudaré a vestirte.

Jefferson se subió el camisón de Luther hasta los muslos y salió corriendo hacia el cuarto de baño, rozando con sus pies el suelo de madera. Cuando acababa de ponerme la falda y la blusa, oí una suave llamada en la puerta y se asomó Gavin, que ya se había vestido.

—Son las seis y media de la mañana —gimió con ojos somnolientos—. ¿Has dormido bien? ¿No has tenido más pesadillas?

—No eran pesadillas, Gavin. Alguien estaba mirando por la ventana —dije y él sonrió—. Alguien estaba ahí. ¡Y creo que volvió cuando ya nos habíamos dormido!

—Está bien, está bien —concedió Gavin frotándose el estómago—. Estoy hambriento. Me pregunto qué habrá de desayuno.

Jefferson volvió corriendo. Estaba completamente despierto y hasta se había peinado con las manos. Le ayudé a vestirse mientras Gavin se arreglaba; más tarde fui a lavarme la cara, e hice lo que pude con mi cabello ante la falta de un peine o un cepillo. El aroma de beicon ascendía por las escaleras hasta el piso superior, y cuando entramos en la cocina encontramos a Luther acabando de servir una fuente de huevos con beicon. Charlotte vestía otro de sus exclusivos diseños inspirados en un saco de patatas, éste cubierto con botones de diferentes tamaños y colores. En los hombros llevaba un gran lazo rosa.

—Buenos días a todos. ¿Habéis dormido bien? —preguntó—. Ha venido esta noche el Hombre de Arena. Se paseó por la casa.

—Oh, era ése —dijo Gavin sonriendo con los ojos llenos de picardía. Esperó a ver si yo les contaba lo de la cara en la ventana.

—Yo no he oído al Hombre de Arena —dijo Jefferson.

—Porque ya estabas dormido y no tenía que ponerte arena en los ojos —explicó tía Charlotte—. Sentaos. Primero desayunaremos bien y luego nos dedicaremos a nuestras tareas, ¿no es así, Luther? —Luther emitió un gruñido y bebió su café de un trago mientras se levantaba de la silla.

—Estaré afuera —dijo, miró a Gavin y añadió—, en el granero.

—Iré en cuanto acabe el desayuno —contestó Gavin. Luther asintió y se fue.

—¿Todos queréis huevos con beicon? —preguntó Charlotte—. Los he hecho con la yema hacia arriba porque así parecen caritas sonrientes.

—Y huelen estupendamente, tía Charlotte —dije—. ¿Puedo ayudarte?

—Ya está todo. Siéntate y os serviré como solía servir a mi padre y a Emily hace muchos, muchos años.

Sirvió el desayuno, se sentó y habló sin parar mientras desayunábamos, describiéndonos cómo era la vida cuando ella era una jovencita.

—Cuando murió papá y Emily se convirtió en Miss Mandamás, todo cambió —concluyó con tristeza—. Ya no desayunábamos como lo estamos haciendo ahora. Emily nos obligaba a vender casi todos los huevos en la tienda de Upland Station.

—¿Y la abuela Cutler? —pregunté.

—¿La abuela Cutler?

—Tu otra hermana, Lillian.

—Oh —contestó con una extraña expresión—. Se marchó y se casó cuando yo aún era pequeña —dijo rápidamente—, la veía muy poco, pero Emily siempre la criticaba. —Se inclinó hacia nosotros—. Emily lo criticaba todo —murmuró como si Emily estuviera en la otra habitación, escuchando. Luego unió las manos y sonrió.

»Primero le enseñaré a Jefferson las pinturas y los pinceles y lo dejaremos jugando, y luego subiremos al ático y podrás elegir la ropa y los zapatos que quieras ponerte, ¿de acuerdo? ¿No es estupendo?

—Sí, tía Charlotte.

Contemplé la cocina. En la fregadera había platos sucios de otras comidas anteriores y el suelo parecía como si nadie lo hubiera fregado durante semanas. Las ventanas estaban sucias de polvo y de mugre, tanto adentro como afuera.

—Haré todo lo que pueda para ayudarte a limpiar la casa.

—Magnífico, magnífico, magnífico —dijo riendo—. Lo pasaremos muy bien, como cuando éramos pequeños y teníamos un perdiguero que se llamaba *Kasey Lady* que cada mañana me despertaba poniendo su hocico en mi cara.

Gavin me miró y sonrió. Tía Charlotte tenía el espíritu de una niña pequeña, pero no la mente. Allí me sentía sana y salva, tan segura como pudiera estarlo en una burbuja mágica, como si finalmente hubiera logrado escapar a la maldición de los Cutler.

Después del desayuno Gavin salió a ayudar a Luther y Charlotte se llevó a Jefferson a su estudio para darle las pinturas y los pinceles. Yo me dediqué a limpiar la cocina. Cuando acabé de hacerlo, me fui a explorar la casa. A mitad del pasillo me detuve porque me pareció oír algo a mis espaldas, pero cuando miré no vi a nadie. Únicamente... la oscilación de una cortina.

—¿Quién está ahí? —grité. Nadie respondió y nada se movió. Sentí miedo y corrí en busca de tía Charlotte y de Jefferson. Durante el trayecto, observé que Charlotte había pintado tallos y flores ya marchitos, dándoles brillantes tonalidades rosa y blanco, rojo y amarillo, y dejándolos en jarrones que había colocado por todas partes. Como si quisiera llenar de arco iris lo que antes había sido un mundo gris y sombrío.

Encontré a Charlotte y a Jefferson en una habitación pequeña junto a la biblioteca. Cuando me asomé, Charlotte levantó la vista del bordado y sonrió. Jefferson estaba ocupado pintando las paredes. Tenía las mejillas manchadas y los brazos llenos de pintura hasta el codo.

—Nos estamos divirtiendo —dijo Charlotte con la cara llena de alegría y luego añadió rápidamente—: Se supone que los jovencitos son unos desaliñados.

—Tienes razón en eso. ¿Tía Charlotte, puedes enseñarme la habitación donde estuvo mi madre y nació yo?

—Oh, sí, sí, sí. Es «La Habitación Mala» —dijo levantándose—. Yo también estuve en ella.

—¿La habitación mala?

—Ya verás —dijo llevándome escaleras arriba.

Cuando vi aquella habitación, comprendí inmediatamente el apodo de «La Habitación Mala». Parecía la celda de una prisión. Era un cuarto pequeño, con una cama estrecha apoyada contra la pared de la izquierda. La cama no tenía cabezal, tan sólo era un colchón encima de una estructura metálica. Junto al lecho había una pequeña mesilla de noche y encima una lámpara de petróleo que, según pude observar, no se había encendido desde hacía años. Ahora allí vivían las arañas. Las paredes eran de color gris oscuro y no había ni ventanas ni espejos. A la derecha se abría un pequeño cuarto de baño. Observé que había moho y podredumbre. Debía de hacer mucho tiempo, ya que de ese grifo había salido agua, pensé.

Contemplando aquella horrible habitación, sentí parte del terror y la tristeza que debió de sentir mi madre cuando la obligaron a entrar allí para dar a luz en esa covacha. Qué sola debió de sentirse y, a la vez, cuán temerosa. Sin la luz del sol, sin aire fresco, tan sólo aquellos colores fríos contemplándola... un castigo por haber

hecho algo malo.

—Tienes razón al llamarla «La Habitación Mala», tía Charlotte —dije. Luego recordé lo que me había dicho antes—. ¿Por qué te pusieron aquí?

—Porque también yo fui desobediente y tenía un bebé creciendo en mi vientre.

—¿Un bebé? ¿Y qué le sucedió? ¿Era un niño o una niña? —pregunté rápidamente.

—Un chico. Emily decía que el diablo se lo iba a llevar a su casa. Tenía la marca del diablo en la parte derecha de la nuca, aquí —dijo volviéndose y señalando el lugar.

—¿La marca del diablo?

—Ajá, ajá —dijo asintiendo con énfasis—. Parecía una pezuña y Emily decía que también le crecería una cola.

—Es mentira, tía Charlotte —le dije sonriendo—. En realidad no tuviste un bebé, ¿verdad?

—Oh, sí que lo tuve. Te enseñaré el lugar donde vivió un tiempo —añadió con tristeza.

La seguí a través del pasillo. Mientras avanzábamos no pude dominar mi sensación de que alguien nos estaba siguiendo, pero cada vez que me volvía a nadie veía. ¿Sería porque la casa era tan grande y estaba llena de sombras por lo que yo tenía aquellas sensaciones?

Charlotte se detuvo y abrió la puerta de una habitación que al parecer antes había sido el cuarto de los niños. En el centro de la misma había una cuna y dentro una muñeca cubierta hasta la barbilla con una sabanita de color azul desteñido. Al verla sentí escalofríos. ¿De verdad tía Charlotte había tenido un niño o tan sólo era producto de su infantil imaginación?

—¿Cuánto tiempo tenía tu bebé antes... antes de que el diablo se lo llevara, tía Charlotte? —le pregunté.

Meneó la cabeza.

—No lo recuerdo. Un día estuvo aquí y al día siguiente desapareció. Emily nunca me dijo cuándo se lo llevó el diablo. Un día miré aquí y ya se había ido —dijo mirando la muñeca.

—¿Y Emily te dijo que se lo había llevado el diablo?

—Ajá. Una noche vio al diablo entrar en el cuarto de los niños y luego oyó reír al bebé. Cuando se acercó a la puerta, el diablo ya había cogido a mi bebé y se lo llevaba volando por la ventana adoptando la forma de un pájaro negro.

—¿Y cómo pudiste creer esa sarta de mentiras, tía Charlotte?

Se quedó mirándome un instante.

—Mi bebé desapareció —concluyó con los ojos llenos de lágrimas—. Yo miré la cuna.

—¿Quién puso ahí la muñeca? —pregunté.

—Lo hizo Emily porque yo estaba muy triste y lloraba mucho —dijo—. Decía que hiciera ver que la muñeca era él y que no llorara, o vendría el diablo y también se me llevaría a mí.

—¿Y el padre del bebé, tía Charlotte? ¿No se indignó?

—Emily decía que el diablo era su padre. Decía que el diablo entró una noche en mi cuarto mientras yo estaba dormida e hizo que el bebé creciera en mi vientre.

Qué horror, pensé, para la dulce y temerosa Charlotte debió de ser muy fácil convencerla de la existencia de todas esas supercherías.

—Emily debió de ser el propio diablo para haceros todas esas cosas a ti y a mi madre. Me satisface no haberla conocido nunca —le dije.

—Si no te portas mal, no la conocerás nunca. Pero si por el contrario te portas mal, irás al infierno y Emily es quien recibe en la puerta a quienes allí van. Eso dice Luther.

Miré otra vez a la muñeca que estaba en la cuna y pensé en la extraña y terrible historia que se ocultaba tras las paredes de la casa de la antigua plantación. «Quizá sea mejor no ahondar demasiado ni hacer demasiadas preguntas», pensé, mientras salía de la habitación detrás de tía Charlotte.

Cuando bajábamos las escaleras, me volví y creí ver una sombra que se movía por la pared, aunque no le dije nada a Charlotte. Estaba segura de que si lo hacía, me diría que era el fantasma de la perversa Emily.

Cuando el reloj de la época del abuelo señaló las doce, Charlotte dejó a un lado su labor de bordado y anunció que había llegado la hora de preparar la comida de los hombres. La ayudé a preparar los bocadillos y, poco después, entraron Luther y Gavin. En cuanto vi a Gavin observé que había estado haciendo un trabajo duro. Tenía la ropa llena de briznas de heno, las manos sucias de grasa, así como el cuello y la cara; estaba despeinado y congestionado por el cansancio.

—Voy a lavarme primero —me dijo y luego añadió susurrando—: No bromeaba al hablar de trabajo duro. Me estoy ganando nuestra manutención.

—Luther, ¿Gavin puede venir después de comer al ático a escoger ropa para Christie y Jefferson? —preguntó Charlotte cuando nos sentamos a la mesa y empezamos a comer.

Luther alzó la vista del plato.

—Tened cuidado allá arriba, porque el suelo no está muy seguro —le dijo a Gavin.

—Sí, señor. —Observé que todo le hubiera parecido bien antes que volver al trabajo con Luther.

La idea de explorar el ático y curiosear en medio de cosas de otros tiempos también le atrajo a Jefferson; estaba deseando dejar sus pinturas y pinceles y

acompañarnos.

Charlotte abrió el camino hablando ininterrumpidamente mientras arrastraba los pies con las manos dobladas sobre el vientre como una geisha. Nos contó cuánto le gustaba ir a jugar al ático cuando era niña.

—Me quedaba allí sola y no tenía miedo —añadió, deteniéndose al final del pasillo ante una puerta estrecha que daba a una oscura escalera, iluminada únicamente por una bombilla de poco voltaje que colgaba de un grueso alambre. Al subir, siguiendo a Charlotte, los escalones crujieron peligrosamente.

—Nadie se preocupaba de cuánto tiempo pasaba yo aquí arriba —nos dijo—. Ni siquiera Emily —emitió una risita antes de continuar—, porque así no molestaba a nadie. —Se detuvo en la cima de la escalera y se volvió a mirarnos—. Es lo que mamá solía decirme: «Charlotte, no molestes a nadie». Qué cosa más absurda. Yo nunca he molestado a nadie. ¿Cómo podría hacerlo?

Gavin me dirigió una sonrisa y esperamos mientras Charlotte contemplaba el ático.

—No hay luz —dijo—. Sólo la que viene de las ventanas y la de las lámparas que llevas. Por cierto, aquí puse una. —Encendió una lámpara de petróleo que estaba a la izquierda, al final de la escalera. La seguimos rápidamente.

Parecía como si nadie hubiera entrado en el ático desde hacía años. Gruesas telarañas cruzaban el final de la escalera y colgaban de cada rincón y de cada hendidura. El polvo era tan espeso, que quedaban las marcas de nuestros pasos grabadas en el suelo. Gavin, Jefferson y yo nos detuvimos en la entrada y contemplamos aquel gran ático que casi tenía la misma superficie de la mansión. Los cuatro grandes ventanales que daban a la fachada aportaban algo de luz, y en los rayos de sol que se filtraban a través de ellas observé las densas partículas de polvo que movía el aire que entraba por las rendijas de las paredes y de los bastidores. Fue casi como entrar en una tumba, con ese ambiente tan denso y rancio y todas esas cosas enterradas e intactas durante años y años.

—¡Cuidado! —nos previno Gavin cuando entramos. El suelo crujía de forma alarmante.

—¡Mirad! —gritó Jefferson señalando hacia la derecha, donde una familia de ardillas se había construido una cómoda casa. Se asomaron curiosas, moviendo con arrogancia el hociquito y escondiéndose en los rincones, entre los baúles y los muebles. Había sofás y sillas viejos, mesas y armarios, así como cómodas y cabezales de camas. También había antiguos retratos y uno de ellos, en particular, me llamó la atención porque se trataba del retrato de una muchacha más o menos de mi edad, en cuyo rostro aparecía una sonrisa tierna y angélica. Ninguno de los personajes de los otros retratos había despegado la boca; en todos dominaban las expresiones serias y graves.

—¿Sabes quién era esa muchacha, tía Charlotte? —le pregunté levantando el retrato que tenía un marco de plata.

—Era la hermana pequeña de mi madre —explicó Charlotte—. Emily decía que murió al dar a luz cuando sólo tenía diecinueve años porque su corazón era demasiado débil.

—Qué pena. En el retrato parece feliz y hermosa. —Todas las familias tienen sus maleficios, pensé. Por culpa de uno les ocurren cosas malas a sus parientes, por culpa de alguien que flota en los maleficios como si flotara en medio de una tormenta. La muchacha del retrato daba la impresión de no haber sufrido nunca una pesadilla; seguro que no se imaginaba que iba a morir trágicamente. ¿Era mejor vivir con cierto temor o pretender que el mundo era un arco iris, como estaba haciendo Charlotte? Me pregunté todas estas cosas mientras volvía a dejar el retrato en el polvoriento estante.

—Qué increíble es todo esto —dijo Gavin mirando de un lado a otro—. Deben de haber ido acumulándolas durante años y años.

—Mi padre y su padre y el padre de su padre lo guardaban todo —nos explicó Charlotte—. Cuando algo era reemplazado, se trasladaba aquí y aquí se ha ido almacenando. Emily solía decir que esto era el cementerio de la casa. A veces quería atemorizarme, miraba al final de la escalera y susurraba: «Los muertos están ahí arriba. Pórtate bien o bajarán durante la noche para asomarse a tu ventana».

—¿Para asomarse a tu ventana? —repetí. Gavin alzó la vista, esperando a ver si yo contaba lo que había visto la noche anterior.

—Sí —dijo Charlotte—. Emily aborrecía subir aquí. Por eso yo venía a jugar, porque así Emily me dejaba en paz —añadió riendo—. Y así no tenía que hacer todas las labores que ella quería que hiciera.

Charlotte podía tener un corazón de niña, pensé, pero a su manera, era muy inteligente.

—Vamos —nos urgió empujándonos hacia los baúles que había a la derecha—. Miremos el que está más lejos, el que tiene las cosas más antiguas.

Pasamos junto a hileras de cajas de cartón, algunas de ellas repletas de papeles y libros antiguos y otras con platos, tazas y objetos de cocina. Encontramos cajas con zapatos y botas y cajas llenas de ballestas y de herramientas oxidadas. Gavin encontró una caja con viejos libros y cogió uno para mirarlo de cerca.

—Asombroso —dijo—. Es una lista de esclavos con una relación pormenorizada de lo que se pagó por cada uno de ellos. Mira.

Me incliné sobre la página abierta y leí: «Darcy, edad 14 años, peso 40 kilos, doce dólares».

Gavin siguió rebuscando entre los libros.

—Y ahí hay otros legajos que describen las cosechas, lo que se quedaban, lo que compraban y lo que tenían que pagar; son hechos históricos, es probable que un

museo considerase este legado como muy valioso.

Jefferson encontró una pistola oxidada, bloqueada por la herrumbre y los años.

—Bang, bang, bang —gritó agitándola.

—Cuidado, Jefferson —le advertí—. Puedes hacerte un corte con alguna arista oxidada.

—Christie —dijo Gavin tras abrir una arqueta de madera de cerezo oscuro—, mira esto. —Me arrodillé a su lado. En la arqueta había toda clase de objetos de tocador femeninos: cepillos, peines y espejos con mango de madreperla, algunos con camafeos en el dorso y en los mangos. Había también joyas para vestidos, entre ellas collares de perlas de buena imitación, pendientes de perlas, agujas y brazaletes y una gargantilla de plata con rubíes y esmeraldas de imitación. Todo parecía hecho a mano y en buen estado a pesar de su antigüedad, lo que me hizo pensar que verdaderamente el ático era un lugar mágico que mantenía congeladas en el tiempo las cosas que albergaba.

—Qué preciosidad.

—A ti te sentaría muy bien —susurró Gavin acercando su cara a la mía. Fue como si una mano cálida me acariciara el pecho, y cuando me ruboricé miré rápidamente a tía Charlotte que se dedicaba a abrir cajas y baúles lanzando exclamaciones de excitación mientras iba descubriendo las cosas que había descubierto cuando niña. Para ella era como volver a encontrar a viejos amigos.

—Aquí hay unos vestidos preciosos, querida —dijo Charlotte, abriendo un gran baúl de metal. Allí encontré vestidos, corpiños y escudetes, vestidos con largos corpiños que llegaban hasta el cuello y mangas ajustadas abullonadas en la parte superior. Había corpiños de color con faldas blancas, algunas con cinturones que también eran de color. Otro baúl estaba repleto de enaguas ligeramente acolchadas.

Otros baúles guardaban ropas que habían estado de moda siglos atrás. Descubrí capas y ropas de montar, sombreros y mantones de seda, así como chales de terciopelo. Jefferson encontró un baúl lleno de sombrillas y otro de botas altas de cuero todavía en bastantes buenas condiciones. Mientras tanto, Gavin encontraba entre los baúles de la izquierda ropa de hombre, desde calzones a abrigos y uniformes del ejército. Le gustaron los uniformes de la Primera Guerra Mundial y eligió uno cuya chaqueta le iba que ni a la medida.

Jefferson y yo empezamos a elegir y a probarnos las cosas, riéndonos de nuestro aspecto con aquellos vestidos y zapatos antiguos. Charlotte se unió a nosotros, probándose ora un chal ora una chaqueta, y riéndose ante su imagen reflejada en unos antiguos espejos de tocador que había detrás de los baúles y de las cajas de cartón. De repente oímos unas risas que no eran las nuestras. Al menos Gavin y yo las oímos. Charlotte no pareció haberse dado cuenta y Jefferson estaba demasiado ocupado. Agarré el brazo de Gavin y susurré:

—¿Qué ha sido eso? —Miramos hacia el otro extremo del ático, pero no vimos a nadie.

—Supongo que habrá sido un eco —dijo Gavin, aunque no estaba demasiado seguro. Escuchamos, pero no oímos nada más.

Finalmente reunimos las cosas que nos parecieron mejor y llenamos un baúl con ropas para Gavin, para Jefferson y para mí.

—Bajaremos todas estas cosas y las lavaremos —dije.

—Espera —gritó Gavin—. Esta noche me gustaría que te pusieras esto.

Había encontrado una falda ancha y larga de color rosa claro con lo que parecía un miriñaque kilométrico. El ajustado corpiño de encaje dejaba los hombros al descubierto.

—Y yo me pondré esto —dijo sosteniendo en alto un frac y unos pantalones estrechos que llegaban hasta debajo de las rodillas. Las mangas del traje eran anchas en la parte superior y muy estrechas en las muñecas, pero se abrían para cubrir las manos hasta casi los dedos. Luego se inclinó y cogió un sombrero de copa. Metió la mano en el bolsillo del frac y sacó una corbata de seda negra con un lazo delante.

Ambos nos echamos a reír. Tía Charlotte dio unas palmaditas y declaró que ella también encontraría algo bonito que ponerse.

—Organizaremos una fiesta. Haré galletas, dulces de mermelada y le pediré a Luther que saque algunas botellas de vino de diente de león. Christie tocará el piano y nosotros cantaremos. Oh, qué feliz me hace que estéis aquí —aseguró sonriendo y envolviéndonos a los tres con una mirada de felicidad—. Es como... ¡como si hubiera vuelto a nacer con una nueva familia!

Mientras arreglaba nuestro nuevo vestuario, Gavin se llevó a Jefferson con él para ayudar a Luther en los trabajos. Charlotte me ayudó con los vestidos y me estuvo hablando sin parar de los días de su juventud. Cada vez que le preguntaba algo sobre la abuela Cutler, no obtenía respuesta. Me daba la sensación de que recordaba más de lo que me decía, pero fuera lo que fuese, lo que recordara debía de ser desagradable. Sabiendo lo que me habían contado de la abuela Cutler, no me sorprendió en absoluto.

Charlotte decidió que la ocasión era lo bastante significativa como para cenar capones, por lo que salió a convencer a Luther. En cuanto se hubo marchado oí el claro sonido de unos pasos fuera del lavadero.

—¿Gavin? —llamé, pero no obtuve respuesta—. ¿Jefferson? —Ninguna réplica. Lentamente, dejé a un lado las ropas y me asomé a la puerta. Una vez más vi moverse una sombra—. ¿Quién está ahí? —Aunque tampoco obtuve respuesta, tuve la sensación de que allí había alguien más. Mi corazón empezó a latir con fuerza—. Gavin, si se trata de una broma, te diré que no es nada divertida. —Esperé, pero nadie

contestó. Lentamente, en silencio, me introduje en el pasillo. El suelo crujió. Me detuve y escuché atentamente. Oí el sonido de una profunda respiración a mi derecha. Di algunos pasos en aquella dirección y entonces... ¡Le vi!

Al principio me quedé tan sorprendida al verle que fui incapaz de emitir un sonido. Era alto, fuerte, tenía unos cabellos oscuros y rizados y unos ojos grandes y también oscuros. Iba sin afeitarse y el vello de encima del labio y de las mejillas era tan negro como el pelo de su cabeza.

Finalmente grité y mi grito hizo que echara a correr por el pasillo y desapareciera por una puerta lateral. Cuando se hubo marchado logré tranquilizarme y pensar con más calma, y entonces comprendí que su cara suave y redonda tenía una expresión más curiosa que amenazadora.

Gavin había oído mis gritos y entró corriendo en la casa con Jefferson tras él, seguidos de Luther y Charlotte.

—¿Qué ha pasado?

Yo señalé la puerta que daba al pasillo.

—Le vi. Estaba allí, de pie. Esta vez no han sido imaginaciones mías. Era alto, de cabellos oscuros y rizados y tenía la cara morena. Tenía unos grandes ojos y vestía unos pantalones grises holgados sujetos con tirantes negros.

—¿Quién es? —preguntó Gavin mirando a Luther.

—Es inofensivo —murmuró Luther.

—¿Quién es inofensivo? —volvió a preguntar Gavin rápidamente.

—Es Homer —dijo Luther—. Vive con los Douglas, nuestros vecinos más próximos. No hay que preocuparse —añadió.

—Pero, Luther... entró en la casa la pasada noche, estoy segura de que estaba en el tejado y de que era él quien se asomaba a las ventanas. Creo que nos estaba espiando.

—No te preocupes —repitió y se marchó.

—¿Quién es, Charlotte? ¿Por qué entra así en la casa? —le pregunté volviéndome hacia ella.

Tía Charlotte se encogió de hombros, sonriente.

—A nosotros nos gusta y Luther siempre le da cosas. Yo le doy pasteles y galletas. Se los dejo en la fregadera o en la mesa y en algún momento durante el día entra y se los come. A veces ayuda a Luther en las tareas.

—¿Y no ha intentado hacerte daño? —preguntó Gavin.

—No. Creo que yo le temía más a él de lo que él me temía a mí —contesté yo.

—Sólo quiere saber quiénes sois y por qué estáis aquí —explicó Charlotte—. Es tímido. Quizá porque sus padres lo encontraron en un campo.

—¿Lo encontraron?

—Justo delante de su casa. Como Moisés flotando en las aguas. Apareció allí un

día, llorando. Ellos no tenían hijos y lo consideraron como un regalo. Pero todo el mundo sabe que fue abandonado por alguien que no lo quería.

Tía Charlotte se echó a reír.

—Pobre Homer. Cree que cayó del cielo. Bueno —añadió dando unas palmaditas—. Luther me ha dicho que puedo cocinar capones y también que podemos organizar la fiesta esta noche. ¿No es estupendo?

—¿Vendrá también Homer? —preguntó Jefferson lleno de curiosidad.

—Quizá —dijo tía Charlotte y salió rápidamente a empezar los preparativos.

—Bueno, siento no haberte creído la pasada noche —me dijo Gavin asintiendo—. Homer —añadió, meneando la cabeza—. Me pregunto qué otras sorpresas nos esperan en esta casa. Vamos, Jefferson —dijo cogiendo a mi hermano por el hombro—. Volvamos a nuestro trabajo de esclavos. Los hombres de la casa han de trabajar de firme —añadió bromeando.

—¿Ah, sí? Bueno, pues para tu información, Gavin Steven Longchamp, las labores caseras son tanto o más duras que los trabajos del campo, especialmente si la casa ha estado tan abandonada como ésta —le repliqué con las manos en las caderas.

—Uh, uh, sobrinito, hemos caído en desgracia; vayámonos mientras podamos hacerlo.

—¿Qué? —preguntó Jefferson confundido, y Gavin se inclinó hacia mí.

—Cuando te pones furiosa, verdaderamente furiosa —susurró—, estás aún más guapa.

Yo me ruboricé de la cabeza a los pies y permanecí muda mientras él reía y salía corriendo con Jefferson pisándole los talones.

Aquella noche preparamos una cena magnífica. Luther, con su habitual talante silencioso, trajo lechuga fresca, tomates y zanahorias del huerto, así como una patata grande para cada uno de nosotros. Charlotte anunció que íbamos a cenar en el comedor de la casa.

—Igual que solíamos hacer cuando papá traía invitados importantes —dijo y Luther emitió un gruñido de asentimiento.

Yo saqué el polvo y limpié la gran mesa de caoba mientras Charlotte, a su vez, puso un precioso mantel de encaje y me enseñó la porcelana china y la cubertería de plata. Me dijo que Emily guardaba todas aquellas cosas bajo llave en una gran arca, en la despensa.

—Cuando murió y se fue al infierno, Luther rompió el cofre, sacamos todas las cosas y las devolvimos a su lugar. Todavía encontramos cosas que Emily había escondido en varios rincones de la casa —añadió divertida—. ¡Incluso una vez encontramos dinero debajo de una alfombra!

Luther decidió encender las arañas de luces para la cena. Con la mesa puesta, con la vajilla de porcelana china y los cubiertos de plata, la cristalería y las servilletas de

lino, el comedor tenía un aspecto muy elegante. Luther cogió dos candelabros de plata y los colocó también encima de la mesa. Entonces subimos a vestirnos. Gavin decidió que tanto él como yo debíamos ponernos la ropa de etiqueta que habíamos encontrado en el ático, mientras que Charlotte le dijo a Luther que se pusiera una camisa y unos pantalones limpios y se cepillara el pelo.

Tras ayudar a Jefferson a vestirse, Gavin llamó a la puerta del cuarto de baño, donde yo estaba arreglándome. Había utilizado los cepillos y peines de la arqueta de cerezo para parecerme a la joven del antiguo marco de plata, el cabello de las sienes hacia atrás y sujeto en la nuca con unas peinetas de perlas. Luego me puse un collar de perlas y pendientes.

—¿Está lista y dispuesta la señora para que la acompañe a cenar? —preguntó Gavin.

—Un momento —repuse ajustándome el miriñaque. «¿Cómo podían llevar las mujeres tantas cosas encima?», me pregunté. Cuando abrí la puerta, fue como si Gavin y yo hubiéramos viajado a través del tiempo. Con el sombrero de copa y el frac estaba muy guapo y elegante: en el ático estas ropas nos habían hecho reír, pero ahora nos parecieron magníficas y perfectamente apropiadas. Observé la expresión de sorpresa y de agrado en sus ojos mientras me contemplaba. Por un momento permanecimos en silencio.

—Qué ridículos estáis —dijo Jefferson, riendo.

—Al contrario, querido sobrino —replicó Gavin suavemente—. Jamás he visto una joven tan hermosa, Miss Christie —dijo, ofreciéndome su brazo.

—Gracias, Mr. Longchamp. —Jefferson se quedó boquiabierto mientras yo deslizaba el brazo en el de Gavin y avanzábamos por el pasillo. Jefferson nos adelantó corriendo para avisar a tía Charlotte de que ya llegábamos, y ella salió a recibirnos al pie de la escalera.

—¡Oh, qué guapos estáis! —exclamó juntando las manos debajo de la barbilla. Luther apareció tras ella para vernos y nos dirigió una amplia sonrisa.

—Gracias, tía Charlotte —dije yo mientras todos nos echábamos a reír y entrábamos en el comedor donde nos esperaba el banquete.

Tras limpiar la vajilla y la cubertería, Charlotte, Jefferson, Gavin y yo hicimos lo que Charlotte deseaba y nos acomodamos en el salón donde tocaría el piano para ellos. Charlotte llevó allí sus pastelitos caseros de mermelada y Luther sirvió a todo el mundo, incluso a Jefferson, un vaso de vino de diente de león. Después los demás tomaron asiento en el sofá y se dispusieron a escucharme.

Luther había encendido los candelabros y las lámparas de petróleo, y la habitación, a pesar de todo, seguía ofreciendo un ambiente etéreo y místico. Producto, sin duda alguna, de las sombras que habitaban los rincones y de los pesados y viejos cortinajes que cubrían las ventanas.

En primer lugar toqué algo de Mozart y luego de Liszt: la música me hizo sumergir en ese mundo, me dejé llevar por ella, como si las notas trenzaran una alfombra mágica. Al levantar la mirada vi a Gavin vestido con aquel traje antiguo y capté el reflejo de mi aspecto en los paños de cristal de una librería, como si, por un instante, hubiéramos hecho posible que aparecieran los espíritus de los Booth. Me acordé de la muchacha del retrato guardado en el ático e imaginé su sonrisa y la mía, sus ojos deslumbrantes henchidos de vida y de esperanza y que ahora miraban a Gavin a través de los míos. Escuché una habitación llena de risas, de vasos tintineantes; más música, pasos en el pasillo y a alguien, hacía cien años, que me llamaba por mi nombre desde arriba de la escalera.

Cerré los ojos, los dedos se deslizaban por encima de las teclas como si fueran los dedos de un fantasma. Incluso la música no me parecía familiar. Tocaba y tocaba como si nunca fuera a detenerme. Luego abrí los ojos y observé que una sombra se movía al fondo de la habitación. Instantáneamente levanté los dedos de las teclas.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlotte. Hice un gesto señalando hacia la sombra; todos se volvieron a mirar y Charlotte sonrió.

—Oh, hola, Homer —dijo.

—Acércate, muchacho —le invitó Luther señalando un asiento—. Deja de corretear por la casa. Siéntate y pórtate bien.

Lentamente Homer salió del rincón oscuro y cruzó tímidamente la habitación. Llevaba la misma ropa que cuando yo lo había visto por primera vez y parecía muy tímido, tal como Charlotte lo había descrito.

—Tenemos que presentar a Homer —declaró con firmeza Charlotte mientras Luther lanzaba un gruñido, asintiendo.

—Homer, ésta es Christie, sobrina de Charlotte; su hermano Jefferson y Gavin Longchamp. Son nuestros invitados durante una temporada, así es que no vayas por ahí asomándote y asustándolos, ¿de acuerdo?

Homer asintió con los ojos llenos de curiosidad.

—Hay dulce de mermelada, Homer —dijo Charlotte ofreciéndoselo. El muchacho empezó a comérselo apresuradamente, pero cuando vio que todos lo mirábamos lo hizo más despacio.

—Más música —me pidió.

—Se dice por favor, Homer —terció Charlotte—. Siempre tienes que decir por favor cuando le pidas a alguien que haga algo para ti.

—Por favor —añadió él.

Me quedé pensando un momento y luego empecé a interpretar *Camp Town Races*, lo cual hizo que Homer dibujase una amplia sonrisa en su rostro. A Luther también le agradó y se levantó para servirnos a todos, excepto a Jefferson, otro vaso de vino de diente de león. Interpreté otras piezas ligeras y luego me detuve para descansar.

Bebimos más vino de diente de león, y mientras lo hacíamos, Charlotte sacó unos discos antiguos y los puso en el gramófono.

—Señora —dijo Gavin ofreciéndome su brazo. Me levanté y bailamos un vals lo mejor que pudimos. El vino se nos había subido a la cabeza, así que no nos importaba ofrecer un aspecto ridículo con aquellos trajes ni que no supiéramos bailar el vals. A Charlotte todo le parecía muy hermoso, sonreía y aplaudía. Cada vez que miraba a Homer, éste sonreía y tía Charlotte seguía poniendo música y Gavin me hacía dar vueltas y más vueltas.

—Qué noche más loca y original, ¡pero qué hermosa! —me dijo Gavin—. ¿Eres feliz?

—Sí, sí, sí —canté y él me hizo girar aún más hasta que protesté porque me estaba mareando. Jefferson se había quedado dormido. Había sido un día de mucho trabajo, de juegos, y un solo vaso de vino de diente de león había sido suficiente.

—Creo que deberíamos retirarnos a descansar —dije riendo mientras la habitación giraba a mi alrededor—. Oh, queridos —exclamé apoyando la palma de la mano sobre el corazón—, ninguno de nosotros está acostumbrado a trabajar tanto —añadí riendo.

—Es una buena idea —asintió Gavin dirigiéndose hacia Jefferson para cogerlo en brazos y subirlo por las escaleras, pero Homer se le adelantó de un salto.

—Déjame a mí —dijo levantando a Jefferson como si fuera una pluma mientras Gavin lo miraba sorprendido.

—Cuidado, Homer —le advirtió Luther—. No es una bala de heno.

—Buenas noches, Charlotte —dije levantándome y dirigiéndome a la puerta, adoptando una postura como la de Scarlett O'Hara—. Buenas noches, Luther. Gracias a los dos por esta magnífica velada.

—No nos habíamos divertido tanto desde hace muchísimos años, ¿verdad, Luther? —le preguntó Charlotte.

—No —contestó él, manteniendo la mirada fija en Homer—. Vuelve en cuanto lo hayas dejado en su cama, Homer —le ordenó Luther.

Homer asintió y se movió con una suavidad y una gracia sorprendentes en un hombre de su tamaño mientras subía con Jefferson las escaleras, para dejarlo poco después en la habitación que compartía con Gavin. Una vez allí, lo dejó suavemente en su cama.

—Gracias, Homer —dije—. Ven a vernos mañana —añadí. El muchacho asintió y se marchó enseguida. Gavin le quitó los zapatos a Jefferson y le puso el pijama mientras yo me iba al cuarto de baño. Me miré en el espejo y me eché a reír. Cada vez que me miraba en el espejo, me echaba a reír. No podía detenerme y aún me reía cuando me dirigí a mi habitación. Me senté en la cama riendo. Gavin se asomó a ver qué me sucedía.

—Eh, ¿qué haces? —preguntó y yo contesté con más risas. Gavin sonrió y se acercó—. ¿Qué es eso tan divertido?

La visión de Gavin vestido con el frac me hizo reír aún más, hasta que me empezó a doler el estómago; lancé un gemido y me eché de espaldas en la cama.

—Te vas a hacer pipí encima si no dejas de reír —me advirtió Gavin.

Me lo quedé mirando fijamente y entonces todas aquellas risas se transformaron en llanto. Lloré y lloré, las lágrimas se deslizaban por mi rostro haciendo un zigzag por mis mejillas, unas lágrimas cálidas y desesperadas que emergían de las profundidades de mi pena y de mi dolor. A Gavin le asustó mi repentino cambio y rápidamente se arrodilló a mi lado y empezó a acariciarme el cabello.

—No llores, no llores. Todo se arreglará, te lo prometo. Por favor, no llores, Christie. No puedo verte llorar —dijo y empezó a besarme hasta enjugarme las lágrimas. Yo rodeé su cuello con mis brazos y escondí la cara en su hombro mientras él seguía acariciándome el cabello y susurrando palabras de consuelo. Mis sollozos se fueron reduciendo hasta que conseguí dominarme. Entonces levanté la cara pero dejándola muy cerca de la suya, tanto, que prácticamente nuestros labios se rozaban.

—Christie —susurró. Nos besamos, suavemente al principio y luego con más intensidad, hasta que rozamos la punta de nuestras lenguas y una descarga eléctrica sacudió mi cuerpo. Me besó en el cuello y mis hombros desnudos y yo me eché hacia atrás con un gemido, quería que sus labios bajaran y bajaran pero él dudaba en el borde de mi pecho.

—Gavin...

—Es el vino —susurró—. Te ha puesto triste.

—Gavin. —Seguí mirando fijamente sus ojos oscuros—: ¿has estado alguna vez muy cerca de una chica?

—¿Muy cerca?

—¿A su lado y sin ropa? —pregunté. Quizá si no hubiera bebido no me hubiera atrevido a preguntarle aquello. Gavin sacudió la cabeza y me volvió a besar.

El horrible recuerdo de tío Philip agarrándome, empujando y retorciendo mi cuerpo para que él pudiera obtener su placer, volvió a mí, pero esta vez logré apartarlo. Fue asqueroso, pero ahora esto era diferente. Ahora no me daba miedo tocar o besar y quería que el cuerpo de Gavin estuviera muy cerca del mío. Sus labios no me recordaban a los de tío Philip.

—Gavin —susurré—, tócame, rápido, hazme olvidar.

—Christie... eres... el vino...

—No, no es el vino. Por favor —dije—. No deseo pensar en nada más que en ti en este momento.

Lo cogí por la muñeca y acerqué su mano a mi pecho.

—¡Christie! No, así no —dijo—. Siento que juego con ventaja —añadió

apartando la mano. Yo giré la cabeza sobre la almohada y hundí la cara para que no viera mi turbación—. Deseo estar contigo —siguió diciendo—, pero no en esta situación tan confusa.

Quise gritarle que no estaba confundida. Que no era el vino, que la mujer que había en mí deseaba nacer de un modo bello y amoroso en lugar de ser desgarrada y torturada e iniciada en la madurez por un hombre enfermo y retorcido. Quería darle a entender que aquélla era mi primera vez, que yo era una muchacha de vida normal y no una a la que habían violado. Mi cuerpo deseaba que lo trataran con ternura, con cariño, con suavidad. Deseaba que nuestros besos fueran besos que alcanzaran los rincones más recónditos de mi corazón, que avivasen mi imaginación; quería que Gavin me tocara e hiciera estallar el fuego de la pasión de un modo que transformara en algo hermoso el amor de un hombre y una mujer, no en algo horrible que me obsesionara para siempre.

—Christie —dijo Gavin tocándome el hombro. Yo contesté con un gemido—. ¿Estás bien?

—No, no quiero conservar el horrible recuerdo que estalla como una burbuja de ácido, que me quema el corazón, no puedo apartar las pesadillas —exclamé irritada—. He huido de Cutler s Cove, Gavin, pero no de las cosas horribles que allí me han hecho. Me siento sucia —gemí—, y ninguna ducha o baño, no importa lo caliente o cuantas veces lo tome, puede limpiarme. Y tú también lo crees, ¿verdad? Por esta razón no quieres tocarme.

—No, Christie —protestó—. No es cierto. Deseo tocarte y tengo que reunir todas mis fuerzas para no hacerlo.

—Oh, Gavin —exclamé llorando—. No seas tan fuerte. Te necesito cerca de mí, muy cerca. —Aquellas palabras salieron de alguna parte de mí que yo ignoraba que existía. Gavin se me quedó mirando largamente y entonces empezó a desabrocharse la chaqueta y la camisa. Lo contemplé mientras se desnudaba a la luz de la lámpara de petróleo. Luego me incorporé y me quité el vestido, quedándome únicamente con el sostén y las bragas. Me deslicé bajo las sábanas y Gavin, después de ir a comprobar que Jefferson seguía durmiendo, se metió en la cama conmigo. Por un momento ninguno de los dos dijimos nada y permanecimos echados con nuestros cuerpos tocándose.

—Christie —dijo él finalmente—, no estoy seguro... quiero decir, ¿qué quieres que haga?

Ahora que él estaba a mi lado, comprendí lo lejos que habíamos llegado y con cuánta rapidez. De pronto aquello me dio miedo. Quizá Gavin tenía razón, quizá no fuera muy correcto hacerlo ahora.

—Abrázame —susurré— y deja que me duerma en tus brazos.

—No es tan fácil como crees —murmuró él y la creciente dureza entre sus muslos

me explicó el porqué.

—Oh, Gavin. Qué cruel soy contigo: te atormento, te pido una cosa y luego otra. Deberías odiarme.

—Jamás te odiaría, Christie. Es imposible. —Sus labios volvieron a encontrarse con los míos.

—Gavin, no estoy aturdida, no.

—Lo sé.

—Gavin, hazme olvidar —le supliqué—. Necesito olvidar.

Sus dedos buscaron el cierre del sujetador y lo desabrochó, luego subieron y me deslizó la prenda interior por encima de mis pechos hasta que quedaron al descubierto; me acarició suavemente los pezones, tiosos y estremecidos. Yo entonces deslicé el sujetador por los brazos.

—Christie, Christie... —Sus dedos empezaron a bajarme las bragas por las caderas y los muslos. Levanté una pierna para que me las pudiera sacar del todo y, desnuda a su lado, mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que estaba segura que él lo oía.

Gavin se sacó su ropa interior y me volvió a besar mientras suavemente se colocaba entre mis piernas. Sentí su palpitante virilidad y cerré los ojos y después, al abrirlos, pude verme muy bien en el interior de sus ojos y de su rostro.

—¿Christie? —repitió.

—Hazme olvidar, Gavin —susurré apartando de mí cualquier limitación y diciéndome que aquello era amor y no sexo ciego. Y tuve el éxtasis que esperaba. Pronto el recuerdo desagradable de lo que me había sucedido se fue hundiendo más y más alejándose con cada beso, con cada momento de pasión, hasta que vi ante mí el rostro amoroso de Gavin, con sus ojos tan radiantes de amor que centelleaban.

Mi corazón rebosaba amor y también esperanza. Quizá el amor que yo sentía por Gavin y el amor que él me tenía podría, después de todo, derrotar todas las maldiciones que se cernían sobre nuestras familias.

Y me quedé dormida a su lado, soñando en un mañana más luminoso.

UNA SERPIENTE EN EL PARAÍSO

Cuando desperté por la mañana, estaba sola. En algún momento, durante la noche, Gavin había vuelto a su cama. Era temprano, faltaba poco para el amanecer y casi de inmediato mis pensamientos se centraron en mamá. Desde que tuve la primera menstruación, siempre encontraba una excusa para venir a mi habitación a charlar de nuestras cosas. A veces se sentaba ante la mesa de mi tocador y yo le cepillaba el cabello, otras venía a enseñarme la ropa nueva que acababa de comprarse pero, inevitablemente, acabábamos hablando de sexo.

Recordé haberle preguntado cuándo una mujer sabe que está enamorada en lugar de sentirse simplemente atraída por el sexo. Mamá dejó a un lado el cepillo del pelo y me miró un momento en el espejo del tocador con una pequeña sonrisa en los labios.

—Produce una sensación de plenitud —empezó a hablar con aquella voz suave y melodiosa que a mí tanto me gustaba—. Tu alma y tu corazón se unen de un modo mágico y maravilloso, Christie —dijo, volviéndose a mirarme con unos ojos en los que brillaban sus recuerdos más íntimos y preciosos.

—¿Mágico, mamá?

—Sí, querida. —Cogió mi mano y se puso tan seria como un maestro de la escuela dominical—. Mágico porque tomas conciencia de cosas que eran obvias, pero que hasta ese momento no te habías dado cuenta de que existían o, simplemente, las habías ignorado. Las mujeres que sólo piensan en su cuerpo, para las que el placer sexual es un fin en sí mismo, sólo viven la vida a medias.

»Cuando yo me enamoré, cuando me enamoré de verdad, todo fue mucho más intenso. De pronto observé todo lo que me rodeaba como si lo viera por primera vez, aunque siempre había estado a mi alrededor. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo hermosas que podían ser las estrellas, de la dulzura del canto de los pájaros, de lo bello y majestuoso que era el océano y de lo evocadora que podía ser una cosa tan simple como un amanecer. Cada momento era tan precioso como el siguiente.

»Lo más importante, Christie —dijo con una expresión intensa—, es que me respetaba a mí misma. No me avergonzaba de mis sentimientos y del placer que me daba mi cuerpo. ¿Y sabes lo que aprendí? —añadió casi con un susurro. Nunca olvidaré la expresión que había en sus ojos cuando me lo dijo—. Las muchachas que entregan su cuerpo a los hombres por un instante de placer no se valoran a sí mismas; y tampoco valoran el sexo. Reprimen y ahogan la mejor parte de sí mismas; cierran la puerta al alma y al amor.

»Para ellas las estrellas son algo que se da por añadidura, se quejan de que el

canto de los pájaros las despierta por la mañana... para ellas el océano es monótono y creen que madrugar para ver amanecer es estúpido. Es como si... como si hubieran olvidado la existencia de los ángeles y se hubieran entregado a un mundo de sombras.

»¿Comprendes lo que quiero decirte? —me preguntó.

—Creo que sí, mamá —le dije, pero no lo comprendí del todo hasta el día de hoy.

Mientras los primeros rayos del sol retiraban las sombras de los árboles y la tierra absorbía la oscuridad como una esponja, poco a poco fui entrando en sintonía con todo lo que me rodeaba. Comprendí que todas las mañanas, las flores, la hierba, el bosque y todos los animales volvían a nacer. Abrí la ventana y aspiré el aire cálido de la mañana como si también pudiera aspirar la luz del sol. Crucé los brazos y cerré los ojos recordando el momento en que Gavin y yo unimos nuestras almas y nuestros cuerpos y nos juramos amor y sinceridad eternos. Yo no había olvidado la existencia de los ángeles.

—Buenos días —dijo Gavin detrás de mí—. Por la noche he vuelto a mi habitación por si Jefferson me buscaba —añadió besándome en la mejilla.

—¿Dónde está Jefferson?

—¿Me creerías si te dijera que ya se ha levantado, se ha lavado y vestido y ha bajado ya con Luther y Charlotte? Estaba impaciente por meter las manos en los botes de pintura. Él y Charlotte han hecho muy buenas migas, ¿verdad?

—Sí. Aquí todo es sencillo y hermoso —dije con un suspiro. Gavin sonrió, pero luego recuperó su seriedad.

—Pero debes comprender que por muy felices que nos sintamos ahora no podemos quedarnos aquí para siempre, como cree Charlotte. Jefferson necesita amigos de su edad, tiene que volver a la escuela y...

—Lo sé —dije, apoyándome en la almohada y cruzando los brazos sobre el pecho con expresión malhumorada.

—Debes de hacerte a la idea de que esto sólo es una solución temporal, Christie. Debemos de pensar en algo y muy pronto.

—El juicioso Gavin —me burlé—. Yo soy la soñadora y tú el práctico.

—Una combinación perfecta —dijo, sonriendo impertérrito—. Cada vez que soy práctico, tú me golpeas en la cabeza con un sueño.

—Y cada vez que yo sueño demasiado, tú me devuelves a la realidad. Como acabas de hacer ahora.

—Será mejor que te conteste con un beso —dijo inclinándose y besándome suavemente los labios. Yo levanté la vista hacia él y sentí un hormigueo en mi pecho.

—Démonos prisa antes de que nos echen en falta —susurré.

—Sí —contestó enderezándose—. Ahora soy un granjero —añadió echando el pecho hacia afuera y hundiéndose los pulgares en las costillas—, y tengo que hacer mi trabajo. Y tu también. Hay que batir la mantequilla, hornear el pan y fregar el

suelo.

—A ti sí que te voy a dar suelos para fregar, Gavin Stephen Longchamp —dije lanzándole la almohada. El la cogió y se echó a reír.

—Paciencia, paciencia —se burló moviendo un dedo hacia mí.

Nos vestimos rápidamente y bajamos. Homer ya había llegado y estaba desayunando con Luther y con Jefferson cuando entramos en la cocina. Me sorprendió que estuviera allí. ¿No desayunaba con su familia?, me pregunté. Luther captó la pregunta por la expresión de mi rostro.

—Homer ha venido a ayudarnos a hacer balas de heno en el campo —explicó Luther.

—Y Jefferson ha tenido una buena idea —dijo Charlotte—. Incluso Luther lo cree, ¿verdad, Luther? —El lanzó un gruñido y siguió comiendo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la idea? —pregunté.

—Pintar el granero. Hemos estado pensando en el color. ¿Os gustaría en rojo como el granero de Mr. Douglas, o sería mejor en verde?

—Nunca he visto un granero verde —dije.

—Lo sé —admitió Charlotte—, por eso he decidido pintar un lado verde y el otro rojo, la delantera de rojo y la parte de atrás verde. ¿O la parte de atrás roja y la delantera verde?

—Todos estos colores pueden confundir a las vacas —dijo Gavin—. Creerán que las Navidades son en julio.

—¿Tú crees? —preguntó Charlotte con tristeza.

—Las vacas no ven los colores —murmuró Luther—. Y además no saben nada de las Navidades. —Observé que no le gustaba que nadie le llevara la contraria a Charlotte, y que no quería que nada la entristeciera.

—Todos podéis ayudar —dijo Charlotte.

—Homer y yo pintaremos el frente —intervino Jefferson—. ¿Te parece bien, Homer?

Homer nos miró a todos y luego clavó la vista en Jefferson antes de asentir.

—¿Pero Homer no tiene que trabajar en su granja? —pregunté.

—Los Douglas ya no tienen una granja de trabajo —dijo Luther—. Están retirados.

—Oh. ¿Tienes hermanos o hermanas, Homer? —Homer meneó la cabeza.

—Sus padres, cuando él llegó, ya no estaban en edad de tenerlos —intervino Luther apresuradamente—. Bien, será mejor que empecemos —añadió, mirando a Gavin. Este sorbió un poco de leche y asintió.

—Hoy haré una tarta de manzana —dijo Charlotte—. Ahora que tengo más bocas que alimentar será mejor que la haga bien grande.

—No veo la necesidad de que trabajes tanto —le advirtió Luther—. No vamos a

darnos aires porque tengamos algunos invitados.

—Si yo quiero darme aires, puedo hacerlo —concluyó Charlotte. Entonces Luther soltó uno de sus típicos gruñidos.

—¿Cuándo podremos empezar a pintar el granero? —preguntó Jefferson.

—Mañana —contestó Luther—. Siempre y cuando hayamos acabado las tareas que tenemos que hacer hoy —añadió.

—Entonces quizá debería ir a ayudaros —se ofreció Jefferson. Luther estuvo a punto de sonreír.

—Jamás desprecio un par de manos, no importa lo pequeñas que puedan ser —dijo—. Vamos.

—Los campesinos se marchan otra vez —susurró Gavin junto a mi oído mientras se levantaba para reunirse con Luther y Homer. Jefferson apartó su silla.

—¿Qué vas a hacer hoy, Christie? —me preguntó.

—Voy a arreglar la ropa, limpiar algunas cosas y luego echaré un vistazo en la biblioteca. Esta noche te leeré y tú también harás prácticas de lectura —contesté.

—Ah...

—Y tablas de multiplicar. Jefferson no ha tenido muy buenas notas este curso —expliqué fijando la vista en él con expresión reprobatoria—. Necesita trabajar las matemáticas y la lectura, sobre todo la ortografía, ¿verdad, Jefferson?

—Homer no lee ni escribe bien, y sin embargo es estupendo —dijo Jefferson defendiéndose.

—¿Es cierto? —Miré a Homer, quien bajó los ojos apresuradamente—. Bueno, pues si Homer quiere, le ayudaré a aprender a leer y a escribir correctamente —dije, observando cómo abría los ojos sorprendido.

—¡Qué maravilla! —exclamó Charlotte—. Tendremos un aula escolar en casa, como a la que iba cuando era niña. Aunque no fui durante mucho tiempo, ¿verdad, Luther?

Luther intercambió conmigo una rápida mirada.

—No —contestó—. ¿Es que vamos a quedarnos aquí charlando todo el día mientras hay que hacer el trabajo? —Observé que a Luther no le gustaba hablar del pasado.

—Yo no —dijo Charlotte—. Yo voy a empezar a cortar las manzanas.

—Muy bien. —Luther salió de inmediato con Gavin, Homer y Jefferson tras él.

El resto de la mañana pasó rápidamente. Subí a nuestras habitaciones y saqué el polvo y las limpié. Fregué los suelos y las ventanas y después arreglé algunos de los trajes antiguos para Jefferson y para mí. Después de comer fui a la biblioteca y busqué en las estanterías. Los libros estaban tan viejos y habían sido tan poco consultados que tenían una doble cubierta de polvo; pero encontré a todos los clásicos, colecciones de Dickens y de Guy de Maupassant, Tolstoi y Dostoievski, así

como de Mark Twain. Algunos de ellos eran primeras ediciones.

Encontré una de mis novelas favoritas, *El jardín secreto*, y decidí que sería la que le leería a Jefferson y que también le sirviera para las prácticas de lectura. Luego, tras otro día de duro trabajo en el campo y otra agradable comida con el delicioso postre de manzana que había preparado Charlotte, llevé a Jefferson a la biblioteca a leerle el libro y a que lo leyera él también. Gavin y Homer nos siguieron. Homer había pasado allí todo el día, ayudando a Luther y también comiendo con nosotros. Aunque no hablaba demasiado, observé que escuchaba y comprendía todo lo que sucedía a su alrededor; asimismo, observé cuánto le agradaba la compañía de Jefferson y con cuánta rapidez mi hermano había simpatizado con él. Era un gigante amable de ojos oscuros y tiernos.

Mientras yo leía *El jardín secreto*, Gavin buscó en la biblioteca y encontró un libro para él. Se fue a leer a un rincón y me dejó con Jefferson y Homer. Primero le hice leer a Jefferson una página. Mi hermano estaba deseoso de hacerlo bien delante de Homer y leyó mejor de lo que lo hacía habitualmente. Cuando terminó le pasé el libro a Homer, que me miró con sorpresa.

—¿Puedes leer esto, Homer? —le pregunté. Asintió y se quedó contemplando la página, pero no empezó—. Vamos, léenos algo —le animé—. ¿No has ido nunca a la escuela? —le pregunté mientras él seguía dudando.

—Sí, pero la dejé en tercer grado para ayudar en los trabajos del campo.

—¿Y nadie cuidaba de ti? —Homer meneó la cabeza—. Pues está muy mal, Homer. Si aprendes a leer mejor, aprenderás muchas más cosas. —El asintió, me incliné y le señalé algunas letras—. Tienes que decir en voz alta el sonido, Homer. Mira, ésta es la «A», que suena como la «a» de «hay». La «y» como el primer sonido de «yedra». La «h» no se pronuncia y por eso se llama muda. Ahora une todos los sonidos.

—Ha... yyy —dijo.

—Hay. Muy bien, ¿verdad, Jefferson? —Mi hermano asintió rápidamente. Yo sonreí y me recosté en el asiento, y al hacerlo, pude ver el cuello de Homer que quedó al descubierto bajo unos mechones de cabello que normalmente se lo cubrían, pero que ahora se habían deslizado hacia un lado mostrando una marca de nacimiento.

No lo dudé ni un segundo... parecía una pezuña. Sentí un escalofrío al recordar lo que Charlotte me había contado de su bebé.

¿Qué significaba? ¿Cómo podía tener Homer la misma marca de nacimiento? ¿Todo se lo había inventado Charlotte? Seguí practicando la lectura con Jefferson y Homer durante media hora más, y luego lo dejamos para que mi hermano le enseñara a Homer lo que había pintado en otra habitación. En cuanto se hubieron marchado, le conté a Gavin lo que había visto en el cuello de Homer.

—¿Ah, sí?

—¿No recuerdas lo que te conté del bebé de Charlotte... y la muñeca en la cuna?

—Sí, pero lo escuché como un cuento parecido al de las almas en pena o al de Emily montada en una escoba y...

—Gavin, todo esto es muy raro. Los vecinos encontraron un bebé abandonado... Homer prácticamente vive aquí y ahora esa señal en el cuello. Se lo preguntaré a Luther —decidí.

—No sé. No creo que le guste que metas las narices en sus asuntos. Tiene muy mal genio. Lo he comprobado trabajando ahí afuera.

—No creo que se enfade... además, a mí me gustaría saberlo.

—Pero, Christie, a nosotros no nos importa, no es asunto nuestro. Creo que sería mejor que no removiéramos antiguos recuerdos —me advirtió Gavin.

—Me temo que ya es demasiado tarde. Tengo la sensación de que hay algo vagando por la casa, algo así como una extraña presencia.

—Bueno, como quieras —dijo Gavin—. ¿Y cuándo vas a preguntárselo a Luther?

—Enseguida. —Gavin cerró el libro y suspiró.

—Papá siempre dice que la curiosidad mató al gato.

—Yo no soy un gato, Gavin. Formo parte del mundo de The Meadows. Quizá no por línea directa de sangre, aunque esto es parte de mi herencia. Es mi destino —dije con aplomo. Gavin asintió sonriendo—. Ríe si quieres, pero yo quiero conocer el pasado que vaga por esta casa y esta familia.

—Está bien, está bien —concedió levantándose—. Veamos lo que nos cuenta Luther.

Charlotte nos dijo que Luther había salido y estaba en el granero cambiando el aceite de la camioneta. La noche era muy cálida y el cielo estaba estrellado. Alejados como estábamos de carreteras transitadas y de los ruidos del tráfico, nos dimos cuenta de lo escandalosa que era la naturaleza. El ruido de la gente normalmente distraía o ahogaba los gorjeos de los pajarillos y el canto de los grillos, el ulular de los búhos y de los mapaches. Gavin y yo tuvimos la sensación de que todas las criaturas de la noche hablaban de algo en el bosque. Delante de nosotros el brillo de la linterna de Luther iluminaba el granero; estaba agachado sobre el motor de la camioneta.

—Hola, Luther —le dije al acercarnos. No quise sobresaltarle, pero él me miró sorprendido—. ¿Podemos hablar contigo? —Se limpió las manos y asintió.

—¿Homer se ha ido a casa? —preguntó, mirando a nuestras espaldas.

—No. Está dentro con Jefferson. Queremos hacerte una pregunta, Luther —añadí inmediatamente.

—¿Sí? ¿Y qué queréis preguntarme?

—Sobre Homer. ¿Quién es, Luther? —le pregunté mientras él entrecerraba los ojos.

—¿Qué diablos quieres decir? Es Homer Douglas, el chico de nuestros vecinos.

Ya te lo he dicho antes.

—Charlotte me llevó a la habitación del niño —inicié mi relato—, y me contó la historia de su bebé.

—Ah, eso. Charlotte tiene mucha imaginación —repuso concentrándose de nuevo en el motor de la camioneta—. Siempre ha sido así. Ha sido su vía de escape a una vida fría y dura.

—Pero ahora su vida no es ni fría ni dura. ¿Y el bebé no tenía una marca de nacimiento que se parecía a una pezuña en la nuca? —Luther abrió una lata de aceite y comenzó a verterlo en el motor como si nosotros no estuviéramos allí—. No queremos crear ningún problema, pero yo sólo quiero saber la verdad sobre mi familia. Porque también es mi familia —añadí.

—Tu madre era una Cutler, pero no tenía sangre de los Booth según tengo entendido —murmuró Luther.

—Pero nosotros también somos los herederos de los Booth y de su historia.

—Es mejor que no sepas demasiado sobre esta familia —dijo Luther haciendo una pausa—. Eran personas muy crueles que practicaban una religión teñida de supersticiones que aplicaban a sus costumbres e ideas. Charlotte fue bendecida con toda la dulzura de esta campiña y poseía la luz del sol en su rostro. Los Booth, especialmente su padre y esa Emily, no lo podían soportar y prácticamente la hicieron prisionera en esta casa. La obligaron a trabajar como una esclava y nunca la trataron con afecto.

»Cuando Mrs. Booth murió no dejó a nadie en la casa que se comportara con ella con amabilidad. Incluso le pegaban. Emily porque consideraba que en Charlotte había un espíritu diabólico que la hacía sonreír y procuraba sacarle su sonrisa, pero Charlotte... —Meneó la cabeza—. Nunca ha comprendido la crueldad ni la dureza de corazón, siempre lo ha dado todo a todo el mundo, incluyendo a Emily. —Dio una palmada y su mirada quedó prendida de sus recuerdos mientras seguía hablando—: Vino a mí después de recibir una soberana paliza, y yo la consolé aunque luego me dijo que Emily no podía evitar ser como era. Tenía un diablo dentro que la hacía ser así... Ya había planeado enviarla al infierno yo mismo, cuando...

—¿Cuando qué?

—Que así es como actúa el diablo. Te hace cometer un pecado. De todas formas... Charlotte y yo... nos consolábamos el uno al otro. Al morir mis padres los dos nos quedamos solos. Especialmente por la noche. ¿Comprendéis?

Gavin y yo intercambiamos una mirada de entendimiento.

—Sí, comprendemos.

—Ella se quedó embarazada y en cuanto Emily se enteró, afirmó que aquello era obra del diablo y que el bebé sería su hijo. Nadie más que el anciano, Emily y yo, desde luego, se enteró de que Charlotte estaba embarazada. En el pueblo nadie la vio.

»Recuerdo la noche que dio a luz —dijo dirigiendo la mirada hacia la casa de la antigua plantación—. Recuerdo sus gritos. A Emily la hacían muy feliz. Hizo todo lo que pudo para que las cosas fueran más difíciles.

—¿La metieron en «La Habitación Mala»?

Luther asintió, bajando la vista.

—Peor aún. Emily la encerró en un armario cuando se acercaba el momento de dar a luz —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué? ¿Quieres decir cuando iba a nacer el bebé? —pregunté, y él asintió.

—La dejaron allí durante horas y cuando finalmente abrieron la puerta... bueno, el instinto debió de hacerlo todo, supongo, porque Charlotte pudo cortar el cordón umbilical con los dientes anudándolo ella misma. Estaba llena de sangre.

»Emily le permitió que pusiera al niño en esa habitación, pero días más tarde la vi deslizarse fuera de la casa con el bebé en una cesta. La seguí y vi que dejaba el bebé en un campo cerca de la casa de los Douglas y luego se marchaba. Entonces fui a ver a Carlton Douglas y a su mujer y les dije que alguien había abandonado un bebé en su propiedad.

»Fueron muy felices con él. Le dieron el nombre de Homer y se ocuparon de él lo mejor que supieron. Emily se portó muy mal con él, siempre lo echaba de la propiedad.

—Pero Charlotte debe de saber quién es, ¿no? —pregunté.

—Si es así, nunca ha dicho nada.

—¿No se lo ha dicho nunca? —le preguntó Gavin.

—Pensé que sería demasiado cruel, demasiado doloroso para ella. Y cuando finalmente Emily se fue al infierno, fui introduciendo a Homer en nuestras vidas y más y más hasta que, como habéis podido comprobar, se pasa aquí la mayor parte del tiempo.

—Charlotte debe de haber descubierto la marca de nacimiento igual que la descubrí yo —le dije.

—Oh, creo que sabe perfectamente quién es Homer. No lo dice abiertamente, porque no debe hacerlo.

—¿Y Homer lo sabe? —preguntó Gavin.

—No exactamente. Homer es como ella... siente las cosas, conoce las cosas más a través de los sentimientos que de las palabras. Es parte de la naturaleza de aquí, tiene su hogar en estos campos, entre estos animales, árboles y colinas más que cualquiera de los que vivimos aquí.

»Bueno —dijo, volviendo al motor de su camioneta—, ésta es la historia. Querías conocerla y ya la conoces. Yo no me sentiría orgulloso de la historia de la familia Booth. Por lo que sé, incluso los antepasados eran personas adustas y odiosas. Eran del tipo de propietarios de plantaciones que trataban mal a sus esclavos; los hombres

violaban y pegaban y las mujeres hacían trabajar a las esclavas hasta la muerte. El campo oeste es un cementerio de esclavos. No existe señal alguna, pero yo sé que las tumbas están ahí. Mi padre me las enseñó. Si un esclavo estaba enfermo —me dijo— lo metían en la tumba antes de que hubiera muerto.

—Oh, qué horror —dije haciendo una mueca.

—¿Todavía deseas reivindicar la rama de los Booth? —me preguntó.

—Yo no deseo repudiar a Charlotte —contesté y Luther asintió al oírme.

—Sí, creo que tienes razón —admitió enjugándose el cuello con un trapo—. Esta noche hace más calor que en un gallinero, ¿verdad?

Gavin se echó a reír.

—Hay un lugar donde se puede nadar, al otro lado de la colina, hacia Howdy Freds —dijo señalando—. Debéis seguir el sendero de grava y torcer a la izquierda cuando lleguéis al gran roble. Allí encontraréis un pequeño bote de remos. El agua procede de un manantial subterráneo y es muy fresca.

Luther recordó algo y sonrió.

—Charlotte y yo solíamos escaparnos para ir allí.

—La idea es muy atractiva —dijo Gavin.

—Sí, la plantación no tiene la culpa de los propietarios que la poseyeron. Aunque debió de sentir la carga —añadió asintiendo—. Debió de sentir la carga.

Se hizo un largo silencio mientras los tres nos sumergíamos en nuestros propios pensamientos durante un momento.

—Tendríamos que ir a ver qué está haciendo Jefferson arriba, Gavin —dije yo finalmente.

—Está bien.

—¿Luther? —Alzó la vista—. Gracias por habernos contado la verdad.

—Como tú también has padecido mucho dolor, he creído que lo entenderías —dijo.

—Lo he entendido.

—Voy a engrasar la camioneta —declaró—. Si Charlotte pregunta por mí decidle lo que estoy haciendo.

—Se lo diremos.

Gavin me tomó de la mano y nos dirigimos hacia la casa.

Charlotte vino a nuestro encuentro en el sendero que llevaba a la entrada y nos dijo que Jefferson estaba tan cansado de todo el ajetreo del día que se había quedado dormido en el sofá.

—Y Homer lo ha llevado a la cama —añadió. Aunque Homer fuera amable y dulce a mí aquello me preocupó y subí corriendo seguida de Gavin.

Encontramos a Jefferson profundamente dormido en su cama. Llevaba el camisón de noche y lo habían cubierto con la colcha cuidadosamente hasta la barbilla. Homer

nos contemplaba fijamente sentado con expresión tranquila en un oscuro rincón de la habitación.

—Me he quedado aquí para vigilar que estuviera bien —nos explicó—. Hasta que llegais.

—Gracias, Homer. Eres muy amable.

—Será mejor que vuelva a casa porque mañana tenemos que madrugar para pintar el granero —dijo levantándose para marcharse.

—Buenas noches, Homer —le deseé yo.

—Buenas noches —contestó, deslizándose fuera tan rápidamente como una sombra a la luz de la luna.

—Está perfectamente —dijo Gavin cuando me dirigí hacia Jefferson y contemplé su carita de ángel. No pude evitar sonreír al recordar lo que papá solía decir—: Jefferson es un ángel al menos ocho horas al día, cuando duerme. —Gavin se acercó y me susurró algo al oído.

—¿Te gustaría ir al lago del que nos ha hablado Luther? Hace bastante calor esta noche, más calor que en un gallinero ardiendo —añadió, y yo sentí que el rubor me quemaba las mejillas.

—Vamos a buscar unas toallas y una linterna para iluminar el camino —siguió diciendo.

—Jefferson podría despertarse y asustarse —dije yo débilmente.

—No creo que se despierte y, además, sabe dónde está. Vamos —insistió—, nos divertiremos.

—De acuerdo, voy a buscar las toallas.

Aunque no nos estábamos escapando, no pude reprimir la sensación de que nos escabullíamos en medio de la noche. Gavin no encendió la linterna hasta que estuvimos a una docena de metros de la casa. Encontramos el sendero del que nos había hablado Luther y lo seguimos hasta la cima de un pequeño montículo. Allí abajo estaba el lago, negro e inmóvil en medio de la oscuridad, aunque con la superficie salpicada de estrellas.

Bajamos hasta el embarcadero y nos quitamos los zapatos y los calcetines para probar el agua.

—Está fría —protesté.

—Sólo hasta que te metas dentro —dijo Gavin—. ¿Nos quitamos la ropa? Si eso te hace sentir más cómoda puedo apagar la lámpara.

—No —dije apresuradamente—. Déjala encendida.

—Estupendo. —Cuando Gavin empezó a desnudarse mi corazón se desbocó. La noche anterior habíamos dormido desnudos uno junto al otro, pero había sido en la oscuridad. Ahora nuestros cuerpos brillaban a la luz de la linterna y bajo un manto de estrellas. A pesar de la intimidad que teníamos, no pude dominar la vergüenza y una

terrible excitación. Si mi corazón seguía latiendo tan deprisa, seguramente me desmayaría, pensé. Gavin, desnudo, me daba la espalda, y yo sólo me había quitado la falda.

Entonces se volvió hacia mí.

—Yo entraré primero —dijo inclinándose hacia el borde del embarcadero y metiéndose en el agua—. Es magnífico —gritó. Sólo vi la oscura silueta de su cabeza—. Vamos, vergonzosa.

—No te burles de mí o daré media vuelta y volveré a casa —le advertí.

—Mis labios están sellados —dijo rápidamente levantando los pies y chapoteando en el agua mientras iba nadando hacia atrás.

Me desabroché la blusa y luego me quité el sujetador. Cuando me quité las bragas olvidé por completo todos mis prejuicios. Sumergí los pies en el agua y busqué a Gavin, pero se había ido. No le oí nadar ni tampoco vi su cabeza.

—¿Gavin?

En el agua danzaban las luciérnagas con sus colas de color limón, centelleando aquí y allá. En las ramas de los árboles que colgaban encima del agua, los pájaros se agitaron dormidos dentro del nido. Una suave brisa jugaba con mis cabellos haciendo que algunos mechones de pelo me acariciaran la frente y las mejillas. En el otro extremo del lago, ululó un búho.

—Gavin, ¿dónde te has metido? —lo llamé alzando un poco la voz—. Gavin, me estás asustando —dije y entonces, de repente, apareció debajo del embarcadero y me agarró los tobillos. Grité, caí hacia adelante, golpeando el agua, protestando y chillando por la sorpresa del impacto. Gavin, riendo, me abrazó rápidamente para que mi cabeza no se hundiera.

—¿Estás bien? —me preguntó entre risas.

—Eres muy cruel, Gavin Longchamp —grité.

—Tardabas tanto que casi me he dormido esperando —dijo—. Además, ahora que ya estás dentro, ¿no es una maravilla?

—No quiero hablar contigo —le dije con acento petulante.

—Está bien —declaró separándose de mí—. Me voy a sumergir y me quedaré bajo el agua hasta que lo hagas. —Dicho esto se sumergió y yo esperé lo que me parecieron minutos.

—¿Gavin?

El agua permanecía inmóvil, la superficie lamía apenas los bordes del embarcadero.

—¿Gavin?

—¿Significa esto que vas a hablar conmigo? —dijo desde atrás, a mi derecha.

Di la vuelta y me encaré con él.

—Gavin, eres terrible. He pasado mucho miedo.

—Si te niegas a volver a hablar conmigo, Christie, me quedaré abajo para siempre —dijo suavemente, inclinándose a besarme en los labios. Sentí que sus manos, debajo del agua, encontraban mi cintura, acercando mi cuerpo al suyo hasta que nuestros muslos se rozaron. Sentí su miembro entre mis piernas y me separé, a la vez sorprendida y temerosa por la rapidez con la que se evidenciaba su virilidad.

—¡Vamos! —exclamó, riendo.

—Hemos venido a nadar —dije apartándome todavía más. Gavin volvió a reír y vino en pos de mí. Aunque hubiera podido cogerme cada vez que lo hubiera deseado, se mantenía a varios centímetros de distancia, nadando detrás de mí o a mi lado.

—Esto es magnífico, ¿verdad? Luther tenía razón —dijo—. El agua está muy fresca.

—Sí, y lo bastante fría como para despertarte del todo.

—¿Del todo? —repitió alargando sus manos hasta mis pechos, me acercó otra vez hacia él y volvimos a besarnos, sólo que esta vez, cuando sentí su dureza no me aparté. Nos besamos una y otra vez desnudos bajo las estrellas mientras yo sentía cada parte de mí más viva, más consciente que nunca. Todos mis sentidos se agudizaron, se hicieron más vividos. Nuestros besos eran más electrizantes, mis pechos se estremecían y las rodillas se me doblaban. De improviso, Gavin me levantó en brazos y yo oculté la cara en su pecho frío y húmedo mientras él me llevaba fuera del lago.

—Oh, Christie —susurró tras dejarme suavemente en las toallas que habíamos extendido en el embarcadero—, te deseo, no puedo remediarlo.

—No podemos volver a hacerlo, Gavin. Debemos tener cuidado, podría quedar embarazada.

—Lo sé —dijo, aunque no se apartó de mí sino que continuó besándome una y otra vez en la cara, en el cuello, en los hombros y en los pechos. Cuando me besó los pezones yo gemí y cerré los ojos.

«Estamos perdiendo el control», pensé, pero yo no tenía la fuerza suficiente para apartarlo; esperaba que él supiera cuándo debía detenerse. «Sólo un poco más —pensé—, sólo un poco más y aún podremos dominarnos».

—Te quiero, Christie —susurró—. Deseo cada parte de ti: cada hoyuelo... —Me besó en las mejillas—. Cada mechón de cabello. —Apretó los labios contra mi cabeza y luego acercó mis manos a su boca—. La punta de tus dedos. Tus pechos... tu vientre...

—¡Gavin! —grité—. Si no lo dejamos ahora no podremos hacerlo después. —Lo cogí por los hombros obligándolo a bajar más. Apoyó sus mejillas en la parte inferior de mi vientre.

—Puedo oír los latidos de tu corazón —dijo—. Tienes la piel tan fría...

Se enderezó ligeramente para poder besarme de nuevo en los labios y luego

permanecimos echados uno al lado del otro, jadeantes. Cogió mi cabeza y la apoyó en su brazo y contemplamos las estrellas echados sobre nuestras espaldas.

—No tienes frío, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Cuando en noches como ésta miras el cielo, puedes sentir el movimiento de la tierra, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y si haces un esfuerzo incluso puedes imaginarte cayendo en el cielo, en medio de las estrellas —dijo.

—Gavin —susurré volviéndome hacia él—. Te deseo... quiero decir que te amo de verdad, pero tenemos que pensar en Luther y en Charlotte, en lo que ha sucedido y en lo que nos puede suceder.

—Lo sé. Está bien —dijo—. Después de todo, supongo que yo soy el más realista de los dos, ¿verdad? Y de los dos también soy quien es más consciente de que no podemos vivir permanentemente en un mundo de ensueños. Pero cuando estoy contigo, Christie —añadió volviéndose hacia mí—, deseo alejar de mí toda lógica y realidad y vivir los sueños sin preocuparme de nada más.

—Pues será mejor que lo hagas, Gavin Longchamp, porque hasta ahora yo he confiado en que tú te ocuparas de la realidad.

Gavin se echó a reír.

—De acuerdo. Haré lo que desees. —Se incorporó y se sentó—. Será mejor que nos vistamos y volvamos a casa —añadió, mirando al agua.

Nos secamos y nos pusimos la ropa en silencio. Luego Gavin me cogió de la mano y empezamos a caminar por el sendero de gravilla hacia la casa. Cuando llegamos a la cima de la colina, nos volvimos y miramos en dirección al lago, que parecía algo irreal, como un espejo en lugar de una extensión de agua. Por un instante los árboles, las estrellas, cada nube que pasaba indolentemente por encima, fueron capturados e inmovilizados en su reflejo. De este modo el lago absorbía sus recuerdos, pensé. Y ahora también guardaba el nuestro: el de dos jóvenes que se esforzaban por comprender un mundo que simultáneamente podía ser muy hermoso y muy cruel. El lago, ahora, oiría siempre nuestras risas y recordaría nuestro deseo en el regazo de sus aguas. Es posible que incluso llegase a escuchar los latidos de nuestros corazones.

Gavin alzó la linterna para que la luz iluminara el camino que se abría ante nosotros. Seguimos el haz de luz que señalaba el camino de vuelta a la casa, excitados todavía. El recuerdo de nuestros cuerpos estremecidos nos embargaba y tan aturdidos nos sentíamos que no vimos el automóvil aparcado en el sendero hasta que prácticamente estuvimos encima de él.

—¿De quién será este coche? —preguntó Gavin en voz alta, alzando la linterna y

recorriéndolo con su haz de luz. Pero ninguno de los dos reconoció el automóvil.

—No lo sé, Gavin.

—Pues sea de quien sea viene de lejos —dijo señalando la matrícula—. Son de Maryland.

—Jefferson —dijo con un temor repentino—. Entremos, rápido.

Recorrimos apresuradamente el sendero y los escalones de la entrada e irrumpimos en la casa. En el instante en que cruzábamos el umbral, oí una risa femenina que me era familiar y la de un hombre que no conocía. Procedían de la sala de estar, a la derecha.

Gavin y yo entramos y tía Fern se volvió hacia nosotros, con las manos en las caderas y en su rostro una mueca característica.

Su amigo, un hombre alto y rubio, se había acomodado en el sofá con las piernas cruzadas. Fumaba con indiferencia y levantaba las comisuras de los labios de tal manera que formaba una especie de corte en sus mejillas. Charlotte estaba sentada en un almohadón, con las manos juntas apretadas contra su pecho y una preocupada expresión en el rostro y Luther estaba apoyado en la silla que había detrás de ella, con una expresión muy seria y el rostro muy pálido.

—¡Tía Fern! —grité.

—Vaya, vaya, vaya, si es la princesa y su pequeño príncipe —dijo acercándose a nosotros. Su mirada nos recorrió de la cabeza a los pies y luego se clavó con dureza en nuestros rostros. Entonces vio las toallas en mi mano—. ¿Dónde estabais? —preguntó.

—Hemos ido a nadar —contestó Gavin inmediatamente. Su mueca se transformó en una sonrisa procaz y se volvió hacia su amigo.

—Escucha eso, Morty, han ido a nadar. —Su amigo sonrió con la misma expresión que ella—. A remojarse. Vaya, vaya, vaya. ¿Y qué habéis estado haciendo?

—Nada —contestó Gavin cortante—. Sólo hemos ido a nadar.

—Seguro. —La sonrisa desapareció de su rostro y fue sustituida rápidamente por una expresión dura y acerba—. No he nacido ayer, ¿sabes? Estáis locos el uno por el otro y no creo ni por un momento que puedas engañar a nadie y menos a estos ojos. Han visto demasiadas cosas.

—Eso es cierto —intervino su amigo sonriendo. Tenía una voz muy nasal y yo me dediqué a observarlo detenidamente. Tenía los ojos muy juntos y unos labios finos y largos bajo una nariz aguileña. Pensé que de todos los hombres que tía Fern había tenido como amigos éste era el menos atractivo. Tenía además unas grandes orejas y un cuello largo, y sus mejillas colgaban como las de un viejo.

—Cállate, Morty —replicó ella sin dejar de mirarnos. Luego volvió a sonreír—. Morty y yo nos dirigíamos a Florida, a la casa de la playa de Morty, cuando se me ocurrió que vosotros podíais estar aquí y decidí que debíamos desviarnos. Como veis

yo tenía toda la razón.

»En casa todo el mundo anda loco. Incluso tío Philip vino a verme personalmente porque creía que podíais estar conmigo. Ni en sueños, le dije. Oye —se balanceó apoyando todo su peso en un pie y luego en el otro y volviendo a apoyar las manos en las caderas—, ¿por qué te escapaste?

Jamás le diría la verdad, pensé. Si lo hacía, soltaría una carcajada. Era la clase de cosas que la harían sentirse feliz.

—No importa —añadió apresuradamente—, no tienes que decirme la razón. Puedo verlo escrito en vuestras caras —siguió, clavando sus ojos en Gavin, luego en mí y otra vez en Gavin—. Y tú has ido tras ella como un tonto.

—No es verdad —dijo Gavin con voz cortante, sonrojándose.

—No me digas lo que es cierto y lo que no es, Gavin —exclamó ella con una sonrisita fría y tirante—. Los dos somos Longchamp. Y sé cómo es nuestra sangre. De todas formas —continuó, ahora más relajada—, no tenéis que preocuparos porque no iré a tío Philip con el cuento, a menos —añadió asintiendo—, que me obliguéis a hacerlo.

—¿Entonces no sabe dónde estamos? —pregunté yo con un suspiro de alivio.

—No. Y no creo que sea lo bastante inteligente para imaginárselo. Este es un lugar tranquilo —añadió echando un vistazo a su alrededor—. Tía Charlotte me ha estado hablando de cómo está volviendo a decorar la casa. —Ella y su amigo soltaron una carcajada—. Quién sabe, Morty, a lo mejor este estilo causa furor dentro de unos años.

—Sí, *art nouveau* —comentó el amigo.

—Quiero que conozcáis a Morton Findly Atwood.

—¿Cómo quieres que te llamen, Morty? ¿Mr. Atwood? ¿O sólo señor?

—Mr. Atwood está bien. Señor sería demasiado —dijo él sonriendo. Dejó caer en el suelo la ceniza del cigarrillo.

—La familia de Mr. Atwood es de rancio abolengo. Poseen lo que nosotros llamamos dinero antiguo... mermado, pero antiguo —nos explicó Fern riendo. Morton Atwood también rió. ¿Qué clase de respeto podía tener hacia su familia, me pregunté, si permitía que tía Fern se burlara de ellos de ese modo?—. Bueno, pues aquí estamos —dijo echando un vistazo a su alrededor—, y hemos decidido tomarnos unas pequeñas vacaciones dentro de nuestras vacaciones, ¿verdad, Morty?

—Como quieras. Si puedo disponer plenamente de algo es de tiempo —contestó.

—¿Qué te propones, tía Fern? —pregunté. Mi desesperación hizo que sintiera las piernas tan pesadas como si las tuviera clavadas en el suelo, y mi corazón dejó de latir a la espera de su contestación.

—¿Qué te propones, tía Fern? —me imitó ella—. ¿Y tú qué crees? Vamos a quedarnos aquí un tiempo. Estoy segura de que hay muchas habitaciones libres. Tía

Charlotte estaba a punto de mostrarnos una, ¿no es cierto, tía Charlotte?

—Oh, desde luego, desde luego —dijo tía Charlotte, sin llegar a comprender del todo lo que estaba sucediendo. Luther le lanzó una mirada furiosa.

—Después de todo, somos familia —dijo tía Fern—. Todos, excepto Luther —añadió volviéndose hacia él. Luther enrojeció de rabia—. ¿Qué habitación le habéis dado a esos dos? —preguntó.

—Tenemos dos habitaciones —repuse yo apresuradamente—. Una para Jefferson y Gavin y la otra para mí. Una al lado de la otra —añadí.

—Muy conveniente. Morton, ¿vamos a inspeccionar los aposentos?

—Lo que tú digas, querida —contestó él, levantándose. Debía medir algo más de 1,80 m, y tenía unas espaldas muy estrechas y una cintura también muy estrecha para un hombre.

—Morty se jacta de ser un excelente jugador de tenis —dijo tía Fern—. Podía haber sido un magnífico profesional. ¿No tenéis aquí campos de tenis, Luther?

La contestación de Luther se pareció más a uno de sus gruñidos que a un no.

—Pues si no lo hay, construiremos uno. Eso nos mantendrá ocupados a todos. Mira cuán ocupada ha estado la princesa —dijo señalándome—. Tía Charlotte, ¿puedes enseñarnos todo esto? —preguntó. Charlotte se levantó.

—Oh, desde luego.

—Entonces hazlo —dijo tía Fern con voz cortante. Charlotte clavó en mí su mirada como si estuviera pidiendo ayuda. Sentí lástima por ella, pero no sabía qué hacer. No podía echarlos de allí, aunque no hubiera dudado en hacerlo si hubiera podido—. Ah, Luther —dijo tía Fern dirigiéndose a él—, deberías sacar nuestras maletas de la camioneta y llevarlas arriba.

Luther se la quedó mirando fijamente durante un momento y luego salió a obedecer la orden. Tía Fern se echó a reír.

—Ya te dije que sería interesante y divertido, Morty. Todos mis parientes son muy divertidos.

Pasó el brazo bajo el de él y siguieron a tía Charlotte.

—Oh —dijo volviéndose hacia Gavin y hacia mí—. No queremos interrumpiros más. Seguid haciendo lo que normalmente hacéis. —Eché la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Gavin se volvió hacia mí. No fue necesario que dijera nada. Ambos lo sabíamos: el mundo mágico y hermoso había desaparecido tan rápidamente como lo habíamos encontrado.

EL ESTALLIDO DE LA BURBUJA

Como era de esperar, tía Fern decidió que la única habitación buena para ella y Morton era la de los padres de Charlotte. La elección de tía Fern era maliciosa y perversa porque no cambió de actitud al ver cuánto disgustaba su decisión a la pobre Charlotte. La idea de que otras personas durmieran en aquella habitación la aterrizzaba, como si su padre fuera a castigarla por permitirlo. Pero no tuvo otra elección. Tía Fern se mostró inflexible, aunque la habitación necesitara una limpieza a fondo.

—Nadie ha dormido aquí durante años y años —subrayó tía Charlotte—. No se ha utilizado desde... desde que mi padre se fue al otro mundo.

—Bueno, pues ya va siendo hora —replicó tía Fern impertérrita. Encontró el interruptor y encendió la luz, hecho que puso de relieve el polvo, la mugre y las telarañas—. Princesa —dijo tía Fern dirigiéndose a mí con las manos en las caderas—, ve a buscar algunos trapos limpios, un cubo con agua caliente y jabón y lava todas las ventanas y limpia todos los muebles.

—Hay un montón de trabajo que hacer y ahora es muy tarde para empezar, tía Fern —dije—. ¿Por qué no eliges para esta noche una habitación que no esté tan sucia?

—Es una buena idea —convino Gavin.

Tía Fern le lanzó una mirada abrasiva y luego se dirigió a mí con una sonrisa cruel y desdeñosa.

—En primer lugar, dudo que otra habitación esté más limpia que ésta, y en segundo lugar, me gusta esta habitación. ¿Por qué ha sido olvidada todo este tiempo? —preguntó como si realmente le importara—. ¿Y por qué utilizan estas viejas lámparas de petróleo y esas velas si funciona la electricidad?

—No son ricos y es muy caro iluminar con electricidad una casa tan grande —le expliqué mientras ella hacía una mueca.

—No pagan impuestos —repuso—, no tienen gastos importantes.

Continuó exhibiéndose por la habitación, encendiendo deliberadamente todas las lámparas que encontraba a su paso. Se detuvo ante el tocador y examinó los tarros con crema y maquillaje secos, los peines y los cepillos antiguos.

—¿Qué son todos estos cachivaches? —preguntó—. Todo esto lo debían de haber tirado hace tiempo, hace mucho tiempo. Trae también una bolsa de basura —me ordenó.

—Oh, no —dijo Charlotte meneando la cabeza y sonriendo como si aquella idea

fuera ridícula—. Son las cosas de mi madre.

—¿Ah, sí? —contestó ella con indiferencia—. Pero tu madre está muerta, ¿no es cierto? Ya no necesita maquillarse ni cepillarse el pelo. —Pasó el dedo por el espejo, dibujando una gruesa línea en el polvo—. No olvides este espejo, princesa. Quiero que resplandezca.

—¿Acaso Christie es... tu esclava? —preguntó Gavin. Tía Fern clavó en nosotros una mirada furiosa a través de sus párpados entornados que convertían sus ojos en una hendidura oscura.

—Oh, estoy segura de que Christie querrá satisfacer a su tía favorita —contestó—. Soy su tía preferida porque siempre hemos tenido nuestros pequeños secretos —añadió sonriendo—. ¿Verdad, princesa?

Gavin y yo intercambiamos una mirada de frustración mientras tía Fern seguía examinando la habitación hasta que se fijó en el cuarto de baño. Se dirigió hacia él e inspeccionó el lavabo.

—Trae también un cubo lleno de desinfectante. Y espero que todo esto brille cuando hayas acabado —me dijo—. Tendrás que arrodillarte para limpiar este suelo. No puedo permitir que mis pies desnudos pisen esta superficie tan sucia.

—¡Voy a tardar horas! —grité.

—Oh, querida; oh, querida —gimoteó tía Charlotte.

—La verdad es que me sorprende mucho que nadie haya limpiado antes esta habitación —se quejó tía Fern dirigiéndose ahora a Charlotte—. No comprendo la razón por la cual mi cuñada y mi hermano permitieron que hicieras todas estas barbaridades en esta casa. Sigue siendo una propiedad con algún valor, ¿no es cierto, Morton?

—Posee un cierto valor residual —repuso Morton con desinterés—. La tierra siempre vale algo, aunque el edificio esté abandonado.

—Me gusta esta cama —dijo tía Fern acercándose y golpeando un barrote—. Es una pieza muy elegante. Y mira el trabajo que hay en Ja cómoda y en ese armario —añadió señalando las tallas.

—Sí, el mobiliario posee cierto valor —accedió Morton.

—Christie —dijo tía Fern volviéndose hacia mí—. ¿Por qué no has ido todavía a buscar el cubo de agua y jabón y los trapos? No tenemos toda la noche por delante.

—Creo que no te das cuenta de todo el trabajo que hay aquí —dijo Gavin con más calma.

—Sí que me he dado cuenta —repuso Fern, sonriendo—. Pero si tanto te preocupa que tu querida princesa trabaje demasiado y se estropee sus preciosos deditos, ¿por qué no la ayudas? —dijo con expresión helada. Luego volvió a dirigirse a Charlotte. La pobre sufrió un sobresalto y sus manos volaron hacia su garganta como dos pajarillos asustados buscando la rama que los pusiera a salvo—. Tía

Charlotte, ¿quieres traernos sábanas limpias, por favor, y toallas, muchas toallas limpias? ¿Tienes una aspiradora? —preguntó.

Charlotte meneó la cabeza, abatida.

—Todo lo que tienen es una cosa pasada de moda llamada escoba —dije yo apresuradamente mientras tía Fern sonreía con afectación.

—Bien, pues entonces tendremos que barrer. Vamos, todo el mundo manos a la obra —siguió diciendo tía Fern, satisfecha con su nuevo papel de supervisora.

—Lo cierto es que no vas a poder dormir aquí —dijo tía Charlotte abriendo mucho los ojos—. Los espíritus entran en esta habitación por la noche y a veces también durante el día.

—¿Espíritus? ¿Te refieres a fantasmas? Estupendo. Morton y yo estamos acostumbrados a los espíritus, aunque los nuestros son de otra clase. Y esto me recuerda algo, ¿qué clase de bebidas hay por aquí?

—Tenemos agua, leche y zumos —enumeró tía Charlotte con orgullo.

—Me refiero al whisky —cortó tía Fern.

—¿Whisky? —Charlotte se quedó meditando un momento—. En el despacho de papá, en el gabinete. Pero el que hay es muy viejo —añadió, y al oírla tía Fern y Morton se echaron a reír.

—Cuanto más viejo sea, mejor será —dijo tía Fern—. Enséñanos el despacho y nos tomaremos algunas copas mientras nos arregláis la habitación.

—El despacho ya no es lo que era —intervine yo—. En él es donde ahora trabaja Charlotte.

—Pues nos tomaremos las copas en otra parte. Vamos —dijo dando unas palmadas—. A moverse todo el mundo.

Luther se detuvo en el umbral de la puerta con las maletas y se nos quedó mirando.

—¿Acaso pretendéis que ocupen esta habitación? —preguntó.

—Ya se ha decidido, Luther. Deja ahí las maletas —dijo tía Fern.

Luther miró a Charlotte, vio su expresión de dolor y meneó la cabeza.

—Esta habitación no se puede utilizar —insistió con mucha firmeza.

—¿De veras? ¿Y tú quién eres, el director general o algo así? —dijo tía Fern. Luego miró a Morton y ambos se echaron a reír.

—Nadie utiliza esta habitación —afirmó Luther. La mirada de Fern adquirió una expresión aborrecible.

—Pues mira —dijo enfrentándose a él con descaro—, sucede que yo sé más cosas de ti de lo que te imaginas. Mi hermano me habló de este lugar y de ti —dijo con expresión cortante—. Eres un empleado al que se le ha permitido quedarse, pero esto puede cambiar de repente. —El rostro de Luther se congestionó tanto que creí que iba a explotar.

—Tía Fern, yo soy la única que puede hacer cambios aquí —afirmé—. Ahora yo también soy propietaria de todo esto.

Ella sonrió con frialdad al escuchar mis desafiantes palabras.

—¿Acaso Philip no posee también una parte? ¿No la mayoría, pero sí una parte? ¿Por qué no lo llamamos y le preguntamos su opinión? —insinuó brillando en sus ojos una expresión de regocijo.

—No la amenaces —dijo Gavin acercándose a mí. El rostro de Fern llameaba cuando clavó en él sus ojos llenos de furia.

—¿Y quién te ha dado permiso para hablarme así, Gavin? ¿Sabe papá acaso dónde está su precioso hijito y lo que está haciendo? ¿Crees que todo esto le va a gustar a tu madre? —Gavin retrocedió rápidamente ante aquella voz y aquellos ojos llenos de fuego. Fern hizo un gesto de asentimiento, satisfecha por el resultado de su amenaza—. Os lo habéis estado pasando muy bien los dos aquí —siguió diciendo mirándonos—. Y os aconsejo que os portéis bien si deseáis seguir pasándolo bien. Además —echó la cabeza hacia atrás y se llevó las manos a las caderas—, deberías escuchar más a tu hermana mayor, Gavin; y tú, Christie, mostrar más respeto a tu tía. Nunca me has respetado de verdad, nunca me has tratado como se debe tratar a una tía —se quejó.

—No es cierto, tía Fern, yo...

—¡No me contradigas! —gritó desorbitando los ojos. Luego se acercó a mí y me habló en voz baja, en un tono más controlado pero en el que se manifestaba el odio que sentía, escupiéndome las palabras en la cara—. Esto no es Cutler s Cove y tú ya no eres la princesa. Allí siempre teníamos que complacerte. Todos decían que si Christie esto o que si Christie lo otro. ¿Me organizaron una fiesta de cumpleaños como la tuya por tus dieciséis años? ¿Me compraron alguna vez algo que yo deseara?

—Mamá y papá te querían y te trataban bien, tía Fern —repuse yo con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos.

—Vamos, ya he oído esta cantinela; es como un disco rayado. Luther —dijo, volviéndose hacia él—, te aconsejo que dejes ahí las maletas cuanto antes. ¿Sabes lo que significa cuanto antes?

Luther dudaba, herido en su orgullo y con un enfado que pugnaba por estallar.

—¿Cómo crees que va a reaccionar Philip Cutler cuando se entere de que has estado ocultando a dos adolescentes menores de edad que se han escapado de su casa? —siguió diciendo al ver que él seguía dudando—. Os investigarán, a ti y a tía Charlotte. Además, podrían venir periodistas a tomar fotografías de la ridícula decoración de la casa y de lo que se ha hecho en los retratos y en las paredes. ¿Es eso lo que quieres? —amenazó tía Fern. Luther encorvó los hombros, decaído, y la expresión de desafío desapareció de su mirada. Me sentí terriblemente mal por él.

—No es verdad. Luther no nos ha escondido. No conoce ningún detalle. Ignora

por completo por qué huí y hasta el hecho de escapar. Luther...

—¿Y quien se lo va a creer? —me interrumpió tía Fern con una sonrisa burlona. Su rostro adquirió una expresión firme y apretó tanto los labios que parecían dos gomas elásticas—. ¿Es que voy a tener que repetirlo? —añadió mirando directamente a Luther. El pobre bajó la mirada, cogió su maleta y la de Morton y las dejó en la habitación. Tía Fern se relajó un poco—. Así está mejor, así es como ha de ser. Christie, querida, ¿y el agua y el jabón? —me dijo con voz cantarina.

¿Qué otra cosa podía hacer? Me sentía atrapada y no deseaba que Luther y Charlotte sufrieran más por culpa mía. Tía Fern era lo bastante perversa como para cumplir sus amenazas. Hundí la barbilla en el pecho, las horribles palabras y las acusaciones de tía Fern me obligaban a obedecer sus deseos tan rápidamente como si me hubiera golpeado la espalda con un látigo.

—Te ayudaré —me dijo Gavin cuando me dirigía hacia la puerta.

—Oh, querida, querida —dijo Charlotte deslizándose también fuera de la habitación para cumplir las órdenes de tía Fern—, no va a ser divertido, nada divertido.

—Tomemos ese whisky del gabinete —oímos decir a tía Fern riendo.

—Ha sido una demostración de autoridad impresionante —la felicitó Morton. La carcajada de tía Fern resonó a nuestras espaldas.

—He estado en el último puesto de la cola durante bastante tiempo —le dijo ella—. Ahora me ha llegado la hora de ser grande y poderosa.

Hicieron que Charlotte les mostrara el gabinete donde se guardaba el licor y luego la enviaron a cambiar las sábanas de la cama. Mientras limpiábamos la habitación, tía Fern y Morton cogieron una botella de coñac y unos vasos y esperaron en la sala de estar. Pusieron discos antiguos en el fonógrafo y se comportaron como dos niños, tocaban todo lo que encontraban a su alrededor en medio de risitas, hicieron sonar las antiguas campanitas del comedor, encendieron y apagaron las luces y se persiguieron por las habitaciones. De vez en cuando oíamos las escandalosas risas de tía Fern recorrer los pasillos de la mansión.

Le dije a Charlotte que guardara en una bolsa las cosas que había encima del tocador para esconderlas.

—Podrás devolverlas a su sitio cuando Fern se haya marchado —le dije. Aquello le agradó, pero todavía estaba muy turbada por todo lo que estaba sucediendo. Gavin, a regañadientes, ayudó en la limpieza de las ventanas. Luego Luther cogió la escoba que él había dejado, murmurando algo para sus adentros. Yo saqué el polvo y limpié todos los muebles y luego pasé al cuarto de baño. Me llevó casi una hora limpiar el lavabo y el retrete. Gavin se puso furioso cuando vio que me arrodillaba y empezaba a fregar el suelo. Casi había vaciado tres cubos de agua sucia y tenía la cara y las manos manchadas de la suciedad y el polvo que estaba quitando.

—Esto es el colmo —dijo—. Despertemos a Jefferson y marchémonos. Philip no nos encontrará.

—Pero así no podríamos evitar que tía Fern hiciera algo que perjudicara a Charlotte y a Luther, Gavin. Ya sabes lo perversa y vengativa que puede ser cuando quiere. Hagamos todo lo que nos pida. Ella y su amigo pronto se cansarán y se marcharán y entonces podremos hacer nuevos planes.

—No sé cómo puede ser hermana de Jimmy y hermanastra mía una persona tan horrible —dijo Gavin meneando la cabeza.

—No olvides que cuando era tan sólo un bebé la entregaron a otra familia y vivió con ellos hasta que papá y mamá la encontraron —le recordé—. Eso destrozó su vida.

—Deja de excusarla, Christie. Es una persona cruel y egocéntrica que sólo se quiere a sí misma y todo lo que la hace feliz. Creo que jamás ha hecho nada por nadie en toda su vida, y dudo mucho que lo haga nunca.

—¿De quién estás hablando, Gavin Longchamp? —preguntó tía Fern entrando en la habitación—, de mí no, espero.

—Cuando el río suena, agua lleva —susurró Gavin, pero tía Fern estaba demasiado aturdida por el alcohol para oírlo o prestarle atención. Entonces ella y Morton soltaron una carcajada y se dejaron caer en la cama y empezaron a tocarse como si nosotros no estuviéramos allí. Gavin y yo nos quedamos atónitos. Finalmente tía Fern nos miró con los párpados semicerrados.

—¿No habéis acabado todavía? —se quejó.

—Es que hay un montón de trabajo que hacer, tía Fern. Ya te hemos dicho antes que...

—Oh, deja de dar lecciones. Queremos ir a la cama, pero no para dormir —añadió sonriendo—, sólo a la cama. ¿Verdad, Morton?

Morton tenía los ojos cerrados pero sonrió con malicia.

—Así que llévate los cubos, princesa, y cierra la puerta al salir, ¿comprendes?

—Vamos —dijo Gavin, ayudándome a ponerme de pie—. Vámonos. Está más borracha que una cuba.

—Deberíais probar un poco de este viejo, viejo coñac —gritó y luego ella y Morton soltaron otra carcajada histérica—. Tía Charlotte creía que estaba estropeado —añadió riendo más aún.

Gavin me sacó de la habitación. Cuando nos volvimos, tía Fern se había lanzado sobre el cuerpo postrado de Morton. Parecía demasiado borracho y cansado como para enterarse de nada.

—Oh —dijo tía Fern volviéndose hacia nosotros—. Olvidaba preguntar... ¿cuándo llegan los espíritus?

El eco de sus carcajadas retumbó a nuestras espaldas cuando cerramos la puerta y salimos de la habitación.

—Espero que aparezcan los espíritus —susurró Gavin con sus ojos oscuros brillantes de rabia— y se la lleven al infierno, que es su lugar natural.

Yo estaba tan agotada por todo el trabajo que no respondí. Atravesamos el corredor y llegamos a nuestro cuarto de baño a lavarnos y prepararnos para ir a dormir. Cansada por todas aquellas emociones me quedé dormida en cuanto me metí en la cama.

Pero es posible que aparecieran los espíritus. En algún momento, durante la noche, me despertó algo que creí que era el sonido de unos pasos, por el pasillo. Estaba segura de haber oído el ruido de una puerta y los sollozos de alguien, pero estaba demasiado cansada para levantarme e ir a ver. Los espíritus no nos harán daño a nosotros, pensé, y si por la mañana encontramos que tía Fern y su amigo han desaparecido misteriosamente, no voy a parpadear ni a derramar una lágrima. Y volví a quedarme dormida.

Por la mañana me despertó el agudo chillido de tía Fern. No se la habían llevado al infierno, todavía no.

—¿Qué pasa? —preguntó Jefferson frotándose los ojos de pie en el umbral de la puerta de mi habitación—. ¿Quién grita?

—Fern —dijo Gavin, entrando procedente del pasillo—. Nos está llamando.

—¿Fern? ¿Tía Fern está aquí? —preguntó Jefferson.

—Desgraciadamente, sí —repuse yo.

—¿Y por qué grita?

—No lo sé, Jefferson. A lo mejor es que se ha despertado y se ha mirado al espejo —dijo Gavin riendo.

Me vestí apresuradamente y Gavin y yo, con Jefferson rezagado, salimos corriendo al pasillo. Las puertas de la habitación estaban abiertas de par en par y nosotros nos acercamos lentamente y nos asomamos.

Al parecer Morton seguía durmiendo, con el estupor propio del borracho, pero tía Fern estaba sentada en la cama envuelta en la sábana. Sus ojos brillaban de excitación. ¿Acaso había visto un espíritu?, me pregunté. Levantó el brazo y señaló con un dedo trémulo hacia la puerta.

—¿Quién era esa... esa... criatura que estaba ahí mirándonos desde Dios sabe cuánto tiempo? —preguntó—. He abierto los ojos y ahí estaba él, hace tan sólo un rato, espiándonos.

—Ah, probablemente era Homer —contesté—. Es amigo de tía Charlotte y de Luther. Vive aquí cerca.

—¿Y cómo se atreve a meterse aquí? ¡Qué atrevimiento! ¿Qué tiene, alguna clase de perversión? —preguntó.

—Oh, no, tía Fern. Homer es inofensivo. Es...

—No me digas lo que es. Yo sé quién es inofensivo y quién no lo es —dijo con expresión helada—. No quiero que ponga sus ojos en mí nunca más, ¿entendido? Ahora mismo bajas y le dices que no vuelva a poner los pies aquí hasta que yo me haya ido, ¿has comprendido?

—Pero Homer no...

—Te he dicho que no me contradigas en nada —gimió—. Me va a explotar la cabeza. —Apretó las palmas de las manos contra las sienes y, olvidándose de que estaba desnuda, la sábana cayó. Gavin tuvo un sobresalto y dio un paso atrás.

—Tía Fern... aún no estás vestida —señalé yo.

—¿Qué? Oh, y a quién le importa. Morton, demonios. ¿Cómo puedes dormir tan tranquilo? ¿Morton? —Sacudió a su amigo, quien lanzó un gruñido pero no se movió. Entonces tía Fern se dejó caer sobre la almohada.

—Tráeme café... café fuerte. En cuanto me despierte, quiero que me prepares un baño caliente. ¿Tienes sales de baño?

—No, tía Fern.

—Bien, trae el café... rápido —ordenó—. Y echa fuera de la casa a esa criatura. —Cerró los ojos y volvió a lanzar un gemido.

—¿Cómo es que tía Fern está aquí? —susurró Jefferson.

—Ha venido a buscar la escoba de Emily —contestó Gavin con sarcasmo.

—¿Qué?

—Ha venido en coche esta noche, Jefferson. Y ahora ve a lavarte y a vestirte. Vamos.

—¿Se encuentra mal?

—Anoche bebió demasiado —dije, intercambiando una sonrisa con Gavin.

—Vamos, camarada —le animó Gavin, poniendo el brazo alrededor de sus hombros—. Te ayudaré a arreglarte.

—Será mejor que vaya a buscar el café —dije y bajé corriendo las escaleras. Luther ya había salido a trabajar. Charlotte estaba en la cocina con Homer sentado a la mesa con expresión asustada.

—Le ha dado un susto de muerte —se quejó Charlotte.

—Está furiosa porque él la estaba mirando —expliqué yo.

—No le hace daño a nadie. Nunca había oído nada en esa habitación y ha ido a ver qué pasaba —dijo tía Charlotte. Yo sonreí por el tono maternal con el que lo defendía.

—Ya lo sé, pero hasta que no se marchen sería mejor que Homer se mantuviera alejado. ¿Lo comprendes, Homer? Esa mujer de ahí arriba no es buena. Cada vez que te vea gritará y gritará.

Homer asintió.

—Yo no quiero verla a ella —dijo.

—No te lo reprocho. —Vertí el café en dos tazas, las puse en una bandeja y se las llevé a tía Fern y a Morton. Morton estaba despierto y sentado en la cama frotándose la cara y haciendo guiños por el sol que entraba a través de la ventana. Tía Fern seguía echada y con los ojos cerrados.

—Aquí tenéis el café —dije y al oírlo ella abrió los ojos.

—Tráelo aquí —ordenó, cogiendo la taza que yo tenía en la mano cuando me acerqué. Di la vuelta alrededor de la cama y le di a Morton la otra.

—Gracias —dijo Morton.

—No es bastante fuerte —se quejó Fern al instante escupiendo el café en la taza—. Esto es agua sucia —añadió abriendo los ojos—. ¿Lo ha hecho Charlotte?

—Sí, tía Fern.

—No bebas, Morton. Charlotte está lo bastante loca como para haber mezclado porquería con el agua. —Le quitó la taza de la mano y me las devolvió tan bruscamente que vertió el café ensuciándome las manos y las muñecas. El café quemaba, pero a ella eso no le importó—. Haz otra cafetera. Sabes hacer café, ¿verdad, princesa? ¿O no sabes hacer nada? Siempre estaba mano sobre mano —le dijo a Morton.

—Eso no es cierto, tía Fern. A menudo ayudaba a Mrs. Boston en la cocina —protesté.

—A menudo ayudaba a Mrs. Boston —repitió imitándome con voz cantarina—. Sí, estoy segura que hacías muchas cosas. Bueno, tráenos un buen café y date prisa. Después quiero tener listo el baño y luego un buen desayuno en la mesa. ¿Ya se ha ido esa criatura? —preguntó.

—Le asustaste más de lo que él te asustó a ti, tía Fern. No desea acercarse a ti, no te preocupes —dije.

—Estupendo.

—¿Qué criatura? —preguntó Morton.

—A ti no te despierta ni un terremoto —le dijo tía Fern— después de pasarte la noche bebiendo. —Ambos se echaron a reír y empezaron a hacerse cosquillas el uno al otro, como dos niños. Luego tía Fern se dio cuenta de que yo los estaba mirando—. ¿Aún sigues ahí? —me gritó—. Tráeme el café —me ordenó violentamente.

Salí y corrí escaleras abajo. Le hice el café, pero tan fuerte que Gavin dijo que podría derretir acero. Jefferson, ahora totalmente despierto, insistió en acompañarme, pero cuando volví a la habitación principal me encontré con las puertas cerradas. Pensé que sería mejor llamar antes de entrar.

—Espera un momento —oí que decía tía Fern con voz jadeante. Luego escuché unos gemidos, seguidos de unos breves gritos de placer.

—El café se va a enfriar, tía Fern —grité desde el otro lado de la puerta. Sabía lo que estaban haciendo y me sentía confundida, tanto por Jefferson como por mí—.

¿Quieres que vuelva dentro de un rato?

En lugar de una respuesta, oí sus gritos cada vez más seguidos y fuertes y luego un largo gemido.

—¿Qué le pasa a tía Fern? —me preguntó Jefferson.

—No se encuentra muy bien, Jefferson. ¿Por qué no vuelves a la cocina y acabas el desayuno y luego vienes a saludar?

Mi hermano se encogió de hombros y desapareció. Al cabo de un momento tía Fern gritó:

—Entra.

Abrí las puertas y observé que se había tapado con la sábana hasta la barbilla. Tenía el rostro sonrosado y los cabellos despeinados. Morton permanecía echado con los ojos cerrados y una sonrisita de satisfacción en la cara.

—Aquí está el café recién hecho —dije. Tía Fern me sonrió y se incorporó.

—Muy bien. —Cogió su taza y le alargó la otra a Morton. Luego se volvió hacia mí—. ¿Es que aquí no existe la mínima educación? —me preguntó. ¿No tenía dignidad? ¿Ni un mínimo respeto hacia sí misma?—. Apuesto a que tenías la orejita pegada a la puerta, ¿me equivoco? ¿O has estado mirando por el ojo de la cerradura?

—Te equivocas, tía Fern —repuse—. Me he sentido muy incómoda.

—Oh, vamos. Está claro que aquí has perdido tu preciosa virginidad. —Miré de soslayo a Morton que estaba con su taza de café observándome con curiosidad.

—¡Tía Fern!

Mi tía echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Deja ya de ser la princesita pura —dijo—. No eres mejor que yo.

—Nunca he dicho que lo fuera, tía Fern, pero...

—Me satisface que hayas crecido. Si estoy contenta y con buena disposición... y si eres buena conmigo —añadió—, quizá te dé algunas sugerencias sobre los hombres y el sexo —dijo. Morton se echó a reír.

—Quiero estar presente para oírlo.

—Ni hablar. Es una conversación de mujeres. No debes permitirles que hagan lo que quieran contigo —me dijo.

—Tía Fern, yo no...

—Sí, sí —interrumpió ella—, ya sé. Todavía eres demasiado delicada. Está bien, prepárame el baño. Templado, no demasiado caliente. Bien, vamos, deja de mirarme como una tonta —añadió, sorbiendo el café.

Fui al cuarto de baño y abrí los grifos del agua. Cuando estuvo listo se lo dije y me dispuse a salir de allí.

—Espera un momento, ¿adonde vas? —me preguntó.

—Abajo, a prepararme el desayuno —le contesté.

—Primero me gustaría que me ayudaras. Tienes que lavarme la espalda y luego el

pelo. Vamos —me ordenó. Completamente desnuda salió de la cama. Miré a Morton que me sonrió con expresión perversa—. El agua está en su punto —dijo tía Fern cuando se introdujo en la bañera. Tenía miedo de que en cualquier momento Morton se levantara y saliera de la cama también desnudo, así es que volví al cuarto de baño y cerré la puerta. Tía Fern me alargó la esponja—. Frótame en pequeños círculos la espalda y también los hombros.

Le lavé la espalda y luego vertí jabón en sus cabellos y empecé a frotarlos.

—Oh, qué bien —dijo recostándose en la bañera—. Princesa, eres una excelente sirvienta.

—Tía Fern, ¿querrías dejar de llamarme princesa? No soy una princesa y nunca lo he sido.

—Oh, tienes toda la razón, eres un desecho.

—No es cierto —insistí—. Yo trabajé en el hotel en cuanto tuve edad suficiente para ayudar. Y siempre cuidaba de Jefferson cuando mis padres me lo pedían.

—Ya sé que eres casi perfecta —murmuró, entonces me cogió de la muñeca y me acercó a ella—. Háblame de tu relación con mi hermanito. ¿Es... tiene mucha experiencia? No me lo puedo imaginar sabiendo dónde meterla.

—Basta, tía Fern —le dije liberando la muñeca—. Gavin es un chico estupendo, lo cual no le hace débil o menos hombre.

—¿Hombre? —inquirió ella abriendo los ojos con sorpresa—. Entonces te has acostado con él, ¿verdad? —me preguntó. Hubo algo en la expresión de mis ojos que ella lo tomó como respuesta afirmativa—. Estupendo. No voy a ir por ahí contándoselo a todo el mundo. ¿Crees que me importa mucho esto? —Hizo una pausa y se incorporó en la bañera—. Tenía curiosidad, eso es todo. ¿Cuándo lo hiciste por primera vez?

—Tía Fern, no me gusta hablar de esas cosas.

—Oh, vamos. No me digas que tú y tus amiguitas no habláis de estas cosas. ¿Es que tu madre no te lo contó o murió antes de poder hablarte del acto sexual?

—Mamá y yo estábamos muy unidas —repliqué—. No tenía que recurrir a otros para enterarme de esas cosas.

—¿De verdad? Qué curioso. ¿Y qué te dijo? —preguntó con una sonrisita—. ¿Te dijo lo que debías y no debías hacer? ¿Te dijo cómo podías evitar el embarazo o te dijo simplemente que no?

—Hablamos de amor y de sexo, sí.

—Amor —dijo sonriendo otra vez.

—¿No estás enamorada de Morton?

—¿Hablas en serio? ¿De Morton? Sólo es divertido. —Se inclinó hacia adelante—. Y fácil de manipular, ¿sabes lo que significa? —Yo no lo sabía—. Hace siempre lo que yo quiero. Nunca discute y si no estoy de acuerdo con él nunca se queja, ni

gruñe, ni se enfada.

—Pero... os comportáis como marido y mujer —dije.

—Oh, princesa, no me hagas reír. Yo ya me he comportado así muchas veces —confesó.

—¿Cuántas?

—Eres curiosa, ¿eh?

Sí, tenía curiosidad. Quería comprender a tía Fern, saber por qué no respetaba su cuerpo y si de verdad estaba satisfecha de sí misma. Se comportaba con despreocupación; era desafiante, salvaje, ¿pero era feliz?

—¿Quieres saber cuándo lo hice por primera vez? —me preguntó. Yo no dije que sí, pero ella se incorporó y empezó a contármelo—. Tenía catorce años. Y fue con el chico que me gustaba, que tenía diecisiete.

—¡Diecisiete!

—Sí, y ni siquiera me había mirado. Yo nunca había hecho nada antes, pero había leído mucho acerca de ello y había visto también esos libros con ilustraciones. Así que un día me acerqué a él y se lo dije al oído. El se puso más colorado que un pimiento, pero le interesó enseguida.

—¿Qué le susurraste al oído?

—Le dije si quería ir a dar la vuelta al mundo conmigo.

—¿Y eso qué significa? —pregunté en un murmullo.

—A decir verdad, princesa, yo no estaba muy segura, pero salió muy bien. Al cabo de unos días, tuve la oportunidad de estar a solas con él. Estaba muy nervioso porque obviamente yo no lo había hecho nunca.

—¿Qué hizo él?

—Nada. No tuvo demasiadas oportunidades de hablar conmigo después de eso.

—¿Y no te sentiste muy mal?

Tía Fern se encogió de hombros.

—No era tan estupendo como yo me había imaginado y ya no volvió a interesarme.

—¿Y lo que habías hecho?

—Alguna vez tiene que suceder —dijo con indiferencia.

—Pero si en realidad la persona no te importa...

—Nadie tiene que importarte —repuso—. Así estarás mucho mejor.

—No tienes razón, tía Fern. Te sientes sola porque nadie te importa realmente —dije yo al fin. Ella se me quedó mirando.

—Había olvidado que eres la hija de Mrs. Perfecta. Tu madre no era tan perfecta, ya lo sabes. Y por eso viniste tú al mundo.

—Lo sé todo —repliqué apresuradamente, antes de que pudiera añadir más crueldades—. Y hasta he ido a ver a mi padre.

—¿Lo has hecho? ¿Y qué?

—Debió de ser un hombre atractivo y encantador, pero en realidad creo que fue... nada. Repugnante y débil.

—Humm. Me gustaría saber qué aspecto tiene el hombre por el que Mrs. Perfecta perdió la cabeza.

—¿Por qué odiabas tanto a mi madre? —pregunté meneando la cabeza—. Ella siempre deseaba lo mejor para ti.

—No lo creas. Tenía celos de todos los momentos que Jimmy pasaba conmigo —me contestó.

—Eso no es cierto. Es horrible que pienses así y lo digas.

—Es verdad —insistió—. Sé reconocer a las mujeres celosas, querida. Soy una experta.

Se levantó y se sentó en el borde de la bañera.

—Ve a buscar mi neceser y coge la lima de las uñas. Quiero que me limes las uñas de los pies —me ordenó.

Me la quedé mirando con expresión de desafío. Ante mí aparecía como un amasijo de egoísmo y crueldad, una criatura sin corazón que vivía sólo para una cosa: su propio placer. Hasta ese momento yo ignoraba que fuera capaz de odiar tanto a alguien. Debió de verlo en mis ojos porque su expresión de plena satisfacción consigo misma se evaporó rápidamente y sus ojos se convirtieron en dos brillantes carbones furiosos.

—No te quedes ahí mirándome así, Christie Longchamp. Te crees que eres mejor que yo, pero en el fondo estamos cortadas por el mismo patrón. Estabas impaciente por llamar a mi hermano y escapar a este rincón perdido para satisfacer así tus fantasías sexuales. E incluso has sido lo bastante despreciable como para arrastrar también a tu hermano pequeño —atacó.

—Eso no es cierto, ésa no es la razón por la que me he escapado —grité con las lágrimas quemándome los párpados.

—Te has escapado porque eres una mocosa despreciable que se entromete en todo, que era el centro de atención y que ahora no es más que otro niño en la casa. Tía Bet no te mimaba como lo hacía tu madre...

—¡Tío Philip me violó! —dije abruptamente.

Durante unos instantes el silencio fue tan profundo que pude oír los latidos de mi corazón e imaginé que ella también podría hacerlo. Se levantó lentamente del borde de la bañera sin apartar de mí sus ojos. Yo no pude dominar los sollozos.

—¿Te violó? ¿Quieres decir...?

—Entró en mi habitación desnudo —grité—, y se metió en mi cama.

—No fastidies —dijo con una triste sonrisa. Pero no demostró ni indignación ni simpatía; estaba excitada, divertida—. Cuéntame —me pidió.

—No hay nada que contar. Entró y me forzó. Fue horrible.

—¿Y por qué fue horrible? Philip es un hombre muy guapo —señaló.

—¿Qué? —dije enjugándome las lágrimas.

—La verdad es que yo siempre había esperado que hiciera eso conmigo. Le di bastantes oportunidades, me insinué bastante —añadió sonriendo—. En cierta ocasión me las arreglé para que me viera desnuda. Lo que vio le gustó, pero se fue sin ponerme una mano encima. Debiste de hacer algo para animarlo —me acusó.

—No hice nada.

—Dime la verdad, te gustó un poco, ¿no es cierto?

—No, tía Fern. Fue horrible desde el principio al fin y cuando hubo acabado, me froté la piel hasta quemarme.

—Qué ridículo.

—No fue ridículo. Jamás me había sentido tan sucia, por fuera y por dentro. Y me sorprende que desees a un hombre casado... un pariente...

—Oh, bueno, es que un hombre guapo es un hombre guapo —dijo—. Además, no es un pariente consanguíneo. No es un pariente de verdad.

—Es un hombre enfermo. Siempre ha estado enamorado de mi madre y...

—Lo sé —dijo ella secamente—. Todo el mundo estaba enamorado de tu madre. —Alzó la vista y me miró con un desprecio y un odio escritos en sus labios—. Y ahora todos se enamoran de ti. Porque tienes todo el encanto... —Se recostó en la bañera y levantó los pies—. Límame las uñas —me ordenó y como yo no me moví ella sonrió—. Debería ir ahora mismo al teléfono y hablar con Philip para que te obligue a volver con él. Quizá sea esto lo que necesitas... una verdadera educación. Que te encadene a la cama y se acerque noche tras noche y te lo haga de una manera diferente cada vez hasta...

—Calla. Eres un bicho repugnante.

—La lima —ordenó fríamente.

Cuando abrí la puerta del cuarto de baño, vi a su amigo de espaldas en la cama y cubierto con la sábana. De pronto abrió los ojos.

—Estoy hambriento, Fern —gritó.

—Pues espera —repuso ella—. Todavía no he acabado de arreglarme.

Fui a buscar su neceser y encontré la lima.

—Sécame primero los pies, estúpida —dijo cuando me arrodillé ante ella. Cogí la toalla y le sequé los dedos—. Humm, qué bien. Es estupendo que la traten a una como si fuera un miembro de la realeza. Siempre te he envidiado, princesa.

—A mí jamás me ha tratado nadie como si perteneciera a la realeza —contesté.

—Vamos, vamos. Haz un buen trabajo con estas uñas. Nunca se sabe quién va a fijarse en ellas. —Las lágrimas me quemaban los párpados. Procuré mantener la visión clara para poder limarle las uñas. Mientras yo trabajaba ella se recostó con los

ojos cerrados dentro del agua templada.

—¡Morton! —gritó de pronto—. ¡Morton!

—¿Qué quieres?

—Levántate, ve abajo y dile a mi tía que quiero un revoltillo de dos huevos y un poco de beicon para desayunar. Ve a ver si tienen pan fresco. Si no lo tienen, que Luther vaya al pueblo y traiga un poco.

—Muy bien —dijo Morton.

—Luther no tiene tiempo de hacer recados como ése —murmuré.

—Pues será mejor que lo encuentre.

—¿Por qué quieres molestarlos? Son seres indefensos. Ya han sufrido bastante. Son...

—Tú no has tenido ningún escrúpulo a la hora de sacarles partido —atacó tía Fern.

—Yo no me he aprovechado de ellos. Gavin ha estado ayudando a Luther en las labores del campo y yo he estado limpiando la casa y ayudando a tía Charlotte con la comida y...

—Oh, eres un encanto. Se me había olvidado. Morton —gritó—. ¿Te has levantado?

—Ahora, ahora —contestó el otro—. Pero necesito el cuarto de baño. Quiero lavarme, afeitarme y...

—Pues busca otro. Vamos a estar aquí un buen rato. La princesa también tiene que arreglarme las uñas de las manos —dijo dirigiéndome una sonrisa—. ¿Verdad, princesa?

No contesté. Acabé de arreglarle las uñas de los pies y me volví para que ella no pudiera ver mis lágrimas, porque cuanto peor me sentía yo más feliz se sentía ella. Suspiré profundamente. Seguramente iban a emprender su camino ese mismo día, pensé, y entonces volveríamos a ser libres. Y no me importaba verme libre de mi tía Fern para siempre. De hecho, es lo que estaba deseando. Me daba pena porque yo sabía lo mucho que le hubiera dolido a papá saber que yo odiaba tanto a su hermana, pero no podía remediarlo.

Luego me dediqué a hacerle la manicura. Me pidió que le contara con detalle el ataque sexual de tío Philip, pero yo no le di aquella satisfacción y finalmente dejó de insistir.

Después tuve que arreglarle la ropa. Mientras ella iba a vestirse, insistió en que le hiciera la cama y aseara el cuarto de baño. Le divertía verme trabajar como una criada. Finalmente, bajamos a desayunar. Su amigo estaba sentado a la mesa estudiando un mapa de carreteras cuando entramos en la cocina.

—¿Has enviado a Luther a comprar pan fresco? —preguntó Fern.

—No he podido encontrarlo y vuestra tía no es que ayude demasiado —contestó

—. Está ahí afuera con Gavin, Jefferson y alguien más pintando el granero —dijo Morton—. De verde —añadió riendo.

—¿Están pintando de verde el granero? Creo que lo mejor será que llamemos al manicomio más cercano y les pidamos que hagan una redada —dijo tía Fern con sarcasmo.

—Aquí son felices, tía Fern, y a nadie perjudican.

—¿Qué te parece si bajamos al pueblo y desayunamos en un restaurante? —dijo Morton.

—No necesitamos ir al pueblo. Mi sobrina puede preparar los huevos. Ya ha demostrado que sabe hacer café. No me gustan demasiado hechos —ordenó—. Ni demasiado secos como un pedazo de papel. Bien —dijo al ver que yo no me movía—. Danos de comer. El pobre Morton tiene hambre. ¿Qué estás haciendo? —preguntó yendo a su lado.

—Hallar la mejor manera de volver a las carreteras principales —contestó.

—Tenemos tiempo —dijo tía Fern—. ¿No te gustan estas pequeñas vacaciones con los campesinos? —se burló.

—Claro —contestó él—. ¿Cuánto tiempo quieres quedarte?

Yo contuve el aliento.

—Hasta que me aburra —replicó—. Además —añadió dirigiéndome una sonrisa—, no podemos abandonar a mi pobre sobrina precisamente cuando más nos necesita, ¿verdad? Oh, pero no sabes por qué huyó de su casa. Pues al parecer, una noche...

Un huevo me resbaló de la mano y se aplastó en el suelo.

—¡Tía Fern!

—Mira lo que has hecho —dijo tía Fern—. Miss Deditos de mantequilla. Recógelo. Ese huevo era el tuyo —añadió riendo.

Me la quedé mirando, al fin me sentía lo bastante harta como para desafiarla, pero al instante comprendí que ella estaba deseando un enfrentamiento. Buscaba por todos los medios la oportunidad de destruir la vida de todos, de hacer su vida tan miserable como era la suya. Me mordí el labio inferior y me tragué el orgullo.

—¿Por qué huyó? —preguntó Morton.

—Olvídalo —repuso tía Fern bajando la mirada hasta mis manos y mis rodillas—. Es una conversación privada entre una sobrina y su amante tía, ¿verdad, princesa?

Recogí el huevo roto con un trapo y procuré ignorarla, aunque ella no cambió de actitud. Era la clase de persona que se divertía hurgando en las heridas de los demás. Debí de comprender que no iba a sentir lástima. En ella no existía un gramo de compasión como no fuera para consigo misma.

—¿Verdad? —insistió.

—Verdad, tía Fern —contesté tragándome las lágrimas.

Me daba cuenta de que había escapado de una trampa para caer en otra. Cada vez

que rompía uno de los eslabones de la cadena que me ataba a la maldición familiar sucedía algo que volvía a unirlo. Me sentía como el que lleva un grillete de acero en el cuello, en las manos y en los pies. Me incorporé con lentitud y, mecánicamente, como un esclavo de galeras, hice los huevos revueltos para tía Fern y su amigo, haciendo un esfuerzo para que las lágrimas no cayeran en los alimentos.

—¿Y tú no vas a desayunar? —me preguntó tía Fern cuando les serví a ella y a Morton los huevos y una taza de café recién hecho.

—No tengo apetito —contesté.

—Pues deberías tenerlo —replicó, regocijada ante mi angustia—. Te voy a dar la oportunidad, otra oportunidad de exhibirte; y ya sabes cuánto te gusta hacerlo, princesa.

—A mí no me gusta exhibirme, tía Fern.

—Claro que sí. Es tu deber después de tantos gastos. Mi hermano se gastó una fortuna en las clases —le dijo a Morton, quien asintió con muy poco interés—. Mucho más de lo que quería invertir en mí —añadió con expresión de odio.

—Lo siento por ti, tía Fern —dije meneando la cabeza—. Debes de tener un monstruo en tu interior, un monstruo verde que se te ha comido el corazón. Siento más pena por ti que por mí misma —añadí disponiéndome a salir de la cocina.

—No te vayas muy lejos, princesa —dijo a mis espaldas riendo—. Nunca se sabe cuándo voy a necesitarte —añadió soltando otra carcajada.

Sus carcajadas recorrieron como un eco toda la casa. Era la clase de risa que es bien recibida en los rincones oscuros de una casa como aquélla. Estaba segura de que era la clase de maldad que había vivido entre aquellas paredes.

PROFUNDA MALDAD

Aunque la mañana era luminosa y soleada, con sólo algunos grupos de nubes que parecían pegados aquí y allá en un cielo azul intenso, yo me sentía tan desgraciada como si hubiera abierto la puerta y me diese de bruces con un día gris y encapotado. Hasta el gorjeo de los petirrojos y los gorriones era triste, su música me parecía fuera de tono. Un cuervo grande y negro me miraba fijamente con una expresión de morbosa curiosidad. Apenas se movía, parecía un pájaro disecado más que un pájaro vivo, encaramado en el respaldo de una antigua mecedora de madera. En lugar de aspirar el aroma de la hierba recién cortada y de las flores silvestres, aspiré el olor a moho de los tablones de madera podrida en el suelo del porche. Las moscas danzaban en el aire alrededor de la casa como si celebraran el descubrimiento de un gigantesco cadáver con el que se podrían alimentar para siempre.

Lancé un suspiro, sólo me estaba fijando en lo que me producía intranquilidad y tristeza; mi disposición de ánimo me hacía ver solamente aquello que era repulsivo y triste, no importaba lo hermoso que fuera aquel día. Solía culpar al clima de mi estado de ánimo, pero ahora era algo más que eso. Mamá y papá habían hecho que mi mundo fuera hermoso, radiante. Sus risas y sus voces tenían luz propia. La belleza sin las personas que había amado o que me habían amado era incompleta, inapreciable, extraña.

Del mismo modo que había personas cariñosas y amables que podían hacer que tu mundo fuera más feliz y más luminoso, también había otras egoístas y crueles, personas con el corazón de piedra y las venas llenas de agua helada capaces de transformar tu mundo en algo gris y deprimente. Tía Fern era como una mancha de hollín, como una nube oscura que ahora se cernía sobre mi cabeza, amenazando con descargar una lluvia fuerte y fría y empaparme de más desgracias. En mi huida del horror en que se había convertido mi hogar, también liberé a mi hermano Jefferson aceptando la ayuda de Gavin y llevándolos a los dos a lo que ahora parecía más bien un viaje al infierno. Me había refugiado en la antigua plantación y, al hacerlo, había dado entrada a la maldición en la vida de dos personas sencillas y amables.

Me sentía como un ave de mal agüero. Si subía a un barco, seguro que se hundiría; si tomaba el tren o el avión, tendría lugar un accidente. Y a lo mejor, si algún día subía al Cielo, los ángeles perderían sus armoniosas y melódicas voces. No recordaba un día de mi vida en el que hubiera sentido más lástima de mí misma y de la gente que me amaba. Mientras permanecía llena de aquellos oscuros pensamientos, consideré la opción de escapar y desaparecer. Sin tenerme allí para atormentarme, tía

Fern se aburriría y se marcharía; Gavin se llevaría a Jefferson a su casa y vivirían felices y Charlotte, Luther y Homer podrían volver al mundo idílico y sencillo del que antes gozaban.

Di unos pasos con la vista fija en el camino quebrado y tortuoso. Los árboles y los arbustos parecían hacerme señas bajo la fuerte brisa que soplaba. Una voz en el viento susurró: «Corre, Christie, corre... corre». ¿Qué importaba adonde me dirigiera, las vueltas que diera o dónde acabara? Sólo me echarían de menos durante un tiempo. Durante un tiempo el corazón de Gavin sufriría, pero con el paso de los días me iría mezclando en la trama de recuerdos y volverían épocas más felices y esperanzadoras. La vida en un mundo en el que el fuego puede llevarse a dos personas tan extraordinarias como mamá y papá, en el que existen personas tan malvadas como Emily, la hermana de Charlotte, que prosperan y viven hasta que mueren a edad avanzada, en el que la enfermedad y la pobreza coexisten con la salud y la riqueza, y golpean sin razón alguna para ahogar cualquier momento de felicidad, ya era de por sí bastante difícil. ¿Por qué añadir entonces, además, el peso plúmbeo de una maldición?

Mis pasos se hicieron más seguros, largos, apresurados. Quizá me ocultase entre los arbustos para asegurarme que tía Fern y Morton se marchaban y de que Gavin podía seguir su camino con Jefferson. Si esto sucedía mi decisión habría sido la más adecuada. Sí, podría...

—¡Hola! —Me detuve, me volví y vi que Gavin se acercaba precipitadamente. Sus ojos castaños estaban llenos de confusión—. ¿Adonde crees que vas? —me preguntó.

—Yo sólo...

—¿Sólo qué, Christie? Este sendero sólo lleva hasta la carretera. Querías escapar, ¿no es cierto? —volvió a preguntarme, perceptivo—. Fern ha hecho otra de las tuyas, ¿no? —siguió diciendo antes de que yo pudiera responderle—. ¿Qué ha hecho? Iré a la casa y le... —añadió dirigiéndose hacia la casa.

—No, Gavin, por favor —le detuve agarrándole por el brazo—. No hagas nada. No iba a escapar. —Me miró con escepticismo—. Sólo iba a dar un paseo, creí que este sendero era el más cómodo —dije sin expresión alguna, con la esperanza de que no se diera cuenta del dolor que había en mis ojos. Pero no lo conseguí.

—Christie, te dije que yo cuidaría de que nadie te hiciera daño, ¿verdad?

—Lo sé. Lo sé. ¿Jefferson está bien? —pregunté inesperadamente, tratando así de cambiar de tema.

—Está con Homer, embadurnando con pintura las paredes del granero. Y yo te he estado esperando toda la mañana. ¿Qué te ha dicho que hicieras después de llevarle la taza de café?

—No ha sido tan malo. La he ayudado a bañarse y a lavarse el pelo y luego les he

preparado el desayuno. Todo irá bien —le prometí aunque sin demasiada confianza—. Estoy segura de que hoy se aburrirán y se marcharán.

—Humm —murmuró asintiendo y entornando los ojos—. Es posible.

—Claro que se marcharán, Gavin. ¿Qué les retiene aquí? Ya sabes que a Fern le gusta mucho el jaleo. Siempre se quejaba de que se aburría mucho en el hotel a pesar de que había muchas actividades y se podía nadar.

Al intentar convencerle a él también estaba intentando convencerme a mí misma. Sin embargo, fue como si el terrible hado que se cernía sobre mí hubiera oído mis protestas de esperanza y quisiera desvanecer hasta el más mínimo optimismo. Tía Fern y Morton salieron de la casa riendo mientras atravesaban el porche haciendo mucho ruido en el suelo y bajaron los escalones hacia el coche.

—¿Se van? —susurró Gavin.

Gavin y yo nos desplazamos a un lado para verlos marchar, pero se detuvieron a nuestro lado y tía Fern bajó la ventanilla.

—¿Adonde demonios vais... a vuestro nidito en el lago? —preguntó riendo.

—Estamos dando un paseo, tía Fern —repliqué con dureza.

—Claro, claro. Vamos al pueblo a comprar algunas cosas. Morton quiere un bistec para cenar y también traeremos alimentos más decentes. Además, no me gusta el jabón y el champú que tenéis aquí.

—Y no te olvides del whisky —se burló Morton, cosa que les hizo reír a ambos.

—Sí, aquí no hay ginebra y a los dos nos gusta mucho. Te aconsejo que vuelvas y limpies la cocina. Queremos tener limpio nuestro refugio. Y esto me hace recordar que también quiero que estén arregladas otras habitaciones, déjalas habitables. Luego las supervisaremos y ya te contaré lo que quiero hacer.

Cerró la ventanilla y Morton puso el coche en marcha. Sentí el corazón y la garganta en un puño.

—Así es que creías que se iban a marchar hoy —dijo Gavin—. Te juro que si te hace otra escena de éstas, la agarraré por el cuello y la echaré por la puerta.

—Ten un poco de paciencia, Gavin, se aburrirán muy pronto —le aseguré—. Por favor, no quiero más problemas de los que ya tenemos.

—Está bien —dijo Gavin entornando los ojos—, pero no quiero verte alejándote de la casa sin mí. ¿Me lo prometes? Prométeme que no harás ninguna estupidez, Christie —insistió.

Bajé los ojos y asentí, pero no quedó satisfecho. Se inclinó y me levantó la barbilla para poderme mirar a los ojos.

—¿Christie?

—De acuerdo, Gavin, te lo prometo.

—Bien —dijo él satisfecho.

—Voy a entrar a limpiar la cocina. No hay razón para que Charlotte tenga más

trabajo —le dije encaminándome hacia la casa.

Tía Fern y Morton volvieron con bolsas llenas de las cosas que a ellos les gustaba comer. Trajeron dos botellas de cuarto de ginebra y una docena de botellitas de agua tónica. En cuanto llegaron, Morton preparó unas copas. A mí me ordenaron vaciar las bolsas y hacer la comida. Mientras lo hacía, tía Fern dio su prometido paseo por la casa. Poco después me llamó gritando. Charlotte había vuelto a preparar la comida de Luther y de los otros.

—Oh, querida, ¿por qué grita tan fuerte? ¿Qué quiere? —me preguntó Charlotte detrás de mí. La encontramos de pie en lo alto de la escalera con una copa en una mano y la muñeca que había cogido de la cuna de la habitación de los niños en la otra. Charlotte se quedó lívida.

—Cuidado, por favor —le gritó a tía Fern.

—¿Cuidado? ¿Cuidado de qué? ¿Qué es esto? ¿Por qué estaba esta muñeca en la cuna? —preguntó.

—Por favor, devuélvela a su sitio, tía Fern —le dije dirigiéndome hacia la parte superior de la escalera, donde se encontraba ella—. Es de Charlotte.

—¿Todavía juega con muñecas? —preguntó con incredulidad.

—No, pero ésta es un recuerdo y...

—Es ridículo. Este lugar es ridículo —declaró tía Fern.

—Por favor —dijo tía Charlotte—. Devuélvela a su sitio. No la sacamos de la habitación de los niños.

—Ah, ¿no la sacáis? —se burló tía Fern—. ¿Y qué crees que va a pasar? ¿Se echará a llorar? —Sostuvo en alto la muñeca que sujetaba por los pies y la balanceó arriba y abajo por encima de la barandilla, amenazando dejarla caer.

—¡Detente! —gritó Charlotte subiendo las escaleras detrás de mí.

—Tía Fern, no te burles de ella.

Fern bebió otro trago de gintonic y se echó a reír.

—Morty —llamó—. Deberías venir a ver esto. No te lo vas a creer. ¡Morty!

—¡Devuélvela a su sitio! Por favor, devuélvela a su sitio —suplicó tía Charlotte, subiendo las escaleras más deprisa.

Morton salió de la sala de estar, donde había estado bebiendo y descansando, a ver qué pasaba.

—Juguemos a coger la pelota —propuso tía Fern sosteniendo en alto la muñeca para que Morton la viera. Tía Charlotte se abalanzó sobre ella y tía Fern la lanzó a Morton, que la cogió.

—¡Dejadlo! —gritó tía Charlotte con las manos en las sienes.

—Tía Fern, ¿cómo eres capaz de hacer estas cosas? —Me volví y miré a Morton que le estaba sonriendo a Fern—. Dame la muñeca, por favor —le supliqué. Morton se echó a reír y cuando yo iba a alcanzarla, se la lanzó a Fern. La muñeca cayó, pero

antes de que tía Charlotte pudiera cogerla, Fern la levantó y amenazó con lanzársela otra vez a Morton.

Charlotte volvió a gritar mientras Fern reía y se la lanzaba a Morton. En el rostro de tía Charlotte vi reflejado el dolor y el miedo que sentía. Alguien, otra vez, le estaba robando su bebé. Qué comportamiento más perverso y cruel el de tía Fern al causarle tanto daño a Charlotte.

—Tía Fern —grité cuando llegué al tramo superior de las escaleras con Charlotte detrás de mí. Pero cuando dimos la vuelta al recodo del pasillo, ya no la vimos.

—¿Dónde está? ¿Adonde se ha llevado el bebé? —preguntó tía Charlotte.

—¿Tía Fern?

Oímos unas risitas a nuestra derecha y nos encaminamos despacio en aquella dirección. Sin embargo, antes de que llegáramos a la puerta de la habitación en que tía Fern se había ocultado, oímos el estrépito de unos cristales al romperse y caer al suelo y luego escuchamos su grito. Instantes después apareció Homer con la muñeca en sus brazos como si llevara un bebé de verdad. Se acercó a Charlotte y puso delicadamente la muñeca en los brazos de ella. Charlotte acarició su cabeza y su cara suavemente y luego se dirigió al cuarto de los niños.

—¿Qué está haciendo aquí? —gritó tía Fern desde el umbral de la puerta—. Me ha dado un susto de muerte.

Homer se volvió y la miró furioso.

—Te dije que lo mantuvieras alejado de la casa —dijo * tía Fern—. Ha aparecido de repente, sabe Dios de dónde, y me ha arrancado la muñeca de las manos.

—Está bien, Homer. Todo está bien. Ahora ve a reunirte con los demás. —Pero él siguió allí mirando con expresión de odio a Fern, con sus grandes manos como mazas—. Vamos, Homer —le dije con mayor firmeza. Entonces él me miró, dio la vuelta y desapareció.

—¿Quién diablos le llamó para que viniera? —preguntó tía Fern haciéndome un gesto de amenaza ahora que Homer ya se había ido.

—Debe de haber oído el grito de Charlotte y se ha lanzado a la ventana —dije yo—. ¿Por qué lo has hecho, tía Fern? Te dabas perfecta cuenta del daño que estabas causando.

—Bueno, y qué, ¿es que es idiota? ¿Es normal que a su edad llore por una muñeca?

—Es la muñeca que tenía cuando era pequeña —dije—, y significa mucho para ella.

—Fantasmagórico. Este sitio y todo lo que hay aquí es fantasmagórico —manifestó con una expresión de ira y frustración. No le gustó verse obligada a abandonar sus burlas, estaba indignada.

—¿Por qué no nos vamos, Fern? —dijo Morton, que al oír la conmoción había

aparecido en las escaleras, detrás de nosotras.

—No —replicó Fern. Echaba humo, tenía los ojos ardientes y la punta de las orejas encarnada. Odiaba que la amenazaran, que la derrotaran y ya estaba planeando su revancha—. Hemos comprado toda esa comida y todas esas bebidas para pasar un tiempo aquí y lo pasaremos —dijo con determinación.

Me miró fijamente, me había convertido en su particular chivo expiatorio.

—Empieza por arreglar la sala de estar del piso de abajo. Esta noche quiero organizar una fiesta. Friega el suelo, lava las ventanas y quítale el polvo a los muebles.

—Fern, vámonos —le imploró Morton. ¿Por qué le suplicaba? Me pregunté. ¿Qué clase de hombre era? ¿Cómo podía tener tan dominados a los hombres? ¿Cómo podía tener tanta influencia sobre ellos? ¿Se trataba sólo de placer sexual? Morton tenía el coche y el dinero, pero Fern era quien tomaba todas las decisiones.

—Tranquilízate, Morton —dijo ella más serena, con su peculiar sonrisita helada—. Primero tendremos una buena cena y después Christie nos deleitará con un concierto. Luego organizaremos unos juegos... de esos que a ti te gustan —añadió con afectación. Fuera lo que fuera lo que acababa de prometerle, a él le gustó porque sonrió y luego se echó a reír.

—De acuerdo.

—Entonces, todo arreglado. Ve a fregar la sala de estar, princesa. Queremos divertirnos esta noche, ¿no es cierto?

—Nadie se divertirá mientras tú te complazcas burlándote y atormentando a todo el mundo, tía Fern —le dije.

—Oh, deja de gimotear. Me estoy divirtiendo y me gusta. Tus padres siempre me prohibían divertirme. Pero ahora ya no están entre nosotros y yo soy la persona adulta responsable, ¿entendido?

—Entonces compórtate como un adulto —repose incapaz de morderme la lengua. Su rostro llameó y antes de que pudiera darme cuenta alzó la mano y me abofeteó con tanta fuerza que me echó hacia atrás. Me quedé aturdida, con los ojos llenos de lágrimas mientras ella se acercaba a mí y yo levantaba la mano instintivamente para protegerme.

—¡Putas! ¡No vuelvas jamás a hablarme como acabas de hacerlo! —exclamó echando humo—. ¿Me has oído? ¿Me has oído? —Tuve la sensación de que iba a lanzarse sobre mí, con sus ojos negros ardiendo como carbones, las ventanas de la nariz abiertas como las de un toro, con la rabia distorsionando los rasgos de su cara. No pude reprimir el miedo que sentía; se me heló la sangre, mientras una sensación de picazón se iniciaba detrás de mis orejas, mi fuerza se debilitaba y miraba a la mujer, que ahora me parecía una extraña.

»Me dan ganas de agarrarte, arrastrarte por las escaleras, meterte en el coche de

Morton y llevarte de vuelta con Philip —escupió entre dientes—. Además, Philip podría enviar a toda esa gente a un manicomio —añadió, asintiendo—. Sí, Philip podría. Y en cuanto yo testificara que te he encontrado aquí viviendo en régimen de concubinato con Gavin, nadie creería tu historia sobre Philip. Con Philip encargado de todo... —Miró a su alrededor—. Hasta podría darme este sitio como gratificación. Morty y yo podríamos tirar todo esto y pasar aquí muy buenos ratos, ¿no es cierto, Morty?

—Tiene posibilidades —accedió apresuradamente. Me dio la sensación de que él la temía tanto como yo.

—Sí —dijo ella asintiendo—, ¿ves? Morty sabe de estas cosas y dice que tiene posibilidades.

Tía Fern me miró atentamente y yo aparté mi mirada de la suya. Mi corazón latía con tanta fuerza que pensé que me iba a desmayar. La tormenta de horror que se había desatado sobre mi cabeza me había superado, sentí que se me doblaban las piernas, que iba a desplomarme en el suelo.

—Me gustaría oír una disculpa —dijo—. No sé cuántas veces mi hermano me obligó a pedirle disculpas a tu madre por una cosa u otra. ¿Y bien?

Me sentí atrapada, atrapada por su odio y su rabia. Quién sabe las cosas terribles que les podían suceder a tía Charlotte, a Luther y a Homer si ella cumplía sus amenazas.

—Lo siento —murmuré.

—¿Qué? No te he oído —dijo, con las manos en las caderas.

—Lo siento, tía Fern —repetí con la voz lo suficientemente alta como para que Morton también me oyera. Sabía que era lo que ella pretendía.

—Está bien —admitió sonriendo—. Ahora todo ha vuelto a la normalidad y de nuevo podemos ser amigas. Hasta ahora lo has estado haciendo muy bien. ¿No es verdad, Morton?

—Ha sido una espléndida anfitriona —se apresuró a responder, asintiendo.

—Tienes razón, una espléndida anfitriona. Bueno —añadió volviendo a centrar su atención en mí—, ahora sigamos. Arregla la sala de estar para la fiesta de esta noche —acabó, disponiéndose a marchar.

—¿Nos tomamos otra copa? —le preguntó Morton, levantando su brazo para que ella pasara el suyo por debajo.

—Buena idea. La necesito. Oh, princesa —dijo volviéndose—. Entra en aquella habitación y recoge los restos del vaso que ese imbécil me ha hecho tirar. Y ten cuidado, no te cortes —añadió—. Si algo malo te sucediera, no me lo perdonaría, nunca. —El estruendo de sus carcajadas se elevó hasta el techo mientras avanzaban por el pasillo, comportándose como si nada hubiera sucedido.

Tuve que haber escapado antes, pensé, no debería de haber sido tan indecisa,

debería de haber seguido el sendero y desaparecer. Si lo hubiera hecho, le hubiera ahorrado aquel tormento a tía Charlotte.

Con la cabeza inclinada, el corazón encogido y moviendo las piernas como si ya no me pertenecieran, seguí las órdenes de tía Fern y de Morton y empecé a arreglar la sala de estar para satisfacerles. Seguía aferrándome a la esperanza de que, pasado un tiempo, aquellos juegos la aburrirían y los olvidaría. Me juraba y perjuraba a mí misma por lo más sagrado que, en cuanto saliera de mi vida, jamás permitiría que volviera a entrar en ella, aunque se convirtiera en una indigente y mendigara por las calles.

Tanto era el odio que sentía.

Tanto era el odio que ella me tenía.

Aquella noche, durante la cena, tía Fern y Morton se comportaron como dos reptiles. Sin previo aviso, empezaron con sus estúpidos jueguecitos. A mí me dio la sensación de que ella quería demostrarnos el grado de dominio que ejercía sobre ese pobre hombre. El juego consistía en que ella era su dueña y él tenía que obedecer.

—Eres un bebé de un año —decidió—, no puedes comer solo. Go, ga, ga. Vamos.

—Ga, ga —dijo él procurando parecer un niño: elevó los ojos hacia el techo, dejó los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y abrió la boca.

—¿Tienes hambre, pequeñín? —preguntó ella cantando. Morton asintió rápidamente. Tía Fern alzó una cucharada de puré de patata hasta sus labios y cuando él abrió la boca, ella apartó la cuchara—. No, no, pequeño Morty. No tan deprisa. No antes de que le hagas un cariñito a mamá. Aquí —dijo, aproximando a él su otra mano—. Lame la mano de mamá. Vamos, o mamá no te dará de comer.

Todos nos quedamos atónitos ante aquella escena. Charlotte estaba fascinada, Luther enfadado. Jefferson lo consideró muy divertido y empezó a comportarse también como un bebé, hasta que yo le di un codazo. Gavin meneó la cabeza y cerró los ojos para no verlos, pero era algo imposible de ignorar. Estaban ahí.

—Voy a poner un poquito de este puré de patatas en la punta de la nariz de Morton y él va a intentar lamerlo. —Y así lo hizo—. Vamos, Morty, inténtalo. Hazlo por mamá.

Contemplamos cómo sacaba la lengua y la curvaba y al mismo tiempo intentaba acercar la nariz. Como no lo consiguió, empezó a lloriquear como un niño hasta que Fern le limpió.

—Morty es un buen muchacho, lo ha intentado. Muy bien, Morty, ahora compórtate como un niño mayor y come tú solito —le ordenó. Morton sonrió y tragó su comida rápidamente antes de que ella pudiera cambiar de opinión.

—¿Qué miras como una boba, princesa? ¿Acaso no juegas con mi hermano? —preguntó.

—No hacemos estupideces como ésa —repuso Gavin rápidamente.

—Oh, no seas tan mojigato como mi hermano —contestó volviéndose luego hacia mí—. Has hecho un buen trabajo con la comida, princesa. Estás mejorando mucho. Quién sabe, a lo mejor para cuando nos vayamos, ya estás cualificada como sirvienta. ¿No te gustaría, Jefferson? —preguntó, inclinándose hacia él—. ¿Te gustaría que tu hermana trabajara como sirvienta?

Jefferson se encogió de hombros.

—¿Podemos quedarnos aquí si lo es? —preguntó.

—Claro que sí —repuso mirándome fijamente—. Mientras ella siga siendo una buena sirvienta, puedes seguir escondiéndote aquí en lo que a mí respecta. —Lanzó un profundo suspiro—. Pero Christie no es una criada de verdad. Tiene mucho talento. Todo el mundo lo sabe. Se lo decíamos muchas veces. Morty está ansioso por oírte tocar, ¿verdad, Morty?

—¿Qué? —Morton levantó la vista rápidamente del plato—. Oh, sí. ¿Puedes tocar algo de Chopin?

—Claro que puede —contestó por mí tía Fern—. Puede hacer cualquier cosa con el piano. ¿Verdad?

—Sé algo de Chopin. Aprendí algunas sonatas para las lecciones de técnica de piano.

—Oh, perdónanos. Técnica de piano. Magnífico —dijo con una media sonrisa.

—Yo tomé lecciones de piano cuando era más joven —me confesó Morton.

—¿No es maravilloso? Todo el mundo ha tomado lecciones de esto o de lo otro menos yo —dijo tía Fern.

—Yo sé que papá quería que aprendieras a tocar algún instrumento y recuerdo que te negaste a hacerlo.

—Bueno, no iba a hacerlo sólo porque él lo deseara. Probablemente era Dawn quien quería que lo hiciera —añadió, con una sonrisa forzada. Se enjugó la cara y dejó caer la servilleta—. Vamos, Morty. Vamos a la sala de estar a tomar otra copa y cuando acabes de limpiar todo esto ven a entretenernos —me ordenó.

—Espera un momento —intervino Gavin empezando a levantarse de su asiento, pero yo lo sujeté por el brazo.

—Está bien, Gavin. Voy a tocar el piano, aunque sea para tía Fern —dije, y mis palabras pusieron una sonrisa en sus labios y en los de Morton.

Rápidamente, tía Fern giró en redondo y salió de la habitación, con Morton pisándole obedientemente los talones como si fuera un perrito.

Mientras Charlotte y yo quitábamos la mesa y lavábamos los platos, Gavin se entretuvo con Jefferson jugando con las cartas que le había comprado durante nuestro viaje a Lynchburg. Luther, incapaz de dominarse ante tía Fern y Morton, desapareció con la excusa de acabar un misterioso trabajo en el granero; y Homer permaneció

alejado, aunque cuando acabé de arreglar la cocina y me dirigía a la sala de estar a tocar el piano, capté su silueta asomada a una ventana. Pero cada vez que tía Fern se volvía en aquella dirección, Homer desaparecía.

Interpreté varios preludios de Chopin. La música era mi evasión, como una alfombra mágica que me deslizara fuera de este mundo cruel y mezquino. Cerré los ojos y vi a mamá sentada, atenta y quieta, en nuestra sala de estar de Cutler's Cove, y en su rostro una sonrisa llena de orgullo. Cuando interpretaba tenía la sensación de que todos aquellos acontecimientos tan terribles nunca habían sucedido. La música lavaba toda tristeza y tragedia y hacía que parecieran sólo una pesadilla. Todos estábamos vivos y reunidos. Tan sumergida estaba en la música que cuando acabé y abrí los ojos, todos, incluida tía Fern, me estaban mirando llenos de admiración. Tía Charlotte aplaudió con entusiasmo. Jefferson se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Gavin.

—Ha sido fantástico —dijo Morton, y su admiración hizo que en el rostro de tía Fern apareciera una expresión de envidia—. Posees auténtico talento —añadió, asintiendo. Estaba tan impresionado que me hizo ruborizar de turbación.

—Sí, supongo que es buena —admitió tía Fern a regañadientes—. Ya te dije que ha tenido los mejores profesores de piano. Ningún dinero era demasiado cuando era para la princesa.

—Se necesita algo más que dinero para tocar así —dijo Morton.

—Yo también hubiera podido hacer algo con mi talento —explicó tía Fern en tono reivindicativo—, si hubiera tenido a alguien que se ocupara de mí, que se ocupara de verdad en lugar de pretender que lo hacía. —Levantó los brazos y los dobló bajo el pecho. Luego se recostó en su asiento y me miró con expresión celosa, como lo hubiera hecho un niño.

—Será mejor que me lleve a Jefferson arriba y lo acueste —dije acercándome a él—. Vamos, Jefferson.

Mi hermano abrió los ojos un momento y luego volvió a cerrarlos.

—Yo lo llevaré —dijo Gavin, levantándolo en brazos. La cabeza de Jefferson se apoyó confiadamente en el pecho de Gavin.

—Yo también me voy a la cama —anunció tía Charlotte.

—Buenas noches —dijo tía Fern. Luego se volvió hacia Gavin y hacia mí—. Vosotros volved aquí —nos ordenó—. Vamos a jugar.

—¿Un juego? ¿Qué juego? —pregunté yo con suspicacia.

—Ya lo verás cuando vuelvas —replicó dirigiendo una sonrisa a Morton, quien le devolvió la sonrisa—. Sírveme otra copa, Morty, y prepara dos más para Romeo y Julieta.

—Nosotros no queremos ninguna copa —aseguró Gavin.

—Vamos, ya te estás poniendo otra vez tan serio como tu hermano —le dijo, pero

Gavin la ignoró y fuimos a llevar a Jefferson a la cama.

Cuando lo desnudábamos, observé que tenía un corte muy feo en el muslo derecho. La costra fresca estaba rodeada de carne inflamada y rojiza.

—¿Cuándo te has hecho esto, Jefferson? —le pregunté. Mi hermano parpadeó—. ¿Jefferson? —Entonces me dirigí a Gavin—. ¿Has visto esto, Gavin?

Examinó un instante la herida.

—No lo sé —contestó—. No se ha quejado de nada. Jefferson, despierta —dijo sacudiéndole. Esta vez Jefferson abrió los ojos y no los volvió a cerrar.

—¿Cómo te has hecho esta herida? —le pregunté, señalándola.

—Con un clavo —repuso.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —le pregunté rápidamente.

—Cuando llegamos... pintando la habitación con tía Charlotte —contestó.

—No la había visto —dijo Gavin.

—¿Por qué no me lo has dicho, Jefferson? —pregunté. Mi hermano se encogió de hombros—. ¿Te la lavó tía Charlotte? ¿Te la lavaste tú?

—Humm —contestó cerrando los ojos. Yo no sabía si creerle o no.

—Voy a preguntárselo a Charlotte y a pedirle que me dé algo para desinfectarla —dije dirigiéndome a la puerta de su habitación. Llamé, y como no obtuve respuesta, me asomé y la vi arrodillada a los pies de su cama rezando sus oraciones como una niña pequeña.

—Ruego al Señor que tenga mi alma...

Me vio y se detuvo.

—Siento molestarte, tía Charlotte, pero Jefferson tiene un corte muy feo en la pierna. Dice que se lo hizo cuando estaba pintando la habitación contigo hace unos días. ¿Lo recuerdas? —Ella meneó la cabeza—. ¿No tienes algo para los cortes y las heridas?

—Oh, sí —contestó levantándose y dirigiéndose rápidamente a su cuarto de baño. Salió con una cajita de tiritas y un antiséptico.

—Muy bien —dije—. ¿Recuerdas haber lavado la herida de Jefferson? —le pregunté. Tía Charlotte ladeó la cabeza y se quedó pensativa un momento.

—Quizá sí —dijo—, puede que me confunda con las veces que se ha cortado Luther. Siempre se está cortando.

Yo asentí.

—Gracias, tía Charlotte.

Cuando volví, Gavin ya había metido en la cama a Jefferson. Cogí una toalla, le lavé la herida y la limpié también con el desinfectante. Luego la tapé con una tirita. Mi hermano no abrió los ojos en todo el tiempo que duró mi maniobra.

—Tendremos que vigilar esa herida —le dije a Gavin— y asegurarnos que la infección desaparece. No creo que Charlotte se la lavara cuando se la hizo y él estaba

tan entusiasmado pintando la habitación que no nos dijo que se había cortado.

Gavin asintió.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? —preguntó Gavin.

—Será mejor que bajemos a ver qué estúpido juego han organizado —contesté yo levantándome—. Si no lo hacemos, subirá aquí gritando y despertará a Jefferson y a tía Charlotte.

Cuando volvimos a la sala de estar, nos encontramos a tía Fern y a Morton sentados en el suelo junto a la mesa del centro. Sobre la mesa había un juego de naipes y dos gintonic. Morton también nos había preparado dos copas para nosotros, a instancias de tía Fern.

—Venid —dijo tía Fern, haciéndonos sitio en el suelo alrededor de la mesa. Tenía los párpados entrecerrados y pude observar que sus ojos estaban enrojecidos—. Vamos, adelante, ahí tenéis vuestras copas.

—Ya te he dicho que nosotros no bebemos —le dijo Gavin.

—¿Qué clase de adolescente eres? —le preguntó airada—. Te comportas más bien como un viejo. —Luego sonrió—. La verdad es que no eres de tal palo tal astilla, te lo aseguro. Papá Longchamp —le dijo a Morton— era famoso por sus borracheras. —Bebió un sorbo de su vaso.

—¡No es verdad! —gritó Gavin encolerizado.

—Querido, sé que lo era —dijo ella dejando el vaso y mirándolo atentamente—. No tiene ningún sentido pretender que no bebía y que no estuvo en la cárcel.

—Bueno... no... ahora no bebe —tartamudeó Gavin. Las palabras de tía Fern le habían lastimado.

—Puede que no delante de ti, pero apuesto a que lo hace a escondidas —dijo ella encantada por la turbación que le causaba a su hermano—. Quien ha sido borracho, lo sigue siendo siempre.

—Ya no bebe —insistió Gavin.

—Está bien, ya no lo hace. Es tan puro como la nieve, es perfecto, es un borracho y un secuestrador reformado.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Gavin—. No deberías decir esas cosas de papá.

—Está bien, está bien —concedió satisfecha al observar que ya lo había atormentado suficiente—. Vamos a divertirnos un rato. Sentaos.

—Yo no quiero beber —insistió Gavin.

—Pues no lo hagas. No me importa que te comportes como un cura —dijo con irritación. Tomamos asiento—. Pero vais a seguir las reglas del juego —añadió tía Fern y miró a Morton, quien sonrió ampliamente.

—¿Qué reglas? ¿De qué juego se trata? —pregunté.

—Vamos a jugar al strip póquer —dijo—. Corta las cartas, Morton.

—¿Qué?

—No me digas que vosotros dos nunca habéis jugado al strip póquer. ¿Te lo crees, Morty? —le preguntó. El otro se encogió de hombros y empezó a repartir los naipes.

—Nosotros no jugamos a esas cosas —dijo Gavin mirando las cartas como si su solo roce nos fuera a contaminar.

—Oh, vosotros sólo jugáis el uno con el otro, ¿no es cierto? —bromeó tía Fern.

—Nunca hemos jugado a esto —repitió Gavin.

—¿Ah, no? Pues siempre hay una primera vez para todo. ¿Verdad, princesa? —dijo dirigiéndose a mí—. Podrías hablar de tu primera vez.

—Cállate, tía Fern.

—Entonces coge tus cartas —ordenó con vehemencia—. Ya sabes cómo se juega al póquer.

—No lo hagas, Christie —me advirtió Gavin. Fern cogió las suyas y sonrió.

—Apuesto tres prendas de vestir —dijo—. ¿Morty?

—Te veo e igualo tus tres prendas —contestó él.

—¿Gavin?

—Nosotros no jugamos a este estúpido juego, Fern —dijo él con firmeza. Ella bajó la mano.

—No quiero que se estropee la diversión —manifestó con mirada fría—. Esto hace que me entren ganas de telefonar a gente, a gente como tío Philip.

—Deja ya de amenazarnos —gritó Gavin.

—Y a gente como papá —se dirigió a mí—. Y a gente con autoridad que venga y se lleve a las viejas que todavía juegan con muñecas.

—Eres tan sucia...

—Déjalo, Gavin —intervine yo apresuradamente—. Jugaremos a este juego estúpido si a ella le hace feliz.

—Magnífico. Morty ha subido a seis prendas de ropa. ¿Christie?

Miré mis cartas. Eran terribles, ni siquiera tenía una pareja.

—Paso.

—Si lo haces, tendrás que quitarte seis prendas —dijo ella.

—Pero así no se juega al póquer —protesté.

—Son nuestras reglas especiales. ¿Verdad, Morty?

—Desde luego.

—Es una estupidez —dijo Gavin.

—Para ti todo lo que es divertido es estúpido. ¿Y bien? —me preguntó.

—Si éstas son vuestras reglas yo también debería igualar —contesté—. Aunque no tiene sentido.

—Bien. ¿Y tú, Gavin?

Gavin se limitó a ignorarla.

—Dame dos cartas, por favor —le dijo a Morton. El se las dio y se volvió hacia mí.

—Cuatro —pedí yo.

—¿Por qué les sigues el juego? —me preguntó Gavin.

—Quiere divertirse.

—Déjala, Mr. Puritano —se burló tía Fern.

A regañadientes, Gavin alzó su mano y miró.

—Dos cartas —le susurró a Morton.

Yo no tenía una mano mejor que la primera con la que había empezado.

—Una para mí —dijo Morton, sirviéndose una carta. Al ver su mano sonrió.

—Subo a dos piezas de ropa más —dijo tía Fern.

—Te veo y subo una más —contestó él.

—Son ya nueve si te quedas y seis si pasas —explicó tía Fern.

Gavin bajó su mano y yo hice lo mismo.

—Dos parejas de tres y de cinco —anunció tía Fern mostrando su mano.

—Escalera del dos al seis —dijo Morton mostrando a su vez la suya y echándose hacia atrás.

—Qué suerte —dijo tía Fern sonriendo—. Vosotros tenéis que quitaros seis prendas, las que queráis. Yo nueve. Oh —añadió sonriendo mientras se sacaba los zapatos—, voy a quedarme casi desnuda. —Se quitó la blusa por la cabeza y luego se detuvo.

—¿Y tus seis prendas, princesa? —preguntó.

Yo me quité los zapatos y los calcetines.

—Son dos —dijo ella.

—¿Dos? Tengo dos zapatos y dos calcetines —protesté.

—Los pares se cuentan como uno —dijo—. Son nuestras reglas, ¿verdad, Morty?

—Verdad —repitió como un loro.

—Vamos, sigue —me ordenó ella.

—No lo hagas —me dijo Gavin.

—No cumples con las reglas del juego —le espetó tía Fern—. Es igual que romper una promesa de mantener un secreto —añadió sonriéndome.

Me desabroché la blusa. La sonrisa de Morton se hizo más amplia y se pasó la lengua por los labios. Tía Fern se desabrochó el sujetador y sin dudarle ni un momento se lo sacó como si estuviera sola en su cuarto. Sus pechos temblaron mientras ella se quedaba contemplando su falda.

—¡Fern! ¡Estás borracha y te estás comportando de una manera repugnante! —exclamó Gavin poniéndose de pie—. No puedo creer que seas mi hermana.

Tía Fern echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada. Con el rostro encendido

y furioso, Gavin giró en redondo y salió corriendo de la habitación. Ella lo único que hizo fue reír más fuerte.

—¡Gavin! —grité poniéndome de pie. Le oí correr por el pasillo y salir por la puerta principal de la casa, así que me dispuse a ir tras él.

—Quédate aquí —dijo tía Fern dejando de reír—. No te has quitado las seis prendas de ropa.

La miré primero a ella y después a Morton, que estaba recostado con una sonrisa perversa, mirándome ávido.

—La partida se ha acabado, tía Fern —dije mirándola.

—No puedes marcharte —insistió—. Esas son las reglas.

—Por favor, tía Fern. ¿No lo podríamos dejar?

—No hasta que no pagues tu prenda —insistió—. Págala.

Me saqué la blusa.

—Son tres —dijo—. Sigue.

Me desabroché la falda y la deslicé por mis caderas.

—Cuatro.

Lo que me quedaba eran las bragas y el sujetador.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó. Sacudí la cabeza.

—Tía Fern...

—No sería justo. Yo no he dudado en pagar lo que debía.

Miré a Morton. Me estaba contemplando con tanta intensidad que me dio la sensación de que podía ver mi desnudez a través de la ropa que todavía llevaba. Alargué las manos hacia la espalda y me desabroché el sujetador, aunque dudé en el momento de sacármelo.

—Vamos, princesa, si lo hiciste por tu tío Philip también puedes hacerlo por nosotros —me animó ella.

—¡Tía Fern! ¡Es horrible, es horrible lo que dices! —grité—. Yo no lo hice delante de tío Philip, no lo hice.

Recogí los zapatos, los calcetines y la falda y apretándome el sujetador contra el pecho salí corriendo de la sala de estar.

—¡Putá! —la oí gritar a mis espaldas—. No puedes estropear una partida de strip póquer. Lo lamentarás... ¡Lo lamentarás!

Crucé corriendo el pasillo y me detuve a vestirme en una habitación. Luego salí a buscar a Gavin. Como no había rastro de él en ninguna parte, di la vuelta a la casa y me dirigí al granero. A medio camino, le oí susurrar.

—Christie.

Estaba allí, en medio de las sombras, y me acerqué a él rápidamente.

—Gavin, tenías razón, no tenía que haber intentado agradarla. Es horrible, nunca dejará de atormentarnos, especialmente a mí. Ya no me importan sus amenazas, no

voy a hacer nada más para ella.

—Bien, ahora quizá me escuches y podamos irnos.

—Sí, Gavin. Lo haré. Creo que en cuanto nos hayamos ido y ya no tenga diversión se aburrirá y se marchará también. Se lo contaré todo a Luther y que mantenga a Charlotte y a Homer alejados de ella hasta que se vayan —dije—. Nos iremos por la mañana.

—De acuerdo. Nos levantaremos a primera hora y le pediremos a Luther que nos lleve a la estación de Upland.

—¿Y qué haremos nosotros, Gavin? —pregunté mientras la realidad desvanecía mi excitación. Gavin se quedó un momento pensativo.

—Me temo que no vamos a tener otro remedio que llamar a papá —dijo—. No le habrá gustado nada la escapada, pero nos ayudará, sobre todo cuando se entere de lo que te ha pasado. Además, es el abuelo de Jefferson, Christie. No lo olvides.

—Ya lo sé. Pero es que no puedo dominar mis temores. Tienes razón, deberíamos llamarlo.

—Nos ayudará, ya verás. No es como Fern asegura —digo Gavin.

—Ya lo sé, Gavin. A mí siempre me ha gustado el abuelo Longchamp. Vamos dentro, necesitamos dormir.

Volvimos a la casa cogidos de la mano y entramos lo más silenciosamente que pudimos. Oímos las risitas de tía Fern en la sala de estar. Cuando pasamos junto a la sala eché un vistazo dentro y los vi a ambos desnudos, abrazados en el suelo. Subimos corriendo las escaleras y nos detuvimos ante mi puerta.

—Hace que todo parezca sucio —dijo Gavin bajando los ojos.

—No es así, Gavin, cuando realmente te importa la persona con la que estás. Entonces es hermoso. Nosotros no hemos hecho nada de lo que tengamos que avergonzarnos. —Gavin sonrió y me dio un beso en los labios.

—Que duermas bien —me dijo.

—Y no permitas que se te lleve el hombre del saco —añadí entrando. Ahora que ya habíamos tomado una decisión, sentí como si se me hubiera quitado un peso de encima. Me fui a dormir pensando, aliviada, que al fin iba a quitarme de encima a Fern. Lástima que el tiempo que habíamos pasado en aquella especie de paraíso llegara a su fin. «Ahora todo irá bien», me dije a mí misma. Durante un rato logré desprenderme de la maldición que pesaba sobre mí y olvidarme.

Pero no iba a ser así por mucho tiempo. La maldición iba a encontrar la manera de tapar la luz del sol que daba calor a nuestras vidas.

El grito de Gavin me despertó de mis agradables ensueños.

—¡Christie, ven enseguida! —gritó desde la puerta—. ¡Es Jefferson!

—¿Qué pasa, Gavin?

—¡Se encuentra muy mal! —exclamó. El terror que vi reflejado en su rostro hizo

que mi corazón dejara de latir y que saltara de la cama inmediatamente.

MÁS SOMBRAS

—¿Qué te pasa, Jefferson? —exclamé, incapaz de ocultar la alarma que sentía.

Jefferson estaba tumbado de espaldas, rígido, con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Tenía la boca abierta lo suficiente para emitir un leve quejido, las mandíbulas hinchadas y la piel de alrededor tensa.

—Ha empezado a quejarse —me explicó Gavin— y me he despertado. Cuando le he preguntado qué le pasaba, ha seguido quejándose, sin decir nada. Después he empezado a llamarte.

Apoyé la mano en la frente de Jefferson.

—Tiene fiebre.

—Christie... —dijo Jefferson cuando abrió los ojos y me vio inclinada sobre él. Sus ojos expresaban tanto dolor y tristeza que sentí que se me encogía el corazón.

—¿Qué te pasa, Jefferson? ¿Qué te duele?

—Siento como si alguien me apretase la nuca —se quejó. Abrió y cerró los ojos con cada palabra, como si tuviera que hacer grandes esfuerzos para pronunciar cada sílaba—. También me duele la cara. Haz que se me pase, Christie, haz que se me pase.

—¿Le duele la cara? ¿Qué... qué puede ser? —le pregunté a Gavin y él se encogió de hombros.

—La gripe, quizá.

—Tiene mucha fiebre —dije yo. Jefferson tenía los labios muy secos y la lengua de color rosa pálido.

—Qué frío —murmuró Jefferson—. Brrrr...

—¿Tienes frío? —le pregunté y él asintió.

—Le pondré encima mi colcha —dijo Gavin dirigiéndose apresuradamente a su cama para coger la manta que le había dado tía Charlotte. Ayudé a Gavin a extenderla encima del cuerpecito de Jefferson y lo arropamos hasta la barbilla, pero él siguió temblando.

—Tengo frío —repitió.

—La noche es templada —dije yo, atónita—. ¿Cómo puede tener frío? —Froté vigorosamente sus brazos y su espalda.

—Son los escalofríos... de la fiebre —dijo Gavin.

—Parece muy enfermo. Está tan pálido y ¿por qué está tan rígido? Está tan tieso como una tabla. Tócale los brazos, Gavin.

—Quizá sea por culpa de la fiebre —insinuó Gavin después de tocar a Jefferson.

—Deberíamos tomarle la temperatura. Veremos si tía Charlotte tiene un termómetro.

—A lo mejor, aunque lo dudo —dijo Gavin.

—Pues será mejor que hagamos algo y rápido. Voy a despertar a tía Fern y pedirle que venga a echarle un vistazo.

—Dudo que sepa lo que tiene. No pierdas el tiempo.

—Pero a lo mejor su amigo sí. Parece inteligente —dije.

—No puede ser muy inteligente si está enamorado de tía Fern.

—Me duelen los ojos, Christie, y la garganta —se quejó Jefferson—. Me duele al tragar y el dolor me sube hasta la cabeza.

—Apuesto a que se trata de la gripe —dijo Gavin asintiendo—. Así me sentía yo cuando la tuve.

—¿Y qué hizo tu madre? —le pregunté cada vez más ansiosa a medida que pasaba el tiempo—. Yo también tuve la gripe, pero no recuerdo haberme puesto tan enferma.

—Llamó al médico y él le dijo que me diera una aspirina y mucho líquido a beber. Sólo estuve enfermo algo más de un día, pero enseguida me encontré mucho mejor después de tomar lo que me había recetado. No te preocupes —me aseguró Gavin—. Estoy seguro de que sólo es eso.

—Sin embargo creo que sería mejor que tía Fern o su amigo vinieran a verle, ¿no crees?

Como yo estaba muy nerviosa, Gavin accedió a regañadientes.

—Odio pedirle nada —murmuró.

—Quédate aquí con él —dije mientras salía de la habitación en busca de tía Fern.

A esas horas de la noche, sólo había una lámpara de petróleo encendida en el pasillo. Las sombras hacían que pareciera más largo y más sombrío. Lo recorrí tan rápidamente como pude y llamé a la puerta de la habitación de tía Fern. Ni ella ni su amigo contestaron. Quizá todavía estaban abajo, pensé. La luz parpadeante procedente de las diminutas llamas de las lámparas proyectaba una danza de sombras en las paredes de la escalera y en el techo. Decidí volver a llamar, ahora más fuerte.

—¿Tía Fern? ¿Estás ahí? ¡Tía Fern!

Oí un ruido como el de una lámpara al caer; algo se rompió al dar contra el suelo. Al estrépito siguió una sarta de maldiciones.

—¿Qué diablos pasa? —gritó tía Fern desde el interior, luego la puerta se abrió bruscamente y apareció completamente desnuda, con el cabello revuelto y los ojos apenas abiertos.

—¿Qué quieres? ¡Es muy tarde! —se quejó, abriendo ligeramente los ojos—. ¿Para qué has venido a llamar a mi puerta?

—Es Jefferson, tía Fern. Está enfermo. Tiene mucha fiebre y se queja de que le

duele la cara y la nuca. No sabemos lo que tiene.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —gritó Morton desde la cama. Encendió otra lámpara y se incorporó.

—Es mi hermano —contesté yo, apartando la vista de tía Fern—. Está enfermo.

—¿Y qué? —dijo ella cruzando los brazos sobre el pecho—. Los niños a menudo se ponen enfermos.

—¿Ha vomitado? —preguntó Morton.

—No, pero le duele la garganta, la nuca y...

—Habrás cogido frío... —dijo tía Fern, torciendo la boca con gesto de fastidio—. ¿Y por eso nos despiertas en mitad de la noche?

—Está muy mal —insistí.

—Quizá tenga la gripe —terció Morton.

—Sí —asentí yo—, Gavin cree que puede ser la gripe.

—Dale una aspirina —dijo Morton—. Es todo lo que puedes hacer por ahora.

—Eso, dale una aspirina —tía Fern se dispuso a cerrar la puerta.

—No creo que aquí tengan aspirinas —gemí—, estoy muy preocupada, tía Fern, mucho.

—Maldita sea —dijo ella.

—Tienes aspirinas en tu bolsa, Fern, las compramos hace unos días cuando nos despertamos con resaca en Boston, ¿recuerdas?

—¿Qué? Ah, sí, sí. Espera un momento —dijo acercándose con dificultad a la cama—. No me acuerdo dónde he puesto la bolsa —gruñó—. ¿No la dejé abajo?

—¿Y cómo puedo saberlo? Apenas recuerdo haber estado abajo —contestó Morton dejando caer la cabeza sobre la almohada como si fuera una piedra.

—Eres como un grano en el culo —se quejó tía Fern buscando por todas partes.

—¡Ahí está! —exclamé señalando hacia el tocador.

—¿Qué? ¡Oh, sí! —Se acercó al tocador y estuvo rebuscando entre sus cosas—. No las encuentro —dijo. Yo sentí que se me encogía el corazón en el pecho, pues tía Fern era capaz de haber tirado las aspirinas.

—Por favor, busca mejor, tía Fern. Está muy enfermo, necesitamos las aspirinas.

El rostro de tía Fern se tiñó de rojo sangre.

—Tú y Jefferson siempre necesitáis algo —me espetó. Yo bajé los ojos, temerosa de que me echara de allí—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea —dijo mientras volcaba la bolsa y la vaciaba con gesto brusco—. Aquí están —añadió encontrando al fin la tableta de aspirinas—. Tómalas y vete al infierno para que podamos tener un poco de paz y tranquilidad y podamos dormir —continuó, entregándomelas bruscamente.

Yo las cogí y me dirigí a la puerta apresuradamente.

—No olvides cerrar la puerta. ¡Y ve a mimarlo como ellos te mimaron a ti! —

gritó a mis espaldas cuando yo ya estaba en el pasillo.

—¿Qué han dicho? —me preguntó Gavin en cuanto volví.

—Que le demos una aspirina.

—Al menos podían haber venido a verle —murmuró.

—Ninguno de los dos está en condiciones de ver a nadie. Por lo menos Morton obligó a tía Fern a darme una aspirina.

Cuando le llevé a Jefferson un vaso con agua y dos aspirinas y se las puse en la boca, mi hermano gritó que no podía tragarlas.

—¡Me duele mucho, Christie, me duele mucho!

—¿Qué hacemos, Gavin? Si no puede tragarlas...

—Machaca las aspirinas y mézclalas con el agua. Recuerdo que mi madre lo hacía cuando yo era pequeño.

Las mezclé tan rápidamente como pude y luego apoyé el vaso en los labios de Jefferson. Comencé a verter el líquido en su boca poco a poco, pero en cuanto llegó a su garganta sufrió una terrible convulsión: sacudía el cuerpo y tenía los ojos desorbitados.

—¡Gavin! —grité—. ¡Se ha atragantado con el agua!

Gavin corrió a coger a Jefferson en brazos.

—Vamos, colega, vamos —dijo, manteniendo a Jefferson enderezado y dándole suaves palmaditas en la espalda.

—¿Qué ha pasado? ¡No es más que agua y aspirina en polvo! —exclamé.

—Quizá le ha pasado por el conducto equivocado —dijo Gavin con calma—. Déjale que recupere el aliento y probaremos de nuevo.

Cuando volví a acercar el vaso a los labios de Jefferson por segunda vez me temblaba la mano. Parecía como si no se diera cuenta de nada, apenas se movía.

—Jefferson, abre un poco la boca —le animé. Pero sus labios permanecieron cerrados y los párpados también—. Jefferson.

—Quizá debiéramos dejarle dormir —sugirió Gavin.

Sacudí la cabeza, con miedo. Sentía los latidos de mi corazón, nunca había visto a Jefferson tan enfermo, ni siquiera cuando tuvo el sarampión y la varicela.

—No tiene buen aspecto, Gavin. Cuando tuviste la gripe no tenías problemas a la hora de tragar, ¿verdad? —le pregunté—. Sé que no los tuviste.

—En una ocasión tuve una inflamación en el cuello y una vez... hasta me salieron ampollas. A lo mejor es lo que él tiene —dijo Gavin.

—Si no conseguimos que tome la aspirina la fiebre no bajará —gemí.

—Déjame intentarlo. —Cogió a Jefferson, lo incorporó hasta que quedó sentado y acercó el vaso a sus labios—. Vamos, compañero, bebe un poco de esto —lo animó Gavin. Temblaron los párpados de Jefferson y abrió la boca lo suficiente para que Gavin vertiera un poco de agua y aspirina dentro. Otra vez, en cuanto el líquido llegó

a la garganta, volvió a toser violentamente, pero Gavin lo mantuvo sujeto y Jefferson consiguió tragar un poco. Luego se desplomó agotado en brazos de Gavin.

—Ha vuelto a quedarse dormido. Esperemos a que despierte para intentarlo de nuevo —sugirió Gavin.

Nos quedamos allí sentados velándolo y esperando.

Cada vez que Jefferson abría los ojos le dábamos un poco de aspirina, pero las convulsiones iban en aumento. De todas formas conseguimos que se la bebiera toda, pero yo decidí quedarme a su lado para asegurarme que dormía bien.

—Yo también me quedaré levantado —dijo Gavin.

Jefferson cerró los ojos pero no se durmió durante mucho, mucho rato. Se quejaba y lloraba y así siguió durante toda la noche. Finalmente, poco después de quedarse dormido, Gavin y yo también lo hicimos.

La mañana amaneció gris, triste, amenazante. Abrí los ojos poco a poco y miré a mi alrededor. Por un momento creí que todo había sido una pesadilla; quizá durante mi sueño me había levantado, había ido hasta allí, me había sentado y me había quedado dormida, pensé. Entonces vi a Gavin sentado en su cama con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Se había sumergido en un profundo sueño mientras nos velaba a Jefferson y a mí.

Me incliné despacio y miré a Jefferson. Aunque estaba dormido, su aspecto era muy extraño, como si tuviera un sueño divertido, con una sonrisa inmóvil y las cejas alzadas. Pero había algo en la expresión de su rostro que me dijo que aquella sonrisa no la provocaban pensamientos felices. No, la posición de sus labios y el modo en que permanecían levantadas sus cejas me hicieron temblar.

—Gavin —dije—. Gavin, despierta. —Sacudí su pierna y él abrió los ojos y se los frotó.

—Hola. ¿Cómo sigue?

—Míralo, Gavin. —Se inclinó y miró el rostro de Jefferson.

—Parece que se divierte.

—Parece un espectro. ¿Jefferson? —Apoyé suavemente mi mano en su frente. No lo noté más caliente, lo cual podía ser una buena señal, pero cuando abrió los ojos, me miró con una expresión de infinito miedo—. ¿Jefferson?

Emitió un gruñido sin despegar los labios.

Luego, sin previo aviso, todo su cuerpo empezó a temblar como si hubiera tocado un cable eléctrico. La visión de mi hermano con aquellas convulsiones me quitó la respiración. Incluso Gavin se quedó sin habla durante un momento. Luego grité.

—¡Jefferson!

Gavin fue a su lado y lo abrazó. De la frente de Jefferson resbalaban gotas de sudor y una pequeña línea de transpiración se formó en su sien y en su mejilla derechas. Burbujas de saliva salían de la comisura de sus labios. Dio una arcada, puso

los ojos en blanco y se desmayó en los brazos de Gavin.

—¡Gavin!

Gavin, atónito, dejó a Jefferson en la cama y apoyó el oído en el pecho de Jefferson.

—El corazón late muy de prisa.

—¡Tenemos que llevarlo a un médico... a un hospital! —grité.

Salí corriendo frenéticamente de la habitación gritando con todas mis fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Tía Fern! ¡Tía Charlotte! ¡Que venga alguien!

Tía Charlotte salió corriendo de su habitación y tras ella Luther poniéndose los pantalones apresuradamente.

—¿Qué sucede, querida? ¿Qué sucede?

—¡Es Jefferson! Está muy enfermo. Se está muriendo —dije echándome a llorar. Luther fue a ver a mi hermano.

—¿Qué demonios es todo este barullo? —gritó tía Fern asomando la cabeza por la puerta de su habitación.

—Es Jefferson, está enfermo —le dijo tía Charlotte.

—Oh, no, otra vez no. Dadle una aspirina y dejad de gritar. Aquí dentro hay dos personas que necesitan dormir —protestó cerrando de golpe la puerta.

—Luther dice que lo llevemos al hospital ahora mismo —dijo Gavin—, dice que no es la primera vez que ve a alguien así.

Miré a Luther que estaba detrás con una expresión muy preocupada en el rostro, los ojos serios y las arrugas de la frente y de las sienes más profundas.

—Oh, Luther, ¿qué tiene? ¿Qué le pasa a mi hermano?

—No estoy seguro, claro —dijo hablando despacio, pero parece lo mismo que le sucedió a mi primo Frankie hace treinta años cuando se cortó con un clavo oxidado.

—¿Qué...? —pregunté con el corazón en un puño y conteniendo el aliento. Gavin y yo intercambiamos una mirada—. El corte en la pierna —dije mientras Gavin hacía un gesto de asentimiento. Luego me volví hacia Luther—. ¿Qué le sucedió a tu primo, Luther?

—Enfermó de tétanos —repuso meneando la cabeza. No fue necesario que continuara, yo sabía que significaba que su primo Frankie había muerto. Aterrorizada, entré corriendo en mi habitación y cogí mi ropa. Me vestí rápidamente, con manos temblorosas y luego Gavin y yo envolvimos a Jefferson con la colcha. Gavin lo cogió en brazos y salimos al pasillo, hacia las escaleras. Durante todo el camino Jefferson no abrió los ojos ni emitió sonido alguno. Mi corazón latía con fuerza mientras caminaba tras ellos, con la cabeza inclinada.

Era culpa mía. Si no me hubiera escapado arrastrando conmigo a mi hermano pequeño...

La maldición no se cernía sobre él, pensé, sino sobre mí, y yo no tenía ningún

derecho a situarlo bajo aquellas nubes oscuras y exponerlo a aquella lluvia helada. Todas las cosas y todas las personas que yo tocaba sufrían irremediabilmente, pensé con amargura.

—Oh, querida, querida —dijo tía Charlotte poniéndose a mi lado y retorciendo las manos—. Pobre muchacho.

—¿Adonde demonios vais? —gritó tía Fern a nuestras espaldas cuando llegamos al rellano superior de la escalera. Luther ya había salido a buscar la camioneta para traerla hasta la puerta. No me sentí con fuerzas para contestar a tía Fern, y Gavin tampoco. La ignoramos y empezamos a bajar.

—¡Será mejor que traigas pronto una taza de café! —gritó.

—No le lles nada, tía Charlotte —le dije cuando llegamos abajo—. No le des ni un vaso, de agua. No se lo merece.

Tía Charlotte asintió, centrando su atención en Jefferson. Nos acompañó hasta la camioneta.

—Siéntate delante con él —me dijo Gavin—, y yo lo haré en la parte trasera, hazlo primero tú y luego te lo pondré encima. —Luther se acercó para ayudarle pero él pudo hacerlo solo. Dejó a Jefferson suavemente en mi regazo, yo apreté su cabeza contra mi pecho y lo sostuve mientras Luther subía a la camioneta.

—Oh, querida, querida —dijo tía Charlotte haciéndose a un lado y frotándose las manos. Gavin saltó dentro del vehículo y comenzamos a movernos por el camino lleno de baches.

—Vamos a ir a Lynchburg —dijo Luther—. Allí está el hospital más cercano y el niño necesita ir al hospital con urgencia.

No contesté. Intenté tragar saliva pero no lo logré, todo lo que pude hacer fue asentir y mirar la carita macilenta de mi hermano. Tenía los labios ligeramente abiertos, pero sus ojos estaban completamente cerrados.

«Oh, mamá —gemí en mi interior—, yo no quería que sucediera esto, lo siento, lo siento».

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima se deslizó por mi barbilla y fue a parar a la mejilla de Jefferson. Me recosté en el asiento, suspiré profundamente y recé. Oí que Gavin daba unos golpecitos en la ventanilla trasera y me volví.

—¿Estás bien? —me preguntó. El viento levantaba sus cabellos mientras nos desplazábamos por la carretera. Observé la expresión de preocupación en sus ojos. Intenté hablar pero no conseguí dominar el temblor de mis labios. Hice un gesto con la cabeza y centré mi atención en la carretera que discurría delante nuestro. Luego eché una rápida ojeada a Luther, que conducía la camioneta a la máxima velocidad que le era posible. El motor se resentía y chispeaba, pero los ojos de Luther estaban fijos en la carretera como un hombre que ha visto la muerte antes y está sumergido en

los recuerdos que la nueva situación ha evocado.

Me pareció que habían transcurrido horas y horas cuando vimos la señal en la carretera que indicaba que nos estábamos acercando al hospital. El cielo encapotado se había ido oscureciendo más y más durante el viaje. Observé cómo el viento balanceaba los árboles y los faros de los coches encendidos a causa de la oscuridad reinante. Estaba segura de que nos veríamos atrapados en un terrible aguacero antes de que llegáramos al hospital, pero todo lo que cayó fueron algunas gotas en el parabrisas. Cuando finalmente vimos los edificios delante nuestro, lancé un profundo suspiro de alivio. Un guardia de seguridad nos dijo dónde estaba la entrada de urgencias y nos dirigimos directamente hacia allí. En cuanto se detuvo la camioneta, Gavin saltó al suelo y vino a abrir la puerta. Jefferson no se había despertado, no había emitido sonido alguno durante todo el viaje. Gavin se inclinó y cogió suavemente a Jefferson de mi regazo. Con él en brazos se echó hacia atrás y yo bajé del vehículo y lo seguí hasta la puerta que daba a la sala de urgencias.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó una enfermera cuando entramos.

—Creemos que tiene tétanos —dijo Gavin. La enfermera salió rápidamente de recepción e indicó a una enfermera que lo pusiera en una camilla. Gavin dejó allí a Jefferson y las dos enfermeras se ocuparon de él rápidamente, una poniéndole un aparato de medir la presión en el brazo y otra auscultándolo con un estetoscopio. Intercambiaron una mirada de preocupación y una de ellas se llevó rápidamente la camilla con mi hermano por el pasillo a la sala de exploración, de la que acababa de salir un médico joven. Yo los seguí.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el médico.

—Mi hermano está muy enfermo —repuse—. Se cortó hace unos días con un clavo y creemos que puede tener tétanos.

—¿No está vacunado? —preguntó el médico.

—No lo sé —repuse—, no lo creo.

—¿Se cortó él mismo? —preguntó mientras levantaba uno de los párpados de mi hermano y estudiaba la pupila.

—Sí, con un clavo oxidado... Estoy segura. —El médico me miró con severidad.

—¿Dónde están vuestros padres? ¿Ese hombre es tu padre? —preguntó señalando a Luther que esperaba en el pasillo con Gavin.

—No, señor.

La primera enfermera le susurró algo y se llevó a Jefferson a la sala de exploración. El médico entró tras ellos. Yo también quise ir, pero la segunda enfermera me detuvo.

—No puedes entrar —dijo—. Ve a recepción y dale a la enfermera que está allí toda la información necesaria.

—Pero...

Cerró la puerta tras ella y yo no pude protestar. Mi corazón latía tan aceleradamente que pensé que a mí también me tendrían que echar en una camilla. Las lágrimas me quemaban los ojos mientras me alejaba de la puerta.

—¿Qué han dicho? —preguntó Gavin.

—Quieren que esperemos fuera y que vaya a darle la información a la enfermera de recepción —expliqué.

Gavin me cogió de la mano y nos acercamos al mostrador. Luther se había sentado en una silla de la sala de espera y nos miró con aquella terrible expresión de miedo escrita en su rostro. Yo miré hacia la puerta cerrada de la sala de exploración.

Mi hermano iba a morir en aquella habitación, pensé. Yo lo había llevado allí, me había cogido de la mano y me había seguido, confiado, desde que habíamos abandonado el hotel en Cutler's Cove. Y ahora yacía en una habitación extraña, inconsciente. Todo mi cuerpo empezó a temblar y Gavin me rodeó los hombros con su brazo.

—Verás cómo todo irá bien, no te preocupes —dijo.

—¿Quién de vosotros es familiar del paciente? —preguntó la enfermera de recepción.

—Yo, señora —repuse enjugándome los ojos—. Yo soy su hermana.

—Bien, entonces rellena este formulario, por favor. Nombre y dirección, aquí —dijo, señalando con un bolígrafo. Cogí el formulario que me daba y miré el papel. Tenía los ojos tan llenos de lágrimas que todo lo vi borroso, todas las palabras como una mancha sobre la hoja de papel.

—Tienes que rellenarlo —repitió con más firmeza al ver que yo dudaba.

Me enjuagué otra vez los ojos y contuve un sollozo, asentí y empecé a escribir. Hice todo lo que pude, pero cuando llegué al nombre del padre o tutor, me detuve y lo dejé en blanco. Ella se dio cuenta inmediatamente.

—¿Por qué no has puesto aquí el nombre de tus padres? —preguntó.

—Los dos han muerto, señora.

—Bien... ¿cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Es tu tutor? —preguntó señalando a Luther, que no se había movido ni tampoco había dicho una palabra.

—No, señora.

La enfermera parecía disgustada.

—¿Con quién estáis viviendo tu hermano y tú, señorita?

—Con nadie.

—¿Nadie? —Su sonrisa de confusión se transformó rápidamente en expresión de disgusto—. No lo entiendo. Necesitamos la información —insistió.

No pude dominarme y me eché a llorar con todas mis fuerzas. Ni siquiera me calmó el abrazo de Gavin. Me ayudó a sentarme al lado de Luther sin dejar de abrazarme y yo oculté el rostro en su cuello. La enfermera que estaba detrás del mostrador de información no volvió a hacerme ninguna otra pregunta. Al rato dejé de llorar, me recosté en mi asiento y cerré los ojos. Cuando los abrí me sentí agobiada, desbordada por los acontecimientos.

Hasta ese momento no había sido consciente de la existencia de nadie más en el hospital, salvo de la nuestra, pero de pronto, al volverme, vi a otras personas en la sala de espera y a otros pacientes en el pasillo: un hombre con un vendaje sanguinolento en la frente, otro en una silla de ruedas con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Había mucha actividad a nuestro alrededor. Las enfermeras iban y venían, unas detrás de los médicos y otras solas. Un ayudante de enfermería llevaba a los pacientes en silla de ruedas al departamento de rayos X. En un extremo del pasillo bien iluminado, vi a unas personas esperando el ascensor, probablemente visitarían a sus familiares o amigos.

Finalmente, tras una espera que me pareció interminable, el joven médico salió de la sala de exploración y vino por el pasillo hacia donde nosotros estábamos. Se detuvo en el mostrador de información y la enfermera le entregó el formulario que había rellenado sólo parcialmente. El médico alzó las cejas. La enfermera le dijo algo, él nos miró y se acercó. Contuve la respiración. Gavin me apretó la mano con fuerza y Luther asintió con las manos apoyadas en su regazo.

—¿Christie Longchamp?

—Sí, señor.

—El nombre de tu hermano es Jefferson —dijo mirando el papel.

—Sí, señor.

—Bien, al parecer ha contraído el tétanos. Debería de haber recibido inmediatamente una inyección tras herirse en la pierna —dijo con una nota de reprobación en la voz. Yo intenté tragar saliva, pero me fue imposible—. ¿Saben algo de esto vuestros padres?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Sus padres han muerto —dijo Gavin—. Murieron en un incendio.

El médico se lo quedó mirando un instante con los ojos entornados. Luego se volvió hacia mí.

—Primero hablaremos de tu hermano. Está en coma, algo que generalmente sucede tras las convulsiones causadas por el tétanos.

—¿Se pondrá bien? —pregunté impulsivamente sin poderme dominar.

El médico miró a Luther y luego otra vez a mí.

—El índice de mortalidad provocada por el tétanos depende de la edad del paciente y del tiempo de incubación. Es más serio en niños pequeños y especialmente

en aquellos que no han sido tratados inmediatamente después de que la bacteria se haya introducido en el cuerpo —dijo con frialdad—. ¿No tenéis un tutor?

—Sí, señor —bajé la mirada—, mi tío.

—Debe ser informado inmediatamente. Tiene que firmar varias cosas. Me voy a adelantar con el tratamiento de urgencia, pero necesito hablar enseguida con vuestro tutor. Sois de... —miró el formulario—. ¿Cutler's Cove, Virginia?

—Sí, señor.

—¿Estáis visitando a unos parientes?

—Sí, señor, a mi tía.

—Ah, ¿podemos hablar con ella?

—No tenemos teléfono en la casa —intervino Luther.

—¿Disculpe?

—Es... mi tío —dije yo.

—¿Vuestro tutor? ¿Y ha estado aquí sentado todo este rato? —preguntó el médico con expresión incrédula.

—No, señor. Es otro tío.

—Mira, Miss Longchamp, la situación es muy grave. Quiero el nombre de vuestros tutores y el número de teléfono inmediatamente. —Me entregó el papel y sacó un bolígrafo de su bolsillo superior.

—Sí, señor —dije y escribí el nombre de tío Philip y su número de teléfono.

—Estupendo. —El médico cogió el formulario y se dispuso a marcharse.

—¿Cómo está mi hermano? —pregunté.

—Lo vamos a trasladar a la unidad de cuidados intensivos. Le vamos a poner una intravenosa con una antitoxina. El niño está muy, muy grave —dijo mirando a Luther, como si supiera instintivamente que estaba familiarizado con la enfermedad.

—¿Puedo verle? —pregunté.

—Sólo un momento —repuso el médico—. Hay una sala de espera junto a la UCI y un tiempo muy limitado para las visitas.

—Gracias —contesté mientras me dirigía por el pasillo hacia la sala de exploración de la mano de Gavin. Cuando nos asomamos, vimos que una enfermera acababa de ponerle una intravenosa. Jefferson ya estaba en el hospital.

—Las cosas de tu hermano —dijo la enfermera entregándome el camisón y la colcha.

—Gracias. —Gavin y yo nos acercamos a ver a Jefferson. Observé que sus ojos vibraban bajo las pestañas, sus labios temblaban y luego volvía a quedarse inmóvil.

—Jefferson —dije. Tenía la garganta seca de los esfuerzos que hacía por no romper a llorar torrencialmente y sentí como si en el pecho soportara un peso de tres toneladas. Cogí la mano de mi hermano y la retuve en la mía unos momentos.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó ansioso Gavin a la enfermera.

—Hay que esperar a ver —contestó ella—. Ahora está en buenas manos —añadió dirigiéndonos la primera sonrisa de esperanza. Gavin asintió—. Es un muchacho muy fuerte —dijo. Sus palabras alentaron en mí una débil pero cálida esperanza.

Me incliné, besé a mi hermano en la mejilla y luego acerqué mis labios a su oído.

—Lo siento, Jefferson —susurré—. Siento que estés aquí por mi culpa. Ponte bueno, por favor. Por favor, por favor —añadí mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

—Christie, vamos, van a llevárselo arriba.

Gavin me abrazó y nos quedamos allí mirando cómo el ayudante y la enfermera sacaban a Jefferson en la camilla hasta el pasillo. Seguimos la camilla hasta que llegaron al ascensor.

—Volved dentro de una hora aproximadamente —nos dijo la enfermera antes de que se cerraran las puertas.

Gavin y yo nos quedamos mirando cómo subía el ascensor. Luther se reunió con nosotros.

—Pasaré un buen rato hasta que sepamos algo —dijo Luther.

—Yo me quedaré aquí. —Él asintió, buscó algo en el bolsillo del pantalón y sacó unas monedas.

—Toma. —Se las entregó a Gavin—. Querréis comer y beber algo. Volveré para ver cómo está tía Charlotte y le diré a tu hermana cómo están las cosas —le dijo a Gavin. Gavin asintió—. A lo mejor aún le queda algo de vergüenza para venir aquí y acompañarnos.

—Gracias, Luther.

Se me quedó mirando y vio las lágrimas que me llenaban los ojos.

—Rezaré por él —dijo—. Es un chico estupendo. Me habría gustado que fuera hijo mío.

Gavin y yo le vimos caminar hacia la salida. Cuando desapareció, volvimos y fuimos a velar tras la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

Estuve dormitando con la cabeza apoyada en el hombro de Gavin. Nos habíamos sentado en un pequeño sofá tapizado con piel de imitación en la sala de espera de cuidados intensivos. Frente a nosotros había una anciana sentada que miraba por la ventana. De vez en cuando se enjugaba los ojos con un pañuelo. Nos miró y nos sonrió.

—Han operado a mi marido —nos dijo—, está estabilizado, pero un hombre a su edad... —Su voz la traicionó y se volvió otra vez hacia la ventana. Afuera, el cielo encapotado había empezado a abrirse aquí y allá y había dejado de llover.

—¿Ya ha pasado una hora, Gavin? —pregunté.

—Algo más de una hora —repuso. Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta de

la UCI. Suspiré profundamente y entramos. La enfermera que se encontraba en el mostrador que había en el centro de la habitación levantó la vista inmediatamente. Vimos a los pacientes conectados al oxígeno, uno de ellos con las piernas y los brazos enyesados.

—Venimos a ver a Jefferson Longchamp —dijo Gavin.

—Sólo podéis quedaros cinco minutos —replicó con sequedad la enfermera.

—¿Cómo está? —le pregunté enseguida.

—Sigue igual. Está al final, a la derecha. —Atravesamos la unidad de cuidados intensivos procurando no mirar a los otros pacientes, todos ellos gravemente enfermos; pero el sonido de los monitores del corazón, el sonido de fondo de los murmullos de las enfermeras, los ocasionales quejidos y gruñidos, la visión de los vendajes ensangrentados y la hilera de gente semiinconsciente o inconsciente, me impresionó tanto que el corazón se me encogió y me costaba grandes esfuerzos respirar. No pude reprimir la sensación de que nos encontrábamos en la línea divisoria del mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Mi hermano estaba tambaleándose en ella.

Jefferson estaba en una habitación separada dentro de una tienda de oxígeno. La luz apagada mantenía la habitación en penumbra. Era él mismo, sólo que ahora estaba conectado a un monitor y a un gota a gota intravenoso. Le habían limpiado y vendado la herida de la pierna. Gavin me retuvo junto a él mientras nos acercamos a mirarle.

—Ni siquiera imaginé que podía tratarse de esta enfermedad —dijo—. Tendríamos que haber hecho algo la pasada noche.

—Es culpa mía porque olvidé por completo que se había cortado con ese clavo.

—No te culpes.

Nos volvimos cuando una enfermera entró a comprobar el gota a gota intravenoso de Jefferson y a tomarle el pulso.

—¿Cómo está? —preguntó Gavin.

—Es buena señal que no haya sufrido más convulsiones —contestó ella.

Nos quedamos hasta que la enfermera nos avisó que debíamos salir y nos dirigimos al piso de abajo, a la cafetería del hospital. Yo no tenía mucha hambre, pero Gavin consideró que debíamos ingerir algo, pues en caso contrario también nosotros caeríamos enfermos. Pedí una sopa de avena y una taza de té. Luego volvimos a la sala de espera de cuidados intensivos, donde pasamos la mayor parte del día visitando la UCI en cuanto nos era posible.

Entraban y salían los familiares de los otros pacientes; algunos hablaban mucho, otros no. Gavin y yo dormíamos un poco, mirábamos algunas revistas o simplemente nos distraíamos mirando por la ventana el cielo cada vez más claro. La visión de los retazos azules y de las nubes de algodón me aliviaban el corazón. Cuando volvimos a la unidad de cuidados intensivos, la enfermera jefe nos dijo que a medida que

transcurría el tiempo mi hermano iba mejorando.

—Aún no está fuera de peligro, pero su estado no ha empeorado.

Aliviados por aquellas palabras, volvimos a la cafetería del hospital y, con renovado apetito, dimos buena cuenta de la comida.

—Esperaba que tal vez Fern se dejara caer por aquí, no me imaginaba que fuera tan rastrera —dijo Gavin.

—Y yo espero que no atormenten más a tía Charlotte y a Luther.

—Luther los mantendrá a raya —contestó Gavin.

Cuando volvimos a la sala de espera de cuidados intensivos, Luther había vuelto y se había traído a Homer con él. Homer se había puesto unos pantalones limpios, una camisa blanca y corbata y se había cepillado el pelo hacia atrás lo mejor que había podido. Tenía una expresión de temor y tristeza, pero sus ojos se animaron en cuanto nos vio.

—Homer ha estado a punto de volverme loco con su insistencia —nos explicó Luther.

—Ha sido muy amable por tu parte, Luther. Gracias por venir, Homer.

—¿Cómo está? —preguntó Homer.

—Está mejor, pero todavía está grave.

Homer hizo un gesto de asentimiento.

—Le he traído una cosa para que juegue —dijo—. Para cuando esté mejor —añadió y nos enseñó uno de esos juguetes que se amoldan a la palma de la mano. Uno de esos pequeños juegos en los que tienes que hacer equilibrios con unas bolitas plateadas hasta llegar a introducirlas en unos agujeros.

—Es tan viejo que es una antigualla —dijo Luther haciendo un guiño—. Se lo regalé cuando era casi como Jefferson.

—Gracias, Homer, procuraré que se lo den.

—¿Y mi hermana? —preguntó Gavin.

—Oh —dijo Luther—, en cuanto se ha enterado de lo que tiene Jefferson, ella y ese estúpido se han largado.

—¿Quieres decir que se han ido? —preguntó Gavin atónito—. ¿Se han marchado antes de saber cómo estaba Jefferson?

—No hubiera salido de la casa más deprisa si hubiera habido fuego —dijo Luther—. Creo que no la vamos a echar de menos —añadió.

—No puedo creerlo —murmuró Gavin.

Hicimos otra visita a la unidad de cuidados intensivos. Esta vez las enfermeras nos permitieron permanecer casi veinte minutos y dejaron que Homer viniera con nosotros. Permaneció a nuestro lado con las manos cruzadas en la cintura y no apartó los ojos del rostro de Jefferson.

Cuando llegó el momento de salir, Homer se acercó unos pasos a la tienda.

—Ponte mejor, Jefferson, ponte bueno enseguida porque todavía hemos de pintar el granero y tenemos un montón de cosas por hacer —dijo.

Cogí a Homer de la mano y salimos los tres, con la cabeza inclinada; cada uno de nosotros recitando para sus adentros la oración que mejor sabía. Pero cuando salimos de cuidados intensivos, mi corazón dio un brinco. Debía de haberlo sospechado, debí de haber estado preparada y pensar lo que iba a hacer, pero toda mi preocupación se centraba en Jefferson, no pensaba en otra cosa, ni siquiera en mí misma.

Allí, de pie junto al médico, estaba tío Philip con una torva expresión en su rostro. Mis ojos se apartaron de él y se fijaron en el médico, que también parecía muy enfadado.

—Todo el mundo ha enfermado de preocupación, Christie —dijo. Luego se dirigió a Gavin—, y tus padres también.

Bajé la mirada, no podía mirarlo cara a cara.

—Luther y Charlotte no han debido permitirnos quedaros en su casa —continuó. Levanté los ojos rápidamente y los clavé en él con expresión acerada.

—No los culpes de nada —dije con dureza.

—Oh, no lo hago —contestó apresuradamente—. Estoy seguro de que ellos ignoraban lo que estaba sucediendo, pero el caso es que...

—¿Cuál es el caso? —terció Gavin.

—El caso, jovencito, es que tus padres están muy inquietos. No tienen por qué pagar tus devaneos por el país. Ya lo he arreglado todo para que vuelvas a casa inmediatamente —dijo, sacando un billete de avión del bolsillo superior—. Le he dicho que me ocuparía de ti. Hay un taxi esperando ahí afuera, en la entrada del hospital, para llevarte al aeropuerto. Tienes diez minutos para marcharte —dijo tío Philip con firmeza.

—No voy a dejar a Christie. —Gavin retrocedió unos pasos y se colocó junto a mí.

—Christie también se va —contestó tío Philip sonriendo—, se va a casa.

Yo sacudí la cabeza.

—No.

—¿Es que no deseas estar cerca de tu hermano? —preguntó. Yo miré al médico—. El médico dice que dentro de un día o dos Jefferson estará en condiciones de ser trasladado en ambulancia o en avión. Lo llevaremos a Virginia Beach donde ya lo he dispuesto todo para que se le atienda debidamente en el hospital. Quieres que tu hermano tenga la mejor atención médica, ¿verdad?

—Christie no vuelve a casa contigo —dijo Gavin.

Tío Philip se lo quedó mirando un momento y luego, suavizando la expresión de su rostro, se dirigió a mí.

—¿Christie?

—Tengo que volver a casa con él, Gavin —dije.

—No, no puedes. Iremos a la policía y contaremos todo lo que ha sucedido. Iremos...

—Ahora no, no con Jefferson tan enfermo —dije—. No te preocupes, todo saldrá bien.

—Desde luego —intervino tío Philip. Se dirigió al médico—. Existen algunos malentendidos en casa. Por desgracia la vida ha sido muy dura para Christie desde que sus padres fallecieron, pero...

—¡Malentendidos! —gritó Gavin—. ¡Llamas a lo que le hiciste un malentendido!

—Calma, calma, jovencito —dijo el médico—. No estás en la calle.

—Pero usted no comprende...

—Su trabajo no es el de comprender los asuntos de familia —intervino tío Philip rápidamente—. Deberías preocuparte por tus padres. Tu madre está enferma a resultas de todo esto y tu padre...

—Gavin, por favor —dije apretándole el brazo—. Ahora no. Ahora no nos sirve de nada. Vuelve primero a tu casa y ve a ver a tus padres. Ya he causado bastante dolor y problemas a demasiadas personas.

—Pero, Christie, no puedo permitir que vuelvas con él, no puedo.

—Quédate tranquilo. Te llamaré por teléfono. Todo lo que quiero es estar junto a Jefferson. Ahora me necesita, Gavin. Por favor.

—Pero...

—El taxi está esperando —dijo tío Philip mostrando el billete de avión a Gavin—. Vas a perder el vuelo y entonces tendrás que pasar toda la noche en el aeropuerto.

—Vete, Gavin —le rogué—. Por favor. —Él siguió allí, contrariado y rebelde a aceptar la nueva situación—. Te quiero —le susurré.

Gavin asintió y luego se volvió hacia tío Philip y cogió el billete.

—Si le haces algo... la mínima cosa —le advirtió. Tío Philip palideció.

—No me amenes, jovencito —dijo, dirigiéndose luego al médico—. Estos chicos de hoy en día...

El médico asintió. Con la cabeza inclinada, Gavin empezó a caminar por el pasillo hacia la salida.

—¡Gavin! —grité corriendo hacia él. Nos abrazamos.

—Llámame enseguida —dijo—, encontraré la manera de venir a verte. Te lo juro.

Me besó rápidamente y salió corriendo. Mis ojos se fijaron entonces en Luther y en Homer que habían asistido al enfrentamiento en completo silencio. En sus rostros se reflejaba la tristeza y la simpatía.

—Gracias, Luther. Y por favor, dale de mi parte a tía Charlotte las gracias por todo. Jefferson te escribirá, Homer. En cuanto se encuentre mejor, te lo prometo. Y algún día, muy pronto, vendremos a veros.

Homer sonrió. Lentamente me volví hacia tío Philip. En su rostro apareció una sonrisa de oreja a oreja.

—Christie —dijo—. Todo se arreglará. Tía Bet está ansiosa de verte y también los gemelos. Todo va a ir bien, todo será como antes.

»Te lo prometo —siguió diciendo con los ojos brillantes—. Como antes, como si nunca te hubieras marchado.

EL PASADO ME ABRAZA

Cuando tío Philip finalizó los preparativos para el traslado de Jefferson al hospital de Virginia Beach, volvimos a Cutler s Cove. Fue uno de los viajes más largos de mi vida aunque lo hiciéramos en aeroplano, porque yo, sentada a su lado, me sentía muy incómoda. A pesar de su buen aspecto y de su apariencia inmaculada e impecable, tío Philip me parecía sucio y despreciable. Durante la mayor parte del trayecto se comportó como si nada desagradable hubiera ocurrido entre nosotros. Charló una y otra vez del hotel de Cutler s Cove y de lo bien que iban los trabajos de restauración. Luego habló de los gemelos y me dijo que los había convencido para que tomaran lecciones de piano.

—He contratado a tu profesor de piano —dijo—. Y ahora que has vuelto, quizá puedas animarlos y darles algunos consejos útiles. Ninguno de los dos es tan bueno como tú, pero al menos hacen algo útil durante las vacaciones de verano.

Yo estaba sentada junto a la ventanilla del avión, dándole la espalda; cuando atravesamos un claro entre las nubes pude ver una estrella y tuve la sensación de que subía más y más mientras yo me hundía, luego vi otro avión a mucha más altura, en dirección opuesta, y deseé ir en él.

—Sé que los gemelos estarán muy contentos de verte —siguió diciendo—. Melanie y Richard se pusieron muy tristes cuando se enteraron de que te habías escapado con Jefferson.

—No lo dudo —murmuré. No sabía si él me había oído o no y en ese momento pensé que no paraba de hablar para mantener alejado el silencio de toda la trama de mentiras que había forjado.

—Tu tía Bet también lo ha pasado mal. Durante varios días no ha sido capaz de comer y ha adelgazado mucho. Nos sentimos responsables de ti y de Jefferson, tan responsables como si fuerais nuestros hijos. Ahora que te hemos encontrado, te prometo que las cosas serán diferentes —siguió diciendo.

Le eché una rápida mirada. Tieso en su asiento, miraba hacia adelante como si yo estuviera sentada frente a él y no a su lado. Tenía los ojos vidriosos e inmóviles; parecía dormido y hablaba como en sueños.

—Sí, las cosas serán diferentes. Tenemos que aprender a llevarnos bien los unos con los otros. Se tarda un poco, hay que acostumbrarse y entonces ya nada de esto tiene importancia —dijo asintiendo—. Todos nos hemos equivocado. El destino nos ha reunido precipitadamente, pero nos enfrentaremos a él. Somos fuertes.

Parpadeó y me miró sonriente.

—Tenemos un ama de llaves nueva que sustituye a Mrs. Stoddard. No congeniaba... No se llevaba bien con una personalidad como la de Betty Ann. Ya sabes lo difícil que es encontrar a alguien que realmente pueda ayudarnos. Todo el mundo quiere ser jefe en lugar de empleado. Yo he dejado que los asuntos de la casa los lleve Betty Ann. Sabe hacerlo mejor que yo. No tengo paciencia, sobre todo ahora, con todo lo que hay que hacer en el hotel...

Finalmente dejé de hablar y fijé la vista en algún punto del espacio. Me recosté en el asiento y cerré los ojos, pero al rato sentí su mano sobre la mía en el brazo de mi asiento. Abrí los ojos y le vi mirándome fijamente, con el rostro a pocos centímetros del mío.

—Christie, oh Christie, ¿por qué te fuiste de ese modo? Jamás quise herirte o atemorizarte ni echarte de casa —susurró.

—¿Y qué esperabas que hiciera, tío Philip? —pregunté, meneando la cabeza con disgusto.

—Nos hicimos promesas y creí que ibas a mantenerlas —dijo él.

—¿Promesas? ¿Qué promesas?

—¿No lo recuerdas? Yo sí —dijo recostándose en su asiento, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios—. Hicimos un pacto. Nos prometimos ser siempre sinceros y fieles el uno con el otro y contarnos todas las cosas que no le contaríamos a nadie.

»Te dije —siguió diciendo, inclinándose hacia mí y volviendo a poner su mano sobre la mía— que todo lo que te entristeciera me entristecería a mí, y lo que te hiciera feliz me haría a mí feliz también. ¿No lo recuerdas? Lo sellamos con un beso —añadió—, con un hermoso y cálido beso.

Me acordé de lo que sucedió aquella vez en mi habitación, pero todo había sido idea suya porque yo no pude decir nada, su comportamiento me había asustado y confundido mucho.

—Si algo te preocupaba debías de haber venido a contármelo —dijo asintiendo—. Debiste llamar a mi puerta y contármelo y yo hubiera hecho todo lo que hubiera podido para solucionar el problema.

«¿Solucionar el problema?» ¿Eso es lo que era para él, un pequeño problema?

—Sí, te lo he dicho muchas veces: estoy a tu disposición. Y también para Jefferson, claro. Cuando ese médico ha llamado y me he enterado de lo que le había sucedido, he salido corriendo de la casa sin darle demasiadas explicaciones a Betty Ann sobre lo que iba a hacer. No me ha dado tiempo, encargándole a Julius que lo hiciera por mí. Tú y Jefferson me necesitabais. Lo he dispuesto todo rápidamente y he cogido un vuelo para venir a buscaros.

»Y ahora de nuevo estamos juntos —acabó, sonriendo—. Estás a salvo. Siempre estarás a salvo conmigo.

Me lo quedé mirando. ¿Lo pretendía así o realmente había olvidado lo que me había hecho? Intenté decírselo a la cara, gritárselo, pero en lugar de hacerlo me volví, cerré los ojos y me imaginé que era una almeja con la concha herméticamente cerrada. Si me encerraba en mí misma lo suficiente y soñaba con otras cosas, podría expulsarlo de mi vida, pensé. Cuando me hablara lo miraría y asentiría, pero no lo escucharía, ni siquiera lo vería. Con el tiempo se convertiría en un ser tan invisible como un fantasma. Incluso llegaría un momento en que si me tocaba, ni siquiera me daría cuenta.

Julius nos estaba esperando en el aeropuerto, contento de volverme a ver.

—¿Cómo está Jefferson? —me preguntó inmediatamente.

—Se pondrá bien —le dijo tío Philip—. Ya he dispuesto todo lo necesario para que se ocupen de él.

—¿No llevas equipaje? —me preguntó Julius sorprendido.

—No —repose apresuradamente, sin querer dar más explicaciones de los pormenores de mi huida.

—Llévanos a casa —dijo tío Philip tomándome del brazo y sacándome del aeropuerto—. Espera a ver los progresos en la restauración del hotel —añadió entrando en la limusina conmigo—. En el poco tiempo que has estado fuera se han hecho muchos cambios, ¿verdad, Julius?

—Sí, señor.

«¿Que he estado fuera?», pensé. Se comportaba como si me hubiera ido a pasar unas cortas vacaciones, a visitar a unos amigos o a un campamento de verano. ¿Cómo podía engañarse de ese modo? ¿Y cómo podría hacerlo yo?, me pregunté. Obviamente tío Philip tenía la esperanza de que aquel pequeño episodio (así lo consideraba él) estallaría como una burbuja de jabón. Sin embargo estas pretensiones se desvanecieron cuando llegamos ante la casa: allí, ante la puerta principal, nos esperaba tía Bet. Nos había estado esperando junto a la ventana en la sala de estar y nos había visto llegar. Estaba furiosa e indignada, y en sus ojos había una expresión tan ardiente que pensé que podía derretir algo con sólo mirarlo.

—¿Qué, estás contenta? —me gritó en cuanto puse un pie en la entrada. Dio unos pasos con las manos huesudas apoyadas en las estrechas caderas con tanta firmeza que el hueso de los codos sobresalía de forma puntiaguda. Creí que su piel se cortaría y que en cuestión de momentos los huesos quedarían al descubierto. Los tensos músculos del cuello provocaban unos abultamientos a ambos lados y sus labios finos y apretados apenas dejaban ver la hilera de dientes grises—. ¿Estás contenta de haber provocado todo este alboroto? ¿Estás satisfecha de habernos tenido a todos medio locos, ansiosos y preocupados? ¿Estás satisfecha? —me preguntó con una voz tan chillona como los gritos de una gaviota asustada.

—Betty Ann —empezó a decir tío Philip—, deja... —Pero ella se encaró con él y

le dirigió una mirada de rabia que le hizo callar inmediatamente.

—No me digas ahora que me calme, Philip Cutler —le dijo agitando el dedo índice ante su cara—. No intentes defenderla. Me he pasado el día sentada esperando, sin saber nada de lo que ha ocurrido. Soy la única que no sabía nada. Han tenido que ser los criados quienes me han dado el recado como si yo fuera una ciudadana de segunda categoría.

—Betty Ann, nadie ha pretendido mantenerte al margen. Es que tenía que actuar muy deprisa porque Jefferson está muy enfermo y...

—¡Mira lo que le has hecho! —me gritó—. ¡Tu hermano ha estado a punto de morir!

Me temblaban los labios, crucé los brazos sobre mi pecho y clavé la vista en el suelo mientras ella deliraba y maldecía.

—Hemos sufrido una tragedia tras otra. Todo el mundo procura hacer lo posible por superar las presentes circunstancias, hacemos todo lo que podemos para devolver un poco de normalidad a nuestras destrozadas vidas y tú... ¡desobediente y viciosa! ...

—¡Yo no soy desobediente y viciosa! —grité sintiendo una descarga eléctrica en la columna vertebral—. ¿Y quién tiene la vida destrozada? ¡Vosotros no, desde luego!

—Humm, humm —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Humm, humm —sonrió fríamente, con una sonrisa despiadada y enferma—. Ya imaginaba que no sentirías remordimientos. No creo que el dolor que nos has causado te haya hecho cambiar algo. Sólo piensas en ti. —La sonrisa desapareció rápidamente de su rostro—. Estás bajo nuestra tutela. Somos responsables de ti y de tu comportamiento. Has hecho algo que está muy mal y debes recibir tu merecido.

Se enderezó y se encaró conmigo, sus ojos clavados en los míos.

—Quedas recluida en tu habitación hasta nueva orden. Sólo puedes bajar para comer y luego volverás a tu habitación, ya me has oído. No recibirás llamadas telefónicas ni tú tampoco harás ninguna, ni se te permitirá tener visitas. Y te lo advierto, jovencita —dijo acercándose más, agitando ante mí su dedo largo y huesudo—, no quiero que mis normas se desobedezcan. Sube. ¡Vamos! —me ordenó señalando las escaleras. Miré a tío Philip, que parecía subyugado por sus exabruptos. Luego me alejé de los dos y me dirigí a las escaleras. Mientras corría hacia mi habitación vi abierta la puerta de la que había sido la habitación de Jefferson y que ahora era la de Richard. Estaba asomado, mirándome plenamente satisfecho.

—¿Qué estás mirando? —exclamé.

Sin dejar de sonreír, mi primo cerró la puerta.

Entré en mi habitación y durante un momento siguió dominándome la indignación. ¿Cómo se permitía hablarme de esa manera?, me dije. Debí de haberle contado la verdad. Debí decirle la razón de mi huida. La hubiera dejado tan pasmada

que se hubiera quedado sin habla durante días. Y cuando lo hubiera hecho, habría sido tartamudeando. Me hizo sentir bien pensar que podía destruirla con la verdad cuando lo creyera oportuno. Cuando logré dominar mi furia, comprendí que ventilar lo que me había hecho tío Philip no iba a ser nada fácil. Me heriría a mí también, era como una espada de doble filo, como la mayoría de los instrumentos de venganza.

No, mejor sería ignorarla a ella también, pensé, hacer ver que no existía, que nadie de esa familia existía. Los toleraría hasta que Jefferson se hubiera recuperado y entonces ya pensaría en algo. No tenía otra elección.

En cierto modo era bueno estar en casa, en mi habitación, y volver a ver los animalitos de peluche que mis padres me habían regalado. Era maravilloso sentir el olor de mis sábanas y utilizar mi cepillo sentada ante la mesa del tocador. Mi habitación estaba llena de buenos recuerdos, recuerdos de la época en que vivían mis padres.

Estaba agotada. Ahora que había dejado de moverme, que me encontraba nuevamente en mi habitación, los acontecimientos de las veinticuatro horas anteriores se desplomaron sobre mí. Todas las emociones, las tensiones, el horror y las penurias se abatieron sobre mí hundiéndome en un mar de fatiga, evaporando hasta la última gota de energía que aún me quedaba en el cuerpo.

Comencé a desvestirme para ir a la cama, pero cuando fui al armario a colgar la ropa me encontré con otra sorpresa de bienvenida. Alguien había desgarrado mi precioso vestido de la fiesta de cumpleaños. Estaba en el suelo como una gaviota mortalmente herida, con los hombros del corpiño extendidos como dos alas. Lo habían cortado hasta el borde del escote, y la falda estaba retorcida y arrugada. Me dio la sensación de que había sufrido el ataque y la mutilación de un loco.

—Oh, no —gemí arrodillándome y abrazando los restos del vestido—. ¡Oh, no! ¡No! —La puerta de mi habitación se abrió bruscamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos? ¿No comprendes que ya es muy tarde? —me preguntó tía Bet.

—Mira —le dije enseñándole el vestido—. Mira lo que ha hecho uno de tus preciosos gemelos.

Tía Bet miró el vestido e hizo una mueca.

—Estoy segura de que no lo ha hecho ninguno de los dos. Ellos no hacen ese tipo de cosas. De todas formas, tú tienes la culpa —dijo, cruzando los brazos y poniéndose tan tiesa como un palo de acero—. Si no te hubieras escapado hubieras estado aquí para cuidar de tus cosas, ¿no es así? Y ahora, deja de gritar y vete a la cama —añadió cerrando la puerta. Luego oí que giraba la llave en la cerradura y comprendí que me había encerrado en mi habitación.

Me senté en el suelo abrazando mi vestido. Recordé la radiante sonrisa de mamá cuando había venido a verme con él puesto. Sentí como si las lágrimas que se

deslizaban por mi rostro fueran las tuyas. Mamá estaba llorando a través mío y conmigo. Los sollozos sacudían mi cuerpo y sentí una arcada. Permanecí allí sentada con la cara hundida en la suave tela hasta que ya no me quedaron lágrimas. Me levanté despacio, dejé el vestido encima de la cama y me dormí a su lado con la esperanza de que cuando me despertara por la mañana, descubriría que todo había sido una horrible pesadilla.

Me despertaría la mañana de mi fiesta de cumpleaños. Mamá y papá estarían vivos, Jefferson bien de salud, Gavin aparecería con los demás invitados y amigos verdaderos como tía Trisha. El cielo sería azul y el océano fresco y cristalino.

¿Es que ya no volverían nunca más tiempos como aquéllos?

Lo único que me obligó a levantarme aquella mañana fue el deseo de saber algo de Jefferson. A pesar de que me había ido a dormir muy tarde, tía Bet estaba determinada a levantarme pronto. Llamó a mi puerta y la abrió bruscamente.

—¿Todavía en la cama? —me preguntó. Abrí los ojos y me incorporé lentamente—. Tenemos una nueva ama de llaves que sigue normas muy estrictas. El desayuno sólo se sirve una vez. Si te olvidas, tendrás que esperar a la hora de comer y si no hasta la cena. Ya estamos todos vestidos y listos para bajar, así que te aconsejo que te levantes de la cama y te vistas rápidamente si quieres comer algo.

—Lo que realmente quiero es tener alguna noticia de mi hermano —dije—. Eso es todo lo que quiero.

—Es digno de ti —dijo ella cerrando la puerta.

Volví a apoyarme en la almohada. Mis ojos descubrieron el vestido rojo y el corazón se me encogió. Finalmente me levanté y fui a buscar en los cajones de la cómoda ropa interior limpia para ir al cuarto de baño a ducharme, pero cuando abrí el cajón di un salto hacia atrás, horrorizada. Esparcidos por mi ropa interior había gusanos muertos y barro.

Era obra de Richard, pensé, pero no creí oportuno llamar a tía Bet para enseñárselo. No le daría importancia y se limitaría a defenderle. Saqué el cajón y fui al cuarto de baño donde eché los gusanos y el barro por el váter. Cogí la ropa interior y volví a poner el cajón en su sitio. Luego contemplé mi habitación. ¿Qué más podían haber hecho esos hermanos? ¿Qué más iba a encontrar roto o estropeado? Encontré más cosas. Algunos de mis perfumes y colonias habían sido mezclados entre sí y por lo tanto se habían estropeado. En mis zapatos había grumos de mi crema para la piel, manchas de lápiz de labios en mis blusas y en uno de mis joyeros habían vertido agua. Reparé los daños como pude y luego me duché, pero cuando bajé al comedor, tía Bet me dijo que la hora del desayuno ya había pasado. Me acompañó hasta la puerta de mi habitación y volvió a encerrarme con llave.

—Procura no perderte la comida —me dijo a través de la puerta cerrada. Yo

sacudí el pomo.

—Déjame salir —le pedí golpeando la puerta—. Tía Bet, abre la puerta. Tengo que saber cómo está Jefferson. ¡Tía Bet! —Seguí golpeándola una y otra vez, pero ella no contestó. Furiosa, di una patada en la puerta, pero sólo conseguí hacerme daño en el pie. Me quedé un momento esperando y entonces oí a Richard hablando en voz baja.

Había apoyado los labios en la abertura de la juntura de la puerta.

—Por qué no pruebas a salir por la ventana —dijo soltando una carcajada.

—Bastardo. Verás cuando salga... —Continué sacudiendo el pomo una y otra vez, hasta que me dolieron los brazos—. ¡Tía Bet! Por favor. Abre la puerta. — Esperé, pero todo siguió en silencio—. ¡Tío Philip! —grité—. ¡Déjame salir! — Nadie apareció, aunque yo seguí gritando y dando golpes durante horas. Cuando tía Bet había previsto que era la hora de comer, subió y se acercó a mi habitación. Abrió la puerta y se me quedó mirando. Yo estaba en el suelo, agotada de tanto gritar y dar golpes.

—¿Por qué me encierras? —dije levantándome despacio.

—Quizá comprendas ahora la importancia de las normas —dijo—. Ahora nuestras vidas están muy bien organizadas y no quiero que nadie venga a estropearlas.

—No volverás a encerrarme otra vez —dije mientras ella me dirigía una sonrisa helada.

—¿Y qué harás? ¿Te escaparás otra vez?

Fue como si un frío cuchillo se me hubiera clavado en la espalda, en la columna vertebral. De pronto comprendí que a ella le hubiera gustado que Jefferson y yo no hubiéramos vuelto nunca. No le importábamos en absoluto; lo último que deseaba era que volviéramos. Tenía la esperanza de que nos hubiéramos ido a vivir con otras personas. Y la venganza, no importaba lo autodestructiva que pudiera ser, de repente adquirió todo su valor.

—¿Y por qué crees que me escapé? ¿Cuál crees que fue la verdadera razón?

—No sabría decir —contestó, pero en sus ojos observé una expresión de ansiedad. Crucé los brazos sobre mi pecho y avancé hacia ella, con los ojos fijos en los suyos.

—¿Nunca se lo has preguntado a tío Philip, no es cierto? Debiste despertarte aquella noche. Debiste darte cuenta cuando abandonó tu cama y vino a mi habitación.

—Se lo dije con un tono malvado que hasta a mí me sorprendió.

—¿Qué? —Dio un paso atrás—. ¿Qué estás diciendo, niña horrible?

—Digo que vino a mi habitación y se metió en mi cama. —Tía Bet abrió los ojos y la boca, sacudió la cabeza, quiso decir algo pero sus labios se movieron sin emitir sonido alguno—. Me forzó y fue horrible, horrible. Me dijo que no soportaba estar a

tu lado, tocarte.

Tía Bet sacudió la cabeza con vehemencia.

—Intenté librarme de él, pero es demasiado fuerte. Y al final... me violó.

Se llevó las manos a los oídos y lanzó el chillido más agudo y horrible que yo haya oído nunca. Luego quiso abofetearme, pero yo le sujeté la mano a medio camino.

—¡No me toques! —le dije—. Y no vuelvas a encerrarme en mi habitación. ¡Ni lo pienses siquiera!

Se liberó la mano y se alejó de mí corriendo para encerrarse en su habitación tras dar un portazo.

—En buena hora me libré —grité con un profundo suspiro. Sentí como si hubiera encendido un pequeño fuego en mi pecho. Me resultaba increíble que hubiera podido dominarme de ese modo. Me dolían las costillas. Aunque le había ganado la batalla, no me sentía orgullosa de mí misma. Hasta ahora me había dominado la furia, pero ahora me daba cuenta de lo odioso y malvado que había sido mi comportamiento. Era un aspecto de mi personalidad que no deseaba desarrollar porque sabía que dejaría cicatrices. Quizá nadie podía verlas, pero yo sí. Lo peor de las personas viles y repulsivas, como tía Bet, es que pueden obligarte a comportarte como ellas. Y eso era lo que acababa de suceder.

Bajé a comer algo. Melanie y Richard ya se habían sentado a la mesa, él con la servilleta alrededor del cuello y ella en su regazo. Ambos estaban perfectamente tiosos en sus asientos, con las cucharas soperas perfectamente colocadas en los humeantes platos de sopa. Más bien parecían unos maniqués que personas de carne y hueso.

—He descubierto el rastro de vuestras fechorías en mi habitación mientras estaba fuera —les dije—. No os vais a salir con la vuestra, creedme.

La fiera expresión de mi mirada les hizo bajar la vista y clavarla en la sopa. Luego Richard se recuperó y me miró.

—Jefferson se va a morir —dijo hablando por la comisura de los labios—. Mamá nos lo ha dicho esta mañana.

—Es mentira. Se está recuperando. Lo han traído aquí al hospital porque han podido moverlo —dije mientras él sonreía débilmente.

—Mi padre te lo dijo para que volvieras a casa —añadió con seguridad. Miré a Melanie que me estaba contemplando con la analítica frialdad de un científico ansioso de comprobar mi reacción ante aquellas noticias.

—¡Sois horribles... unos verdaderos monstruos! —grité mientras que con un movimiento rápido vertía los platos de sopa en su regazo. Los dos hermanos lanzaron un grito y se levantaron de la mesa mientras el líquido se deslizaba por sus ropas y los quemaba. Sin esperar la aparición de tía Bet, me volví y salí de allí.

Salí corriendo de la casa, bajé los escalones y me dirigí al hotel. Habían retirado todos los escombros y ya habían empezado a levantar las nuevas paredes. Cuando me aproximé, los trabajadores se volvieron y poco después tío Philip se apartó de un grupo y vino a reunirse conmigo.

—Tienes una familia de monstruos —empecé—. ¡Los odio!

—Tenemos que readaptarnos —levantó las manos—. El tiempo...

—¡Nunca me adaptaré a ellos... o a ti! —dije jadeando con cada palabra. Durante unos instantes se me quedó mirando, parecía confundido, dolido—. Los gemelos me han mentado acerca de Jefferson. Dicen que no lo han trasladado aquí —dije. Tío Philip sonrió.

—No es cierto, se han burlado de ti. Lo que importa es que he recibido una llamada telefónica esta mañana y ahora iba a verte. Jefferson ha salido del coma y llegará al hospital a las ocho de la tarde. Tú y yo iremos a verle.

—¿Es cierto? ¿No es otra mentira?

—¿Por qué iba a mentirte sobre tu hermano? —Apoyó una mano en mi hombro y yo me aparté como si aquella mano fuera de fuego—. Christie, por favor...

—No me toques. No quiero que me toques nunca más.

—Christie, nosotros te queremos. Nosotros...

—¿Me queréis? ¿No sabes que ella me ha encerrado en mi habitación?

—Todavía está muy nerviosa.

—Y tú lo has permitido. Le permites hacer todo lo que quiere —le acusé.

—Ahora Betty Ann lleva la casa y...

—Ella lo dirige todo y a todos los que la rodean. Pero a mí no. Le he contado lo que me hiciste. ¡Se lo he dicho! —le espeté en la cara, luego giré en redondo y lo dejé allí. No volví a la casa hasta bien adentrado el día. Bajé al pueblo y allí compré algo de comer. Caminé por la playa durante un rato y luego me senté delante del hotel y me dediqué a observar los trabajos de reconstrucción. Cuando decidí volver a casa, la hallé extrañamente silenciosa. Subí a mi habitación. La puerta de la habitación de Melanie estaba abierta y al pasar ante ella los vi a los dos sentados en el suelo, con el juego chino de las damas entre ambos. Alzaron la vista y me miraron con odio. Como yo me detuve, parecieron asustarse y se volvieron a concentrar en el juego.

La puerta de la habitación de tía Bet y tío Philip estaba cerrada. Me pregunté si ella había salido de allí en algún momento del día. No me daba lástima, sólo sentía curiosidad. A las seis y cincuenta exactamente, sin embargo, se acercó al umbral de la puerta de mi habitación y llamó suavemente. Parecía haber estado llorando durante horas. Ahora su rostro estaba seco, tranquilo, como el de alguien que se mueve por el mundo sin pensar ni sentir.

—La cena está servida —dijo y volvió a salir antes de que yo pudiera decir nada. No tenía mucho apetito y tampoco me apetecía sentarme a la mesa con ninguno de

ellos, pero bajé. Los gemelos me lanzaron una rápida mirada y luego la clavaron en sus platos. Tío Philip era el que parecía estar más animado, aunque se comportaba como un títere a la espera de que le movieran los hilos. La nueva ama de llaves sirvió la cena sin decir una palabra. Era una muchacha joven, pero con huellas de envejecimiento prematuro en la cara. La manera en que se movía alrededor de la mesa indicaba que tía Bet le producía terror; tenía pánico a cometer una equivocación. Fui la única que le dio las gracias cuando me sirvió. Sus ojos se iluminaron, pero tan sólo hizo un ligero movimiento con la cabeza y volvió a la cocina.

Como todos estuvieron tan silenciosos, conseguí imaginarme que estaba sentada a la mesa un día cualquiera de varios meses atrás en el tiempo. Recordé algunas de las cosas divertidas que había dicho papá. Oí las risas de mamá y vi la sonrisa de Jefferson. Recordé a Mrs. Boston revoloteando alrededor, diciéndonos que no dejáramos eso o que la comida se iba a enfriar. Estaba tan sumergida en mis ensueños, que la nueva sirvienta tuvo que llamarme dos veces. Ni siquiera había oído el timbre del teléfono.

—No recibe llamadas telefónicas —oí que decía tía Bet—. Dile a quien sea...

—El operador dice que es una llamada de larga distancia —explicó la sirvienta.

—¿Larga distancia? —pregunté levantándome.

—Nadie habla por teléfono durante las comidas —dijo tía Bet—. No es de buena educación; es...

La miré y miré luego a tío Philip que no había levantado la vista de la comida; luego ella sacudió la cabeza como si hubiera sufrido un terrible escalofrío y volvió a centrar su atención en el plato. Yo me dirigí al teléfono. Era Gavin.

—He estado intentando llamarte durante todo el día —dijo—, pero quien cogía el teléfono me decía que estabas durmiendo o que habías salido.

—Aquí todo es horrible, más espantoso que nunca —le dije—. En cuanto Jefferson esté bien, nos marcharemos.

—¿Philip ha...?

—No se me ha acercado, Gavin. Se lo he contado a ella; se lo he contado a tía Bet. Me ha obligado a hacerlo.

—¿De verdad? ¿Y qué ha dicho?

—Se fue corriendo y gritando y ahora parece un zombi, pero no me importa.

—Yo se lo he contado todo a mi madre y ella hablará con papá. Van a discutir lo que se puede hacer.

—Diles que no hagan nada hasta que Jefferson esté recuperado. No quiero tener más problemas hasta entonces.

—Estoy muy preocupado por ti, Christie. No hago otra cosa que pensar en ti.

—Estoy bien, Gavin. No les permitiré que vuelvan a abusar de mí. Traerán a

Jefferson al hospital esta tarde. Iremos para estar allí cuando llegue.

—Lámame en cuanto sepas algo, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—No necesitas que te lo prometa, Gavin. Te llamaré. Tú y Jefferson sois las únicas personas que verdaderamente me importan.

—Te quiero, Christie. Amo todos los momentos que pasamos en The Meadows —me dijo suavemente.

—Yo también.

—Esperaré tu llamada. Adiós.

—Adiós.

Colgué el auricular y volví a la mesa. Todos me miraron cuando aparecí.

—Ya no tengo más apetito —manifesté—. Esperaré arriba, tío Philip. Avísame cuando estés listo.

—¿Listo para qué? —preguntó tía Bet.

—Vamos a ir al hospital —dijo él—. Jefferson está en camino.

—No me lo habías dicho.

—¿No lo hice? Oh, bueno, debí olvidarlo. Hemos estado muy ocupados con los trabajos del hotel —dijo apresuradamente volviendo a centrarse en la cena. Tía Bet entonces se volvió a mirarme.

—Ya te dije lo que les ha hecho hoy a los gemelos. ¿Vas a hablar con ella, Philip? Tío Philip me miró.

—Ahora no es el momento.

—Sí es el momento, porque...

—¡No es el momento! —declaró con tal firmeza en la voz como no lo había oído desde mi llegada.

Tía Bet palideció y apretó los labios. Asintió e inclinó la cabeza como si su cuello fuera una rama en la que se apoyaba.

—Te esperaré arriba —repetí y los dejé allí sentados comiendo en aquella atmósfera mortuoria.

Media hora después, aproximadamente, tío Philip llamó a mi puerta. Se había cambiado de ropa y llevaba unas prendas muy extrañas: unos tejanos, zapatos deportivos, una camiseta negra y una chaqueta blanca y negra con su nombre bordado encima del bolsillo superior.

—¿Lista? —me preguntó sonriendo. Observó mi expresión de sorpresa—. Oh, es la chaqueta de la universidad con el nombre bordado —me explicó y se volvió para enseñarme el nombre de Emerson Peabody en la espalda—. Aún se conserva bien, ¿verdad?

Me levanté lentamente y me puse una chaqueta de algodón. Algo en su indumentaria me inspiró cierto temor. No sabía la razón, pero así fue. Se apartó un poco y yo salí de mi habitación.

—Estás muy guapa —me dijo—. Muy guapa.

Me pregunté si tía Bet iba a acompañarnos, al menos para mostrar algún interés por Jefferson; pero se quedó sentada leyendo y escuchando a los gemelos tocar el piano. Cuando nos dirigimos a la puerta principal ninguno de ellos alzó la vista. Tío Philip se adelantó para abrirme la puerta. Esperaba encontrarme con Julius y la limusina, pero tío Philip cogió su coche, algo que raramente hacía.

—¿Dónde está Julius? —le pregunté.

—Esta noche libra —contestó.

—Estoy segura de que hubiera querido venir.

—Oh, Julius tiene novia, una viuda a la que va a visitar en Hadleyville. Va a proponerle que se casen —dijo tío Philip sonriendo. Abrió la puerta para que yo entrara en el coche. Luego dio la vuelta rápidamente y tomó asiento ante el volante.

El cielo estaba tan encapotado que hasta la luna era invisible. Aquella oscuridad me impresionó, sobre todo cuando nos alejamos de Cutler's Cove y nos dirigimos hacia Virginia Beach. Tío Philip estaba muy silencioso. Esperaba que charlase como lo había hecho durante nuestro viaje de vuelta en avión, pero se limitaba a conducir y mirar fijamente la carretera. Cuando lo miré, descubrí una extraña y suave sonrisa en sus labios.

—Qué noche, qué noche —dijo finalmente. Yo no lo consideraba así, sin embargo. La noche no tenía nada de extraordinario. El océano, a nuestra derecha, parecía de tinta. No se veía siquiera la luz de ningún bote. Era como si un cielo que barruntase tormenta se hubiese unido al mar y uno se hubiera fundido con el otro. Un cielo nocturno sin ninguna estrella ni luna, que parecía una vasta extensión vacía y desértica—. Estabas preciosa —añadió más tarde.

—¿Qué dices?

—La cara de la gente en el auditorio... —Me miró—. Tú no podías verlos como yo, con aquellas luces que te daban en la cara. Lo sé. Yo también he estado en el escenario.

—¿Escenario? ¿De qué hablas, tío Philip? —le pregunté con el corazón latiéndome con fuerza.

—Tienes la voz más preciosa que he escuchado nunca. Y no es justo que te lo diga —dijo apresuradamente.

—¿El qué?

—Que estoy orgulloso de ti, orgulloso de que seas mi chica. —De pronto dio un giro y dirigió el coche, hacia la playa.

—¡Tío Philip! —exclamé enderezándome en el asiento—. ¿Adonde vamos?

—A la cima del mundo, ¿recuerdas? Te prometí que te lo enseñaría. Bien, aquí es —dijo deteniendo el coche. Se recostó en su asiento y contempló la oscuridad de la noche a través de la ventanilla—. ¿Has visto alguna vez tantísimas luces?

—¿Qué luces? ¿De qué estás hablando? Tío Philip, hemos salido para ir al hospital a ver a... Jefferson.

—Te lo he dicho —dijo sin escucharme—. Te he dicho que quería enseñarte muchas cosas, que te mostraría muchas cosas. —Se inclinó hacia mí y me rodeó los hombros con el brazo.

—¡No sigas! —grité—. Tío Philip.

Sujetó mis hombros con firmeza y comenzó a atraerme hacia él mientras sus labios se acercaban a los míos.

—Dawn... oh, Dawn.

Grité, acerqué las manos a su cara y le clavé las uñas en sus mejillas para apartarlo. Luego logré alcanzar la manivela de la puerta del coche. Agarró el cuello de mi chaqueta, pero yo conseguí abrir la puerta y me lancé afuera. Mi chaqueta se quedó en sus manos mientras yo sentía cómo sus uñas me arañaban la nuca, pero no me preocupaba el dolor, sólo quería escapar de allí.

En cuanto estuve fuera del coche, corrí hacia la playa.

—¡Dawn!

Le oí correr tras de mí. El océano discurría a mi derecha y parecía haber kilómetros de arena a mi izquierda. Seguí adelante, tropezando y cayendo en la playa, me levantaba y volvía a correr de nuevo. Justo cuando pensaba que ya me había alejado de él, sentí que me cogía por la cintura y ambos caímos sobre la arena.

—Quiero... quiero... enseñarte... muchas cosas —me dijo jadeando. Sus manos palpaban mis pechos y sus dedos empezaron a desabrochar los botones de mi blusa. Me revolví, me retorcí con todas mis fuerzas para quitármelo de encima, pero pesaba demasiado y tenía mucha fuerza. Puso sus dedos en mi cuello y luego los fue bajando hasta alcanzar mi pecho. Yo gritaba y gritaba, entonces cogí un puñado de arena y me volví hacia él.

Aun en medio de aquella oscuridad, pude ver el brillo de sus ojos y su piel húmeda de sudor.

—Dawn...

—¡No soy Dawn! ¡No lo soy! —grité lanzándole la arena a la cara.

Tío Philip lanzó un grito y se llevó las manos a los ojos mientras yo lograba zafarme y ponerme de pie. Eché a correr, esta vez hacia la izquierda. Corrí y corrí hasta que oí el ruido de un coche y comprendí que había llegado a la carretera. Subí hasta allí y me puse ante las luces de un vehículo que se acercaba. Oí el ruido de unos frenos y que el coche viraba hacia la izquierda, pero el conductor no se detuvo. Fue desapareciendo poco a poco, las luces se hicieron cada vez más pequeñas, como los ojos de un lobo que retrocede.

Seguí caminando, temerosa de que uno de los coches que se acercaban pudiera ser el de tío Philip. Finalmente vi los arrabales de Cutler s Cove. Pero no entré en el

pueblo. Seguí la carretera que llevaba a la casa de Bronson Alcott. Tardé una hora en llegar a la casa de la colina. Con la ropa en desorden, las piernas doloridas, sucia y llena de sudor, llamé a la puerta y esperé. Me abrió él mismo.

—¡Christie! —exclamó sorprendido mientras yo caía en sus brazos.

Aturdida todavía, me tumbé en el sofá de la sala de estar. Bronson había enviado a buscar a Mrs. Berme para que me trajera un paño húmedo con el que aliviar mi frente, y él mismo fue a buscar un vaso de agua. Volvió enseguida y me ayudó a incorporarme para que pudiera beber.

—Ahora empieza despacio —dijo cuando yo me recosté en la almohada del sofá — y cuéntamelo todo. No sabía que habías vuelto. Me sorprende que nadie me lo dijera. Tus tíos saben lo preocupado que estaba.

—No me sorprende que no te lo dijeran —suspiré profundamente antes de empezar. Aun en ese momento, después del terrible episodio con tío Philip, me era difícil pedirle ayuda a Bronson. Me turbaba y hasta pensé que seguramente todos me dirían que no debía sentirme culpable o avergonzada, pero no podía dominar esa sensación.

Bronson me escuchó con atención y enarcó las cejas cuando le expliqué la razón de mi primera huida. Miró a Mrs. Berme y ella salió de la habitación, comprendiendo que quería estar a solas para hablar de aquellos asuntos tan íntimos.

Cuando dejé de hablar, Bronson se recostó en su asiento, con expresión atónita. Luego me miró con simpatía.

—Betty Ann me dijo que te habías escapado porque no admitías sus normas en la casa. Después de haber hablado contigo aquel día en que viniste a verme, creí que era la verdadera razón —dijo disculpándose—. Debí de prestar más atención a lo que me contaste. Lo siento. Yo no hubiera permitido que Jefferson y tú pasarais por tales experiencias. ¿Dónde ha tenido lugar este último incidente? —me preguntó.

—Me llevaba a ver a Jefferson al hospital —le dije y le describí la carretera de la playa a la que tío Philip me había llevado. Bronson asintió con expresión dura y los ojos entrecerrados. Luego se levantó y se dirigió al teléfono. Le oí hablar con la policía local.

—Este es un asunto muy desagradable —me dijo al volver—. Has pasado una temporada terrible, pero se ha acabado, te lo prometo. Jefferson y tú vendréis a vivir conmigo. Si así lo deseas, claro.

—Oh, sí —dijo con vehemencia—. Siempre lo he querido.

Bronson asintió con una sonrisa.

—Será estupendo tener a un niño correteando por aquí. La casa se alegrará con los pasos y el sonido de las risas de un niño. Y sabe Dios que también necesita el toque gentil de una jovencita —añadió mirando el retrato de su hermana ya fallecida

—. Yo me ocuparé de vosotros...

—¡Jefferson! —exclamé incorporándome—. No sé si tío Philip me ha dicho la verdad o no. Quizá no lo han trasladado. ¡Quizá está todavía en Lynchburg!

—Me enteraré enseguida —dijo Bronson—. Mientras tanto ve al cuarto de baño y lávate esos arañazos. Le diré a Mrs. Berme que te traiga un desinfectante. Lo siento —repitió—, siento no haber sido consciente de las dificultades por las que estabais pasando Jefferson y tú.

—No te culpes. Estabas muy ocupado con mi abuela, Bronson.

—Sí —admitió—, pero por extraño que parezca, la echo de menos a pesar de su estado mental. De vez en cuando volvía a ser la misma y pasábamos unos momentos maravillosos —dijo sonriendo a sus recuerdos—. Pero os tengo a ti y a tu hermano en esta casa grande y triste. —Se dio una palmada en las rodillas y se levantó—. Vamos, lávate esos arañazos y deja que llame al hospital.

Entré en el cuarto de baño y me saqué la blusa lentamente, me dolían los hombros y las heridas en la piel me quemaban. Me miré en el espejo y me dio la sensación de que todavía en mi rostro perduraba la huella del terror que había padecido. Tenía los ojos hinchados y el cabello despeinado. Descubrí la huella de los arañazos en el cuello y en el pecho y luego me oprimí los ojos con fuerza porque iba a empezar a llorar otra vez. Mrs. Berme llamó a la puerta del cuarto de baño y entró para darme el desinfectante.

—Pobrecita —dijo mirándome la espalda. Yo no sabía los muchos arañazos que tenía. Debió de suceder cuando me tiró al suelo y yo me revolví debajo de él, pensé. Mrs. Berme me lavó y me desinfectó las heridas sin hacerme ninguna pregunta embarazosa. Poco después vino Bronson a decirme que Jefferson ya había llegado al hospital de Virginia Beach.

—Y está bien —añadió.

—¿Podemos ir a verle? —pregunté.

—Claro que sí, querida. Si estás segura de que te encuentras bien, iremos a verle —añadió.

—Oh, estoy perfectamente. Nunca pensé que lo echaría de menos tanto.

Bronson rió. Oímos el sonido del timbre de la puerta y Mrs. Berme salió a ver quién era. Era un policía alto y de cabellos oscuros. Yo seguí a Bronson por el pasillo y nos reunimos con él en la entrada.

—Buenas noches, Mr. Alcott —dijo; me miró—. ¿Ésta es Dawn?

—¿Dawn? No, no, es Christie, su hija. ¿Por qué la ha llamado Dawn? —preguntó Bronson. Yo me acerqué más y él me cogió de la mano. Era espantoso que el policía me hubiera llamado con el nombre de mi madre.

—Bien, fuimos a la playa, al lugar que usted nos describió y encontramos el coche todavía allí. Poco después Charley Robinson, que es mi compañero —explicó

mirándome—. Charley oyó a alguien en la playa, prestamos atención y oímos que alguien llamaba a una tal Dawn.

—Oh, no —dije presionando una mano contra mi corazón.

—¿Mr. Cutler? —preguntó Bronson.

—Sí, señor, el mismo... vagando y gritando por la playa. Prácticamente tuvimos que arrancarlo de allí. Insistía en que Dawn estaba en la playa.

—¿Dónde está ahora?

—En la parte trasera del coche patrulla. No se encuentra muy bien, Mr. Alcott. He venido aquí porque quería saber...

—Sí. Gracias, Henry. Creo que Mr. Cutler necesita un médico más que un juez... un psiquiatra.

—Ya veo.

—¿Ya sabe lo que tiene que hacer?

—Sí, señor. Nosotros nos cuidaremos de todo, ¿nos dará más detalles?

—Sí, Henry. Gracias —dijo Bronson estrechando la mano del policía.

El policía abrió la puerta y bajó los escalones hasta el coche patrulla. Yo me quedé en la puerta junto a Bronson mientras el vehículo desaparecía. Bajo la luz de las farolas de la calle vimos a tío Philip sentado en la parte trasera del coche. Se volvió mientras el coche se alejaba hacia la carretera y luego apoyó la cara contra la ventanilla trasera. Me pareció que gritaba el nombre de mi madre y, aunque no pude oírlo, su eco se introdujo por mi columna vertebral y me hizo temblar.

—Ya ha pasado todo, Christie —susurró Bronson abrazándome con fuerza—. Te lo prometo... ya ha pasado todo.

EPÍLOGO

En realidad todo había pasado, pero a la vez también acababa de empezar.

Durante uno de nuestros frecuentes paseos por la playa cuando yo era pequeña, mamá y yo encontramos un pez muerto en la arena. A mí me dio mucho miedo verlo inmóvil con ese ojo tan brillante. Y empecé a llorar. Mamá me cogió en brazos y me sostuvo mientras subía la marea y lentamente arrastraba al pez hacia el mar.

—¿Volverá a nadar, mamá? —le había preguntado.

—En cierto modo sí —contestó—. Se transformará en otra cosa, volverá a nacer.

—Me gustaría verlo. —Yo era todavía muy niña y pensaba que podía hacer salir el sol por la mañana y las estrellas por la noche simplemente cerrando los ojos y deseándolo con fuerza.

—Nosotros no podemos verlo —me dijo ella—. Hay cosas tan mágicas que nosotros no las podemos ver. Pero tenemos que creer en ellas sin verlas. ¿Puedes creer en el pez? —me preguntó sonriendo—. ¿Puedes creer en la magia?

Yo le dije que sí, aunque no estaba muy segura de lo que significaba. Pero observé cómo las olas se llevaban flotando a aquel pez hasta que desapareció. Y quise creer. Todavía tenía una fe infantil en que las cosas buenas y hermosas nunca desaparecerían.

Y fui creciendo y comprendí que nosotros no podemos mandar sobre el sol y las estrellas, pero sí podemos sentir el calor del sol y quedar deslumbrados bajo una noche estrellada. Sólo esto, de por sí, ya resulta mágico. Y comprendí además que todos los días de nuestra vida nace y muere alguna parte de nosotros.

Había muchas cosas que yo deseaba que murieran, que se enterraran para siempre en los lugares más recónditos de mi memoria. Todo el dolor que había sentido durante aquellos días y semanas tras la muerte de mis padres. Me parecía que toda aquella agonía y tormento no acabarían nunca, aunque Bronson me prometió todo lo contrario.

Bronson trató el incidente de la playa con mi tío Philip con toda la discreción que le fue posible. Fuera lo que fuera lo que trastornó la mente de tío Philip aquella noche, siguió trastornándolo durante bastante tiempo. No podía hacerse cargo de sus responsabilidades y tuvo que dejarlas en manos de un profesional. A tía Bet el rápido giro que tomaron los acontecimientos la dejó abrumada, le era imposible enfrentarse a la comunidad y por esta razón decidió trasladarse al estado donde vivían sus padres con los gemelos.

Jefferson se recuperó completamente de la enfermedad y cuando se enteró de que íbamos a trasladarnos a vivir a Buella Woods con Bronson, se volvió loco de alegría. Estoy segura de que fue esto lo que le hizo recuperarse con más rapidez. Mrs. Berme

se convirtió en una abuela para nosotros y Bronson en un abuelo cariñoso y prudente. En su casa volví a tocar el piano como nunca. En las noches de verano, dejaba abiertas las puertas del patio para que mi música bajara por la colina y «todos en Cutler's Cove pudieran oírla y apreciarla».

Fue entonces cuando tuve la seguridad de que la música sería mi vida y el hotel, diera el dinero que diera o la importancia que tuviera, siempre ocuparía un lugar secundario. Bronson tomó las riendas del hotel y procuraba siempre despertar mi interés por su organización diaria. Yo lo intentaba, lo intentaba por papá y mamá, pero en el fondo de mi corazón esperaba que fuera Jefferson quien se ocupara de todo cuando, el día de mañana, fuera el propietario del hotel.

Yo soñaba con ir a una escuela de arte, con viajar a Europa, asistir a conciertos. Y, desde luego, conmigo siempre estaba Gavin.

Pasábamos juntos todo el tiempo que nos era posible y nuestras conversaciones siempre nos llevaban a los días que habíamos pasado en The Meadows. Un verano fuimos a visitar a tía Charlotte, a Luther y a Homer. Nos llevamos a Jefferson con nosotros y cuando Homer y mi hermano se vieron, fue como si nunca se hubieran separado, como si no hubiera pasado el tiempo. Homer se lo llevó para enseñarle dónde había nacido un zorro.

—¿Y qué ha sido de Fern? —me preguntó Luther cuando nos sentamos a comer.

—Se fugó con no sé quién y se le acabó la asignación.

No fue con ese hombre con el que vino aquí —le expliqué, para luego añadir—, no la echo de menos.

—Nosotros tampoco —dijo Charlotte y nos echamos a reír. Nos divertimos mucho. Toqué el piano para ellos y, al marcharnos, prometimos volver cuantas veces nos fuera posible.

Cuando cumplí diecinueve años, en verano, realicé un viaje de tres semanas a París y a Viena. Era una gira de conciertos y me interesaba muchísimo. Gavin vino a verme y nos fuimos a dar un paseo a la playa.

—Cada vez que me separo de ti algo muere en mi interior, y cada vez que nos volvemos a ver algo nuevo renace.

—A mí me pasa lo mismo, Gavin —le dije.

—Tengo celos de tu música —me confesó—. Te posee como a mí me gustaría poseerte.

—No tengas celos —le dije sonriendo—. La música me llena de alegría, pero esto sólo lo compartiré contigo.

—¿Me lo prometes?

—Para siempre —le aseguré, pero entonces me detuve y dejé de sonreír.

—¿Qué te pasa, Christie? —me preguntó Gavin siguiendo mi mirada. Había un pez muerto flotando en el agua. Me sentí triste, con el corazón encogido, pero de

pronto... la cola empezó a moverse y a moverse y el pez se recuperó como si hubiera resucitado. Se introdujo en una ola y desapareció de nuestra vista.

Con la misma claridad que aquel día que estuvimos las dos en la playa, oí que mamá me preguntaba:

—¿Puedes creer en el pez, Christie? ¿Puedes creer en la magia?

Podía creer, podía creer; siempre creería. «Gracias, mamá —pensé—. Gracias por tu regalo de fe».

—¿Todo va bien? —me preguntó Gavin, preocupado.

—Oh, sí, Gavin. Sí.

Allá, en la distancia, una gaviota flotaba hacia el sol de poniente. Me acerqué a Gavin y los dos caminamos más allá de las sombras, hacia nuestro magnífico y deslumbrante nuevo día.



VIRGINIA CLEO ANDREWS, nació el 6 de junio de 1923 y murió el 19 diciembre de 1986. Nació en Portsmouth, Virginia, la más joven y única hija de la familia Andrews. En su adolescencia, sufrió una caída en las escaleras de su escuela, lo cual le dañó severamente la espalda. Las cirugías que se le practicaron dieron como resultado un tipo de artritis que la dejó en silla de ruedas la mayor parte de su vida. Sin embargo, Andrews, que siempre fue una prometedora artista, fue capaz de terminar una carrera de cuatro años por correo y muy pronto se convirtió en una exitosa artista comercial, ilustradora y pintora y un tiempo después comenzó a escribir.